



PREMONICIÓN MORTAL

CAPÍTULO 1

Eran las once y media cuando Marlie Keen salió de los multicines con el resto de quienes acudieron al cine esa noche de viernes. La película había estado bien, un alegre retozo que la había hecho reír en voz alta varias veces y la dejó de buen humor. Mientras caminaba a buen paso en dirección a su coche, se dijo para sí que era capaz de distinguir qué película había visto la gente fijándose en la actitud que mostraban ahora. No era tan difícil; las parejas que se cogían de la mano, o que incluso intercambiaban besos en el aparcamiento, obviamente habían visto la de amor y sexo. El agresivo puñado de adolescentes había visto el último *thriller* de artes marciales. Los jóvenes y bien vestidos profesionales que discutían acaloradamente habían ido a ver la última imitación de *Thelma y Louise*. Marlie se alegró de haber escogido la comedia.

Fue cuando conducía de regreso a casa por la autovía brillante- mente iluminada cuando se dio cuenta: se sentía bien. Se sentía como nunca se había sentido en varios años. Seis, para ser precisos.

En atónita retrospectiva, se dio cuenta de que llevaba ya varios meses en paz, pero estaba tan atrapada en la sedante rutina de la vida que se había construido allí, que no lo había notado. Durante mucho tiempo se había limitado a existir, a dejarse llevar por la inercia de lo establecido, pero el tiempo había ido actuando lentamente y por fin se había curado, igual que una persona que sufre una amputación se recupera de la pérdida de ese miembro y aprende a hacer frente a las cosas, a disfrutar otra vez de la vida. Su pérdida había sido más mental que física, ya diferencia de un mutilado, había pasado noches enteras, oscuras e interminables, rezando por no recobrar nunca aquella parte de sí misma. En algún momento de los seis últimos años había dejado de vivir con el pánico de que volviera la percepción y simple- mente se apoderase de su vida.

Le gustaba ser normal. Le gustaba poder ir al cine como hacía la gente normal, le gustaba poder sentarse en medio de una multitud; antes no había podido hacerlo. Varios años atrás, cuando se dio cuenta de que era realmente posible, se convirtió en una loca por el cine y empezó a tragar una película tras otra, de las que consideraba seguras. Durante mucho tiempo no había podido soportar ni una gota de violencia, pero en el último par de años había conseguido ver algún que otro *thriller*, aunque no era su género favorito. Para sorpresa suya, todavía no podía ver las escenas de sexo; hubiera creído que esa clase de violencia le habría resultado inmensamente más difícil de aguantar, pero en vez de eso la que le causaba el problema era la imagen de intimidad que proyectaba. Al doctor Ewellle gustaba decir que nadie debería apostar nunca acerca de la psique humana, ya ella la divirtió comprobar que tenía razón al decirlo. La violencia que había sufrido en su vida había sido traumática, devastadora, mientras que el sexo sólo había sido meramente desagradable, pero eran las escenas «de amor» las que todavía la hacían cerrar los ojos con fuerza hasta que pasaban.

Salió de la autovía a una calle de cuatro carriles, y naturalmente la pilló el semáforo que había al final de la rampa de salida. Tenía la radio sintonizada en una emisora fácil de escuchar, y respiró hondo, sintiendo cómo se combinaban la música lenta y el ánimo ligero que le había dejado la película en una deliciosa sensación física de contentamiento...

...el cuchillo relampagueó al bajar, con un brillo apagado. Cuan- do golpeó, se oyó un ruido húmedo, amortiguado. La hoja volvió a elevarse, goteando sangre. ..

Marlie experimentó una sacudida hacia atrás, un inconsciente rechazo físico de la imagen horriblemente real que acababa de pasarle por la mente.

-No -gimió suavemente para sí.

Oía su propia respiración, aguda y jadeante.

-No -dijo otra vez, aunque ya sabía que toda protesta era inútil. Sus manos aferraban el volante, con los nudillos blancos, y ni siquiera eso bastaba para reprimir el temblor que le nacía en los pies y le iba subiendo por el cuerpo. Se miró las manos y vio confusamente que empezaban a temblar a medida que se intensificaban los espasmos.

...Placer siniestro, perverso. Triunfo. Desprecio. ..

Le estaba ocurriendo otra vez. Santo Dios, ¡estaba volviendo! Había creído que era libre, pero no lo era. Una revelación se iba acercando, crecía, la dominaba, y ella sabía por experiencia que pronto la vencería del todo. Con gestos desmañados, notando cómo se deterioraba su coordinación, desvió el coche hacia la derecha para no bloquear la rampa de salida. Al acercarse demasiado al vehículo que estaba a su lado oyó un furioso bocinazo, pero fue un ruido distante, apagado. Empezaba a nublársele la vista. Desesperada, pisó el freno para detener el coche y echó el freno de mano con la esperanza de lograr salir del tráfico de una vez, pero en ese momento volvieron las imágenes de la pesadilla y la golpearon de lleno igual que la luz de un faro que hubiera topado con ella en su barrido antes de buscar su blanco.

Las manos se le cayeron sobre el regazo, sin más. Permaneció sentada en el coche, con la vista fija frente a sí, sin parpadear, sin ver, todo volcado hacia dentro de ella.

Su respiración se volvió áspera. En su garganta comenzaron a formarse unos sonidos extraños, pero no los oyó. Su mano derecha se alzó lentamente y se cerró en un puño, como si agarrase algo con fuerza. Entonces el puño se movió violentamente, tres veces, imitando el movimiento de apuñalar con rígida contención. Luego volvió a quedar quieta, con el semblante sereno y pálido como el de una estatua y la mirada vacía y fija.

Fue el repiqueteo de la lluvia en la ventanilla lo que la hizo volver en sí. Confusa y exhausta, por un instante de terror no tuvo idea de quién era ni dónde estaba, ni de lo que había sucedido. En sus ojos relampagueaba una luz azul sobrenatural. Giró la cabeza para mirar con gesto de desorientación al hombre que se inclinaba sobre ella y que daba golpecitos en la ventanilla con algo brillante. No sabía quién era, no sabía nada. Era un desconocido, y estaba intentando entrar en su coche. Sintió en la boca el sabor acre del pánico.

En ese momento, la identidad, bendita fuera, regresó a ella y la devolvió a la realidad. El objeto brillante que utilizaba el hombre para golpear la ventanilla se transformó en una linterna. Un destello de luz que vio en su pecho resultó ser una insignia, y él, con el ceño fruncido y voz autoritaria, era un policía. Su coche patrulla, con las luces distintivas girando, estaba aparcado a un lado, delante de ella.

Las imágenes de horror todavía estaban demasiado cerca, todavía parecían terroríficamente reales. Sabía que tenía que apartarlas de sí para poder funcionar, y necesitaba recuperar el control de sí misma. Flotaba en el aire un peligro indefinido, algún recuerdo que bailaba cerca de la superficie pero que no quería cristalizar. Desesperada, se abrió paso entre la niebla de confusión y buscó nerviosa el mando de bajar la ventanilla, luchando por encontrar fuerzas para realizar aquel acto tan simple. El agotamiento le calaba los huesos, la paralizaba, le hacía papilla los músculos.

Al abrir la ventanilla penetró un chorro de aire cálido y húmedo. El policía paseó el haz de luz de la linterna por el interior del coche.

-¿Qué problema tiene, señora?

Marlie sentía el cerebro embotado y el pensamiento entontecido, pero aun así tuvo lucidez

suficiente para no ceder al impulso de soltar la verdad. Eso atraería inmediatamente sobre ella la sospecha de que se hallara bajo la influencia de alguna droga, probablemente un alucinógeno. Sí, eso era; ése era el peligro indefinido que había captado. Una noche en la cárcel, para una persona normal, sería algo bastante malo; para ella, en aquellas circunstancias, podía resultar catastrófico.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo había transcurrido, pero sí sabía que debía de estar pálida y demacrada.

-Er... Lo siento -dijo. Hasta la voz le temblaba. Buscó desesperadamente una explicación que fuera creíble--. Es que... soy epiléptica. Empecé a marearme y me salí de la calzada. Creo que he debido de tener un ligero ataque.

El haz de la linterna le recorrió la cara, jugando sobre sus facciones.

-Haga el favor de salir del coche, señora. Otra vez comenzó a temblar; no sabía si la sostendrían las piernas. Pero salió del coche, agarrándose a la puerta abierta. Las luces azules le hirieron los ojos, y volvió la cabeza para no verlas. Se quedó de pie en medio de la fuerte luz, inmóvil, como un pajarito, temblando visiblemente.

-¿Me permite su carnet de conducir ? Tenía los brazos como si fueran de plomo. Supuso un esfuerzo coger el bolso, que se le cayó inmediatamente y derramó su contenido mitad en el coche, mitad en el suelo. Un contenido inocuo, gracias a Dios; no llevaba siquiera un frasco de aspirinas ni un paquete de tabaco. Todavía le daba miedo tomar medicación sin receta médica, incluso después de seis años, porque los efectos mentales podían ser impredecibles.

A base de concentrarse con empeño, manteniendo a raya la agobiante fatiga, consiguió recoger el bolso y sacar el permiso de conducir. El policía lo examinó en silencio y acto seguido se lo devolvió.

-¿Necesita ayuda? -preguntó por fin.

-No, ya me siento mejor, e-excepto por el t-temblor -repuso ella. Le castañeteaban los dientes-. No vivo lejos. Conseguiré llegar a casa.

-¿ Le gustaría que la siguiera, para cerciorarme de que se encuentra bien?

-Sí, por favor -contestó Marlie, agradecida. Estaba dispuesta a mentir todo lo que hiciera falta para que no la llevaran a un hospital, pero eso no significaba que hubiera perdido el sentido común. Estaba increíblemente cansada, la resaca era peor de lo que recordaba. y todavía tenía que lidiar con aquellas imágenes de pesadilla.... percepción o recuerdo, no lo sabía bien, pero las apartó de su mente. No podía permitirse a sí misma pensar en ellas; en aquel preciso momento tenía que concentrarse sólo en las tareas que tenía entre manos, que eran conservar la coherencia, permanecer erguida y ser capaz de funcionar, al menos hasta que llegara a su casa.

El policía la ayudó a recoger sus pertenencias, y en pocos instantes estuvo otra vez detrás del volante, regresando a la calzada, conduciendo con sumo cuidado, pues cada movimiento le suponía un esfuerzo. Dos veces se sorprendió a sí misma a punto de cerrar los ojos, sintiendo cómo se cernía inexorablemente sobre ella la oscuridad de la inconsistencia.

Por fin llegó a casa y giró para entrar en el camino de acceso. Logró salir del coche y despedirse del policía con la mano. Se apoyó contra el coche, le vio marchar, y sólo cuando dobló la esquina se aplicó a la tarea de entrar en la casa. En la seguridad.

Con unas manos temblorosas y poco cooperadoras, se pasó la correa del bolso por el cuello para que no se le cayera. Tras una breve pausa para hacer acopio de fuerzas, saltó desde el coche en dirección a la puerta principal. Como salto, quedó espectacularmente falto de fuerza. Se tambaleó como un borracho, le fallaba el paso, notaba la visión borrosa. Cada movimiento

era más difícil que el anterior, pues el cansancio crecía como si fuera algo vivo, se adueñaba de sus músculos y le robaba el control de ellos. Alcanzó los dos escalones que conducían a la entrada y se detuvo allí, meciéndose lentamente adelante y atrás, con la mirada turbia y fija en aquellos dos peldaños que normalmente no requerían ningún esfuerzo. Intentó levantar un pie lo bastante para superar el primero de ellos, pero no ocurrió nada; simplemente no podía hacerlo. Era como si llevara pesas de hierro en los tobillos, que le impedían avanzar.

Empezó a temblar, otra reacción que ya conocía de antes, de aquella otra vida; sabía que sólo disponía de unos minutos para entrar en la casa antes de derrumbarse del todo.

Cayó pesadamente de rodillas y sintió el dolor que ello le produjo como una sensación distante, imperceptible. Oía su respiración agitada, trabajosa, exhausta. Lentamente, como una tortura, se arrastró escalones arriba luchando por ganar centímetro a centímetro, luchando por reprimir la oscuridad.

Llegó a la puerta. Llaves. Necesitaba las llaves para entrar.

No podía pensar. La negra niebla de su cerebro era paralizante. No se acordaba de lo que había hecho con las llaves. ¿Las llevaba en el bolso? ¿Estarían aún en el coche? ¿O se le habrían caído? No había forma de volver sobre sus pasos, ni tampoco de permanecer consciente mucho más tiempo. Empezó a rebuscar en el bolso con la esperanza de encontrar el juego de llaves. Debería poder reconocerlo al tacto; era una de esas pulseras elásticas que uno podía deslizarse en la muñeca. Notó el contacto del metal, pero no pudo atraparlo.

Pulsera. ..Se había colgado las llaves de la muñeca. Aquella era una costumbre tan arraigada que rara vez pensaba en ella. El temblor empeoró. Se sacó el juego de llaves de la muñeca, pero no consiguió introducir la llave en la cerradura. No veía nada, pues la oscuridad ya era casi completa. Desesperada, lo intentó de nuevo, encontró la cerradura puramente por el tacto y se concentró con el último resquicio de fuerza que le quedaba en la hercúlea tarea de guiar la llave. ...j Ya está! Jadeando, giró la llave hasta que oyó el chasquido. Eso es. Abierta.

No debía olvidarse de las llaves, no debía dejarlas puestas. Volvió a deslizarse el aro en la muñeca al tiempo que asía el picaporte y empujaba la puerta, lejos de ella. Se había reclinado contra la puerta, y al perder de pronto ese apoyo se derrumbó en el suelo, mitad dentro, mitad fuera de la casa.

Sólo un poco más, se instó a sí misma en silencio a la vez que luchaba por incorporarse sobre las rodillas. *Consigue entrar lo suficiente para cerrar la puerta, eso es todo.*

En realidad, aquello ya no era andar a gatas. Se arrastró hacia dentro, gimiendo por el esfuerzo, pero no oyó nada. La puerta. Tenía que cerrar la puerta. Sólo entonces podría abandonarse a la negrura.

Su brazo se movió débilmente, pero la puerta quedaba fuera de su alcance. Envío una orden a la pierna y ésta obedeció no supo cómo, se alzó despacio y dio una patada. ..una patada muy débil. Pero la puerta se cerró suavemente.

Entonces la oscuridad se adueñó de ella.

Permaneció inmóvil en el suelo mientras el reloj iba marcando las horas. La habitación se iluminó con la claridad gris del amanecer. El transcurrir de la mañana fue marcado por la trayectoria del sol, que entró por una ventana, bajó por la pared y cruzó el suelo para finalmente darle de lleno en la cara. Sólo entonces se movió en un intento de escapar del calor, y el profundo estupor pasó a ser un sueño más normal.

Ya estaba avanzada la tarde cuando comenzó a despertarse. El suelo no era precisamente un lugar cómodo para dormir; cada cambio de postura provocaba una protesta de sus rígidos músculos y la incitaba hacia la vigilia. Poco a poco se hicieron notar otras incomodidades

físicas, una vejiga a rebosar era la más insistente de ellas. También tenía mucha sed.

Se incorporó de rodillas con gran esfuerzo, con la cabeza colgando como un corredor de maratón al final de la carrera. Sintió en las rodillas un desconcertante dolor que le arrancó una sorda exclamación. ¿Qué le pasaba en las rodillas? ¿y por qué estaba en el suelo?

Mareada, miró a su alrededor y reconoció su casa, familiar y segura, el acogedor entorno de la pequeña sala de estar. Tenía algo enredado alrededor del cuerpo, algo que la estorbaba en sus esfuerzos por ponerse de pie... Luchó contra las correas retorcidas y por fin se quitó de encima aquella cosa, pero frunció el ceño al ver que también le resultaba familiar. Era su bolso. ¿Pero por qué tenía las correas alrededor del cuello?

Daba igual. Estaba muy cansada, cansada hasta la médula de los huesos.

Se valió de una silla que había cerca para agarrarse y se incorporó lentamente. Algo le ocurría a su coordinación; fue tambaleándose y dando tumbos igual que un borracho en dirección a un destino común: el inodoro. La comparación le resultó levemente humorística.

Una vez que hubo atendido su necesidad más acuciante, se sirvió un vaso de agua y bebió con avidez, derramando un poco de líquido. No le importó. No recordaba haber tenido nunca tanta sed. Ni haber estado tan agotada. Esta vez había sido peor que nunca, peor incluso que seis años antes, cuando...

Se quedó petrificada en el sitio y contempló horrorizada su imagen en el espejo. La mujer que le devolvía la mirada tenía su rostro, pero aquella no era la cara tranquilizadamente normal a la que se había acostumbrado; era la cara de antes, de seis años atrás en el pasado, de una vida que ella había creído, esperado, olvidada para siempre.

Estaba pálida y sentía la piel tirante a causa de la tensión nerviosa. Lucía oscuras ojeras que apagaban el azul de los ojos y les daban un matiz pardusco. Su cabello castaño oscuro, normalmente tan aseado, le colgaba enmarañado alrededor del rostro. Parecía tener más de los veintiocho años que tenía, su expresión era la de alguien que ha visto demasiado, que ha vivido demasiadas cosas.

Recordó las vivas y sangrientas imágenes, la tormenta de emociones violentas que habían asumido el control de su mente, que la habían dejado vacía y exhausta, como siempre le había ocurrido con las visiones. Creía que habían terminado, pero se había equivocado. También se equivocó el doctor Ewell. Habían vuelto.

O a lo mejor había experimentado una regresión. Aquella posibilidad resultaba aún más aterradora, porque no quería de ningún modo vivir todo de nuevo. Pero de pronto parecía probable, porque, de no ser así, ¿por qué iba a haber visto aquel cuchillo relampagueante que goteaba sangre y caía una y otra vez. ...?

-Ya basta -dijo en voz alta, todavía contemplándose en el espejo-. Ya basta.

Aún notaba la mente pesada y lenta, mientras se esforzaba por superar lo sucedido, por vencer los efectos secundarios de aquel largo estupor. Evidentemente, los resultados de una regresión eran los mismos que si hubiera tenido una visión auténtica. Si la mente creía que era real, el estrés sufrido por el cuerpo era igual de intenso.

Pensó en llamar al doctor Ewell, pero mediaba entre ellos un espacio de seis años, y no quería llenarlo. Hubo un tiempo en el que confió en él para casi todo, y aunque él siempre la había apoyado y protegido, se había acostumbrado a cuidar de sí misma. La independencia le sentaba bien. Después de recibir tantas atenciones, casi asfixiantes, durante los veintidós primeros años de su vida, la soledad y la autosuficiencia de los últimos seis habían sido muy reconfortantes. Haría frente a estas regresiones sin ayuda de nadie.

CAPÍTULO 2

Sonó el timbre de la puerta. El detective Dane Hollister echó un vistazo al reloj, y acto seguido lo cerró de un juramento. Era las siete de la mañana de un sábado de semana libre que tenía en todo un mes, y algún idiota llamaba al timbre. Quienquiera que fuese, a lo mejor se iba.

El timbre sonó de nuevo, esta vez seguido de la puerta. Musitando nuevamente, Dane apartó a un lado la revuelta sábana y saltó de la cama desnudo. Agarró los pantalones se había quitado la noche anterior y se los enfundó a toda prisa, subió la cremallera pero no abrochó el botón. Por costumbre, una costumbre tan arraigada que ni siquiera pensaba en ella, cogió su Baretta de nueve milímetros de la mesilla de noche. Jamás contestaba a la puerta sin ir armado; ya puestos, ni siquiera recogía el arma. Su última novia, que no había durado mucho porque no pudo soportar el errático horario de un policía, había dicho en tono cáustico que él era el único hombre que conocía que se fuera al cuarto de baño llevando una arma consigo.

La chica no tenía mucho sentido del humor, así que Dane se abstuvo de hacer una observación de sabelotodo acerca de las armas masculinas. Excepto porque echaba de menos el sexo, había supuesto un alivio que ella decidiera poner punto final a la relación.

Levantó una lámina de la persiana para mirar afuera, y con otra maldición descorrió los cerrojos y abrió la puerta. Su amigo y socio, Alejandro Trammell, aguardaba de pie en la pequeña entrada. Trammell alzó sus elegantes cejas al tiempo que estudiaba los arrugados pantalones de algodón de Dane.

-Bonito pijama --comentó. --

-¿Tienes una jodida idea de la hora que es? -ladró Dane. Trammell consultó su reloj de pulsera, un Piaget extraplano.

-Las siete menos dos minutos. ¿Por qué? -Pasó al interior de la casa. Dane cerró de un portazo que resonó por todas partes.

Trammell se detuvo y le preguntó divertido:

-¿Tienes compañía?

Dane se pasó la mano por el pelo y luego por la cara.

-No. Estoy solo. -Bostezó, y entonces examinó a su socio. Trammell iba pedantemente vestido, como siempre, pero presentaba unas oscuras ojeras. Dane bostezó otra vez. ¿No te has acostado todavía, o es que acabas de levantarte?

-Un poco de ambas cosas. Simplemente he tenido una mala noche, no he podido dormir. He pensado que podía venir aquí a tomar un café y desayunar.

-Muy generoso por tu parte, compartir tu insomnio conmigo -murmuró Dane, pero ya había echado a andar en dirección a la cocina. Él también tenía sus noches malas, de modo que entendía lo que era la necesidad de compañía. Trammell nunca le había rechazado en ocasiones así. Yo te pondré el café, pero después te las apañarán solo mientras me ducho y me afeito.

-Ni pensarlo -dijo Trammell-. Yo mismo me pondré el café. Quiero poder bebérmelo.

Dane no discutió. Él era capaz de beberse su propio café, pero hasta el momento no había nadie más que se lo bebiera. No le preocupaba gran cosa a qué sabía, pero como lo que le interesaba era la cafeína, el sabor era algo secundario.

Dejó a Trammell con el café y regresó soñoliento al dormitorio. Allí se quitó los pantalones y los dejó donde habían estado antes: en el suelo. Diez minutos en la ducha apoyado con una mano sobre los azulejos mientras el agua le caía en la cabeza hicieron que pareciera posible

despertarse; el afeitado lo hizo parecer deseable, pero hizo falta un leve corte en la mejilla para convencerle. Se limpió la sangre, maldiciendo otra vez. Tenía la teoría de que cuando el día comenzaba con un corte al afeitarse iba a ser una mierda de principio a fin; por desgracia, todos los días había muchas probabilidades de que su cara luciera un pequeño corte. No llevaba bien eso de afeitarse. Trammell le había aconsejado vagamente en alguna ocasión que se pasase a la maquinilla eléctrica, pero odiaba la idea de que una cuchilla lograra vencerle, de modo que siguió con su método, derramando su sangre en el altar de la testarudez.

Por fin, vestirse resultó cosa fácil. Simplemente se propuso lo primero que encontró a mano. Como a veces se olvidaba de ponerse corbata, siempre llevaba una en el coche; tal vez no pegara con lo que llevaba puesto, pero se imaginaba que una corbata era una corbata, lo que importaba era la intención más que el estilo. El jefe quería que los detectives usaran corbata, así que Dane usaba corbata. Trammell a veces parecía horrorizado, pero es que Trammell era un obseso de la ropa que tendía a vestir trajes italianos de seda, así que Dane no se lo tomaba a pecho. "

Si cualquier otro poli vistiera como vestía Trammell, o tuviera un coche como el que tenía Trammell, Asuntos Internos se le habría echado encima igual que las moscas a la mierda, lo cual era un modo apropiado de describir aquel departamento. Pero Trammell gozaba de la independencia que le daba el dinero, pues había heredado una bonita fortuna de su madre cubana, además de varias empresas prósperas de su padre, un hombre de negocios de Nueva Inglaterra que se había enamorado durante unas vacaciones en Miami y se quedó en Florida para el resto de su vida. La casa de Trammell había costado su buen millonaje de dólares, y él en ningún momento hizo el menor esfuerzo por rebajar su nivel de vida. Su compañero era un hijo de puta tan enigmático, que Dane no era capaz de decidir si Trammell vivía con tanto lujo simplemente porque le gustaba aquel estilo de vida y podía permitírselo, o si lo hacía para jorobar a los cabrones de Asuntos Internos. Dane sospechaba esto último y le parecía bien.

Él y Trammell eran polos opuestos en muchas cosas. Trammell era delgado como una hoja, y más reservado que un gato. Fueran cuales fueran las circunstancias, siempre iba elegante y acicalado, la ropa le quedaba perfecta. Le gustaban de verdad la ópera y el ballet. Dane era exactamente lo contrario: podía llevar el traje de seda más caro del mundo, perfectamente a medida de su cuerpo atlético y musculoso, y sin embargo seguir pareciendo sutilmente desaliñado. Le gustaban los deportes y la música *country*. Si ambos fueran automóviles, Trammell sería un Jaguar, mientras que Dane sería una furgoneta. Con tracción a las cuatro ruedas.

Por otra parte, pensó Dane mientras regresaba lentamente a la cocina, la naturaleza había compensado su obra con los rostros de ambos, en una especie de marcha atrás. En persona, Trammell era suave- mente apuesto, pero en las fotos su cara adquiría un aire siniestro. Dane se imaginaba que su propia cara asustaría a los niños ya los animales pequeños, suponiendo que hubiera alguna diferencia entre los dos, pero la cámara le adoraba. Todos aquellos ángulos, había explicado Trammell. Trammell era un apasionado de las cámaras y hacía un montón de fotos; nunca iba a ninguna parte sin su cámara. Dane, al ser su compañero y estar constantemente con él, naturalmente aparecía en muchas de esas fotos. En ellas, los rasgos brutales de sus pómulos altos y prominentes, los ojos hundidos y la barbilla partida, todo ello resultaba melancólico y enigmático en vez de meramente bruto. Hasta la nariz rota parecía más derecha en las fotos. En persona parecía ceñudo, su cara ajada, y sus ojos, los ojos de un policía, atentos y demasiado viejos.

Dane se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa. Trammell seguía cocinando, y, fuera

lo que fuera, olía bien.

-¿Qué hay para desayunar? -preguntó.

-Tortitas de trigo integral con fresas frescas.

Dane soltó un resoplido.

-En mi casa no ha habido jamás harina de trigo integral.

-Ya lo sé. Por eso me la he traído conmigo.

Comida sana. A Dane no le importó. Podía mostrarse bastante afable cuando era otro el que cocinaba. Cuando trabajaban, sobrevivían más que nada a base de comida basura, algo que fuera rápido y sencillo, de modo que no le importaba equilibrarlo con basura nutritiva y baja en grasas cuando ambos tenían tiempo. Joder, si hasta habían llegado a aficionarse a las coles. Sabían a cacahuets verdes, recién sacados del suelo y sin desarrollarse del todo, con la cáscara aún blanda. De niño había comido un montón de cacahuets verdes, los prefería antes que los totalmente crecidos, a los que había que romper la dura cáscara.

-Bueno, ¿y qué es lo que no te ha dejado dormir esta noche? -preguntó a Trammell-. ¿Algo en particular?

-No, ha sido una de esas noches en las que empiezas a soñar cosas raras cada vez que te quedas dormido.

Era curiosa la forma en que los sueños i han y venían. Todos los policías soñaban, pero Trammell y él habían pasado una mala racha años atrás, justo después del tiroteo; durante un tiempo tuvieron pesadillas todas las noches. La mayoría de los policías llegaban al final de su carrera sin haber tenido que disparar sus armas, pero Dane y Trammell no habían tenido esa suerte.

Estaban intentando encontrar un sospechoso a quien interrogar en un tiroteo que había sido iniciado por la furiosa novia del sospechoso, justo en medio de una importante operación de drogas dirigida nada menos que por el propio sospechoso. Así era la forma en que solían caer los malos; la mayoría de las veces no eran atrapados gracias a la labor de un agudo detective, sino porque alguien los traicionaba

En esa ocasión en particular, en vez de lanzarse en picado por cualquier ventana y desaparecer por alguna alcantarilla, los malos los habían recibido con una nube de balas. Dane y Trammell se tiraron al suelo, saltaron a otra habitación, y durante cinco minutos de los más largos de la historia permanecieron acorralados en aquel lugar. Cuando llegaron los refuerzos, en forma de todos los policías disponibles en las inmediaciones, uniformados o no, que habían oído la llamada por radio de Dane de .agente en tiroteo., ya habían caído tres de los malos y la chica. La chica y uno de los hombres estaban muertos. Una bala había rebotado, se había astillado, y una parte de ella había alcanzado a Dane en la espalda, perdonando pnr muy poco la columna vertebral. Todavía llevaba fuerza suficiente para romperle una costilla y hacerle un agujero en el pulmón derecho Las cosas se volvieron un tanto borrosas a partir de entonces, pero una de las cosas que recordaba con claridad era la imagen de Trammell arrodillado junto a él y soltando un chorro de palabrotas mientras intentaba detener la hemo- rragia. Tres días en cuidados intensivos, quince días en total de estancia en el hospital, nueve semanas hasta poder regresar al trabajo. Sí, los dos habían tenido muchas pesadillas durante una buena temporada después de aquello.

Justo cuando Trammell empezaba a servir las tortitas, sonó el teléfono. Dane se estiró para levantar el auricular, y al mismo tiempo se disparó el busca de Trammell.

-¡Mierda! -dijeron los dos, mirándose el uno al otro.

-¡Es sábado, maldita sea! -gruñó Dane contra el auricular del teléfono-. Hoy no

trabajamos.

Escuchó mientras observaba cómo Trammell trasegaba a toda prisa una taza de café, y luego suspiró.

-Sí, de acuerdo. Trammell está aquí. Vamos para allá.

-¿Qué es lo que ha anulado nuestro día libre? -quiso saber Trammell mientras salían por la puerta.

-Stroud y Keegan están trabajando en otro caso. Worley está enfermo en casa esta mañana. Freddie está en el dentista con una muela infectada. -Cosas que pasaban, no merecía la pena cabrearse por ello-. Yo conduzco.

-¿y adónde vamos ?

Dane le dio la dirección mientras se subían a su coche, y Trammell la anotó en un papel.

-Llamó un hombre diciendo que su mujer estaba herida. Se le envió una unidad médica de urgencia, pero llegó antes un oficial de patrulla, echó una mirada y anuló la petición de la unidad médica para llamar a Homicidios.

Les llevó tres minutos llegar a la dirección que les habían indicado, pero no había posibilidad de equivocarse de casa. La calle estaba casi bloqueada por coches patrulla, una furgoneta de paramédicos y otros vehículos oficiales. Se veían varios agentes uniformados alrededor del pequeño césped de la entrada, mientras que los vecinos se apiñaban en pequeños grupos, algunos todavía con el pijama puesto. Dane examinó automáticamente a las personas que miraban, en busca de algo que no encajase, alguien que pareciera estar fuera de lugar o que se mostrara demasiado interesado. Resultaba asombroso lo frecuentemente que un asesino se paseaba tranquilamente por ahí.

Se puso una chaqueta azul marino, cogió la corbata de repuesto del asiento de atrás del coche y se la puso con un nudo flojo alrededor del cuello. Se fijó en que, de alguna manera, Trammell se las había arreglado para anudar de forma impecable la suya dentro del coche. Volvió a mirar; maldita sea, ¡no podía creerlo! ¡El muy cabrón había elegido un traje italiano de botonadura cruzada para su día libre! Simplemente se puso la chaqueta del traje nada más salir de la casa.

A veces, Trammell se preocupaba.

Enseñaron sus placas al policía que estaba en la puerta, y éste se hizo a un lado para dejarles entrar.

-Mmm mierda -dijo Dane en voz baja después de echar un buen vistazo.

-y todas las demás excreciones humanas -repuso Trammell en el mismo tono de incredulidad.

Los escenarios de un asesinato no eran nada nuevo. Al cabo de un tiempo, los policías llegaban a un punto en el que los crímenes violentos eran cosa de rutina, a su modo. Había navajazos y tiroteos como para dar y tomar. Si le hubieran preguntado media hora antes, Dane habría dicho que Trammell y él llevaban tanto siendo detectives, que por lo general resultaba imposible impresionarlos.

Pero aquello era distinto.

Había sangre por todas partes, salpicada en las paredes, en el suelo, hasta en el techo. Observó el interior de la cocina, y el reguero de sangre partía de allí y atravesaba el salón para seguir por un pequeño pasillo y perderse de vista después. Intentó imaginarse qué clase de lucha habría podido extender tanta sangre de aquella manera.

Dane se volvió al policía uniformado que guardaba la puerta. -¿Han venido ya los chicos del laboratorio? -Aún no.

-Mierda -volvió a decir.

Cuanto más tardase en llegar el equipo del laboratorio, o forenses, más comprometida se vería la escena del crimen. Era inevitable que se alterase algo, a no ser que los forenses fueran los que descubrieran a la víctima y aislaran inmediatamente la zona. Pero los forenses no estaban allí, y la casa estaba atestada de policías tanto uniformados como de civil, que pululaban por todas partes contaminando inevitablemente las pruebas.

-No permita que entre nadie más excepto los chicos de Ivan -dijo al agente. Ivan Schaffer era el jefe del equipo del laboratorio. Iba a cabrearse mucho cuando viera aquello.

-El teniente Bonness viene de camino.

-A él también puede dejarle entrar -contestó Dane con una sonrisa característica.

La casa era de clase media, nada fuera de lo común. El salón estaba amueblado con un sofá y un sillón a juego, la acostumbrada mesa de centro y lamparitas a juego de auténtica madera barnizada, además de un gran diván de color marrón situado en el mejor sitio frente a la televisión. El diván estaba ocupado ahora por un hombre de aspecto desorientado de unos cuarenta y muchos o cincuenta años, probablemente el marido de la víctima. Daba respuestas monosilábicas a las preguntas que le formulaba otro agente uniformado.

La víctima se encontraba en el dormitorio. Dane y Tcammell se abrieron paso por entre la multitud hasta la pequeña habitación. El fotógrafo ya había llegado y estaba haciendo su trabajo, pero por una vez resultaba notorio que no mostrase su habitual indiferencia.

La mujer desnuda yacía en el estrecho espacio que quedaba entre la mesilla de noche y la pared. Había sido apuñalada repetidamente... *acribillada* era la palabra más adecuada. Había intentado echar a correr, y cuando se vio acorralada en el dormitorio trató de luchar, como lo atestiguaban las profundas heridas que presentaba en los brazos. Había sido casi decapitada, tenía los pechos mutilados por el gran número de heridas sufridas, y le habían seccionado todos los dedos. Dane recorrió la habitación con la vista, pero no vio los dedos cortados. La cama estaba todavía hecha, aunque salpicada de sangre.

-¿Se ha encontrado el arma? -preguntó Dane.

Un patrullero asintió con la cabeza.

-Estaba justo al lado del cuerpo. Un cuchillo de cocina. La víctima tenía un juego completo. Por lo visto, esos cuchillos hacen lo que dicen en los anuncios; creo que voy a comprármelos a mi mujer.

Otro agente soltó un resoplido.

-Si yo fuera tú, lo pensaría mejor, Scanlon. Dane no hizo caso del humor negro, que empleaban todos los policías para que los ayudase a enfrentarse a las cosas que veían a diario.

-¿Y los dedos?

-Nada. Ni rastro de ellos.

Trammell soltó un suspiro.

-Creo que será mejor que vayamos a hablar con el marido. Era un hecho que la mayoría de los homicidios, excepto los cometidos al azar por bandas desde un coche, eran cometidos por alguien que conocía a la víctima: un amigo, un vecino, un compañero de trabajo, un pariente. Cuando la víctima era una mujer, la habitual lista de sospechosos se reducía todavía más porque el asesino era casi invariablemente su marido o su novio. En muchas ocasiones, el asesino era el que «descubría» el cadáver e informaba del crimen.

Regresaron al salón, y Dane cruzó su mirada con la del agente que estaba interrogando al marido, y que acto seguido se acercó a ellos.

-¿Ha dicho alguna cosa? -preguntó Dane.

El agente negó con la cabeza.

-La mayor parte del tiempo no ha querido responder a las preguntas. Sí ha dicho que su esposa se llamaba Nadine y que él se llama Vinick, Ansel Vinick. Llevan veintitrés años viviendo aquí. Aparte de eso, no quiere hablar.

-¿Fue él quien llamó a la policía?

-Sí.

-Bien. Nosotros nos ocuparemos ahora.

Trammell y él fueron hasta donde estaba el señor Vinick. Dane se sentó en el sofá y Trammell acercó el otro sillón antes de tomar asiento, para así aprisionar al señor Vinick entre ambos.

-Señor Vinick, soy el detective Hollister, y éste es el detective Trammell. Nos gustaría hablar con usted, hacerle unas preguntas.

El señor Vinick tenía la mirada fija en el suelo. Sus grandes manos colgaban inertes sobre los mullidos brazos del diván.

-Claro -dijo sin emoción alguna.

-¿Fue usted el que encontró a su esposa?

El hombre no contestó, sino que se limitó a contemplar el suelo. Intervino Trammell:

-Señor Vinick, ya sé que le resulta duro, pero necesitamos su co- operación. ¿Es usted la persona que llamó a la policía?

Él movió lentamente la cabeza en un gesto negativo.

-No llamé a la policía; llamé al 911.

-¿A qué hora llamó? -preguntó Dane. La hora figuraría en el informe, pero los mentirosos solían traicionarse a sí mismos en los detalles más simples. En aquel preciso momento, Vinick era sospechoso por el hecho de estar casado con la víctima.

-No sé -musitó Vinick. Aspiró profundamente y pareció hacer esfuerzo por concentrarse-. Las siete y media o así, creo. -Se pasó una mano temblorosa por la cara-. Salí del trabajo a las siete, y suelo tardar unos veinte o veinticinco minutos en llegar a casa.

Dane cruzó su mirada con la Trammell. Habían visto suficientes muertos para saber que la señora Vinick llevaba varias horas en ese estado, y no media hora o así. El forense establecería la hora del deceso, y si el señor Vinick había estado trabajando durante ese tiempo, y si había

testigos que pudieran afirmar con seguridad que no se había marchado, tendrían que empezar a estudiar otras posibilidades. A lo mejor la víctima tenía un novio; tal vez alguien había conservado caliente la cama de la señora Vinick mientras su marido trabajaba en el turno de noche.

-¿Dónde trabaja usted?

No hubo respuesta. Dane lo intentó de nuevo. -Señor Vinick, dónde trabaja?

Vinick se movió un poco y nombró una empresa local de transportes.

-¿Normalmente trabaja en el turno de noche?

-Sí, trabajo en el muelle, cargando y descargando camiones. La mayor parte de las mercancías llegan de noche para ser entregadas durante el día.

-¿A qué hora se fue a trabajar anoche?

-A la hora de siempre, alrededor de las diez.

Estaban en racha, por fin empezaban a obtener algunas respuestas.

-¿Tiene usted que fichar en el trabajo? --quiso saber Trammell.

-Sí.

-¿Ficha nada más llegar, o espera hasta que comienza su turno? -Nada más llegar. El turno

empieza a las diez y media. Tenemos media hora para cenar, y salimos a las siete.

-¿Tiene que fichar al ir y venir de cenar?

-Sí.

Por lo visto, la noche del señor Vinick iba a estar muy bien documentada. Comprobarían todo lo que les había dicho, por supuesto, pero eso no supondría ningún problema.

-¿Notó usted algo fuera de lo habitual esta mañana? -preguntó Dane-. Antes de entrar en casa, quiero decir.

-No. Bueno, la puerta estaba cerrada con llave. Nadine suele levantarse a abrirmela y luego se pone a hacer el desayuno.

-¿Suele usted entrar por la puerta principal o por la trasera?

-Por la trasera.

-¿Qué vio cuando abrió la puerta?

Al señor Vinick le tembló la barbilla.

-Al principio, nada. Las persianas estaban echadas y las luces no estaban encendidas. Estaba todo oscuro. Me imaginé que Nadine se había dormido.

-¿Y qué hizo?

-Encendí la luz de la cocina.

-¿Qué vio allí?

El señor Vinick tragó saliva, Abrió la boca, pero no pudo hablar. Se llevó una mano a los ojos.

-S-sangre -consiguió decir-. Por, .. por todas partes. Excepto que." parecía salsa de tomate, al principio, Pensé que se le habría caído un bote de tomate y se le habría roto, y que por eso estaba todo manchado, Luego..., luego comprendí lo que era, y me asusté, Pensé que a 10 mejor se había cortado, un corte grave, La llamé a gritos y corrí al dormitorio a buscarla. -Se interrumpió, incapaz de proseguir la narración. Comenzó a temblar y no se dio cuenta del momento en que Dane y Trammell se levantaron y se fueron, dejándole a solas con su pena y su horror.

Llegaron Ivan Schaffer y su ayudante con sus maletines y desaparecieron en el dormitorio para recoger cualquier prueba que pudieran salvar de aquella carnicería. El teniente Gordon Bonness llegó prácticamente pisándoles los talones y frenó en seco nada más trasponer la puerta, con una expresión de sobresalto.

-Mierda, mierda -murmuró, !

-Ése parece ser el consenso -dijo Trammell a Dane en un aparte, al tiempo que ambos iban al encuentro del teniente.

Ilc

Bonness no era mal tipo aunque fuera de California y pudieran ocurrírsele ideas peregrinas de las cosas, Era lo más justo posible en su manera de dirigir aquella unidad, lo cual Dane consideraba una recomendación bastante buena, y era tolerante con las diversas peculiaridades y costumbres de los detectives que tenía bajo su mando.

-¿Qué habéis conseguido hasta ahora? – preguntó Bonness.

- Tenemos una mujer acribillada a cuchilladas y un marido que estaba trabajando. Comprobaremos su coartada ,pero las tripas me dicen que está fuera de toda sospecha -respondió Dane.

Bonness suspiró.

-¿ Un novio, acaso?

-Todavía no hemos llegado a eso.

-Está bien. Vamos a movernos deprisa esta vez. Dios, qué paredes, Pasaron al dormitorio, y allí el teniente palideció.

-Mierda, mierda -dijo de nuevo-, ¡Esto es enfermizo!

Dane le dirigió una mirada pensativa y se le encogió el estómago. Experimentó una sensación de pánico que le subía por la espalda. Enfermizo. Sí, aquello era un acto enfermizo, y él estaba de pronto mucho más preocupado que antes.

Se agachó en cuclillas al lado de Ivan mientras éste, alto y larguirucho, buscaba cuidadosamente alguna fibra, un cabello, algo que pudiera analizarse y revelar sus secretos.

-¿Ha encontrado algo?

-No lo sabré hasta que lo lleve al laboratorio. -Ivan miró alrededor-. Sería de ayuda que encontrásemos los dedos, a lo mejor había algo de piel bajo las uñas. Tengo gente examinando la basura del vecindario. Aquí no hay recogida de basuras, de modo que eso está descartado.

-¿La han violado?

-No lo sé. No se ve semen.

La sensación de pánico de Dane estaba aumentando. Lo que había sucedido parecía un asesinato simple, aunque espeluznante, que se iba complicando. Sus tripas rara vez se equivocaban, y sus señales de alarma se estaban disparando una detrás de otra como si de un pelotón se tratara.

Siguió el rastro de sangre hasta su comienzo, en la cocina. Trammell acompañó, y ambos permanecieron unos minutos de pie en el pequeño y acogedor recinto, recorriéndolo con la vista. Era evidente que a Nadine Vinick le gustaba cocinar; la cocina era más moderna que el resto de la casa, con accesorios relucientes, una pequeña isleta central y un surtido de cazuelas y sartenes brillantes pero muy usadas que colgaban sobre la isleta. En un extremo de la encimera había un conjunto de utensilios para cortar, además de un juego de cuchillos de cocina, del que faltaba uno.

-¿Cómo entró aquí ese hijo de puta? -musitó Dane-. ¿Alguien ha buscado signos de que hayan forzado la entrada, o se han limitado a la posibilidad de que sea el marido el que la mató?

Trammell llevaba suficiente tiempo trabajando con él para saber lo que estaba pensando.

-¿Tienes una corazonada?

- Sí, una muy mala.

- ¿Crees que a lo mejor tenía un amiguito?

Dane se encogió de hombros.

-Puede que sí, puede que no. Es por algo que ha dicho el teniente, lo de que esto es un acto enfermizo. Así es. Y eso me pone muy nervioso. Ven, vamos a ver si conseguimos averiguar como entró.

No llevó mucho tiempo. Había un pequeño corte en la parte inferior de la persiana del otro dormitorio. La persiana estaba en su sitio, pero sin sujetar, y el cierre de la ventana estaba abierto, algo que no habría impedido la entrada ni a un niño de diez años.

-Voy a buscar a Ivan -dijo Trammell-. Quizás él pueda tomar alguna huella o encontrar un par de hilos sueltos.

La sensación que Dane notaba en las tripas empeoraba. Una entrada por la fuerza suponía un giro en la situación e indicaba la presencia de un desconocido. Aquello no tenía pinta de ser un allanamiento de morada que hubiera desembocado en violencia cuando el intruso se topó

de repente con la señora Vinick; un ladrón corriente probablemente habría huido, y aun cuando hubiera atacado, se habría dado prisa. La agresión sufrida por la señora Vinick había sido a la vez sádica y prolongada. Enfermiza.

Regresó a la cocina. ¿ Habría tenido lugar allí la primera confrontación, o habría visto la señora Vinick al intruso y habría tratado de huir por la puerta de atrás, y había llegado sólo hasta la cocina antes de que él la atrapara? Dane miró fijamente los accesorios, como si éstos pudieran decirle algo. Un leve ceño le frunció la frente, y se inclinó sobre la cafetera automática, que era de esas que se instalaban sobre los armarios de arriba para que no ocuparan espacio en la encimera. La jarra contenía unas cinco tazas de café. Tocó el cristal con el dorso de los dedos. Estaba frío. La cafetera era de las que tenían un interruptor automático que desconectaba el plato de calentar al cabo de dos horas. Sobre la encimera había una taza de café, llena casi hasta el borde. No tenía aspecto de que nadie la hubiera tocado desde que se echó el café en ella. Dane metió un dedo en el líquido. Frío también.

Extrajo un par de guantes quirúrgicos del bolsillo y se los puso. Tocó con cuidado sólo el borde de madera de las puertas de los armarios, en vez de los tiradores metálicos, y fue abriéndolos todos. Tras la segunda puerta encontró un bote de café descafeinado. La señora Vinick podría tomarlo por la noche sin preocuparse de que pudiera quitarle el sueño.

Había hecho una cafetera y había estado allí, en la cocina. Acababa de servirse la primera taza y había vuelto a dejar la jarra en el plato. La puerta del salón quedaba detrás de ella, a la derecha. Dane repitió todos los movimientos como si él mismo se hubiera servido el café, y se situó donde se habría situado la víctima. Según la posición de la taza sobre la encimera, seguramente la señora Vinick se puso de pie ligeramente a la izquierda de la cafetera. Entonces fue cuando vio al intruso, justo después de dejar la jarra en su sitio. La cafetera tenía una superficie oscura y brillante, casi como un espejo, detrás de las manecillas del reloj que llevaba incorporado. Dane flexionó las rodillas, en un intento de bajar hasta la estatura aproximada de la señora Vinick. La puerta abierta de la cocina se reflejó en la superficie de la cafetera.

La víctima no había llegado a coger su taza de café recién hecho. Vio el reflejo del intruso y se volvió, tal vez pensando, en un primer momento, que su marido había olvidado algo y que había regresado a casa a buscarlo. Cuando se dio cuenta de su error, ya tenía al asesino encima.

Probablemente no estaba desnuda en la cocina, aunque Dane llevaba siendo policía el tiempo suficiente como para saber que todo era posible. Simplemente era otra corazonada. Pero sí estaba desnuda cuando el asesino hubo terminado con ella, y probablemente también cuando empezó.

Era posible que la violase a punta de cuchillo allí mismo, en la cocina. El hecho de que no hubiera semen a la vista no significaba nada; después de tantas horas, y con el forcejeo que siguió, haría falta un examen médico para determinar lo ocurrido y muchas veces los violadores no llegaban a eyacular; no era el orgasmo lo que perseguían.

Tras la violación, el asesino empezó a trabajar con el cuchillo. Hasta ese momento, ella estuvo aterrorizada pero con la esperanza, probablemente, de que una vez que hubiera terminado su atacante se marcharía sin más. Cuando empezó a apuñalarla, ella supo que tenía la intención de matarla y empezó a luchar por su vida. Escapó de él, o tal vez él la dejó escapar, igual que un gato que juega con un ratón, dejando que pensara que se había librado antes de atraparla otra vez fácilmente. ¿Cuántas veces habría jugado a ese jueguecito enfermizo antes de acorralarla por fin en el dormitorio?

¿Qué llevaba puesto ella? ¿El asesino se había llevado consigo la ropa a modo de recuerdo o trofeo?

-¿Qué? -preguntó Trammell en voz baja desde la puerta, con una mirada grave en sus ojos oscuros, observando a su colega.

Dane levantó la vista.

-¿Dónde está la ropa de ella? -preguntó-. ¿Qué llevaba puesto? -Quizá lo sepa el marido. -Trammell desapareció, y regresó en menos de un minuto-. Cuando él se fue a trabajar, su mujer ya se había puesto el camisón. Dice que era blanco, con cositas azules.

Los dos se pusieron a buscar la prenda en cuestión, que resultó sorprendentemente fácil de encontrar. Trammell abrió las puertas plegables que ocultaban la lavadora y la secadora, y allí estaba, pulcramente colocada encima de la pila de ropa sucia que había sobre la secadora. La prenda estaba manchada de sangre, pero desde luego no empapada. No, no la llevaba puesta cuando comenzó la agresión con el cuchillo. Probablemente estaba tirada en el suelo, a un lado, y la sangre la salpicó después.

Dane se la quedó mirando fijamente.

-Después de violarla y matarla, ¿ese hijo de puta dejó el camisón en la lavadora?

-¿Violación? -inquirió Trammell.

-Puedes apostar a que sí,

-No he tocado el pomo de la puerta. Quizás Ivan pueda sacar una huella; ha salido con las manos vacías del segundo dormitorio.

Dane sintió otro retortijón en las tripas, que le gustó todavía menos que los anteriores.

-Me temo que vamos a salir con las manos vacías de todas partes -dijo con aire sombrío.

CAPÍTULO 3

No había sido una regresión.

Lo sabía porque llevaba todo el día teniendo regresiones de verdad, aterradores recuerdos resurgentes que la invadían, la abrumaban y la dejaban agotada y exánime cuando volvía a la realidad.

Marlei conocía los detalles de su particular pesadilla, le resultaban tan naturales como las facciones de su cara; pero los detalles que llevaban todo el día bullendo en su cerebro eran nuevos, distintos. Cuando despertó de su estupor la tarde anterior, logró recordar poco le la imagen del cuchillo al atacar, y seguía estando tan cansada que apenas consiguió hacer vida normal. Se fue temprano a la cama y durmió profundamente, sin soñar, casi hasta el amanecer, momento en que los detalles comenzaron a aflorar a la superficie.

Los golpes de recuerdos se sucedieron a lo largo de todo el día; apenas se recuperaba de uno cuando otro surgía en su conciencia, vívido y horrible. Nunca le había ocurrido nada igual; las visiones siempre habían sido agobiantes y agotadoras, pero siempre había conseguido recordarlas inmediatamente después. Estos *ataques* constantes la dejaban confusa e impotente por el cansancio. Varias veces estuvo a punto de llamar al doctor Ewell y contarle aquella aterradora novedad pero algo la hizo contenerse.

Una mujer había sido asesinada. Había sido real. Que Dios la ayudara, las revelaciones habían regresado, pero esta vez era diferente, y no sabía qué hacer. La visión había sido intensa, más intensa que ninguna que hubiera experimentado antes, pero no sabía quién era la

víctima y tampoco podía distinguir dónde había ocurrido. Antes, siempre tenía al menos algún atisbo, alguna idea vaga de la identidad y el lugar de los hechos, pero esta vez no. Se sentía desorientada, su mente se esforzaba pero no conseguía encontrar la señal, igual que la aguja de una brújula en busca de un polo magnético que no existiera.

Había visto suceder el crimen una y otra vez en su mente, y cada vez obtenía más detalles, como si un viento fuera levantando las capas de niebla y cada vez que emergía de una repetición de la visión, más exhausta que antes, más horrorizada se sentía.

Estaba viéndolo a través de los ojos del asesino.

La mente de él se había adueñado de la suya, la fuerza mental de su rabia había echado por tierra seis años de bendita nada y la había sobresaltado, arrastrándola una vez más a una percepción extrasensorial. No era que la hubiera convertido en su objetivo, no había hecho tal tosa; aquella enorme oleada de energía mental no tenía un objetivo determinado ni un plan concreto; él no sabía lo que estaba haciendo. La gente normal nunca se imaginaba que existían personas como ella, personas cuyas mentes eran tan sensibles que eran capaces de percibir las señales eléctricas del pensamiento, leer la energía residual de cosas que habían sucedido tiempo atrás, y hasta adivinar las pautas en formación de acontecimientos que aún no habían tenido lugar. No era que aquel hombre fuera normal en todos los aspectos excepto en su falta de sensibilidad extrasensorial, pero Marlie hacía tiempo que había hecho la distinción para sí. La gente normal era la que no percibía nada. Ella poseía la capacidad de saber, y eso siempre la había hecho estar aparte, hasta que seis años antes se vio atrapada en una pesadilla que todavía la atormentaba. Traumatizada, aquella parte de su cerebro se había cerrado; durante seis años había vivido como una persona normal, y le había gustado, de modo que quería que continuase aquella clase de vida. Con los años, había ido poco a poco permitiéndose creer que la percepción no volvería jamás, pero se equivocó; tal vez su mente había necesitado todo aquel tiempo para curarse, pero las visiones habían regresado, más fuertes y más agotadoras que nunca.

Y vistas a través de los ojos de un asesino.

Una parte de ella todavía albergaba la esperanza... ¿de qué? ¿De que no hubiera sido real, después de todo? ¿De que no estuviera volviéndose loca? ¿Prefería hacerse una ilusión antes que aceptar que las visiones habían vuelto, que su vida segura y normal había tocado a su fin?

Había hojeado el periódico del domingo, pero no había conseguido concentrarse; los destellos de recuerdos eran demasiado frecuentes, demasiado intensos. No había encontrado ninguna mención de un asesinato que le hubiera provocado una reacción. A lo mejor estaba, pero ella simplemente lo había pasado por alto; no lo sabía. A lo mejor no se había cometido cerca de allí, pero por alguna extraña casualidad ella había captado las señales mentales del asesino. Si la mujer viviera en otra ciudad, por ejemplo Tampa o Daytona, lo sucedido no aparecería en los periódicos de Orlando, y Marlie no conocería su identidad ni el lugar donde se encontraba.

Una parte de ella era cobarde. En realidad no quería saber nada, no quería volver a formar parte de aquella vida. Se había construido algo sólido y seguro allí, en Orlando, algo que quedaría destruido si volvía a implicarse de nuevo. Sabía exactamente lo que iba a pasar: no le creerían, y luego se reirían de ella. Después, cuando la gente se viera obligada a aceptar la verdad, se mostraría suspicaz y temerosa. Estarían muy dispuestos a servirse de su talento, pero no querían su amistad. La evitarían, los niños pequeños se asomarían a su ventana un instante y echarían a correr, chillando, si ella les devolviera la mirada. Los niños algo mayores la llamarían «la bruja». Inevitablemente, los fanáticos religiosos empezarían a

murmurar que aquello era «obra del diablo», y de vez en cuando aparecerían piquetes enfrente de su casa. No, tendría que ser idiota para meterse otra vez en aquello.

Pero no podía dejar de pensar en la mujer. Sentía la dolorosa necesidad de por lo menos saber cómo se llamaba. Cuando moría alguien, por lo menos había que saber su nombre, un vínculo diminuto con la inmortalidad que decía: esta persona estuvo aquí, esta persona existió. Sin nombre, no había más que un espacio en blanco.

Así que, todavía estremecida de cansancio, se volvió hacia el televisor y esperó, medio aturdida, a que llegaran las noticias. Estuvo a punto de quedarse dormida varias veces, pero hizo un esfuerzo por seguir despierta.

-Probablemente no sea nada -musitó en voz alta-. Estás volviéndote loca, eso es todo.

Era un extraño consuelo, pero allí estaba. Los miedos particulares de cada uno eran diferentes, y ella prefería estar loca que tener razón.

La pantalla del televisor parpadeaba conforme los bustos parlantes saltaban de una historia a otra, y esa vez dedicaron un minuto entero a estudiar en profundidad el efecto de la droga y de las pandillas en los vecindarios del centro de la ciudad. Marlie parpadeó, súbitamente aterrada por la posibilidad de que las imágenes visuales la abrumaran mezcladas con las mentales, tal como había ocurrido en el pasado cuando percibía los sentimientos de las personas que había visto. Pero no sucedió nada; su mente seguía en blanco. Al cabo de un minuto se relajó y dejó escapar un suspiro de alivio. No había nada allí, ningún sentimiento de desesperación ni desesperanza. Comenzó a sentirse un poco más animada; si podía recibir aquellas imágenes y emociones de la misma forma que en el pasado, a lo mejor era verdad que se estaba volviendo un poco loca.

Continuó viendo la televisión, y de nuevo se sintió adormecer. Notó que empezaba a ceder a la fatiga y que se iba deslizando sin esfuerzo hacia un ligero sueño, aunque intentó recordarse a sí misma que debía permanecer despierta hasta que acabasen las noticias. ..

-...NADINE VINICK...

Marlie se sobresaltó violentamente cuando aquel nombre resonó dentro y fuera de su cabeza. Su percepción interior sirvió de amplificador del nombre que acababa de pronunciar el presentador de televisión. Se irguió con cierto esfuerzo en el sofá, pues no se había dado cuenta de que al dormirse se había resbalado hasta una posición horizontal. El corazón le latía con fuerza contra las costillas y notó su propia respiración presa del pánico, rápida y superficial, cuando miró la pantalla.

-La policía de Orlando no ha dado ninguna información acerca del apuñalamiento sufrido por la señora Vinick, ya que todavía es objeto de investigación.

pantalla apareció una foto de la víctima. Nadine Vinick. Aquella era la mujer que había visto Marlie en la visión. Nunca había oído su nombre, pero experimentó una intensa sensación de reconocerlo, demasiado intensa para ignorarla. El solo hecho de oír el nombre en televisión actuó como un megáfono dentro de su cabeza.

Así que era cierto, era real. Todo ello.

Había vuelto la percepción. E iba a hacer trizas su vida si ella no hacía algo al respecto.

El lunes por la mañana, Dane contemplaba las fotografías de la escena del crimen, examinando cada minúsculo detalle una y otra vez al tiempo que dejaba que sus pensamientos fluyeran libremente, con la esperanza de que le saltara a la vista algún dato crucial que se le hubiera pasado antes por alto, algo que le mostrara una pista, cualquier pista. No tenían nada por donde empezar, maldita fuera, absolutamente nada. Una vecina que vivía al otro lado de la calle había oído ladrar a un perro a eso de las once, según creía, pero los ladridos se interrumpieron y no volvió a oír nada más hasta el momento de ser interrogada. Quedó claro que el señor Vinick se encontraba trabajando; había ayudado a otro obrero del muelle a descargar un camión, y la hora estaba completamente verificada. El examen médico no había podido establecer una hora exacta de la muerte, porque tal cosa resultaba imposible a menos que hubiera algún testigo, y desgraciadamente la franja de tiempo incluía la media hora anterior a que el señor Vinick se hubiera ido a trabajar. Dane todavía experimentaba aquella sensación en el estómago: lo había hecho Vinick. Según sus compañeros, el señor Vinick tenía una actitud totalmente normal cuando llegó al trabajo, y estuvo haciendo bromas. Tendría que ser un verdadero monstruo, de lo cual nunca había dado el menor indicio, para haber acuchillado a su esposa, haberse lavado fríamente y cambiado de ropa y después haberse marchado a trabajar como siempre sin el menor rastro de nerviosismo.

No tenían ninguna muestra de semen, aunque el examen médico dijo que se habían encontrado laceraciones en la vagina que indicaban que la señora Vinick había sido penetrada brutalmente. Tampoco tenían fibras ajenas a la casa, excepto las que habían traído consigo los miembros del Departamento de Policía de Orlando. No tenían muestras de cabello, ni púbico ni de otra parte. No tenían huellas, y no habían encontrado los dedos de Nadine Vinick.

-No tenemos una mierda -musitó, tirando las fotos sobre su escritorio.

Trammell acompañó con un gruñido. Ambos estaban cansados; apenas habían hecho un alto en las cuarenta y ocho horas que habían transcurrido desde que entraron en la casa de los Vinick, y con cada hora que pasaba, se reducían las posibilidades de encontrar al asesino de la señora Vinick. Los crímenes, o se resolvían rápidamente, o era fácil que no se resolvieran.

-Echa un vistazo a la lista de basuras. Le pasó la lista pormenorizada a Dane, el cual se puso a mirarla. Contenía la basura típica: residuos de alimentos, cartones de leche vacíos, cajas de cereales, un surtido de correo de desecho sin ningún interés, bolsas de plástico de la compra de un par de tiendas, filtros de café usados, una caja de pizza con dos trozos sin comer, papel de cocina sucio, una lista de la compra antigua, la revista de programación de televisión de la semana anterior, un par de números de teléfono garabateados, un cheque anulado para la compañía telefónica, varios recipientes de aerosol vacíos, periódicos de aproximadamente una semana. ..Resultaba evidente que los Vinick no reciclaban. Nada que fuera inusual o que estuviera fuera de lugar.

-¿Y estos números de teléfono? -preguntó.

-Acabo de llamar a los dos. -Trammell se reclinó en su silla y puso encima de la mesa sus pies calzados de cuero italiano-. U no es de una pizzería, el otro es de una compañía de cable.

Dane soltó un gruñido. Se recostó en su silla y apoyó también los pies en la mesa. Dan Post en vez de Gucci, y además gastados.

Qué demonios. Trammell y él se miraron el uno al otro por encima de sus cuatro pies y los dos escritorios. A veces se les ocurrían las mejores ideas cuando estaban en aquella postura.

-La entrega de pizzas a domicilio implica que un desconocido entre en casa, y existen un cincuenta por ciento de probabilidades de que la compañía de cable haya enviado un técnico.

El rostro delgado y moreno de Trammell se veía pensativo.

-Aun cuando hubiera ido un técnico a la casa, no habría sido de noche.

-Y probablemente sería esperar demasiado que la señora Vinick pidiese una pizza a esas horas de la noche, para zampársela entera ella sola. El análisis del contenido de su estómago. ..-Dane estiró el brazo derecho y rebuscó entre los papeles que poblaban su escritorio, y por fin extrajo del montón el que quería-. Aquí está. El médico dice que la víctima no había comido nada hacía por lo menos cuatro o cinco horas. Nada de pizza. Así que la pizza que había en la basura era de antes, por lo menos del almuerzo. Tal vez tuviera ya uno o dos días. -Pese a todas las tentadoras posibilidades, su experiencia le decía que no había existido ningún repartidor de pizzas.

-Podemos averiguar a través del señor Vinick exactamente a qué hora pidieron la pizza.

-Y la compañía de cable podrá decirnos si tuvieron que mandar un técnico a la casa de los Vinick.

-De modo que tenemos claramente uno, y posiblemente dos, desconocidos que estuvieron en la casa. Un repartidor de pizzas se habría quedado en la puerta, pero aun así podría haber visto a la víctima. En el caso del técnico, es probable que entrara de hecho en la casa.

-Las mujeres charlan con los técnicos -dijo Dane con los ojos entornados mientras seguía aquel hilo de razonamiento-. A lo mejor ella le dijo que no ruciera ruido, pues su marido trabajaba en el turno de noche y estaba durmiendo en el dormitorio. El tipo dice: sí, yo también he trabajado en el turno de noche, y es muy duro. ¿Dónde trabaja su marido? y ella se lo dice, incluso le cuenta a qué hora sale de! curro y cuándo llega a casa. ¿Por qué habría de preocuparse? Al fin ya! cabo, ¿le habría contratado la compañía de cable si él no fuera un honrado ciudadano ? Las mujeres no tienen problemas en dejar entrar a un técnico y contarles toda su vida mientras él trabaja.

-Está bien. -Trammell cogió un cuaderno y se lo puso sobre las piernas-. Uno: Consultamos con el señor Vinick exactamente cuándo entregaron la pizza, y quizá le pedimos que nos haga una descripción del repartidor.

-O repartidora; podría ser una chica. y lo mismo ocurre con el técnico.

-O técnica -le corrigió Trammell-. Es posible. Si no, conseguimos el nombre de la pizzería y seguimos a partir de ahí. Dos: Hacemos lo mismo con la compañía de cable.

Dane se sintió mejor. Al menos estaban trabajando y habían dado con una pista por la que empezar.

En ese momento sonó el teléfono. Era la línea interna. Apretó el botón y levantó el auricular.

-Hollister.

-Dane ---dijo el teniente Bonness-. Trammell y tú venid a mi despacho.

-Vamos para allá. -Colgó el teléfono-. El jefe quiere vernos. Trammell bajó los pies de la mesa y se incorporó.

-¿Qué has hecho ahora? -se quejó. Dane se encogió de hombros.

-Nada, que yo sepa. -Ciertamente no daba la imagen del poli duro de las películas, pero sí que tenía una habilidad especial para meter el dedo en el ojo de la gente y cabrearla. Simplemente sucedía. No tenía mucha paciencia con los tipos chorras.

El despacho del teniente tenía dos grandes ventanas interiores; vieron a la mujer que estaba con él, sentada de espaldas a la puerta.

-¿Quién es ésa? -murmuró Dane, y Trammell sacudió la cabeza en un movimiento negativo. Dane llamó con un golpecito sobre el cristal, y el teniente Bonness les hizo un gesto para que pasaran.

-Adelante, y cerrad la puerta -dijo. En cuanto estuvieron dentro, les dijo:

-Marlie Keen, éstos son el detective Hollister y el detective Trammell. Están encargados del caso Vinick. La señorita Keen tiene cierta información de interés.

Trammell tomó asiento al otro lado de la mesa del teniente, separado de la señorita Keen. Dane se apoyó en la pared al otro costado de ella, fuera de su línea visual directa, pero donde todavía pudiera verle la cara. Ella apenas le miró a él ni a Trammell; tampoco al teniente. En vez de eso, parecía estar concentrada en las persianas que cubrían las ventanas exteriores.

Se hizo un breve silencio mientras parecía reunir fuerzas. Dane la observó con curiosidad. Estaba tan tensa que casi podía ver cómo se le contraían los músculos. Había en aquella mujer algo que resultaba misterioso, algo que le hizo mantener la vista fija en ella. No era una belleza, aunque poseía unas facciones regulares y unos ojos que desde luego no eran nada duros, pero estaba claro que no hacía nada por atraer la atención. Llevaba zapatos negros y planos, una estrecha falda de loneta negra que le llegaba a mitad de la pantorrilla, y una blusa blanca sin mangas. Tenía un bonito cabello oscuro de aspecto limpio, pero se lo había peinado hacia atrás en uno de esos austeros moños franceses. Contaría unos treinta años, supuso, haciendo una valoración automática con su ojo de policía. Resultaba difícil calcular su estatura estando sentada, pero probablemente tendría una altura media, tal vez un poco menos. Estaba un poco más delgada de lo que le gustaba a él, pesaría unos cincuenta y cinco kilos; él prefería las mujeres blanditas más que huesudas.

Tenía las manos fuertemente entrelazadas sobre las rodillas. Dane se sorprendió a sí mismo contemplándoselas: esbeltas, de huesos finos, sin joyas, y delataban a todas luces su tensión nerviosa, aunque no hubiera reparado ya en que su postura, más que inmóvil, era rígida.

-Soy vidente -dijo ella sin rodeos. Dane apenas reprimió un resoplido de burla. Sus ojos se cruzaron con los de Trammell en una fugaz mirada que indicaba que los dos pensaban lo mismo: ¡otra de las pintorescas ideas californianas del teniente!

-El viernes pasado por la noche volví a mi casa en coche después de ir a ver una película -prosiguió ella en tono monocorde, carente de expresión, que no disminuyó la gravedad y aspereza de su voz. Era una voz de fumadora, se dijo, excepto que apostaría algo a que no fumaba. Las personas nerviosas como ella rara vez se daban a los vicios fáciles-. Eran más o menos las once y media cuando salí del cine. Acababa de dejar la autovía cuando empecé a tener una visión de un asesinato que se estaba cometiendo en aquel momento. Las... visiones son abrumadoras. Me las arreglé para salir de la calzada.

Hizo una pausa, como si se sintiera reacia a continuar, y Dane observó que retorció las manos hasta dejarlas sin una gota de sangre. Respiró hondo y siguió:

-Lo veo a través de los ojos de él-dijo en un tono sin inflexiones-. Entró por una ventana.

Dane se puso rígido y concentró toda su atención en el rostro de la joven. No necesitaba mirar a Trammell para saber que su compañero también se había puesto alerta.

El relato prosiguió a un ritmo lento, de cadencia regular, que resultaba extrañamente hipnótico. La mujer tenía los ojos muy abiertos y vacíos, como si mirase hacia dentro de sí.

-Todo está oscuro en la habitación. Espera hasta que ella está sola, la oye en la cocina, hablando con su marido. El marido se va. Espera hasta que el coche del marido sale de la rampa de entrada, y entonces abre la puerta y empieza a acecharla. Se siente como un cazador persiguiendo su presa.

»Pero ella es una presa fácil. La ve en la cocina, sirviéndose una

taza de café. Saca un cuchillo del juego que hay allí, aguardándole a él. Ella le oye y se da la vuelta, y dice: ¿Ansel?, pero entonces lo ve y abre la boca para gritar.

» Está demasiado cerca, ya lo tiene encima. Él le tapa la boca con una mano y le apoya el cuchillo en la garganta.

Marlie Keen dejó de hablar. Dane siguió concentrado en su rostro, que ahora estaba pálido y sin color excepto por el tono rosado de sus labios. Sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca en reacción a aquel fantasmal tiempo presente que ella empleaba al hablar, como si el crimen se estuviera cometiendo allí mismo.

-Continúe -instó el teniente. Transcurrió un instante antes de que ella reanudara el relato, y su tono fue más frío que antes, como si de ese modo pudiera distanciarse de lo que estaba diciendo.

-La hace quitarse el camisón. Ella está llorando, suplicándole que no le haga daño. A él le gusta eso, quiere que ella le suplique, quiere que piense que no le pasará nada si se limita a hacer lo que él le ordene. Así es más divertido, cuando se dé cuenta de. ..

Se interrumpió y dejó la frase sin terminar. Al cabo de otro momento prosiguió:

-Usa un condón. Ella se siente agradecida, le da las gracias, él es amable con ella, casi gentil. Ella empieza a relajarse aunque sigue llorando, porque él no le está haciendo daño y cree que simplemente se marchará cuando termine. Él sabe cómo piensan las putas imbéciles.

»Cuando ya ha terminado, la ayuda a levantarse. Le coge la mano, se inclina y la besa en la mejilla. Ella se queda allí de pie, hasta que siente el cuchillo. El primer corte es superficial, lo suficiente para que ella sepa lo que va a pasar, y así él podrá ver el pánico en sus ojos más tarde, pero no debe ser tan grave que eche a perder la caza, así no habría diversión alguna.

» A ella le entra el pánico, chilla y trata de salir corriendo, y en él se desata la rabia. Durante todo este tiempo la ha contenido para jugar con la mujer, disfrutando de su miedo y su humillación, permitiéndole albergar esperanzas, pero ahora ya puede darle rienda suelta, ahora ya puede hacer lo que ha venido a hacer. Esto es lo que más le gusta, el terror total que ve en sus ojos, la sensación de ser invencible. Puede hacerle lo que le venga en gana, tiene un poder total sobre ella, y se regodea en ese placer. Es su dios; su vida o su muerte dependen de él, de su sola decisión. Pero su decisión es la muerte, por supuesto, porque eso es lo que más le gusta.

»Ella lucha, pero el dolor y la pérdida de sangre le han mermado las fuerzas. Consigue llegar al dormitorio y cae al suelo. Él está decepcionado; quería que la lucha durase más tiempo. Lo pone furioso que ella sea tan débil. Se agacha para cortar la garganta, para terminar el trabajo, pero la puta se vuelve contra él. Estaba fingiendo. Le golpea. Él había tenía la intención de darse prisa, pero ahora le enseñará, no debería haber intentado engañarle con trucos. Su rabia es como un globo incandescente, que se hincha y lo llena por completo. La apuñala una y otra vez, hasta agotarse. No, no está agotado; es demasiado poderoso para estar agotado. Está aburrido. Ha acabado demasiado pronto; ya le ha dado la lección, pero esto no le ha procurado tanta diversión como esperaba.

Se hizo el silencio. Al cabo de unos instantes, Dane se dio cuenta de que la joven había terminado. Aún seguía rígida en su asiento y con la mirada fija en las persianas de la ventana.

El teniente Bonness parecía decepcionado por la falta de reacción de Dane y Trammell.

-¿Y bien? -pidió impaciente.

-¿Y bien, qué?

Dane se apartó de la pared. En su interior había empezado a crecer lentamente la rabia conforme escuchaba el relato frío y carente de toda emoción, pero se trataba de una rabia controlada. No sabía qué motivos tenía aquella mujer para haber ido allí, pero de una cosa estaba seguro, no necesitaba ser ningún vidente para saberla con seguridad: ella había estado allí. Quizás hubiera asesinado ella misma a la señora Vinick, quizá no, pero estaba en aquella casa cuando ocurrió. Como mínimo era cómplice, y si creía que iba a poder presentarse allí con aquella chorrada de historia y conseguir un montón de atención de los medios de comunicación mientras se quitaba de encima a todos, había topado con la persona equivocada.

-¿Qué opinas? -le espetó Bonness, irritado por tener que preguntar.

Dane encogió los hombros.

- ¿Una vidente? Baje a la realidad, teniente: éste es el montón de mierda más grande que he oído en mi vida.

Marlie Keen se estremeció y separó lentamente las manos como si le costara hacerlo. Acto seguido, con la misma lentitud, volvió la cabeza y miró a Dane por primera vez. A pesar de su rabia glacial, Dane sintió que se le contraían bruscamente los músculos del estómago, como reacción. No le extrañaba que Bonness hubiera quedado cautivado! Aquellos ojos eran del azul del océano, profundos, oscuros e insondables, de esos ojos a los que un hombre puede mirar y olvidar- se de lo que estaba diciendo. Había algo exótico en ellos, aparte de la riqueza del color; una especie de aura de otro mundo que él no acertaba a comprender del todo. Sin embargo, la expresión que mostraban era fácil de entender, y Dane supo sin ningún género de duda que no la había impresionado precisamente con sus encantos.

Ella se puso de pie y le miró de frente, encarándose con él como si fueran dos adversarios en el viejo Oeste a punto de sacar las pistolas. Su semblante había adquirido una expresión calma y curiosamente distante.

-Le he dicho lo que sucedió -dijo con voz clara y decidida-. Puede usted creerlo o no, me es exactamente igual.

-No debería -replicó él en el mismo tono decidido. Ella no preguntó por qué, aunque Dane hizo una pausa para que lo hiciera. Pero en lugar de eso su boca se curvó en una leve sonrisa sin humor.

-Me doy cuenta de que acabo de convertirme en su principal sospechosa -murmuró-. Siendo así, mejor será que ahorre tiempo para los dos y le diga que mi dirección es el 2411 de Hazelwood y que mi número de teléfono es el 555-9909.

-Conoce el procedimiento -dijo él con sarcástica admiración-. No me sorprende. -Dio un paso hacia ella, lo bastante cerca para que Marlie tuviera que levantar los ojos para mantener el contacto visual, lo bastante cerca para invadir su espacio y amenazarla sutilmente-. O puede ser que me esté leyendo la mente, ya que es vidente. -Puso énfasis en la última palabra- A lo mejor es capaz de decirme qué va a pasar a continuación, a menos que necesite una bola de cristal para saber lo que estoy pensando.

-Oh, para eso no hace falta ser vidente, no es usted muy original que digamos. -Se detuvo un momento, y le obsequió de nuevo con aquella sonrisa-. No tengo intención de salir de la ciudad.

No estaba retrocediendo, y Dane volvió a notar que se le contraían los músculos del estómago. A primera vista, la joven parecía una persona gris, sin personalidad, temerosa de hacerse más atractiva, pero aquella primera mirada a sus ojos le había obligado a cambiar de opinión. La mujer que tenía delante no

carecía de seguridad en sí misma, y no estaba en absoluto intimidada por él aunque era treinta centímetros más alto. y además había otra cosa que le roía el cerebro; maldita sea, era su aroma, un aroma dulce y suave que no tenía nada que ver con el perfume y sí mucho con la piel femenina. Su involuntaria reacción le puso todavía más furioso.

-Ya veo que no. -Habló en tono grave y áspero-. ¿Hay alguna otra cosa que vea en su bola de cristal, algo que quiera decirme?

-Por supuesto que sí -ronroneó ella, y el súbito destello que vio en sus ojos azules le dijo que había acertado al decir aquello-. Váyase al diablo, detective.

CAPÍTULO 4

-¡Maldita sea, Hollister! -Bonness le dirigió una mirada furibunda-. ¿Tenías que ser tan gilipollas? Esa mujer ha venido aquí con la intención de ayudar, por Dios! Nos ha proporcionado una información asombrosa. ..

-De asombrosa, nada -le interrumpió Dane, sintiendo todavía los efectos de la rabia que bullía en su interior, aunque ahora por lo menos la mitad iba dirigida contra él mismo-. Si no lo hizo ella, es- tuvo allí cuando sucedió. O lo hizo, o es un cómplice, y nos está desafiando a que la pillemos en una trampa contándonos esa absurda historia de videntes.

-Ella sabe detalles que nadie más que el asesino, o asesinos, podría saber -dijo Trammell lacónicamente-. Mierda, todos conocemos la basura que esos supuestos videntes describen en sus supuestas visiones. «Siento una impresión de la letra c» -imitó-. «Tiene algo que ver con la letra C, y está mojado... Sí, decididamente siento una sensación de humedad. El cadáver está cerca del agua».

-Lo cual reduce la búsqueda a todo el jodido estado -terminó Dane-. Lo que ha descrito esa mujer no es la visión de un vidente, sino la declaración de un testigo. Estaba allí cuando sucedió, y para mí acaba de ponerse la primera de la lista.

-Ella no puede haberlo hecho -protestó Bonness débilmente, con clara desilusión.

-Sola no -concordó Dane-. No habría tenido la fuerza suficiente.

-Está claro que debemos investigar a esta mujer -terció Trammell.

El teniente suspiró.

-Ya sé que pensáis que ha sido una idea tonta, pero los videntes realmente han sido de gran ayuda en algunos casos en los que he intervenido.

Dane soltó un resoplido.

-Por lo que a mí respecta, un vidente no es más que un psicótico.

-Está bien, está bien. -Bonness todavía parecía descontento, pero les hizo un gesto con la mano para que se fueran-. Id a ver qué lográis averiguar acerca de ella.

Regresaron a sus mesas, Trammell detrás de Dane.

-¿Qué demonios te ocurre? -murmuró contra la espalda de Dane.

-¿A qué te refieres? ¿Acaso crees que debería haber fingido que la creía?

-No, me refiero a que la minga se te ha puesto tiesa como una porra, y estabas tan cerca que a punto has estado de pincharla con ella en la barriga -contestó Trammell.

Dane se volvió y miró furioso a su compañero, pero no se le ocurrió ninguna excusa que dar. No sabía qué había sucedido, sólo que a partir del momento en que ella le miró con aquellos ojos azul oscuro, tuvo una erección tan intensa que ni un gato podría arañarla. Todavía notaba los efectos.

-Diablos, no sé - dijo por fin.

-Amigo, si estás tan cachondo, más vale que te rasques lo que te pica antes de volver a encontrarte con ella. O se le da muy bien manejar un cuchillo, o está liada con alguien que lo maneja bien. Si yo fuera tú, no me gustaría que ninguna parte de mí cuerpo sobresaliera para llamarle la atención.

-Deja de preocuparte por mi vida sexual -le aconsejó Dane en tono severo-. Tenemos que averiguar lo que podamos acerca de esa Marlie Keen.

Nunca la habían puesto tan furiosa. Marlie estaba acostumbrada a encontrarse con una mezcla de incredulidad y burla, pero siempre había sentido una necesidad casi desesperada de conseguir que la gente le creyera, de convencerles de que podía ser de ayuda, de que lo que afirmaba era cierto. Pero no experimentó esa necesidad en lo que al detective Hollister se refería. No le importaba un comino lo que pensara aquel neanderthal, suponiendo que fuera capaz de realizar un proceso mental tan avanzado.

A lo mejor era porque había tenido mucho miedo de acudir a la policía, siendo plenamente consciente del grado en que aquel paso iba a alterar su vida cuidadosamente construida. A lo mejor era simplemente que había cambiado. Pero cuando él se puso tan insultantemente despectivo, no sintió otra cosa que cólera. Desde luego, no iba a quedarse allí a rogarle que la creyera; ya llegaba tarde al trabajo, maldita sea, y aunque había llamado, la fastidiaba haberse tomado tantas molestias para nada. Se había sometido a la dura prueba de contar lo que había visto, ¡Y aquel idiota había dicho que era un montón de mierda!

Sus movimientos fueron bruscos mientras lidiaba con el intenso tráfico, Y sólo a base de fuerza de voluntad consiguió calmarse antes de provocar un accidente. Ya se había enfrentado a idiotas como aquél, muchas veces; no era nada nuevo, excepto por la manera en que se había acercado a ella, tratando de intimidarla con su tamaño. Tuvo que buscar fuerzas para enfrentarse a él, para permitirle acercarse tanto. Él había usado la masculinidad como arma, sabedor de que cualquier mujer se sentiría amenazada por un hombre extraño que se irguiese así sobre ella, sobre todo uno que pareciese estar hecho de madera y comer clavos para desayunar. Dentro del estereotipo de poli bueno/poli malo, su aspecto le clasificaría automáticamente como poli malo. Nadie en su sano juicio esperaría benevolencia o consideración de un hombre así.

Casi la invadió el pánico cuando él se le acercó de aquel modo. En su mente, aún percibía el calor generado por su cuerpo, que se había adueñado del estrecho espacio que había entre ambos. Furiosa, se preguntó si habría hecho eso mismo si ella fuera un hombre; su instinto le decía que no. Aquella era una táctica que utilizaban los hombres sólo con las mujeres, la amenaza del contacto. No dejaba de resultar curioso que algo tan simple, tan básico, pudiera ser también tan aterrador.

Se estremeció. No podría haber soportado que él la tocara; habría saltado como una cobarde total.

Como era tan tarde, fue difícil encontrar aparcamiento junto al banco en el que trabajaba. Tuvo que dar tres vueltas a la manzana hasta que un cliente que se iba dejó un espacio del que consiguió apoderarse antes de que lo hiciera otro. Luego permaneció varios minutos sentada en el coche, respirando hondo y procurando calmarse un poco. Contempló el edificio del banco y encontró consuelo en su solidez. Su trabajo en contabilidad era agradable, seguro, desapasionado; lo había elegido a propósito cuando se trasladó allí. Los números la bombardeaban con ideas y sensaciones, no le pedían nada; sus cualidades no variaban

nunca, un cero era siempre un cero. Lo único que tenía que hacer era alinearlos en columnas, meterlos en un ordenador y llevar la cuenta del debe y el haber. Los números eran siempre limpios, nunca se ensuciaban como los seres humanos.

Y resultaba agradable apoyarse en algo, aun cuando sabía que no tenía necesidad de hacerlo. La pequeña casa que había convertido en su hogar la había comprado para siempre, cuando decidió que quería vivir en Florida, lejos de Washington, en la otra punta del país. El doctor Ewell habría dispuesto lo necesario para que recibiera un cheque! todos los meses, si ella hubiera querido; pero no quiso, pues finalmente prefirió ser independiente, sin todos los sistemas de apoyo de la Asociación. Incluso ahora, lo único que tenía que hacer era coger el teléfono y decir al doctor Ewell que necesitaba ayuda, y se la enviarían. Aunque no había sido culpa de él, ni de nadie, el doctor Ewell seguía sintiéndose culpable de lo que había sucedido seis años antes.

Suspiró. Le pagaban por horas; cada minuto que pasara allí sentada le sería deducido de su paga. Resuelta, se sacó de la cabeza al detective Hollister y salió del coche.

* * *

-Eh, muñeca, ¿has encontrado ya algo interesante? -La detective Fredericka Brown, que respondía sólo al nombre de -Freddie», dio unos golpecitos en la cabeza a Dane al pasar por detrás de su silla. Era una mujer alta, larguirucha y encantadoramente corriente, con una expresión habitualmente alegre y divertida que invitaba a sonreír. En general, para una mujer era duro ser policía, y concretamente detective, pero Freddie había encajado bien. Estaba felizmente casada con un entrenador de fútbol de instituto, enorme, que parecía estar dispuesto a descuartizar a cualquiera que causase la menor molestia a Freddie. Freddie tendía a tratar a todos los demás detectives como si fueran los alumnos adolescentes de su marido, con una desconcertante mezcla de ligero coqueteo y actitud maternal.

Dane la miró ceñudo. -Este caso debería ser tuyo. Teníamos el fin de semana libre, maldita sea.

-Lo siento -dijo ella con aire angelical, al tiempo que saludaba a Trammell con una sonrisa cuando éste levantó la vista del teléfono que tenía pegado a la oreja desde primera hora de la mañana.

-¿Qué talla muela? -preguntó Dane. -Mejor. Estoy hasta arriba de antibióticos y analgésicos. Ha sido un absceso, de modo que ahora llevo un drenaje en la raíz.

-Qué horror. -La expresión era sincera. -Sobreviviré, pero Worley está ocupándose de conducir todo el tiempo mientras yo tenga que llevar esto. -Worley era su compañero-. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudar, alguna pista que podamos seguir? Tenemos nuestros casos para ocuparnos, pero por lo que ha llegado a mis oídos, la escena del sábado por la mañana parecía sacada de una película de terror.

-No fue agradable. -Una frase que se quedaba corta. Freddie volvió a palmearle, esta vez en el hombro, y volvió a sus asuntos. Dane también volvió a los suyos.

El trabajo de un detective resultaba aburrido la mayor parte del tiempo; consistía en hablar mucho por teléfono, revisar los periódicos o salir a hablar con personas cara a cara. Dane había pasado las últimas horas enfrascado en las dos primeras actividades. Normalmente, Trammell llevaba aquella parte del trabajo mejor que él, pues era más paciente, pero esta vez se puso a ello con gran determinación. Lo que le había sucedido a Nadine Vinick no debería sucederle nunca a nadie, pero realmente le cabreaba que Marlie Keen le hubiera dado en las

narices con lo que sabía del caso.

-¿Tienes tú algo? -preguntó Trammell, con evidente frustración en el tono de voz cuando colgó el teléfono--. No he conseguido nada con la pizzería ni con la compañía de cable. Toda la calle ha tenido problemas con el cable, pero por fin repararon la línea a una manzana de allí. No fue necesario entrar en ninguna vivienda. y la pizza fue entregada por una chica de dieciséis años. El señor Vinick fue el que la pagó. Punto final.

-Aquí tampoco hay nada -murmuró Dane-. Todavía.

Marlie Keen nunca había sido detenida, ni siquiera le habían puesto una multa de aparcamiento, según lo que logró averiguar. Pero no dejó que aquello le desanimara. Tal vez el nombre de Marlie Keen fuera un sobrenombre. Si era así, más adelante buscaría esa información. Se podía seguir la pista a las personas por su número de la Seguridad Social, el impuesto sobre la renta, utilizando diversos recursos. Sabía dónde trabajaba y qué coche tenía. Ya había enviado varias peticiones, como un registro de las llamadas que había hecho y recibido; cuando terminara con ella, sabría hasta su talla de sujetador.

Apostaba a que ya era capaz de adivinarla: 34C. Al principio habría calculado que no usaba más de una copa de tamaño B, pero aquella monjil blusa blanca engañaba. Había notado una seductora redondez...

¡Maldita sea! Tenía que dejar de pensar en el sexo, por lo menos en lo relacionado con aquella mujer. Cada vez que se acordaba de la inquietante y macabra historia que les había contado, casi se asfixiaba de pura furia. Nadine Vinick había soportado una agonía indecible antes de morir, y Marlie Keen, si es que aquél era su verdadero nombre, intentaba convertirla en un espectáculo de segunda. No le sorprendería recibir una llamada de los medios de comunicación locales, en la que le preguntaran si había algo de verdad en el rumor de que la policía estaba trabajando con una vidente para encontrar al asesino. Si Marlie Keen buscaba publicidad, por el motivo morboso que fuera, su siguiente paso sería comunicárselo a los medios ella misma.

Todavía le asombraba el valor de la joven. Descontaba totalmente aquella mierda de la videncia; la única forma de que pudiera saber las cosas que sabía era habiendo estado allí. Dane no sabía si el asesino había actuado exactamente como ella lo había narrado, pero los detalles pertinentes de lo sucedido eran de una exactitud absoluta. El único modo de que hubiera tenido valor suficiente para llamar la atención sobre sí misma era que no existieran pruebas que la relacionaran con el crimen. El asesino había procedido con sumo cuidado; los forenses no habían logrado encontrar ni el más mínimo rastro de material ajeno al lugar del suceso. Por lo tanto, ella lo había hecho sólo por la emoción de dejar con un palmo de narices al departamento de policía, aireando los detalles en sus caras y sabiendo que no podrían ponerle un dedo encima.

Ella no había empuñado el cuchillo, Dane estaba bastante seguro de eso. De modo que el verdadero asesino era alguien a quien ella conocía, alguien que le era cercano. Un hermano, tal vez, o un novio; alguien que estuviera lo bastante cerca como para compartir la tortura y el asesinato. Se la imaginó en la cama con el hijo de puta que había apuñalado a la señora Vinick, y se le revolvió el estómago.

Había cometido un error al tentarle con aquella declaración. Ella era el hilo que le conduciría al asesino, y no lo soltaría hasta que llegase al final.

Se levantó y cogió su chaqueta.

-Vámonos -dijo a Trammell.

-¿A algún sitio en particular?

-A hablar con los vecinos de la señorita Keen, a averiguar si tiene un novio.

* * *

No lo tenía. Los vecinos de la izquierda, una pareja de jubilados de Ohio, estaban seguros de eso. Bill y Lou, como se presentaron a sí mismos, describieron a Marlie como callada, simpática y siempre complaciente para recogerles el periódico y el correo cuando ellos estaban de visita en casa de su hija, en Massillon, y también para dar de comer al gato. No había muchos vecinos que fueran tan amables.

-¿Han notado que entrara o saliera alguien de la casa? ¿Recibe muchas visitas?

-No que yo haya visto, aunque, claro está, no nos sentamos a vigilar la casa de Marlie - dijo Lou con la altiva indignación propia de alguien que precisamente hacía cosas así-. No, no creo que haya visto nunca gente que haya venido a verla. ¿y tú, Bill?

Bill se rascó el mentón. -Creo que no. Es la vecina perfecta, sabe usted. Siempre dice algo cuando la vemos, no va por ahí con aire de desdén como hacen algunos. y además cuida de su jardín.

Dane frunció el ceño mientras garabateaba en el pequeño cuaderno que llevaban encima todos los policías.

-¿Ninguna visita? -subrayó-. ¿Nunca?

Lou y Bill se miraron el uno al otro y se encogieron de hombros al tiempo que sacudían la cabeza negativamente.

-¿Ningún familiar? ¿Un hermano, una hermana?

Más negativas.

-¿Amigas? -gruñó.

-No -repitió Lou un poco irritada-. Nadie. Hasta se ocupa ella misma del jardín en vez de contratar a un chico o del vecindario. Nunca he visto a nadie por aquí salvo al cartero.

Un callejón sin salida. Estaba francamente confuso. Dirigió una mirada a Trammell y vio el leve frunce de su frente, que indicaba que su compañero estaba igual de desconcertado. Los hombres podían ser seres solitarios, pero las mujeres rara vez lo eran. Probó por otra vía:

-¿Sale mucho?

-No muy a menudo, no. De vez en cuando va al cine, me ce. No puedo creer que esté metida en ningún lío. Hace dos años, cuando Bill se rompió una pierna, ella se quedaba con él cada vez que yo tenía que salir. - Lou le miró con cara de pocos amigos.

Darle se dio cuenta de que la chica lo reservaba todo para él, vez de incluir a Trammell en sus antipatías.

Cerró el cuaderno de golpe. -Gracias por su ayuda.

Una ayuda escasa.

Los vecinos de la derecha hicieron prácticamente los mismos comentarios, excepto que la señor de la casa tenía dos niños pequeños pegados a sus faldas y no podía prestar demasiada atención a quien entraba o salía **de la casa de** al lado. No, nunca había visto que Marlie tuviera una visita.

Regresaron al coche y subieron a él. Los dos se sentaron en silencio y contemplaron el número 2411 de Hazlewood. Era un pequeño bungalow limpio y fuerte, típico de las casas construidas en los años cincuenta, aunque había sido repintado de un frío color arena y animado con esos toques que las mujeres ponen en sus nidos, con un reborde de lo que para él era un color crema pero cuyo nombre sólo conocían los homosexuales y las mujeres. El porche de la entrada estaba decorado con un par de helechos y unas cuantas flores de color

rosáceo, todas en macetas que colgaban de unos aros. Y bien, ¿qué era lo que habían averiguado? ¿Que su sospechosa más probable parecía ser más bien una especie de monja?

-Ese porrazo que acabamos de oír es el que nos hemos dado nosotros, al chocar contra una pared vacía-dijo Trammell por fin.

Dane frunció el entrecejo, pero no había forma de negarlo. Se sentía frustrado y enfadado, pero en el fondo notaba una cierta sensación... ¿de alivio? Maldita sea, ¿qué le estaba pasando? ¿Se sentía aliviado porque un caso de asesinato se estaba convirtiendo en un importante dolor de cabeza y no había sido capaz de encontrar nada en la mejor pista que tenían?

-Tiene que haber estado allí --<lija-- . Sabía demasiado.

Trammell se encogió de hombros.

-Existe otra posibilidad.

-¿Cuál?

-Que sea una vidente auténtica -sugirió en tono ligero.

-No me vengas con ésas.

-Entonces busca tú otra explicación. A mí no se me ocurre ninguna. He estado pensando en ello, y nada de lo que hemos podido averiguar sobre esa mujer nos ha proporcionado el menor indicio de que esté involucrada en algo así. Por muy raro que parezca, puede que merezca cierta credibilidad.

-Ya, y puede que los extraterrestres aterricen en el césped de la Casa Blanca.

-Hazte a la idea, tío. Esa vecina es de las que se asoman por la ventana cada vez que se acerca un repartidor de pizza por la calle. Si Marlie Keen saliera, o alguien entrara en su casa, puedes apostar a que no habría pasado inadvertido.

-Aún no hemos averiguado quiénes son sus amigas del trabajo, con quién va a comer.

-Ya. Bueno, vamos a ver qué tal se nos da. Por mi parte, sé reconocer un callejón sin salida cuando veo uno.

CAPÍTULO 5

Lo vio en cuanto salió del banco. Estaba solo en su coche, allí sentado, mirándola. El sol de las últimas horas de la tarde se reflejaba en el parabrisas y le impedía ver con claridad su rostro, pero sabía que era él. El detective Hollister. Aunque en realidad sólo podía discernir la anchura de aquellos fuertes hombros y la forma de su cabeza, lo reconoció gracias a algún primitivo instinto de conservación, una actitud de alerta frente al peligro.

No salió del coche, no la llamó. Simplemente la observó.

Marlie fue rápidamente en dirección a su automóvil, negándose fríamente a reaccionar a su presencia. Cuando salió del aparcamiento, él arrancó y se puso a seguirla de cerca.

Y permaneció allí, pegado a su parachoques trasero, mientras ella se abría paso entre el tráfico normal de la tarde. Si se creía que iba a ponerla nerviosa con aquel juego adolescente, iba a llevarse una sorpresa; sus nervios ya habían sido puestos a prueba en circunstancias más difíciles que aquella, y había sobrevivido.

Tenía recados que hacer, cosas que habría hecho durante el fin de semana si no se hubiera visto agobiada por aquella horrible pesadilla. No permitió que la presencia del detective le impidiera hacerlas; si quería ver lo que hacía después del trabajo, le esperaban intensas emociones. Se detuvo frente a la tintorería, donde dejó unas cuantas prendas para limpiar y

recogió otras ya limpias. La siguiente parada fue en la biblioteca, a devolver dos libros. A continuación fue al supermercado del barrio. En cada parada, él aparcó el coche lo más cerca que le fue posible, dos veces a su lado, y aguardó imperturbable a que regresara. Cuando Marlie salió del supermercado, él observó cómo empujaba el carro, cargado con cuatro bolsas, hasta la parte de atrás del coche y lo frenaba con un pie para que no se deslizase mientras abría el maletero.

El detective salió del coche y se plantó a su lado casi antes de que el ruido de la portezuela al cerrarse llegara a alertarla. Giró la cabeza bruscamente y le vio allí, grande y tenebroso como una tormenta. Llevaba los ojos ocultos por unas oscurísimas gafas de sol. Las gafas le sol siempre la hacían sentirse vagamente incómoda. Como siempre, su presencia física fue tan fuerte como un puñetazo; tuvo que contenerse para no dar un paso atrás.

-¿Qué quiere? -le preguntó con frialdad.

Él extendió una enorme mano y levantó sin esfuerzo una de las bolsas del carrito para meterla en el maletero.

-Sólo ayudarla con la compra.

-Toda mi vida me las he arreglado sin usted, detective, de modo que ahora también.

-No es ningún problema. -La sonrisa que le obsequió era a la vez burlona y carente de humor. Cargó en el coche las bolsas que quedaban-. No se moleste en darme las gracias.

Marlie se encogió de hombros.

-De acuerdo.

Se dio la vuelta, abrió la portezuela y se sentó al volante. El espacio de aparcamiento que tenía enfrente estaba vacío, lo cual quería decir que no tendría que salir marcha atrás; enfiló por medio del espacio de delante y dejó que el detective colocase el carrito o que hiciera con él lo que le viniera en gana. No estaba de humor para ser educada; estaba cansada, deprimida y enfadada. Peor aún, estaba asustada, aunque no del detective Hollister, por muy desagradable que fuera éste; sus miedos eran mucho más profundos.

Tenía miedo del monstruo que había destrozado a Nadine Vinick.

Y tenía miedo de sí misma.

Cuando se detuvo en el siguiente semáforo después de salir del supermercado, ya le tenía otra vez a la espalda. Aquel hombre poseía verdadero talento para desenvolverse en medio del tráfico.

La vista de su casa no fue tan estimulante como de costumbre. Tenía la irónica certeza de que su refugio iba a ser violado por un hombre grande e implacable al que por lo visto había desagradado de inmediato. Estaba acostumbrada al escepticismo de la gente, pero no al desagrado; aquella actitud la hería un poco, aunque le causaba sorpresa experimentar ese sentimiento. El detective Hollister no significaba nada para ella, así que debía de ser simplemente que era propio de la naturaleza humana querer que los demás piensen bien de uno.

Tal como esperaba, Hollister subió la rampa de entrada antes de que ella tuviera tiempo de apagar el motor. Salió de su coche, se quitó las gafas de sol y se las guardó en el bolsillo de la camisa. A pesar de la incomodidad que le producían las gafas de sol, Marlie deseó de pronto que no se las hubiera quitado, porque sus ojos de color verde avellana, iluminados por los últimos rayos del sol poniente, eran duros y de una intensidad que daba miedo.

-¿Qué quiere ahora? -le preguntó-. ¿O es que se ha dado este paseo para ayudarme a bajar las bolsas de la compra?

-Ha dicho que puede arreglárselas sin mi ayuda -señaló él-. He pensado que podíamos

charlar un rato.

Alguien salió de la casa vecina. Marlie levantó la vista y vio a su vecina, Lou, de pie en el porche, mirándolos con curiosidad. La saludó con la mano y un «hola». El detective Hollister también agitó la mano.

-Me alegro de volver a verla -dijo.

Marlie, ceñuda, controló su genio. Por supuesto, el detective ya había interrogado a los vecinos; no habría esperado otra cosa de él. Aquella mañana había dejado claro que sospechaba mucho de ella.

A pesar de lo que había dicho, cuando ella abrió el maletero sacó las cuatro bolsas repletas de la compra, dos en cada mano.

-Después de usted -dijo cortésmente. Ella se encogió de hombros; si estaba dispuesto a cargar con la compra, ella estaba dispuesta a permitirse. Abrió la puerta de la casa y la mantuvo abierta para que pasara él, luego le siguió al interior y le guió hasta la cocina, donde él dejó las bolsas encima de la mesa.

-Gracias - le dijo. -¿Por qué me da las gracias ahora, cuando antes no lo ha hecho? Marlie enarcó las cejas.

-Usted me dijo que no lo hiciera. -Empezó a sacar las cosas de las bolsas-. ¿Qué es lo que le preocupa, detective?

-Un asesinato.

Las circunstancias de la muerte de Nadine Vinick no eran algo que ella pudiera tomarse a la ligera. Sus facciones se volvieron tensas al decir, sencillamente.

-A mí también. -Sus ojos se agrandaron y adquirieron una expresión atormentada.

Hollister se apoyó contra el armario y la contempló pensativo mientras ella se movía por la cocina, se agachaba para guardar esto j aquí, se estiraba para poner eso allá. No se le había escapado la tensión que revelaba su semblante.

Recorrió la estancia con la vista. Le gustaba la cocina, lo cual era un pensamiento más bien inquietante; fuera lo que fuera lo que había imaginado del interior de aquella casa, no coincidía con aquel ambiente tranquilo y acogedor. Su propia cocina era estrictamente funcional; la de Trammell contenía lo último en tecnología y resultaba de lo más intimidatorio. Sin embargo, la cocina de Marlie Keen resultaba reconfortante. Junto a la ventana, delante del fregadero, había una fila de pequeñas macetas en las que crecían hierbas que prestaban al aire un agradable aroma. Las baldosas del suelo eran de un color blanco crema, con dibujos en suaves verdes y azules. Las persianas abiertas I estaban pintadas del mismo azul, y sobre la mesa pendía un ventilador de techo de color blanco.

-¿Ha averiguado algo interesante sobre mí? -preguntó Marlie, manteniéndose de espaldas a él mientras colocaba latas en una balda.

Hollister no respondió, sino que se limitó a contemplarla con aire i meditabundo. No tenía ninguna intención de informarla acerca de sus progresos, O de la falta de ellos.

-Deje que le diga -se ofreció ella en tono ligero-- que hoy ha averiguado que nunca me han detenido, nunca me han puesto una multa de tráfico, y que, por lo que saben mis vecinos, no salgo con nadie ni recibo visitas. Pago mis facturas puntualmente, no utilizo tarjetas de crédito y no tengo libros pasados de fecha de entrega en la biblioteca, aunque los habría tenido si no hubiera devuelto los de hoy.

-¿Por qué no me vuelve a contar lo del viernes por la noche? -dijo Hollister. Su tono de voz era duro. Ella se lo había resumido brevemente, y no le había gustado. La ira que llevaba todo el día bullendo dentro de él estaba controlada, pero a duras penas. Definitivamente,

aquella mujer le había picado.

Vio cómo los hombros de Marliese ponían tensos.

-¿Qué parte no entendió?

-Me gustaría volver a oírlo todo. Déme ese capricho. Límitese a empezar otra vez por el principio.

Marlie se dio la vuelta, igual de pálida que aquella misma mañana, cuando relató la historia por primera vez. Hollister se fijó en sus manos que estaban cerradas en dos puños a los costados.

-¿La molesta hablar de ello? -le preguntó con frialdad. Esperaba que así fuera. Si le remordía la conciencia, a lo mejor lo soltaba todo. Ya había sucedido antes, aunque normalmente ese tipo de confesiones se debían a una total idiotez ya un orgullo mal entendido.

-Naturalmente. ¿No le molesta a usted oírlo? -Verlo fue mucho peor.

-Lo sé -murmuró Marlie, y por un instante la expresión de sus ojos quedó al descubierto. Había dolor en aquellos ojos de color azul oscuro, y también rabia, pero sobre todo Hollister vio un sentimiento de desolación que le golpeó de plano en el pecho.

Tuvo que cerrar los puños con fuerza para no acudir a consolarla. De repente parecía tan frágil como si fuera a desmayarse. También era posible que fuera una magnífica actriz, se recordó gravemente a sí mismo, apartando a un lado aquella preocupación, inoportuna e insólita, hacia alguien sospechoso.

-Hábleme de la noche del viernes -dijo-. ¿Qué dijo que estaba haciendo?

-Fui al cine a las nueve.

-¿Adónde?

Marlie le dijo el nombre de los multicines.

-¿Qué película vio?

También se lo dijo, y luego añadió:

-Espere... Puede que todavía tenga la entrada, suelo guardarla en el bolsillo. Todavía no he hecho la colada, así que aún debe de seguir allí.

Salió presurosa de la cocina; él no fue detrás, pero escuchó con atención para seguir sus movimientos por la casa para que no pudiera salir de ella sin que él se enterara, si ésa era su intención. Por supuesto, había bloqueado la salida con su coche y no pensaba que intentase huir corriendo. ¿Por qué iba a hacerlo, estando tan segura de que él no tenía nada de que acusarla? Y, maldita fuera, tenía razón.

Marlie regresó en sólo un minuto y le entregó la entrada de cine I usada, teniendo cuidado de no tocarle al depositar el trocito de papel en su mano. A continuación se apresuró a apartarse unos cuantos pasos; Hollister torció la boca al notar el gesto. No podía ser más clara al mostrar el desagrado que sentía hacia él. Contempló la entrada que tenía en la mano; era de las generadas por ordenador, y llevaba impresos el título de la película, la fecha y la hora. Aquello demostraba que había comprado una entrada, pero no que hubiera visto la película. Él tampoco la había visto, de modo que no podía hacerle preguntas pertinentes sobre la misma.

-¿A qué hora salió del cine?

-Cuando terminó la película, a eso de las once y media. -Marlie permanecía de pie, en tensión, junto a la mesa.

-Al volver a casa, ¿qué ruta escogió?

Ella se lo explicó, hasta los números de las salidas de la autovía.

-¿Y dónde estaba cuando tuvo esa supuesta visión?

Ella apretó los labios pero mantuvo la compostura, y contestó con voz firme:

-Como le dije esta mañana, acababa de salir de la autopista. Las visiones siempre son muy..agotadoras, de modo que salí de la calzada.

-¿Agotadoras? ¿Cómo?

-Perdí el conocimiento -repuso ella sin más.

Hollister elevó las cejas.

-Perdió usted el conocimiento -repitió, con una incredulidad tan evidente en su tono de voz que a Marlie le picaba la mano de ganas de abofetearle-. ¿Quiere decir que se desmayó a causa del estrés?

-No exactamente.

-¿Pues exactamente, qué, entonces?

Ella se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

-La visión me domina, no puedo ver ninguna otra cosa, no oigo nada más, no sé nada más.

-Comprendo. Así que se quedó allí sentada hasta que terminó la visión, y después continuó tranquilamente hasta su casa y se fue a la cama. Si está tan segura de ser vidente, señorita Keen, ¿por qué esperó más de dos días para contárselo a la policía? ¿Por qué no nos llamó inmediatamente? Quizá pudiéramos haber pillado al culpable todavía en el barrio, o incluso dentro de la casa.

El rostro de Marlie perdió el último vestigio de color al sentir el impacto de aquella voz profunda y sarcástica. No había forma de explicarle lo que había sucedido seis años atrás, por qué los detalles la confundieron hasta que no tuvo la seguridad de si había experimentado una regresión o era que las visiones habían vuelto. No podía desnudar su alma ante un hombre como aquél, desnudar su psique para que él viera todos sus miedos, sus puntos vulnerables. En vez de eso se concentró en lo único de lo que él había dicho que ella podía refutar.

-N-no -tartamudeó, odiando la inseguridad de su voz. Aspiró profundamente para alejar aquel indicio de flaqueza-. No me limité a continuar hasta casa. Un policía de patrulla se fijó en mi coche y se paró para ver si me pasaba algo. No me acuerdo de nada, excepto de la visión, desde el momento en que saqué el coche de la calzada hasta que el policía dio unos golpecitos en la ventanilla y me sacó del estupor. Yo temblaba mucho, y le dije que era epiléptica y que debía de haber sufrido un ataque leve. Él sospechaba un poco, y me hizo salir del coche, pero por fin me dejó marchar y me siguió hasta mi casa para cerciorarse de que llegaba sin novedad.

Dane no se enderezó de su postura apoyado contra el armario, pero cada centímetro de su cuerpo vibraba de atención.

¿Á qué hora fue eso?

-No lo sé.

-Haga un cálculo. Salió del cine a las once y media; ¿más o menos a que hora empezó la visión?

-Las once cuarenta, las once cuarenta y cinco, no lo se con seguridad.

-¿Ya que hora llego a casa? ¿Cuanto duro la visión?

-No lo sé! --estallo, Marlie, dándole la espalda-. Me costo mucho llegar a casa; después me derrumbé y no me desperté hasta la tarde del sábado.

Dane estudió su espalda rígida. La joven estaba temblando, un temblor leve pero visible. Debería alegrarse de haberla puesto nerviosa pero en cambio sentía aquel extraño impulso de consolarla.

-Seguiremos en contacto -dijo con brusquedad, y se fue antes dejarse llevar por aquel impulso. Maldita sea, ¿qué le pasaba con aquella mujer? Era muy consciente de la presión que sentía en la ingle, y sabía que si ella hubiera mirado, de ninguna forma habría dejado de advertirlo. Gracias a Dios, al parecer prefería mirar a cualquier otra parte antes que a él. Había oído hablar de policías que se ponían cachondos con el peligro, pero él nunca había sido uno de esos ¿Qué diablos le estaba pasando?

Cuando entró en el coche admitió que no debería haber ido por lo menos no sin ir acompañado de Trammell. Por lo visto, Trammell había dado el trabajo por terminado ese día, pero él no había podido hacer lo mismo. En lugar de eso, esperó a Marlie Keen en el aparcamiento de su lugar de trabajo y la siguió hasta su casa. Había sido una tontería; ¿y si ella llamase al teniente y se quejase de que él la estaba acosando? El teniente les había dado luz verde para investigarla, pero Dane sabía que aquella tarde se había extralimitado.

Al menos la joven le había dado algo interesante que comprobar. No sería difícil verificar si un policía de patrulla se había detenido a investigar un vehículo sospechoso. Tenía el lugar y la fecha, y sabía que era dentro del tercer turno. Pan comido.

Regresó a la oficina y empezó a hacer llamadas telefónicas. Le llevó una hora conseguir el nombre del policía en cuestión, Jim Ewan, un veterano que llevaba seis años patrullando. Cuando le llamó a su casa, no obtuvo respuesta. Esperó una hora más y llamó otras cuatro veces, sin resultado. Consultó su reloj de pulsera; eran casi las ocho, y tenía hambre. Supuso que podría levantarse temprano la mañana siguiente y pillar al agente Ewan al salir del turno, pero nunca se le había dado bien esperar cuando quería algo. Qué demonios; Ewan tenía que comenzar a trabajar dentro de menos de tres horas, así que Dane se figuró que bien podría irse a comer algo y después volver y llamarle otra vez. Averiguara lo que averiguara, tendría toda la noche para meditar sobre ello.

Se fue a casa y se preparó rápidamente un par de bocadillos; luego, mientras se los comía, escuchó los mensajes del contestador y consultó cómo iba la nueva temporada de béisbol. Todavía estaba cabreado con los Gigantes de San Francisco, y quería que no ganara nadie más que ellos.

El béisbol no pudo retener su atención, y sus pensamientos seguían deslizándose hacia Marlie Keen, a aquellos profundos ojos azules que tenían más sombras que un cementerio. Fuera cual fuera su plan, no se sentía cómoda del todo con él; se alteraba visiblemente cada vez que hablaba de la noche del viernes. Ni siquiera una actriz ganadora de un óscar podría ponerse pálida como la cal como le había sucedido a Marlie aquella tarde.

Recordó cómo temblaba su frágil cuerpo, y sintió nacer de nuevo el impulso de rodearla con sus brazos, acunarla contra sí y decirle que todo iba a salir bien. ¿A qué se debía aquel absurdo sentimiento protector? Aceptó que tenía el natural instinto masculino de cuidar de una mujer; él era más grande y más fuerte, por lo tanto, ¿por qué no iba a interponerse entre una mujer y cualquier peligro que pudiera amenazarla? ¿Por qué no iba a cuidar de ella cuando subiera o bajara las escaleras, dispuesto en todo momento a sostenerla en sus brazos si aquellos traicioneros tacones altos que llevaban las mujeres la hacían tropezar? ¿Por qué no iba a hacer por ella cualquier tarea desagradable cada vez que pudiera y se lo permitiera su horario? Cuando era patrullero e investigaba accidentes de coche, lo primero que hacía siempre era comprobar si había mujeres o niños afectados, sin pensar- lo siquiera. Pero, maldita sea, su instinto protector nunca se había extendido a alguien sospechoso de asesinato.

Él era policía; ella era una sospechosa. No podía permitirse tocarla de ninguna forma, salvo

lo que fuera necesario para desempeñar su trabajo. Acunarla en sus brazos no figuraba en la lista.

Pero deseaba hacerlo. Sí, lo deseaba mucho. Quería hacerla apoyar la cabeza en su hombro, quería acariciarle la mejilla, el cuello, y después dejar que su mano bajara para investigar sus pechos, la curva de su vientre, la suave hendidura entre sus piernas.

Se puso en pie de un salto, maldiciendo para sí. La había visto por primera vez aquella misma mañana, y desde entonces no había podido dejar de pensar en ella. Seguro que había sido víctima de la famosa «química» entre dos personas.

Miró la hora: las nueve y cuarto. Diablos, tenía que bajar a la comisaría y esperar al agente Ewan. Por lo menos, las chorradas de costumbre que se comentaban le impedirían pensar tanto en ella. Paseó nervioso durante unos momentos, luego cogió las llaves del coche y se puso en acción.

Tal como había esperado, el agente Ewan llegó puntual, como hacían muchos policías, para tener tiempo de sobra para cambiarse de ropa y tomar un café, una especie de preparación cotidiana antes de que comenzase el turno. Jim Ewan era un hombre medio en casi todos los sentidos: estatura media, peso medio, facciones medias. Sus ojos, sin embargo, eran muy despiertos, los ojos escépticos de un policía, alguien acostumbrado a ver de todo y esperarse de todo.

Recordaba con toda claridad el incidente del viernes por la noche.

-Fue un tanto misterioso -dijo, pensando en ello-. La joven estaba allí sentada, como una estatua, con los ojos abiertos y fijos. Al principio creí que había encontrado un fiambre. Encendí la linterna, pero no vi nada sospechoso en el coche, y entonces me di cuenta que respiraba. Di unos golpes en la ventanilla con la linterna, pero ella tardó un poco en enterarse.

Dane sintió un incómodo hormigueo que le subía por la espalda.

-¿Se había desmayado, tal vez?

El agente Ewan se alzó de hombros.

-Las únicas personas que yo he visto con los ojos fijos como los de ella eran cadáveres o locos. Los ojos se cierran cuando uno se desmaya.

¿Y qué pasó entonces?

-Por lo visto, estaba confusa de verdad, y al principio pareció asustada. Tenía problemas para moverse, como una persona que sale de la anestesia. Pero se las arregló para bajar la ventanilla, y dijo que era epiléptica y que debía de haber tenido un ataque. Yo le pedí que saliera del coche, y ella obedeció. Temblaba como una hoja, de la cabeza a los pies. No noté olor a alcohol, ni tampoco parecía haber tomado drogas. Ya había llamado para preguntar por la matrícula del coche, y todo estaba bien, de modo que no había razón para retenerla. Como he dicho, temblaba como un flan, así que la seguí hasta su casa para cerciorarme de que no le pasara nada.

-¿A qué hora fue eso? -preguntó Dane.

-Veamos. Puedo consultar mis papeles de esa noche para darle la hora exacta, si la necesita, pero creo que era poco después de media noche, quizá las doce y cuarto.

-Gracias -dijo Dane-. Me ha ayudado mucho.

-Ha sido un placer.

Dane volvió a casa en su coche meditando sobre lo que le había dicho el agente Ewan. Para ser un breve encuentro, le había proporcionado gran cantidad de información.

Por una parte, más o menos a la misma hora que Nadine Vinick fue asesinada, Marlie Keen se encontraba en la otra punta de la ciudad desde la residencia de los Vinick. Las

observaciones del agente Evan corroboraban en gran medida lo que le había dicho Marlie acerca de cómo la había afectado la "visión».

Así que ¿qué tenía ya? Lógicamente, no podía seguir considerándola sospechosa, y sintió que algo en su interior se aflojaba con alivio. Ella no había estado allí, tenía un; coartada. No había nada que la relacionase con el asesinato. ..excepto sus propias palabras. Había visto cometerse el crimen. No cabía otra explicación. ¿Pero cómo podía ser?

Marlie sabía algo, algo que no le había contado a él. Algo que le causaba aquellas sombras en los *ojos*. Iba a averiguar qué era lo que ocultaba, a averiguar exactamente cómo estaba ella relacionada con aquel asesinato. La única alternativa era que realmente fuera vidente, y él no podía aceptar tal cosa. Aún no. Quizá no para siempre..., pero aún no.

CAPÍTULO 6

Sintió la cólera en su interior cuando la mujer se fue caminando, y se obligó a controlarla, como controlaba todo. Ahora no era el momento de dejarla explotar, resultaría inapropiado. Todo a su debido tiempo. Miró la reclamación que había presentado la mujer y sonrió al leer su nombre: Jacqueline Sheets (sábanas), nº 3311 de la avenida del Ciprés. La garantía de obtener un justo castigo le daba cierta paz. A continuación, teniendo cuidado de que su cuerpo bloqueara la línea visual de Anette, se guardó el impreso de reclamación en el bolsillo para tirarlo más tarde. Sólo un idiota lo habría dejado por allí encima, tal vez para que algún entrometido lo viera y lo recordara más tarde, y Carroll Janes no se consideraba idiota. Todo lo contrario, de hecho. Se enorgullecía de cuidar hasta el más pequeño detalle.

-No sé cómo puede quedarse tan tranquilo cuando la gente le su futuro inmediato en aras de la seguridad de un camionero. Impulsada habla así, señor Janes -murmuró Annette detrás de él-. A mí me han entrado ganas de arrearle a ésa un puñetazo en la cara.

Él mostraba un semblante perfectamente calmo.

- Bueno, algún día se lo arreará alguien -dijo. Le gustaba Anette; tenía que aguantar las mismas cosas que él y siempre era solidaria cuando alguien le hacía pasar un mal rato. La mayoría de la gente era aceptablemente cortés, pero siempre había unos cuantos que necesitaban que les dieran una lección. Sin embargo, Annette era infaliblemente educada, y le llamaba «señor». Él agradecía su agudeza.

Era muy poquita cosa, bajita, morena y corriente, pero por lo general afable. No le irritaba tanto como muchas otras mujeres, con su aire tonto y sus nimiedades.

Carroll Janes se conducía adoptando una postura erecta, militar. Con frecuencia pensaba que el mundo estaba perfectamente acondicionado para los militares... si uno era oficial, claro. Habría sido el primero de su clase en cualquiera de las academias, si hubiera podido asistir a ellas. Por desgracia, no había tenido los contactos que se necesitaban para entrar en alguna academia militar; *los* contactos eran imprescindibles, y quienes carecían de ellos quedaban excluidos. Así era como la clase alta mantenía cerradas sus filas. Incorporarse a la vida militar como recluta era impensable; también rechazó otras opciones porque constituían una graduación de segundo orden frente a las academias. En vez de la distinguida carrera militar que debería haber tenido, estaba atascado en aquel humillante trabajo de atender las reclamaciones de los clientes de unos lujosos grandes almacenes, pero eso no significaba que dejase a un lado sus normas personales.

Medía uno setenta y siete, pero su postura erguida con frecuencia inducía a la gente a

pensar que era más alto. y por regla general se le consideraba un hombre apuesto, pensó; estaba en buena forma física gracias a las dos veces por semana que iba al gimnasio; tenía un cabello rubio, espeso y rizado; y lucía facciones regulares. Le gustaba vestir bien, y siempre era muy meticuloso con su acicalamiento personal. La atención al detalle marcaba la diferencia entre el éxito y el fracaso, nunca se permitía a sí mismo olvidarlo.

Se preguntó qué diría Annette si descubriera el poder que él mantenía oculto, bajo un perfecto control, hasta que llegase el momento de darle rienda suelta. Pero nadie sospechaba, y Annette menos que nadie. Engañar a todos de una manera tan completa le proporcionaba una inmensa satisfacción; pos policías eran tan idiotas, tan profundamente faltos de clase!

Tuvo paciencia suficiente para esperar hasta que Annette se tomara el descanso de la tarde antes de acercarse al ordenador a ver si Jacqueline Sheets tenía una cuenta en los grandes almacenes; para satisfacción suya, sí la tenía. Siempre resultaba mucho más fácil cuando disponía de este acceso inicial a la información. Sin embargo, no le interesaba cómo llevaba los pagos. La información de los requerimientos de pago de cada cliente se encontraba al principio del archivo, y esa información incluía el nombre y la ocupación del cónyuge. Jacqueline Sheets estaba divorciada. Chasqueó la lengua. Qué pena que no fuera capaz de mantener una relación.

Por supuesto, aquello no quería decir que viviera sola. A lo mejor tenía hijos, o un novio que vivía con ella, o una compañera de habitación lesbiana. Tal vez viviera con su madre. Cualquiera de aquellas posibilidades haría más difícil su tarea, pero de ningún modo imposible. Casi albergaba la esperanza de que surgiese una complicación así, pues suponía una prueba más veraz de su inteligencia y de su temple. No era muy corriente tener otro transgresor tan cerca de haber tenido el último; sentía cierta curiosidad por ver si esta vez sería más mañoso, como un atleta que intensificara su entrenamiento, o si sería verdad lo contrario. Esperaba ser todavía más fuerte y más rápido, con la mente más clara, la oleada de poder más intensa.

Cuando salió de trabajar ya sentía bullir en su interior aquella emoción por lo que le aguardaba. No hizo caso de esa agradable sensación y siguió su camino normal, ya que, naturalmente, no podía consentir que se reforzara, no era el momento. El placer, cuando lo liberara, sería más intenso por el hecho de haber tenido que esperar. Así que fue a su apartamento, leyó el periódico y metió un plato de comida preparada en el microondas. Mientras éste se calentaba, puso la mesa: mantel individual, servilleta, todo como Dios manda. El hecho de que viviera solo no era motivo para dejar a un lado sus normas.

Sólo cuando se hizo totalmente de noche se permitió sacar el mapa de la zona de Orlando y buscar la avenida del Ciprés para marcar la ruta desde su apartamento con un rotulador amarillo memorizando cuidadosamente cada giro. Estaba más cerca de lo que había esperado, a no más de quince minutos en coche. Cómodo.

A continuación salió a dar un agradable paseo en su automóvil, disfrutando del buen tiempo primaveral. Aquel primer reconocimiento del terreno era poco más que un vistazo desde el coche para localizar la casa y grabarla en su mente. También se fijaría en otros detalles, como la distancia a la que estaban las otras casas, si había muchos perros o gatos en el vecindario, cuántos niños parecía haber en las inmediaciones. Si había una valla que rodease el jardín, cuántos coches había aparcados en la rampa de entrada, o si existía un garaje. Cosas así. Detalles. Más tarde averiguaría más, mucho más, iría descubriendo cada vez más con cada visita, hasta pasar al reconocimiento final, cuando entraría en la casa misma y se aprendería la distribución de las habitaciones. Entonces sería cuando dejaría que fuera aumentando el placer, porque había algo delicioso en el hecho de vagar por la casa cuando su

propietaria no estaba dentro, tocar sus cosas, fisgonear en los roperos y en el armario del cuarto de baño. Estaría ya dentro de ella, y la víctima ni siquiera lo sabría. Sólo faltaría el acto final.

Pasó con el coche frente al número 3311 de la avenida del Ciprés. En vez de garaje cerrado, había un cobertizo abierto para coches en el que sólo cabía uno, y el espacio estaba ocupado por un Pontiac de cinco años de antigüedad. No había más coches, ni bicicletas ni tablas de patines, lo cual indicaba que no había niños. Dentro de la casa vio una sola luz encendida, lo cual quería decir que o bien había una sola persona dentro, o todo el mundo estaba en una misma habitación. Normalmente solía ser lo primero.

Dio vuelta a la manzana y pasó por delante una segunda vez; dos vueltas era lo que tenía asignado por visita. Si había alguien observando, lo cual no era probable, atribuiría la segunda pasada a que el visitante se había perdido. pero una tercera levantaría sospechas. La segunda vez se fijó en la valla que discurría junto al costado izquierdo de la casa, al lado contrario del aparcamiento. Bien. Una valla constituía un buen parapeto para ocultarse. El costado derecho estaba más abierto de lo que él hubiera preferido, pero con todo la situación era bastante buena. Realmente muy buena. Todo iba colocándose en su sitio.

* * *

Marlie estuvo acurrucada en el sofá, leyendo un libro que sólo era medianamente interesante, y poco a poco se fue relajando. Se había sentido en tensión todo el día, preguntándose si el detective Hollister la estaría esperando en el aparcamiento cuando saliera del trabajo, como el día antes. No estaba segura de poder aguantar otra tanda de enfrentamientos hostiles con él, pero al mismo tiempo tuvo la curiosa sensación de haber sido dejada de lado cuando salió del banco y vio que él no estaba allí. Era como esperar a que acabara de resolverse el suspense, sólo que eso no terminaba de suceder.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Bajó los párpados y vio su cara: las duras líneas, la nariz rota, el verde avellana de sus ojos hundidos. No era el rostro de una persona madura y mundana: aunque sus rasgos fueran más regulares, la expresión de aquellos ojos siempre le haría ser distinto. Eran los ojos penetrantes de un depredador, siempre vigilantes. Se le ocurrió que la gente de Orlando podía considerarse afortunada de tenerle del lado de la ley y que sus presas fueran los delincuentes en vez de las personas normales. Además, añadida a la fuerza de su personalidad, estaba también la imagen que tenían todos los policías, aquel escepticismo generalizado, el frío distanciamiento, el muro que los encargados de hacer cumplir la ley levantaban entre ellos y aquellos a quienes servían.

Había conocido a varios policías, y en todos lo había visto. Los policías sólo se relajaban con los de su especie, con otros que habían visto y hecho las mismas cosas. Ninguno de ellos se iba a casa y se ponía a contarle a su cónyuge la mezquindad y depravación que veía a diario. ¡Qué excelente tema de conversación para la cena! Los policías arrojaban una alta tasa de divorcios. El estrés era increíble.

Los policías nunca habían sabido cómo tratarla a ella. Naturalmente, al principio todos se la tomaban en broma, pero después de haberles demostrado la verdad, todos se ponían muy incómodos, porque su percepción psíquica los afectaba también a ellos. Sólo un policía entendía a otro policía, eso estaba claro. Pero ella había percibido sus emociones, su rabia, su miedo, su asco; no podían erigir aquel muro contra ella, y por lo tanto se sentían vulnerables.

Luego, seis años atrás, tuvo que aprender a leer los sentimientos de la gente igual que los

leía todo el mundo, captando sutiles indicios en el lenguaje corporal y el tono de la voz, observando la expresión del rostro. Fue como un niño que aprende a hablar, porque nunca había tenido que basarse en información visual. Durante un tiempo no quiso aprender, lo único que deseaba era que la dejaran en paz en el bendito silencio, pero el aislamiento total no formaba parte de la naturaleza humana; hasta los eremitas se relacionaban con animales. De manera instintiva, una vez que se sintió a salvo, empezó a observar a la gente para conocerla. Fue difícil conocer al detective Hollister; torcía la boca con humor irónico. Tal vez le había costado tanto entenderle porque apenas podía soportar mirarle. No porque fuera repulsivo, pues a pesar de sus duros rasgos no lo era, sino más bien porque era muy intenso. La hacía sentirse incómoda, al mirarla de aquel modo, al machacarla hasta obligarla a sacar a flote recuerdos que ella prefería olvidar.

No le tenía miedo; por mucho que él lo intentase, no podría relacionarla con el asesinato de Nadine Vinick porque no existía tal relación. No podría encontrar pruebas que no existían. La inquietud que sentía...

Marlie se quedó paralizada de pronto, con los ojos muy abiertos y fijos en la nada mientras buscaba mentalmente la sensación que la había inundado. No era una visión, ni nada tan agobiante, pero percibió claramente una vaga animosidad, una amenaza. Se puso en pie de un salto y comenzó a pasear por la habitación, tratando de ordenar sus pensamientos. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Estaba realmente volviendo la percepción, o es que estaba experimentando una reacción perfectamente normal a la fuerte carga de estrés?

Había estado pensando en Hollister, y de repente se sintió inquieta y amenazada. Algo bastante fácil de entender si Hollister fuera el origen de esa amenaza. La mayoría de la gente pensaría eso mismo, pero Marlie analizó de nuevo aquella sensación y no logró encontrar ningún miedo de Hollister relacionado de ninguna forma con su investigación.

La animosidad la golpeó y se hizo más fuerte. Marlie se tapó la boca al notar una súbita náusea. Estaba ocurriendo algo. Dios, estaba ocurriendo algo. ¿Pero qué? ¿Algo relacionado con Hollister? ¿Se encontraba en peligro?

Se detuvo de golpe, con los puños cerrados con fuerza. Tal vez debiera llamarle, ver si se encontraba bien. ¿pero qué iba a decirle? Nada. No tenía que decir nada. Si él contestaba al teléfono, resultaría obvio que estaba bien, y ella podría simplemente colgar.

Era un truco infantil. Aquella amenaza que no acababa de tomar forma la estaba poniendo enferma. Rompió a sudar, debatiéndose en la indecisión, y de pronto se hicieron cargo de la situación sus antiguos instintos. A ciegas, buscó con la mente tratando de conectar con Hollister, tratando de localizar con precisión aquella borrosa nube de maldad. Era como buscar a tientas en la niebla; no podía enfocarse en nada.

Con un gemido, volvió a dejarse caer en el sofá. ¿Qué había esperado? Llevaba seis años sin poder hacer aquello, e incluso antes no había sido fácil. Sólo porque había tenido una extraña visión y había sentido aquella vaga amenaza, ¿debía pensar que había recuperado todas sus antiguas capacidades? ¡Tenía la esperanza de no recuperarlas nunca, maldita sea! Pero en aquel preciso instante las necesitaba, necesitaba algo para calmar el pánico que la invadía.

Pero si Hollister estuviera inconsciente -desterró la palabra «muerto» antes de pensar siquiera en ella- no podría recoger las señales mentales que ella le enviase. Todavía más frenética, invocó una imagen del compañero. Alex Trammell. No le había prestado mucha atención, pero fue lo bastante observadora como para recordar su cara. Cerró los ojos y se concentró mientras oía su propia respiración, áspera y agitada, tratando de encontrar una

persona en particular. ¡Piensa!, se ordenó con fuerza a sí misma. ¡Piensa en Trammell!

No sirvió de nada.

Jurando por lo bajo, agarró el listín telefónico y recorrió con el dedo la columna de la H hasta encontrar el apellido Hollister. ¿Cómo podía ser que hubiera tantos? Ah, allí estaba. Dane Hollister. Cogió el auricular y tecleó el número antes de que pudiera perder la intención de hacerlo.

Y de pronto supo que él se encontraba bien.

No fue como antes, no había sintonizado con *sus* sentimientos; no había ninguna barrera mental. Simplemente lo supo. Tuvo una imagen mental de él sentado con los pies descalzos y el torso desnudo delante de la televisión, viendo un partido de béisbol y bebiendo una cerveza. Musitó un taco al tiempo que cogía el teléfono.

-Sí.

Marlie se sobresaltó. Aquella palabra había sonado en su oído justo a la vez que se imaginó a Hollister en su mente, hablando.

-Ah. ..er. ..Lo siento -tartamudeó, y volvió a dejar el auricular en su sitio.

Se quedó mirando fijamente el teléfono, tan aturdida que no sabía qué hacer. Había oído claramente el ruido de un partido de béisbol de fondo.

* * *

Dane se encogió de hombros ligeramente irritado y colgó el teléfono. Se había perdido un *out* del partido, que tuvo lugar precisamente en el momento en que apartó la atención de la pantalla. Se dejó caer contra el respaldo con un gruñido y cruzó las piernas sobre la mesita. Aquella era la ocasión en que más cómodo se encontraba hacía tiempo; sin camisa, sin zapatos, con una cerveza en la mano tan fría que la boca se le hacía agua por beberla.

La que había llamado era una mujer. Lo supo de forma instintiva, aunque la voz le había sonado grave e insólitamente áspera. La voz de un fumador.

Pensó en Marlie Keen. Su voz era un poco ronca; el solo hecho de oírla le provocaba una erección cada vez. Se miró las piernas con gesto reflexivo. Bingo.

Volvió a coger el teléfono.

-¿Acaba usted de llamarme? -preguntó bruscamente, tras hacer una breve llamada al servicio de información.

-Er... sí. Lo siento.

-¿Había algún motivo para ello ?

La oyó respirar por la línea, un sonido rápido y superficial. Algo la había alterado.

-Estaba preocupada -admitió ella finalmente. -¿Preocupada? ¿Por qué?

-Creí que usted podía tener algún problema, pero me equivocaba. Lo siento -volvió a decir.

-Se equivocaba -repitió él, con exagerada incredulidad-. ¡Fíjate!

Marlie le colgó de golpe. Dane hizo una mueca por el telefonazo e hizo el ademán de apretar el botón de rellamada, pero en vez de eso colgó también. En lugar de ser sarcástico, debería haber intentado averiguar qué era lo que la había alterado; a lo mejor Nadine Vinick hacía que le remordiera la conciencia; a lo mejor estaba a punto de tirar de la manta. El agente Ewans la había dejado fuera de toda sospecha, aunque ella no lo sabía aún, pero todavía estaba seguro de que Marlie conocía la identidad del asesino. Ahora, por haber sido un bocazas, había echado a perder la posibilidad de averiguarlo, porque seguro que a la joven

no le quedarían ganas de hablar con él.

Entonces cayó en la cuenta de que ninguno de los dos se había identificado. Ella sabía quién era él, igual que él sabía quién era ella. y había tenido razón en una cosa, maldita sea: en efecto, tenía problemas. Volvió a mirarse las piernas. Problemas graves.

Le picó la tentación. Dejó la cerveza sobre la mesa con tal porrazo que salió un poco de espuma de la lata. Acto seguido, maldiciendo su propia idiotez, cogió el auricular y pulsó la tecla de rellamada.

-¿Qué? -soltó Marlie, contestando antes de que hubiera finalizado siquiera el primer tono.

-¿Qué sucede aquí? Dígame.

-¿Qué le gustaría que le dijera? -preguntó ella dulcemente. -Por ejemplo, la razón por la que me ha llamado.

-Ya se lo he dicho. Creí que podía estar pasando algo malo.

-¿Qué le hizo pensar tal cosa? -Por mucho que lo intentara, no podía eliminar el escepticismo de su tono de voz.

Marlie aspiró profundamente para tranquilizarse.

-Mire, tuve una inquietante sensación en relación con usted y me preocupé. Estaba equivocada.

-¿Qué le hizo pensar que tenía que ver conmigo?

Silencio mortal. Dane esperó, pero Marlie no dijo nada. El silencio era tan profundo, sin percibirse siquiera el ruido de su respiración, que sintió un escalofrío alarmante que le subía por la espalda.

-¿Se encuentra bien? -le preguntó con brusquedad-. ¿Marlie? -Silencio-. Vamos, nena, dígame algo o voy inmediatamente para allá.

-¡No! -Su voz sonó estrangulada-. No... No venga.

-¿Está bien?

-Sí. Sí, estoy bien. Sólo es que. ..estaba pensando en otra cosa.

-¿Como cuál?

-Quizá no guarde relación con usted, sino con otra persona. Tengo que pensar en esto. Adiós.

-No cuelgue -la advirtió Dane-. Maldita sea, Marlie, no cuelgue... ¡Mierda! -Sonó en su oído el tono de marcar. Colgó el teléfono con violencia y se puso en pie de un salto. Iría allí, vería qué pasaba...

...¿Y qué se encontraría? Dudaba sinceramente que ella le abriese la puerta. Ni siquiera tenía un motivo para ir, porque el agente Ewan la había dejado fuera de toda sospecha. Eso llevaba carcomiéndole todo el día; a menos que surgiera algo más, y tal como estaban las cosas no parecía que hubiera esperanzas de ello, no tenía razón alguna para hablar otra vez con Marlie. y resolver el caso de Nadine Vinick parecía una tarea cada vez más difícil. Le cabreaba profundamente que aquel caso pareciera un verdadero misterio, un asesinato entre desconocidos, el típico caso que no se resolvía casi nunca. La señora Vinick merecía algo mejor.

Y él no quería no ver nunca más a Marlie Keen. Si ella no estaba involucrada en el caso, y oficialmente él tenía que aceptarlo, tendría que buscar algo más. No le gustaba lo que sentía, pero era demasiado fuerte para ignorarlo.

* * *

Marlie paseó nerviosa, alternando los juramentos con el acto de secar- se las lágrimas. ¡Maldito Hollister! La había puesto tan furiosa, que con gusto le habría arreado un puñetazo si

lo hubiera tenido delante. Pero Hollister era el menor de sus problemas. Definitivamente, la percepción estaba volviendo, si bien quizás un poco alterada respecto de antes. Tal vez no sentía tanta empatía como antes, tal vez había un poco más de clarividencia. De no ser así, ¿cómo podía haber sabido que Hollister estaba viendo un partido de béisbol? ¿Cómo podía haber previsto su respuesta al instante? Eso nunca le había sucedido anteriormente.

Había estado pensando en él, sin querer, pero estaba claro que le tenía en la mente cuando la invadió aquella inquietud, aquella sensación de peligro. Automáticamente pensó que tenía algo que ver con él, pero no era así; simplemente, la presencia de Hollister en su mente era tan fuerte que no se dio cuenta de que ambas cosas no estaban relacionadas entre sí. Eso significaba que tenía dos problemas; no, res. U no: estaba recuperando sus capacidades extrasensoriales, en forma de rachas. Ella no las deseaba, pero allí estaban, y tendría que hacerles frente. Apartó de sí aquella idea, porque, aunque aquel problema iba a causar un gran efecto en su vida, los otros eran más inmediatos.

Dos: el detective Hollister iba a ser una complicación. Ya lo estaba siendo. La ponía más furiosa que nadie que hubiera conocido nunca, y lo hacía sin pretenderlo siquiera. Era un verdadero neanderthal, sarcástico y escéptico, y notaba el impacto de la rabia que él albergaba dentro de sí. Era un hombre tan intenso que ella casi cedió al impulso de esconder la cara cada vez que lo veía. Ardía con aquella especie de fiera masculinidad que hacía que las mujeres se volvieran y le miraran con *ojos* de carnero degollado. Marlie era consciente de que no tenía mucha experiencia con los hombres, pero eso no significaba que fuera idiota. Sus reacciones hacia él eran demasiado intensas, carentes de toda proporción. Y lo último que necesitaba en aquel momento era tener que lidiar con una atracción sexual, sobre todo cuando no iba a resultar nada de ella. Gruñendo, se dio cuenta de que Hollister sentía la misma atracción reacia. La había llamado nena. Probablemente, lo único que le contenía era que sospechaba de ella, y eso no podía durar mucho a la vista de la ausencia de pruebas. Los hombres como él no vacilaban cuando deseaban a una mujer; una vez que hubiera aceptado que ella no tenía nada que ver con el asesinato de Nadine Ninick, Marlie tendría que vérselas con él.

Lo cual le llevaba al problema número tres, el que la alteraba de tal forma que había aplazado para otro momento pensar en él: la maldad que había percibido, la que le había causado aquella inquietud, poseía la misma...textura, o personalidad, que la fuerza que había sentido la noche en que Nadine Vinick fue asesinada. Se trataba del mismo hombre. Seguía allí, y su maldad estaba concentrada en otra persona. Todavía no tenía forma concreta, sólo había percibido un eco de la misma, pero el asesino iba a actuar de nuevo, y ella era la única esperanza que tenía la policía, y también la víctima, para detenerlo a tiempo.

No tenía nada con que continuar, ninguna cara, ningún nombre. Sin embargo, con un poco de tiempo podría concentrarse en él, permanecer con él, y él cometería algún error que le revelaría su identidad.

Tendría que trabajar con la policía, y eso significaba trabajar con Hollister. No le cabía duda de que iba a ser una situación incómoda y difícil, pero no tenía otra alternativa. Estaba atrapada en aquello y no había manera de escapar.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente, Marlie acababa de terminar de vestirse cuando el fuerte golpe en la puerta principal la hizo dar un respingo y después fruncir el ceño, tanto por la molestia como por la alarma. No tenía ninguna duda acerca de quién estaba llamando a su puerta a las siete y veinte de la mañana, aunque no hacía falta poseer capacidades especiales para adivinarlo.

Sin embargo, la mejor manera de tratarlo era no dejando ver que le provocase reacción alguna. El detective consideraría su enfado no una debilidad, y que Dios la ayudara si él captaba el menor indicio de la inoportuna atracción que sentía; era demasiado agresivo para dejar pasar cualquier circunstancia.

No sentía deseos de invitarlo a entrar; tenía que ponerse a trabajar y no tenía intención de llegar tarde por su culpa. Cogió el bolso y con las llaves en la mano se dirigió hacia la puerta. Cuando la abrió, se encontró con el detective casi enfrente de sus narices, apoyado con un musculoso brazo contra el marco de la puerta y el otro levantado ya para llamar de nuevo. La proximidad de su cuerpo la hizo contener la respiración, una reacción que ocultó saliendo al exterior y volviéndose para cerrar la puerta tras de sí. Por desgracia, él no retrocedió, y ella fue a parar contra él de plano, todo calor y músculo. Estaba prácticamente en sus brazos; lo único que él tenía que hacer cerrarlos alrededor de ella, y quedaba atrapada.

Con expresión seria, se concentró en cerrar la puerta con llave, procurando no hacer caso de la situación. La breve mirada que le lanzó a la cara le indicó que aquella mañana el detective estaba de mal humor, pero además percibió una alarmante irritabilidad masculina. Aquel hombre era más encrespado que un semental olfateando una yegua en época de celo.

Aquella imagen mental resultó infortunada, y tan atinada que el corazón empezó a latirle a toda prisa. De espaldas a él mientras bregaba con la terca cerradura, de pronto notó nítidamente la presión de su cuerpo contra las nalgas. Se había formado una protuberancia inconfundible, gruesa y dura, descaradamente porfiada.

Por fin el pestillo se colocó en su sitio. Marlie permaneció quieta, petrificada, sin saber qué hacer. Si se movía, se frotaría contra él; si no se movía, era posible que él lo tomase como una invitación. Cerró los ojos para alejar la insidiosa tentación de simplemente darse la vuelta y encararse con él, lo cual le daría permiso en silencio por el hecho de darle acceso. Tan sólo la certeza de que no funcionaría, de que se quedaría petrificada bajo el azote de un horror de seis años, la salvó de rendirse. No podía volver a pasar por todo aquello.

Se obligó a poner en funcionamiento la voz. -¿Qué quiere, detective?- inmediatamente deseó morderse la lengua. Había escogido malas palabras, dadas las circunstancias. Con aquella erección rozándola insistentemente, era obvio lo que quería el detective.

Por espacio de un par de segundos, Hollister no contestó. Ella notó el subir de su pecho al inspirar lentamente; a continuación, gracias a Dios, él retrocedió un paso.

-No estoy aquí como detective. He venido sólo a ver si se encontraba bien.

La fuerte tensión sexual se aflojó con la pequeña distancia que se abrió entre ellos, lo cual hizo que Marlie sintiera como si le hubieran quitado unos grilletes. El alivio la mareó ligeramente, una reacción que combatió con la acción.

-Estoy bien -dijo rápidamente, y bajó los escalones antes de que él pudiera detenerla. Maldita sea, su coche bloqueaba el de ella. Se detuvo, y recuperó el auto control suficiente para dudar sólo un momento antes de decir:

-Tengo que irme, o llegaré tarde al trabajo.

Hollister consultó su reloj.

-En coche se tarda quince minutos. Tiene mucho tiempo.

-Tengo que salir temprano, por si hay problemas.

Aquella explicación no lo hizo inmutarse lo más mínimo. Sus ojos avellana de pesados párpados la recorrieron de arriba abajo, mientras su expresión no decía nada.

-¿Anoche se asustó por alguna otra cosa?

-No estaba asustada.

-Yo no podría decir lo mismo.

-No estaba asustada-repitió Marlie, esta vez con los dientes apretados. Aquella obstinación ya la estaba sacando de sus casillas. Necesitaba huir de él inmediatamente.

-Ya lo creo que sí. Y también está asustada ahora. - Su mirada volvió a recorrerla -. Aunque no por la misma razón - añadió suavemente. Esa vez, cuando sus párpados se elevaron, ella vio el brillo depredador del macho.

Marlie se puso rígida y sintió un escalofrío de aprensión. Tal vez Hollister no fuera vidente, pero poseía un agudo instinto masculino. Evitarle iba a ser más difícil de lo que había pensado, porque percibía la reacción que ella no lograba ocultar. Hollister bajó los escalones siguiéndola, y ella se apresuró a replegarse hacia su coche. Abrió la portezuela de un tirón y se deslizó al interior, utilizándolo como barricada para defenderse de él.

Hollister la contemplo por encima de la portezuela aún abierta, perforándola con ojos penetrantes.

-Cálmese - murmuró -. No se enfade tanto.

Ella lo miró furiosa, agitada casi hasta no poder soportarlo. Si aquel hombre no se iba pronto, iba a perder el control y decir algo que sabía que luego lamentaría haber dicho. Se agarró de la puerta para sostenerse, con los nudillos blancos por el esfuerzo.

-Aparte su coche, detective. Y a menos que traiga una orden judicial, no vuelva a venir a mi casa.

* * *

Magnífica actuación, Hollister. Dane experimentó una sensación de violencia al jurar para sus adentros. Miró furioso su mesa, sin hacer caso del ruido de voces que se superponían unas a otras ni del incesante sonar de los teléfonos. Rabiaba de frustración, tanto sexual como profesional. En el caso de Vinick no había ninguna pista, ninguna prueba; la investigación no iba a ninguna parte, y por lo visto su interés por Marlie Keen avanzaba rápidamente en la misma dirección.

¿Qué otra cosa había esperado? ¿Qué ella no notase su erección empujándole el trasero? Lo increíble era que no se hubiera puesto a chillar.

Debería haber retrocedido inmediatamente cuando ella salió de la casa, pero no lo hizo. El primer roce accidental de su cuerpo le había dejado paralizado en el sitio, con todos los sentidos dolorosamente centrados en aquel contacto. Le había producido tal placer, que apenas consiguió soportarlo, pero al mismo tiempo le resultó insuficiente, y deseó más. Deseó desnudarla, penetrar dentro de ella. Deseó sentir sus piernas alrededor de la cintura, notar cómo temblaba al llegar al orgasmo. Deseó dominarla, hacer añicos su resistencia, doblegarla a su voluntad de forma tan completa que pudiera tomarla cada vez que quisiera..., y deseó protegerla de todo y de todos. Ésa era la razón por la que se había presentado en su porche aquella mañana. No había podido descansar en toda la noche, pues estaba casi totalmente seguro de que algo la había asustado, pero seguro del todo de que ella no le habría recibido

bien si la hubiera vuelto a llamar. Cuando se hizo de día, no pudo resistirlo mas; tenía que comprobar por sí mismo que Marlie se encontraba bien.

De modo que ¿qué fue lo que hizo? Ganarse su antipatía todavía mas. No habla sabido tratarla desde el principio, y seguía sin tener ni idea de lo que debía hacer respecto de ella. El agente Ewan la había dejado límpia de toda sospecha de haber estado presente en la escena del crimen de Nadine Vinick, pero era evidente que sabía algo y que había ido a contárselo a la policía. ¿Entonces qué era, una sospechosa o un testigo? La lógica indicaba lo primero, pero una especie de incómodo instinto decía lo último, y a su polla francamente no le importaba un comino.

-Estás de un humor de perros -comentó Trammell ociosamente, echado hacia atrás en su silla y observando la expresión de su compañero.

Dane gruñó. No había forma de negarlo.

-¿Has hablado últimamente con Marlie?

Molesto, Dane le lanzó una mirada.

-Esta mañana - respondió brevemente.

- ¿Y?

- Y nada

-¿Nada?¿Entonces porqué la has llamado?

-No la he llamado.-Dane daba vueltas a un lápiz, nervioso-. He ido a verla.

-Oh, no. Ahora le ocultas secretos a tu compañero, ¿eh?

-No hay ningún secreto que ocultar.

-¿Y por qué has ido a verla?

Maldita sea, aquel interrogatorio le estaba poniendo muy nervioso. Dane experimentó un breve instante de comprensión por los otros sospechosos a los que Trammell y él habían interrogado durante horas. Un instante muy breve.

-No hay ninguna razón -respondió, empleando descaradamente una táctica de cerrojo y sin importarle un bledo que Trammell lo supiera.

-Así que ninguna razón, ¿eh?

Trammell se estaba divirtiendo. Se leía el regocijo en sus ojos oscuros. Nunca había pensado que llegaría el día en que el bueno de Dane estuviera tan revolucionado por una mujer, y tenía la intención de disfrutar hasta la última gota de aquella situación. Dane jamás en su vida había tenido problemas por causa de las mujeres; ellas siempre se preocupaban por él más que él por ellas, lo cual le daba una tremenda ventaja en las relaciones. Nunca trataba mal a una mujer, pero al mismo tiempo la influencia que ellas ejercían siempre era muy pequeña. Aunque a ninguna le gustaba lo irregular de su horario de trabajo. Si tenía que dar plantón a una, ¿qué importaba? Nunca había dado a las mujeres de sí mismo otra cosa que su físico, porque el trabajo siempre era lo primero. Dane era un magnífico policía, uno de los mejores, pero siempre había navegado ileso por el proceloso mar del romance, a diferencia de quienes forcejeaban con los conflictos entre el trabajo y las relaciones personales, de modo que resultaba agradable verle debatirse ahora.

Trammell picó un poco más a la bestia.

-¿Qué ha dicho ella?

Dane frunció el entrecejo y lanzó otra mirada de irritación a su compañero.

-¿Por qué eres tan curioso?

Trammell extendió las manos, fingiendo inocencia.

-Creía que estábamos trabajando juntos en este caso

-Esto no ha tenido nada que ver con el caso.

-¿Entonces por qué has ido a verla?

-Para ver si estaba bien

Trammell no pudo contener una risita, y todavía estaba riendo cuando sonó el teléfono

Dane cogió el auricular.

-Detective Hollister -ladró

-Por fin ha aparecido algo en relación con esa tal señorita Keen a la que interrogasteis - dijo una voz lacónica al oído de Dane- Interesante. Muy interesante.

Dane se había puesto rígido al oír mencionar el apellido de Marlie, y todo su cuerpo estaba en actitud de alerta

-¿Sí? ¿Como qué?

-Dejaré que lo leas tú mismo, amigo Te lo estoy enviando por fax. No sabía que te gustaban esta clase de cosas. Aunque no está mal la muñeca.

-Ya -dijo Dane de modo automático-. Gracias, Baden. Te debo una

-Lo apunto en mi agenda -dijo Baden en tono jocoso. Hasta luego.

Dane colgó el teléfono y vio que Trammell le miraba con gran interés, ya sin el menor atisbo de diversión.

-¿Qué ocurre?

-Baden me va a enviar información acerca de Marlie Keen.

-No jodas -Trammell arqueó las cejas-. No pensaba que fuera a surgir nada sobre ella

-Bueno, pues sí.

El fax que había en el rincón comenzó a zumbir ya escupir papel. Dane se levantó y fue hasta él, con el semblante grave. No estaba seguro de que quisiera ver aquello Dos días atrás, le habría encantado tener en las manos información sobre Marlie, pero ya no. Desde que ella le llamó la noche anterior, había dejado incluso de intentar negar el efecto que ejercía sobre él. La deseaba, maldita sea, y quería que fuera inocente; quería que hubiera alguna explicación a las cosas que les había contado el lunes. Trammell se plantó de pie a su lado, observando a Dane con mirada inescrutable.

Salió la primera hoja. Era una fotocopia de un artículo de prensa. Leyó rápidamente el titular: JOVEN VIDENTE ENCUENTRA A UN NIÑO DESAPARECIDO.

Trammell lanzó un silbido, una única nota que sonó casi imperceptible.

Siguieron una página tras otra, todas con el mismo tema en común: las capacidades psíquicas de Marlie Keen. Algunos de los artículos parecían pertenecer a revistas de psicología o eran trabajos sobre psicología. Había varias fotografías débilmente impresas que mostraban a una Marlie más joven, casi con aspecto de niña. La mayoría eran artículos de prensa que informaban de que la «notable vidente» Marlie Keen había trabajado con la policía en la resolución de diversos casos. Se fijó en que los artículos procedían todos del noroeste del país, Oregon y Washington sobre todo, aunque también había dos de Idaho, uno del norte de California y otro de Nevada.

A veces Marlie aparecía descrita como «joven clarividente», en una ocasión como «encantadora», dos veces como «extraordinaria». En todos los artículos era un tema común que la policía local se había mostrado, al principio, escéptica y burlona respecto de los poderes de la joven, hasta que ésta hizo exactamente lo que dijo que podía hacer. Normalmente se trataba de dar con una persona desaparecida, si bien en un par de ocasiones había ayudado a encontrar a unos secuestradores. Se mencionaba varias veces que cuando no estaba trabajando en un caso, la señorita Keen vivía en Boulder, Colorado, en el Instituto

de Parapsicología. Un tal doctor Sterling Ewell, catedrático de parapsicología de dicho instituto, aparecía mencionado varias veces.

Trammell estaba de pie junto a Dane, leyendo cada página igual que él. Los dos guardaron silencio. Aunque ya habían sido advertidos de antemano, por la propia Marlie, leerlo en blanco y negro resultaba inquietante.

Entonces les saltó a la vista un escueto titular: ASESINO ATACA A UNA VIDENTE. Dane cogió la hoja y la mantuvo tensa hasta que terminó de imprimirse, y ambos se pusieron a leerla tan pronto como salió del fax.

Había habido una serie de secuestros de niños en una zona remota de Washington; se había encontrado a un niño muerto, y otros dos seguían desaparecidos. El sheriff local llamó a Marlie, con la que ya había trabajado en otra ciudad, para que le ayudara a encontrar a los niños. Justo antes de que ella llegase, desapareció un niño más. Ese mismo día había aparecido en la prensa un gran artículo sobre ella.

Aquella noche, Arno Gleen secuestró a Mallie de la habitación de su motel y la llevó al mismo sitio al que había llevado al último niño secuestrado, un pequeño de cinco años. Sin embargo, lo vieron, y se alertó al Sheriff. Era una ciudad pequeña; lograron identificar a Gleen y seguirle la pista. Pero cuando llegaron, el niño ya estaba muerto, y aunque llegaron a tiempo de salvarle la vida a Marlie, ésta había sufrido graves palizas.

Su estado, “malo” fue descrito posteriormente en otro artículo. No había nada más. Absolutamente nada. Dane consultó la fecha del último artículo; era de hacía un poco más de seis años. Durante seis años Marlie Keen había desaparecido literalmente del ojo del público. ¿Por qué se había ido a vivir a Florida? Nada más *pensar* en ello, visualizó un mapa en su mente y comprendió la razón: Florida estaba lo más lejos, posible de Washington, sin salir del país. ¿Pero por qué, después de seis años de anonimato y de llevar una vida completamente normal, había acudido al despacho del teniente y le había contado lo del asesinato de Nadine Vinick?

-No ha tenido que ser nada fácil -murmuró Trammeil, cuyos pensamientos iban obviamente por los mismos derroteros - haberse implicado de nuevo después de lo que sucedió la última vez.

Dane se pasó la mano por el pelo. Una parte de él se sentía exultante, pues habían desaparecido los últimos vestigios de posibles dudas; había una explicación para el hecho de que ella supiera tanto. Aunque aún no se lo creía del todo, por lo menos ahora tenía que dejar de mostrarse incrédulo. Ya no había razón alguna para que permaneciese apartado de ella, podía perseguirla tal como su deseo hacerlo desde el principio. Pero otra parte de él, de modo perverso, no quería aceptar lo que estaba leyendo, primero porque simplemente le parecía improbable, porque se le hacía muy cuesta arriba a alguien tan sólidamente afirmado en la realidad y en los hechos, Segundo, porque aquello le alarmaba. Mierda, ¿y si fuera verdad? No quería que nadie le leyera la mente, aunque tras un momento de reflexión tuvo que admitir que sería cómodo que una mujer fuera capaz de distinguir cómo se sentía sin que él tuviera que explicárselo.

Pero era más que eso. Él era policía; había visto cosas, oído cosas, hecho cosas que no quería que fueran de dominio común entre él y su hembra. Se trataba de algo que sólo otro policía podría entender. El trabajo los marcaba, los separaba para siempre de los civiles. Había casos que se irían con él a la tumba, que vivirían en su mente. Los rostros de algunas víctimas, que vería siempre.

No quería que nadie invadiera la intimidad de su mente, ni siquiera Marlie; sus pesadillas eran sólo suyas.

Juntó todas las hojas. -Voy a hacer algunas comprobaciones respecto de esto -dijo-. Hablaré con ese doctor Ewell para averiguar qué ha pasado en estos seis últimos años.

Trammell tenía una expresión un tanto extraña, una especie de diversión que competía con la solidaridad. Dane le miró ceñudo; en ocasiones, tener un compañero era como vivir con una vidente, uno llegaba a conocer muy bien al otro. Trammell era lo bastante sádico para disfrutar viendo cómo Dane sufría por una mujer.

-¿Qué es lo que te hace tanta gracia? -gruñó. Trammell se encogió de hombros.

-Al parecer, los dos vamos a trabajar con ella, y te imagino tratando de llegarle a su lado bueno, después del modo en que ambos os habéis llevado hasta el momento. O que no os habéis llevado, debería decir más bien.

Dane regresó a su mesa y se puso al teléfono. Recordó irónicamente el día en que presentó la solicitud para ser detective. Se había imaginado un montón de trabajo sobre el terreno, encajando difíciles pruebas a modo de rompecabezas, como Sherlock Holmes. Pero en lugar de eso, había pasado muchas horas al teléfono, y había descubierto que un detective era tan bueno como lo fueran sus soplones. Un detective listo cultivaba un gran número de contactos en la calle, tipos de clase baja que estuvieran dispuestos a delatar a otra persona. Era una lástima que no tuviera ningún soplón en el vecindario de Nadine Vinick.

Una llamada al servicio de información le proporcionó el número del Instituto de Parapsicología de Boulder. Menos de un minuto después estaba hablando con el doctor Sterling Ewell.

-Doctor Ewell, soy el detective Dane Hollister, del Departamento de Policía de Orlando.

-¿Sí?

Dane frunció ligeramente el ceño. En aquella única palabra captado una gran dosis de cautela.

-Quisiera hacerle unas preguntas sobre Marlie Keen. Estaba afiliada al instituto.

-Lo siento, detective -replicó fríamente el profesor- No proporciono información por teléfono acerca de mis colegas.

-La señorita Keen no se encuentra en ningún apuro., ,

-En ningún momento he pensado que así fuera.

- Sencillamente necesito cierta información sobre sus antecedentes.

-Como ha dicho, detective, lo siento mucho. No tengo modo de saber que usted es quien dice ser. A menudo han intentado sacarme información los reporteros de los periódicos sensacionalistas afirmando que eran departamentos de policía.

-Llame al Departamento de Policía de Orlando --dijo tono lacónico-. Pregunte por mí.

-No. Si usted desea información sobre la señorita Keen, tendrá que solicitarla en persona. Con la debida identificación, por supuesto. Adiós, detective.

Oyó el ruido de cortarse la línea, y colgó el auricular maldiciendo. Trammell dijo:

-¿No ha habido suerte?

-No ha querido hablar conmigo.

-¿Por algún motivo?

-Ha dicho que no da información por teléfono. Si quiero saber algo de Marlie, tengo que ir a Boulder y hablar con él personalmente.

Trammell se alzó de hombros.

-¿Y qué más da? Vete a Boulder.

Dane le miró irritado.

- Al teniente va a divertirle saber que Marlie es de verdad una vidente, pero no hay modo de que autorice un billete de avión sólo para comprobar los antecedentes de alguien que no es sospechoso.

-No lo sabrás hasta que lo intentes.

Diez minutos más tarde tenía la respuesta que había esperado. Bonness ciertamente se alegró mucho de que su corazonada acerca de Marlie fuera acertada, e incluso se regodeó un poco diciendo que él mismo debía de tener una pizca de talento clarividente. Dane a duras penas logró abstenerse de poner los ojos en blanco al oír aquello. Pero de ningún modo pudo el teniente justificar el coste de enviar a Dane a Colorado para comprobar algo que en realidad no necesitaba comprobación. Ya tenían toda la verificación que necesitaban, ¿no? Dio poca importancia a aquellos seis años sin información alguna como algo que carecía de importancia. El presupuesto estaba muy ajustado, y necesitaban todos los recursos que tuvieran para emplearlos en rastrear delincuentes, no en husmear en la vida privada de personas que no hacían nada malo.

Pero para Dane aquellos años eran importantes.

-¿Tiene alguna objeción en que yo coja el avión mañana y vaya por mi cuenta?

Bonness le miró atónito.

-¿Quieres decir que vas a pagarlo tú?

-Eso es exactamente lo que quiero decir.

-Bueno, no, supongo que no hay ningún problema, excepto que estás a mitad de la investigación de un asesinato.

-Esto guarda relación. Y la investigación no está yendo a ninguna parte. No tenemos pruebas, ni móvil, ni sospechosos.

Bonness dejó escapar un suspiro.

Dane volvió a su mesa y le dijo a Trammell lo que ocurría, luego se puso otra vez al teléfono. Tuvo que llamar a tres compañías aéreas para encontrar un vuelo disponible. Después de reservar el billete, llamó de nuevo al profesor Ewell y le informó concisamente de la hora a la que iba a llegar.

* * *

Dane se sentía desnudo sin la Beretta, pero como no viajaba de forma oficial, la dejó en casa de mala gana. Sin embargo, no podía ponerse de viaje sin llevar encima ninguna arma; tenía una navaja de bolsillo que era sólo un poco más grande de lo normal, sin ningún detalle a la vista que se saliera de lo corriente, pero que iba provista de una única hoja hecha de una aleación más fuerte que el acero. También estaba perfectamente equilibrada, un requisito para ser un cuchillo de lanzar. Lanzar una hoja era una arcana destreza que había aprendido por sí solo, con la teoría de que tal vez un día le fuera de utilidad. La navaja no era lo mismo que una pistola, pero era mejor que nada.

Volar le ponía nervioso. No era el vuelo en sí lo que le afectaba tanto, sino la tensión de verse atrapado en un minúsculo espacio en teléfono. Mis instintos son deplorables a larga distancia. -Sonrió con tristeza.

-¿No irá a ponerse a leerme la mente, o algo por el estilo?

El profesor rió con suavidad.

-No, puede usted estar tranquilo. Decididamente, la telepatía no es uno de mis talentos, como le podrá decir mi esposa Bien, ahora hableme de Marlie ¿Qué tal está?

-Esperaba que fuera usted quien me proporcionara información.
de ella -replicó Dane secamente.

-Todavía no me ha preguntado nada -Comentó el profesor- Yo sí.

Dane se debatía entre la impaciencia y el humor. Había algo en aquel hombre que le recordaba mucho a un niño insolente de seis años. Dejó que venciera el humor y se rindió a la actitud expectante, del profesor.

-No sé qué puedo contarle. Yo no soy precisamente su persona favorita -admitió, rascándose la mandíbula- Cuando la vi ayer por la mañana, me dijo que no volviera a poner los pies en su casa a menos que llevara una orden judicial.

El profesor suspiró apaciblemente

-Ésa es Marlie. Temía que el trauma pudiera haberla dejado dañada para siempre. Puede tener mucha paciencia, cuando quiere, pero a veces puede ser también un poco irritable.

-Hableme de eso -murmuró Dane, ya continuación lo unió a lo que el profesor acababa de decir-. Ese trauma que ha mencionado usted; ¿fue cuando la secuestró Gleen?

-Sí. Fue horrible. Marlie pasó una semana en estado catatónico y estuvo casi dos meses sin hablar. Todo el mundo, incluida ella misma pensó que había perdido su capacidad psíquica. -Los brillantes ojos azules estudiaron a Dane-. Supongo, en vista del interés que muestra hacia ella, que ha recuperado esa capacidad.

-Puede ser. -Dane no quería comprometerse a nada.

-Ya veo. Escepticismo. Pero está usted lo bastante intrigado por lo que ella le contó para tomar un avión y venir a verme. Está bien, detective; el escepticismo no sólo es algo esperado, sino que además es sano. Me preocuparía que creyera usted automáticamente todo lo que le cuentan. De hacerlo, sería usted terrible en su trabajo.

Dane se empeñó en hacer volver la conversación al tema.

-En cuanto a lo del secuestro, hubo un artículo de prensa que decía que le habían propinado una paliza. -Implacable, se abstuvo de imaginar los detalles; había visto demasiados resultados de palizas, y no quería imaginarse a Marlie en aquel estado-. Desde entonces no se ha vuelto a hablar de ella. ¿Está usted diciendo que las heridas fueron tan graves. ..

-No, no, en absoluto -le interrumpió el profesor Ewell-. No es mi intención quitar importancia a la gravedad de las heridas que sufrió, pero estaba totalmente recuperada de ellas mucho antes de volver a hablar. En este caso, era el trauma mental lo que había causado más daño.

-¿Qué sucedió exactamente?

El profesor pareció pensativo.

-¿Cuánto sabe usted de parapsicología?

-Sé cómo se escribe.

-Comprendo. En ese caso, deduzco que la mayor parte de la información que tiene del tema procede de programas de televisión y de echadores de cartas de feria.

-Más o menos.

-Bien, deje a un lado todo lo que cree que sabe. Siempre he pensado que la base es muy simple: la energía eléctrica. Toda acción y todo pensamiento utilizan energía eléctrica. Esta energía es detectable. Algunas personas son sensibles a las picaduras de abeja; otras son sensibles a la energía. Hay varios grados de sensibilidad, pues algunas personas la poseen en

un grado muy bajo mientras que muy pocas son ultrasensibles. No sé por qué esto se ha de confundir con la magia, aunque por supuesto, existen charlatanes que no sabrían lo que es tener capacidad psíquica aunque les mordieran en el culo. ..El profesor se interrumpió y ofreció a Dane una tímida sonrisa-. Lo siento. Mi mujer dice que suelo enrollarme.

Y tenía razón. Dane sonrió.

-Entiendo. y bien, en cuanto a Marlie...

-Marlie es excepcional. La mayoría de la gente tiene alguna que otra capacidad extrasensorial, y la llama corazonada, instinto, intuición, lo que los hace sentirse cómodos. Algunas personas son un poco más agudas, y otras son todavía más sensibles, en un grado que se puede medir. y luego están los raros, como Marlie. Ella es la receptora más sensible que he conocido. Para ponerle un ejemplo, la mayoría de las personas son biplanos, unas pocas son reactores, y Marlie es avión de combate de alto rendimiento.

-Ya la habrá probado, claro.

-¡Dios mío, si Marlie ha estado a prueba casi continuamente desde que tenía cuatro años! Incluso a esa edad podía ser de lo más díscola -dijo con afecto.

-¿En qué consiste exactamente su... er... talento?

-Principalmente es empática.

-¿Cómo dice?

-Empática. Percibe las emociones de los demás, de tal manera que el simple hecho de pasar en coche por una calle llena de gente puede hacerla gritar de frustración. Todos esos sentimientos bombardeándola, de todas direcciones. En cierta ocasión lo describió como una mezcla de gritos y de ruidos de electricidad estática, a todo volumen. Su mayor problema era controlarlo, bloquearlo de manera que pudiera hacer vida normal.

-Ha dicho usted «principalmente». ¿Qué más cosas hace?

-Lo dice como si Marlie fuera un caballo entrenado- observó el profesor en tono reprobatorio.

-No ha sido mi intención ofender. No quiero mentirle diciendo que me creo todo esto, pero lo cierto es que siento interés. -Y eso era poco decir.

-Acabará creyéndolo -predijo el profesor Ewell con cierta satisfacción maliciosa -. Todos ustedes lo hacen después de tratar a Marlie durante un tiempo.

-¿A quién se refiere con todos?

-A los policías. Son ustedes las personas más escépticas del mundo, pero con el tiempo no podrán negar lo que Marlie es capaz de hacer. Volviendo a su pregunta: también es un poco clarividente, aunque desde luego no en el mismo grado que su empatía. Tiene que concentrarse para bloquear sus capacidades empáticas, algo que nunca ha conseguido del todo, mientras que tiene que concentrarse para hacer uso de su clarividencia.

-¿Quiere decir que predice cosas que van a suceder?

-No, eso es precognición. -

Dane se frotó la frente, pues notaba que se le avecinaba un dolor de cabeza.

-No creo que pueda asimilar todo esto de una sola vez. Siempre he creído que un clarividente era una persona que tenía una bola de cristal y que predecía el futuro.

El profesor Ewell soltó una carcajada.

-No, ese es un charlatán.

-Entiendo. De acuerdo, una persona empática es alguien que recibe y siente las emociones de otras personas.

El profesor asintió.

-Un clarividente percibe los objetos lejanos y conoce los acontecimientos que tienen lugar en sitios alejados. Un precognitivo es alguien que conoce acontecimientos futuros. Un telequinético es el que puede mover objetos con la fuerza de la mente.

-Los que doblan cucharas.

-Ésos son charlatanes en su mayoría. -Los dobladores de cucharas quedaron descartados con un gesto de la mano--. No quiero decir que no haya uno o dos que posean capacidad telequinética, pero en general son simples exhibicionistas. No es posible clasificar con claridad las capacidades extrasensoriales, porque dichas capacidades varían de una persona a otra, igual que la capacidad para leer.

-¿Y esa particular mezcla de talentos que posee Marlie la capacita para encontrar personas ?

-Mmmn. Extraordinariamente. Su empatía era tan fuerte, que cuando se centraba en una persona concreta veía. ..bueno, ella las llamaba «visiones», pero yo la he observado mientras sucedían, y preferiría utilizar un término más fuerte. Una visión es algo que puede interrumpirse fácilmente. Era como si su mente la abandonase, aunque por supuesto no lo hacía. Pero era totalmente absorbida por el suceso en sí, experimentaba una empatía tan completa con el sujeto que no se daba cuenta de nada más. Resultaba terriblemente agotador para ella, como es natural. Prácticamente se derrumbaba. Pero mientras estaba conectada, observaba los alrededores lo suficiente como para indicar el lugar, y siempre conseguía mantener a raya el cansancio el tiempo suficiente para pasarles los detalles a las autoridades locales.

-¿Qué más ocurrió con Arno Gleen?

El semblante del profesor Ewell se trocó en una expresión de dolor y odio a la vez.

-Gleen era un monstruo. Un pedófilo, un sádico, un asesino. Lo que más le gustaba eran los niños pequeños. Los raptaba, los llevaba a un lugar remoto y abusaba de ellos durante un día o dos antes de matarlos. Por desgracia, en una ciudad pequeña no hay secretos y cuando el sheriff pidió ayuda a Marlie, antes de que se pusiera el sol ya se había propagado la noticia por todas partes. Al día siguiente apareció un prominente artículo sobre ella en el periódico local, en el que se mencionaba su éxito y el momento en que debía llegar. Gleen la estaba esperando: En cuanto la pilló a solas, la secuestró..

-Pero si es tan empática como usted dice, ¿por que no lo sintió llegar?

-Para entonces había aprendido a bloquear la percepción, y lo hacía de modo automático cada vez que se encontraba en una ciudad. Era la única forma de vivir con normalidad. Además, algunas personas bloquean de forma natural sus propias transmisiones; tal vez Gleen fuera una de ellas. Tal vez fuera simplemente un sociópata y no sentía nada que ella pudiera captar. Ella nunca lo ha dicho; de hecho, nunca ha hablado de ello.

Dane estaba empezando a experimentar una sensación desagradable, de algo demasiado probable.

-¿La violó? -Su tono fue grave y áspero.

El profesor negó con la cabeza.

-No pudo. Dane exhaló el aire y cerró los ojos un instante.

-Pero lo intentó. -Ewell se miró las manos, con los labios apretados-. La llevó a donde tenía escondida su última víctima. El niño había sufrido horribles malos tratos. Gleen le había atado a una cama. Creo que el niño tenía unos cinco años. Gleen arrojó a Marlie al suelo, la desnudó e intentó violarla. Pero ella no era un niño pequeño, de modo que él no pudo conseguir la erección necesaria. Cada vez que fallaba, la golpeaba y se enfurecía más. Quizá pensara que el hecho de infligir dolor lo excitaría. Pero no fue así, y en su furia se volvió contra

el niño. Lo mató a puñaladas delante de ella. Encontraron veintisiete heridas en la cara, el pecho y el abdomen del pequeño. Y mientras tanto, Marlie estuvo todo el tiempo conectada al niño. Lo sintió morir.

CAPÍTULO 8

Dane se sentía como si le hubieran arañado las tripas por dentro. No tuvo necesidad de imaginarse lo que debió pasar Marlie. Él era policía, y había visto demasiado para tener que apoyarse en su imaginación para obtener detalles. Sabía lo que era realmente las palizas, sabía cómo eran las puñaladas, sabía cuanta sangre había, cómo se iba extendiendo, extendiendo, hasta inundarlo todo, incluso se filtraba en las pesadillas. Sabía cómo había gritado y sollozado el pequeño, había visto el terror y la desesperación en las caras de otros niños, su dolor, su absoluta impotencia.

Marlie había pasado por ello. Y cuando tuvo la visión del asesinato de Nadine Vinick, ¿Qué coste tuvo para ella volver a ver aquellas imágenes? La similitud entre ambas resultaba nauseabunda.

En algún punto de la conversación con el profesor Ewell, su sano escepticismo se había venido abajo. Se había plantado el germen de la posibilidad. No le gustaba, pero a pesar de sí mismo, aceptó que Marlie había “visto” morir a la señora Vinick. A lo mejor fue una situación irrepetible. Según el profesor, cuando Marlie se recuperó de sus heridas y del trauma emocional que había sufrido, se quedó sin capacidades extrasensoriales. Por primera vez en su vida, pudo vivir normalmente. Era algo que siempre había deseado poder hacer, pero el precio que pagó fue horrendo. Incluso después de seis años seguía pagándolo. Ahora Dane sabía por qué no había novios de por medio.

Aquello le dio todavía más determinación para cambiar la situación. Objetivamente, podía resultarle un tanto divertida aquella serie de conflictos que le ofuscaban la mente y le roían las entrañas. Siempre había sido capaz de mantenerse un poco apartado, sin que le afectaran la mayoría de las preocupaciones que rondaban a otros policías. Subjetivamente, no se estaba divirtiendo en absoluto con aquello. No creía en lo paranormal, siempre se había reído de los que sí creían, y ahora se sorprendía a sí mismo no sólo creyendo a medias, sino intentando imaginar cómo podría servirse de Marlie para encontrar al asesino de la señora Vinick.

Aquel último pensamiento le produjo otro retortijón. Quería protegerla, no quería relacionarla con otro asesino; pero era policía, y su trabajo consistía en utilizar los recursos que hubiera a su alcance para resolver un crimen, sobre todo uno tan brutal como aquél. Aquel hijo de puta no podía andar paseándose por ahí suelto, entre el inocente público. Ya pesar del primitivo instinto masculino que le decía que mantuviera a Marlie alejada de aquello, supo que, si le era posible, se valdría de ella. Haría todo lo que estuviera en su mano para mantenerla a salvo, pero lo más importante era encontrar a aquel tipo y ponerlo entre rejas. A menos que fuera un loco perdido, la salvajada de aquel asesinato era tal que casi con toda certeza le sería impuesta la pena de muerte..., pero antes había que cogerlo.

Otro conflicto era el que tenía que ver con su propio recelo masculino. Ningún hombre que él conociera aceptaba de buen grado los avatares y las restricciones de una relación emocional con una mujer, y él no era una excepción. Le gustaba la vida que llevaba; no le gustaba estar atado a ninguna mujer. No quería tener que rendir cuentas de su tiempo a nadie, no quería tener que tomar en cuenta a otra persona cuando hiciera planes para lo que le apeteciera

hacer. Pero ahora estaba Marlie, y maldito fuera si no se sentía acorralado. Se había sentido atraído por muchas mujeres, pero no de este modo. Esto era una fiebre, una necesidad imperiosa que no le abandonaba en ningún momento. Habían pasado sólo cuatro días desde que entró en el despacho de Bonness y la vio por primera vez, y desde entonces no se la había quitado de la cabeza. Cuanta más información obtenía sobre ella, más adentro se metía. y lo peor de todo era que ella desde luego no estaba haciendo nada para que él se metiera: lo estaba haciendo él solito, peleando centímetro a centímetro.

Marlie había evitado totalmente a los hombres, tanto en el aspecto romántico como en el sexual, desde que Gleen casi la destruyó. Dane intentó decirse a sí mismo que debía retirarse para así darle tiempo y espacio para que llegara a confiar en él, pero sabía que eso no iba a suceder; él nunca había sido de los que se sentaban a esperar. Iba a hacerla suya, y muy pronto, además. A ella, comprensiblemente, la asustaría el sexo; él, y nadie más, iba a enseñarle que podía ser agradable. Nunca en su vida había estado celoso, pero ahora se sentía casi furioso de celos. No de Gleen, por Dios, sino de cualquier otro hombre que pudiera mirarla y perderse en aquellos ojos azules sin fondo que poseía Marlie. Quería disfrutar del derecho de aferrarla contra sí y lanzar una mirada feroz a cualquier cabrón que se atreviera a poner los ojos en ella demasiado tiempo.

Trammell se partiría de risa por lo irónico de aquella situación. Dane nunca había tenido problemas en separar su vida amorosa de su trabajo, porque éste siempre había tenido preferencia. y aquí estaba ahora, obsesionado con una mujer que constituía su mejor contacto con un asesino.

Eran las nueve y media cuando aterrizó su avión. Estaba cansado, pues llevaba en pie desde el amanecer, por no mencionar que había casi cruzado el país en avión dos veces, ida y vuelta. Habló con Trammell desde una cabina de teléfono del aeropuerto, y le dijo que le vería por la mañana y que ya se lo contaría todo.

Después de colgar, permaneció allí de pie por espacio de unos segundos, pensando. Estaba cansado, tenía la ropa cansada también, se sentía irritado. Debería irse a casa y dormir un rato, meditar sobre todo aquello. Sabía lo que debía hacer, pero maldita la gana que tenía de hacerlo. Lo que quería era ver a Marlie. Tal vez no le gustaran las complicaciones, pero no podía esperar a enredarse en ellas igual que una polilla que se lanza feliz hacia una llama.

* * *

Marlie abrió la puerta de un tirón al quinto golpe y se quedó plantada en el umbral, en una postura que denegaba claramente la entrada.

-Son las diez y media, detective -dijo con frialdad-. A menos que traiga la orden que le dije, lárguese de mi porche.

-Claro -replicó Dane suavemente, y dio un paso adelante.

Marlie no estaba preparada para aquella maniobra, y retrocedió automáticamente para dejarle espacio antes de darse cuenta. Intentó recuperar el terreno perdido, y agarró la puerta, pero fue demasiado tarde; él ya estaba dentro.

Dane no apartó la vista de ella mientras cerraba la puerta. Llevaba puestos unos tejanos cortados, unos calcetines arrugados y una camiseta vieja y ligera que se le pegaba a los pechos sin sujetador como si fuera una segunda piel. Unos pechos muy bonitos, observó Dane sin hacer el menor esfuerzo por ocultar la dirección de su mirada. Altos y en punta, con pezones pequeños y oscuros que se abultaban bajo la tela. Se le secó la boca y sintió una fuerte tensión en la ingle, la misma reacción que experimentaba cada vez que estaba en su

compañía. Estaba empezando a esperarlo, a disfrutarlo.

La informalidad del atuendo de Marlie le sorprendió, pues contrastaba vivamente con la imagen remilgada que proyectaba por regla general. Detrás de aquella fachada había una mujer cuya sensualidad natural le dejó sin aliento y le hizo darse cuenta de lo bien que ella había conseguido ocultarla. Sintió el impulso de sacudir negativamente la cabeza por aquel desperdicio, y al mismo tiempo dar gracias a Dios por el hecho de que, tal como era evidente, ningún otro hombre hubiera traspasado las defensas de Marlie.

Aquella mujer tenía más capas que una cebolla, y estaba empeñada en mantenerlas bien ocultas bajo aquel escudo lleno de pinchos que se había construido. La mirada letal que le dedicaba ahora debería haberle chamuscado la piel. Instintivamente sabía que su hostilidad se debía a su vulnerabilidad; estaba lógicamente enfadada por el hecho de que él la había considerado una sospechosa y por el menos que amable interrogatorio al que la había sometido, pero la mayor parte de su consternación obedecía al hecho de que él la estuviera viendo así, sin la armadura de su suave disfraz.

La paciencia no iba a servir de nada con ella. Estaba demasiado acostumbrada a esconderse, a protegerse. Iba a tener que derribar sus defensas, obligarla a que le permitiera acercarse. Sintió un estremecimiento al decidir cómo iba a hacerlo.

Deliberadamente, dejó que su mirada la recorriera de arriba abajo. El pelo oscuro y brillante le caía suelto sobre los hombros. Eso le gustó. Sus piernas desnudas. ..Experimentó otra oleada de deseo. Maldición, qué piernas tenía. Y los pechos eran tan tentadores que la boca se le hizo agua hasta que estuvo a punto de babear. No pensaba intentar ocultar su atracción ni un minuto más; ya era hora de empezar a acostumbrarse a ella.

Marlie se ruborizó furiosamente mientras él seguía mirándole los pechos. Se cruzó de brazos en un gesto medio beligerante, medio defensivo.

-A menos que tenga una buena razón para esto, voy a presentar una demanda contra usted -le advirtió.

Dane levantó la vista un momento.

-He estado en Boulder -dijo bruscamente-. Acabo de volver hace una hora. -Hizo una pausa, buscando cualquier posible expresión en Marlie. Ésta no dejó entrever gran cosa, pero Dane estaba aprendiendo a leer en sus ojos; Marlie aún no había aprendido a ocultar la expresión que mostraban-. He hablado con el doctor Ewell.

Las pupilas de Marlie se dilataron intensamente, y no hubo forma de ocultar su consternación. Permaneció de pie rígida, mirándole.

-¿Y?

Dane se acercó un poco más, tanto que sabía que ella podía sentir su calor, lo bastante para intimidarla con su estatura. Fue una táctica deliberada, una que ya había empleado en el interrogatorio, pero esta vez había una gran diferencia en su actitud. Hablar con ella todavía era importante, pero por debajo estaba la poderosa necesidad sexual de hacer que tomara conciencia de él como macho. La proximidad de su cuerpo la impresionó; Dane la vio rendirse, vio el súbito color en sus mejillas, vio el parpadeo de alarma en sus ojos. Marlie no se permitió retroceder, pero se quedó muy quieta, y las aletas de la nariz se le agitaron delicadamente cuando llegó hasta ella el fuerte aroma de la piel de Dane.

Su aroma de mujer también flotó sutilmente alrededor de Dane, atrayéndole aún más. Era un olor a limpio, a jabón, que le indicó que no hacía mucho que se había duchado, mezclado con el cálido dulzor femenino. Sintió deseos de inclinarse y rozarle el cuello con los labios, de seguir aquel leve aroma hasta su origen, investigar todos los misteriosos lugares en los que

podía haber quedado atrapado.

Más tarde. Era demasiado pronto para eso.

-El buen doctor tenía un montón de cosas interesantes que contar -murmuró Dane, y empezó a rodear a Marlie lentamente, dejando que su cuerpo rozara el de ella, notando cómo esos ligeros roces provocaban un hormigueo en sus nervios parecido al de la electricidad. Un semental acorralando a una yegua, acostumbrándola a su contacto, a su olor. Haciéndole la corte--. Por lo visto, es usted una especie de milagro de percepción extrasensorial, si es que cree en esa clase de tonterías.

Marlie apretó los labios. De nuevo poseía el control de sí misma y ni siquiera miraba a Dane mientras éste se movía alrededor de ella. haciendo caso omiso del contacto fugaz de su brazo, o de su pecho, y del roce de su muslo.

-Usted no cree, claro.

-No -respondió él alegremente. No era del todo mentira, pero no estaba por la labor de decirle a Marlie que estaba como mínimo ya medio convencido. Obtendría una reacción mucho mayor de ella si estaba enfadada, y reacción era exactamente lo que quería-. A no ser que pueda usted demostrármelo. ¿Por qué no lo intenta? Vamos, Marlie, léame la mente. -Despacio, despacio, vueltas y más vueltas, sin dejarla escapar del todo de su contacto, de su calor.

-No puedo. Para eso tiene que tener algo en la mente.

-Buen golpe, pero eso no demuestra nada. -Mantuvo bajo el tono de voz, casi canturreando Hágame creer.

-Yo no hago trucos para el público -soltó ella, aguijoneándole. Se iba poniendo cada vez más tensa, la fuerza de la proximidad de Dane le atacaba los nervios.

-¿Ni siquiera para demostrar que es inocente de asesinato? -Dane presionó un poco más-. Esto no es una fiesta, nena, por si no se ha dado cuenta.

Marlie giró la cabeza violentamente, haciendo volar su melena oscura, y volcó sobre él toda la intensidad de su mirada, entrecerrando los ojos como un gato.

-Supongo que podría verdaderamente convertirlo en sapo -dijo, haciendo conjeturas, y acto seguido se encogió de hombros-. Pero ya hay alguien que lo ha hecho mejor que yo.

Dane lanzó una carcajada que la sorprendió.

-Ha visto demasiados episodios de la serie Embrujada: eso es brujería, no percepción extrasensorial.

El lento acorralamiento pudo por fin más que ella. Saltóbruscamente en dirección a la cocina. El la dejó, y la siguió de cerca pisándole los talones.

-Café-dijo blandamente-. Buena idea.

Marlie no había pensado en hacer café, por supuesto; simplemente estaba huyendo. Pero se aferró agradecida a algo que hacer, justo como él había pensado. Estaba alterada, y le costaba un gran esfuerzo proseguir. Dane empezaba a darse cuenta de lo importante que era para ella el control. Lástima que él no pudiera permitirle retenerlo.

Marlie abrió un armario de la cocina y sacó una lata de café. Le temblaban visiblemente las manos. Entonces se detuvo un instante, de espaldas a él mientras dejaba con cuidado la lata sobre la encimera.

-Yo no leo la mente -dijo impulsivamente- No soy telépata

-¿Ah, no?

Aquello no era lo que le había dicho el doctor Ewell, exactamente. Experimentó un hormigueo de triunfo. Por fin estaba empezando a hablar con él en vez de resistirse. Sintió deseos de rodearla con sus brazos y sostenerla contra sí, ofrecerle un refugio contra el trauma de sus recuerdos, pero era demasiado pronto. Marlie ya tenía conciencia física de él, pero seguía estando asustada.

-No...no el telepata cásico.-Bajó los ojos hacia la lata de café. Dane vio que todavía le temblaban las manos.

-¿Entonces, que es usted?

* * *

¿Entonces, qué es usted? Marlie oyó el eco de la pregunta en su mente. Una pirada, podrían responder algunos. «Charlatana» era la palabra que emplearían otros. El detective Hollister no había sido tan educado; la había llamado falsa, y posiblemente cómplice de asesinato. Era ridículo, naturalmente. Incluso él debería haber abandonado esa idea a aquellas alturas, al enfrentarse a una total ausencia de pruebas, oportunidad y móvil. Pero la había investigado, había ido a Boulder a hablar con el doctor Ewell. Ahora sabía mucho de ella. Tal vez no creyera, pero por lo menos ahora hacía preguntas en vez de limitarse a acusar. ¿Pero cuánto sabría? El doctor Ewell era capaz de enseñar discreción a un diplomático, si quisiera; ¿cuánto le habría revelado a un desconocido, aunque ese desconocido fuera policía? Marlie deseó desesperadamente que no lo supiera todo, porque entonces le haría preguntas al respecto, y no creía que pudiera soportar traer todo de nuevo al presente. Se sentía extrañamente vulnerable, desnuda, con los nervios de punta. Hollister era el culpable, por haberse acercado a ella con aquel cuerpo tan grande, tan cerca que su calor le quemó la piel, por haberse rozado deliberadamente contra ella, por haberle mirado descaradamente los pechos.

No quería ser todavía más consciente de su presencia de lo que ya lo había sido. Se sentía a salvo en su soledad.

-¿Qué es usted? -*repitió* Dane con calma.

Ella se volvió para mirarle de frente, con movimientos lentos y pensados. Cuadró los hombros como si estuviese haciendo acopio de fuerzas para superar una dura prueba.

-Soy empática y clarividente. O más bien, era -Confusa de pronto, se frotó la frente- Supongo que sigo siéndolo

-Pero ha leído la mente

-Puede ser. No exactamente. -Resultaba difícil describir el hecho de estar conectada a alguien de tal forma que podía interpretar sus pensamientos a través de sus emociones. A veces, el vínculo era tan fuerte que sucedía eso.

Escogiendo las palabras con cuidado, Dane dijo:

-Según el doctor Ewell, usted es la receptora más sensible que ha conocido en su vida.

Ella le dirigió una mirada acosada.

-La palabra "receptora" es tan buena como cualquier otra. Yo percibo o percibía cosas. Emociones, energía de las acciones. A veces también pensamientos, pero normalmente eran sentimientos más que ideas. La estática era increíble.

-¿Por eso se unió al estudio del doctor Ewell, para sentir la paz de un entorno controlado?

Marlie se mordió el labio

-Sí. No podía pasar en coche por una calle, andar de compras por un centro comercial, ir a ver una película. Era como miles de voces gritándome a un mismo tiempo. La mayoría de la

gente no hace ningún esfuerzo por protegerse, sencillamente lo lanzan todo fuera de sí como una ametralladora, enviando sus sentimientos en todas direcciones

-Pero usted no vivía en el instituto

-No, tenía una pequeña vivienda cerca de Boulder. Era muy tranquila.

-Sé lo que ocurrió hace seis años.

Aquella brusca declaración fue como recibir un golpe entre los ojos. Se tambaleó por la fuerza del impacto y retrocedió apoyándose en el armario. Dane se movió a su vez, avanzando hacia ella con aquella elegancia letal y gatuna, tan insólita en un hombre tan grande. Mareada, aterrada, Marlie levantó una mano para alejarle de sí, pero con una facilidad ridícula él le apartó la mano a un lado y la atrajo hacia sus brazos.

La impresión que le produjo sentir aquel duro cuerpo contra el suyo fue pasmosa. Estaba increíblemente caliente, ardía incluso bajo las varias capas de ropa. Sus musculosos brazos eran rígidos como bandas de acero; la obligaron a acercarse aún más, hasta que sus muslos quedaron pegados a los de él, hasta que sus pechos se aplastaron contra el duro relieve de los músculos del estómago de Dane. Se sintió débil, desorientada, y contrajo automáticamente los bíceps en un esfuerzo por afianzarse.

-No te asustes -murmuró él, inclinando la cabeza hacia Marlie. Su aliento cálido le cosquilleó en el oído cuando él le rozó suavemente un costado del cuello. Acarició con la lengua el pequeño hueco de debajo de la oreja, y la sensación, tierna como el beso de una madre, hizo temblar a Marlie-. No permitiré que vuelva a sucederte algo así. Sé que ahora los hombres te ponen nerviosa, pequeña, pero yo voy a cuidar de ti. De verdad, voy a cuidar muy bien de ti.

Marlie echó la cabeza hacia atrás para poder mirarle. Sus ojos eran enormes, y en ellos brillaba el pánico.

-¿De qué me está hablando? -exclamó con un hilo de voz. Estaba asustada, tenía miedo del modo en que las cosas se le habían ido tan súbitamente de las manos, tenía miedo de la proximidad de aquel cuerpo gigante. No deseaba aquello, no quería tener que enfrentarse a los recuerdos ya cosas desagradables. Por la razón que fuera, él había decidido no hacer caso omiso del fuego de la atracción contra la que habían estado luchando los dos, y había actuado con sorprendente velocidad para cambiar la situación. Ahora ya no quedaba en él nada del detective; era puramente un hombre, cuyos ojos brillaban de deseo sexual.

Dane apoyó los labios en su sien. -En la cama, pequeña. Cuando hagamos el amor. Marlie se puso rígida y empujó contra los macizos hombros de Hollister con tanta fuerza como pudo. Él no se movió un milímetro.

-No, no quiero eso. ¡Suéltame!

-Calla -replicó Dane con firmeza, apretándola contra sí-. Sólo te estoy abrazando, Marlie. Eso es todo. Llevo queriendo hacerlo desde la primera vez que te vi, el lunes por la mañana.

-Ha de haber alguna norma contra los detectives que se propasan con una sospechosa -soltó ella, buscando una arma que utilizar-. Si se cree que no voy a denunciarlo...

-Tú no eres una sospechosa -la interrumpió Dane, y sonrió a medias-. Tal vez debiera habértelo dicho antes, pero el agente que te vio el viernes por la noche te proporcionó una buena coartada, ya que no pudiste estar en dos sitios a la vez.

Marlie dejó de moverse, con la atención centrada en lo que él acababa de decir. Clavó la mirada en la suya. Con una sensación de incomodidad, Dane se dio cuenta de que sus *ojos* tenían algo extrañamente seductor.

-¿Cuándo ha hablado con él? El tono sereno de su voz no le engañó. Hizo una mueca para

sus adentros.

-Hum. ..El martes por la noche. -Debería haberle mentido, no debería haber sacado aquello, por lo menos no en aquel momento. Debería haber. ..

Marlie lo mordió. Dane había esperado a medias que ella le atacase. Tenía que admitir que tal vez se b mereciera, y estaba dispuesto a encajar un golpe si eso la hacía sentirse mejor. Además, por la manera en que la tenía abrazada, sabía que Marlie no podría agredirlo con mucha fuerza. Obviamente, ella se dio cuenta también, porque se limitó a inclinarse hacia delante e hincarle los dientes en el pecho.

-¡Ay! -bramó Dane, sorprendido por el agudo dolor. Marlie se colgó de él igual que un bulldog, y el dolor que le causó su movimiento involuntario le convenció rápidamente para que se quedara quieto-. ¡Mierda! ¡Suelta!

Marlie lo soltó, y lo contempló con hosca satisfacción mientras él se apresuraba a dar un paso atrás y frotarse el pecho. Un punto húmedo en su camisa marcaba el lugar del mordisco.

Se desabotonó la camisa con cautela y se miró, esperando ver sangre. No se sintió mejor al descubrir que, aunque en su pellejo se veían con claridad las huellas de los dientes pequeños y afilados de Marlie, ni siquiera había herida.

-Ya me ha dicho el profesor que eras irritable -musitó-. Pero no dijo nada de canibalismo.

-Le está bien merecido -<lijo ella-. Lleva dos días acosándome, cuando sabía que yo le había dicho la verdad.

Dane adoptó una expresión un tanto avergonzada y continuó frotándose el pecho.

-Necesitaba alguna excusa.

-¿Para hacer qué?

-Para verte-

-¿Y supone que con eso va a ablandarme? -replicó Marlie en tono cáustico. Se volvió para coger la lata de café y meterla de nuevo en el armario-. No voy a hacer café. Ya puede irse.

-¿Quieres cenar conmigo mañana?

-No.

Dane se cruzó de brazos.

-Entonces, no me voy.

Marlie, frustrada, golpeó la encimera con la palma de la mano y se giró para encararse con él.

-¿Es que no es capaz de pillar una indirecta? No me apetece esto. Sea lo que sea lo que usted ofrece, no lo quiero.

-Eso es mentira.

Aquellos ojos de color avellana brillaban otra vez, ahora de terquedad. Marlie ya había notado aquel rasgo en él; era como si tuviera un toro en la cocina y no pudiera moverlo del sitio.

-Tú sientes lo mismo que yo -prosiguió Dane, implacable-. Te sientes atraída por mí, y eso te asusta mucho, por culpa de Gleen.

Marlie acercó la cara.

-No quiero hablar de Gleen.

-Eso es comprensible, pero no voy a permitir que lo pongas entre nosotros. Ese hijo de puta está muerto; ya no puede hacerte daño. En la vida hay demasiado placer para volverle la espalda.

-Y usted es precisamente el hombre que puede enseñarme lo que me estoy perdiendo,

¿no? -preguntó ella con sarcasmo.

-Puedes apostar a que sí, pequeña.

Marlie se cruzó de brazos y se apoyó contra el armario de cocina, apartada de él.

-Siempre he odiado que me llamen pequeña, o nena -observó.

-Bien. Te llamaré como tú quieras.

-No quiero que me llame de ninguna forma. ¿Es que no puede quitárselo de la cabeza, detective? Entre nosotros no puede haber nada. Punto. Fin.

Dane sonrió abiertamente de pronto, ya Marlie le dio un vuelco el corazón al contemplar el efecto que tuvo aquel milagro en sus duras facciones.

-Ya hay algo entre nosotros. ¿Se te ocurre otra persona que te ponga tan furiosa como te pongo yo?

-En este momento, no -admitió ella.

-¿Lo ves? Nos pasa a los dos lo mismo. Desde que te vi el lunes estoy de un humor de perros, enfadado contigo por ser una sospechosa, enfadado conmigo mismo por sentirme tan atraído hacia ti a pesar de ello.

-A lo mejor es sólo que nos desagradamos intensamente el uno al otro -sugirió Marlie.

-No lo creo. -Dane miró rápidamente hacia abajo-. Existen pruebas de lo contrario.

Marlie controló a duras penas el impulso de dejar que su mirada se dirigiera también hacia allí. Después de lo que había sentido el día anterior en el porche, estaba bastante segura de lo que iba a ver. A pesar de sí misma, estaba cautivada por el aire de ligera diversión que mostraba el detective por la reacción de su cuerpo, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para que no se notara. Simplemente no serviría. Ya iba a resultar bastante difícil desalentar a aquel hombre tal como estaban las cosas, sin dejarle ver lo mucho que deseaba ella que todo fuera distinto. Siempre había anhelado tener una relación normal, pero siempre se sintió apartada, primero por sus especiales talentos, luego por Gleen.

-No funcionará -dijo en voz alta. Dane volvió a mirar hacia abajo.

-¿Tú crees? No sé -dijo, dubitativo-, por lo que parece, a mi me funciona bastante bien.

Sorprendida, Marlie rompió a reír, y rápidamente se llevó una mano a la boca para ahogar el sonido. Dane sonrió de nuevo, haciendo que su corazón diera saltos acrobáticos a pesar de sus intentos de controlarse. El detective era mucho más peligroso de lo que había temido; lograba hacerla reír.

-No puedo -dijo, poniéndose seria enseguida. Su tono de voz era suave, con un deje de pena que no pudo ocultar-. Gleen. ..

Dane la alcanzó en dos zancadas y le apoyó las manos en la cintura. El humor se borró del rostro de Dane como si jamás hubiera existido.

-Gleen está muerto. La única forma en que puede hacerte más daño es que tú se lo permitas-

-¿Y crees que eso es fácil?

-Diablos, no. No creo que sea fácil. Soy policía, ¿recuerdas? He visto lo que pasan las víctimas de violaciones.

-Yo no fui...

-¿Violada técnicamente hablando ? Ya lo sé. Pero lo intentó, y se volvió loco de rabia porque no lo consiguió. Tu reacción probablemente no sería muy diferente si hubiera logrado penetrarte.

Marlie rió de nuevo, pero esta vez fue una risa áspera, llorosa. -Es un poco distinto. ¡Ojalá me hubiera violado! Por la noche,

despierta en la cama, pienso que si hubiera logrado tener una erección, que a lo mejor si yo no hubiera peleado tanto con él, jaquel pobre niño todavía estaría vivo! Pero él se fue poniendo cada vez más frenético, y yo seguí forcejeando, y de repente se olvidó de mí y la tomó con el niño. -Guardó silencio por espacio de un minuto-. Se llamaba Dustin -dijo-. Sus padres le llamaban Dusty.

Dane apretó las manos convulsivamente sobre su cintura, y luego las relajó.

-No fue culpa tuya; nadie puede saber lo que va a hacer un loco. Pero es algo muy duro de llevar -dijo con voz queda. Tenía el pecho en tensión por los sentimientos contenidos. Acarició con suavidad el pelo de Marlie, y después deslizó los dedos bajo la cálida y sedosa cabellera para tomarle la cabeza en la mano.

-¿Alguna vez le has contado a alguien todo lo que sucedió esa noche?

Marlie negó con la cabeza.

-Nunca todos los detalles. Fue demasiado... horrendo.

-¿Alguna vez le has contado a alguien lo que acabas de contarme a mí?

-No. -Marlie levantó la vista, con la confusión dibujada en los ojos-. No sé por qué lo he hecho.

-Porque entre nosotros hay algo, y no puedes negarlo más que yo. Aún no nos sentimos cómodos el uno con el otro, pero llegará un día en que sí. Puedo esperar. y también puedo esperar hasta que tú estés preparada para hacer el amor.

Frustrada por la terquedad de él, y por su propia incapacidad para convencerle, Marlie sacudió la cabeza en un gesto negativo. No sabía si reír o llorar.

-Estas muy seguro de tí mismo.

-Confía en mí -murmuró él. Sus largos dedos le masajearon la cabeza, aliviando una tensión que no había sentido antes-. Ahora medita sobre esto, y cuanto más pienses en ello, más te acostumbrarás a la idea. Luego empezarás a sentir curiosidad, a preguntarte cómo será todo cuando estemos juntos. Te habrá costado mucho recuperar tu vida, pero eres demasiado inteligente para no saber que hasta que puedas volver a confiar en un hombre en la cama, seguirás permitiendo que Gleen pueda más que tú. El paso siguiente es obvio. y puedo prometerme una cosa: si alguien se va a ir a la cama contigo, ése voy a ser yo.

Antes de que Marlie pudiera pensar una respuesta a aquel discurso de suprema seguridad en sí mismo, él la cogió de la mano y la llevó de vuelta al cuarto de estar. Tenía la palma callosa y los dedos calientes y duros. Su contacto fue conscientemente suave, el de un hombre que conocía muy bien su propia fuerza y tenía cuidado de no apretar demasiado. Había algo persuasivo en aquella mano unida a la suya, una sutil petición y reafirmación de confianza. Marlie se sintió extrañamente segura con él, aunque no a salvo de él.

-Sentémonos -dijo Dane, mientras la conducía hacia el sofá. Ella, divertida, trató de desviarse hacia un sillón, pero él la arrastró hacia el sofá y la obligó a tomar asiento a su lado. Mantuvo su mano doblada dentro de la de él y se recostó con un suspiro de alivio, estirando sus largas y musculosas piernas frente a sí.

-Los asientos de los aviones no están hechos para nadie que mida más de uno setenta. Todavía tengo la sensación de estar encogido.

-¿Por qué no vas a casa? -dijo ella en tono cansado-. Es tarde.

-Porque todavía tenemos que hablar.

Marlie sacudió la cabeza en un gesto negativo y trató de soltarse la mano. Pero fue un intento fútil.

-No tenemos nada de qué hablar.

-Tengo unas cuantas preguntas más sobre lo que viste el viernes por la noche.

Marlie se puso tensa. No podía evitarlo; cada vez que le recordaban aquello, se le paralizaba algo por dentro.

-Ya te lo he contado todo. Mañana hay que trabajar, y me gustaría dormir un poco.

-Sólo unos minutos -rogó Dane, sonriéndole. Aquel breve gesto de su boca provocó otra alteración en el pulso de ella, que se apresuró a desviar la mirada. ¿Quién hubiera imaginado que un rostro tan tosco era capaz de formar una sonrisa como aquella? No debería permitírsele hacer otra cosa que fruncir el ceño, para seguridad de ella.

-No he dejado de pensar en ello en el avión --continuó él, tomando su silencio como aceptación-. No eres una sospechosa, eres un testigo. De hecho, eres el único testigo que tenemos. No tenemos pistas, pruebas, ninguna idea de a quién estamos buscando. Teníamos dos posibilidades que han terminado en callejones sin salida. No estoy diciendo que me crea todo eso de lo paranormal, pero estoy dispuesto a investigar cualquier pista que tú puedas proporcionarme. Por ejemplo, ¿Puedes darme una descripción de ese tipo?

Marlie negó con la cabeza e hizo caso omiso de la forma despectiva en que dijo «todo eso de lo paranormal».

-¿Nada de nada? Vamos. Describiste la escena del crimen hasta en los menores detalles.

-Pero es que lo vi desde sus ojos. Vi. ..todo lo demás, pero a él no.

-¿Le viste las manos?

Un recuerdo le vino a la mente, el de una mano que cogía un cuchillo y lo abatía. ..

-Sí --contestó con un hilo de voz.

-Bien. -Los ojos de Marlie se veían ligeramente desenfocados. Dane adoptó un tono de voz lo más suave que pudo, pues no quería sobresaltarla-

. ¿De qué color tenía la piel? ¿Clara u oscura?

-No lo sé.

-Piensa, Marlie.

-¡No lo sé! Llevaba guantes. Guantes de cirujano. Y manga larga. -Hizo una pausa y volvió a mirar hacia su interior-. La ropa era de color oscuro.

-¿No se quitó los guantes ni siquiera cuando violó a la víctima?

-No.

-Está bien, pasemos a su estatura. Sabemos cuánto medía la señora Vinick; ¿ cómo era él de alto, por comparación ?

Marlie se maravilló en silencio al ver cómo funcionaba su cerebro de policía. No se le había ocurrido pensar en la altura. Ladeó la cabeza y se concentró en enfocar las imágenes de su mente.

-Cuando la agarra por primera vez, en la cocina, la sujeta cerca de él, con una mano en la boca y la otra ocupada con el cuchillo. -Marlie levantó las manos hasta las posiciones que estaba describiendo, escenificando la acción-. La mano que le tapa la boca está. ..así. Al mismo nivel que su hombro.

-Así que ése es el nivel de la boca de ella. Eso da una estatura de aproximadamente uno ochenta. No podemos saber cómo tiene de largo el cuello, puede ser un par de centímetros más alto o más bajo, pero algo es algo. ¿y su voz? ¿Recuerdas algo de ella?

Marlie cerró los ojos. -Nada que llame la atención. Era simplemente una voz de hombre, ni muy grave ni muy aguda. -Su voz no tenía importancia; había quedado apagada por la intensa

violencia y el odio de sus sentimientos.

-¿Y el acento? ¿Lograste distinguir algún acento?

-No era del sur -repuso Marlie enseguida, abriendo los ojos-. Aunque eso no sirve de nada. Esto es Orlando; la mitad de la población, incluida yo misma, es de otra parte.

-¿Puedes ser un poco más concreta? Existe una gran variedad de acentos distintivos: de Nueva York, Boston, Ohio, Chicago, Minnesota, los acentos del oeste.

Marlie iba descartando todos los que enumeraba Dane con un gesto negativo de la cabeza.

-Nada que pueda precisar. En realidad no dijo gran cosa, o quizá yo no lo percibí.

-Entonces pasemos a otra cosa. ¿Tuviste alguna impresión de su cuerpo?

En el semblante de Marlie se dibujó la repulsión. -Me refiero a su peso -se apresuró a decir Dane-:-. ¿Era delgado, normal, o gordo?

Marlie le dirigió una mirada de pocos amigos.

-Normal, creo. Y era fuerte, muy fuerte. Tal vez fuera por la rabia, o por la adrenalina, pero ella estaba indefensa ante él. Él se regodeó mucho por ello. Le encantó.

Marlie se reclinó en el sofá, sintiéndose de pronto sumamente cansada, y descubrió que en algún momento de la conversación Hollister le había pasado un brazo a la espalda, de modo que cuando se re- costó contra el respaldo se encontró abrazada por él. Volvió a incorporarse de un salto, sólo para encontrarse con aquel fuerte brazo alrededor de los hombros y obligada a echarse otra vez hacia atrás, con el rostro de Hollister muy cerca del suyo.

-Sssh, no tengas miedo -murmuró Dane con voz suave y profunda-. Todavía tienes cogida mi mano, y la otra está detrás de ti. Estás bien.

Marlie le dirigió una mirada furiosa.

-Yo no tengo cogida tu mano -barbotó-. ¡Eres tú quien tiene cogida la mía!

-Un detalle sin importancia. Voy a besarte, Marlie...

-Te morderé otra vez -le advirtió a toda prisa.

Él se encogió de hombros.

-Siempre he tenido más agallas que sentido común -dijo, ya continuación le rozó muy suavemente la boca con los labios.

Fue tan sólo un contacto fugaz, más ligero que un susurro, pero cargado de una tentadora pizca de sabor. El pulso se le aceleró de nuevo, pero Dane se apartó antes de que pudiera materializarse el temido miedo. Un leve ceño arrugó su frente.

Dane le soltó la mano por fin, y le tomó la barbilla en su palma. La rugosa piel del dedo pulgar recorrió su carnosos labio inferior al tiempo que seguía el movimiento con los ojos.

-¿Algún mal pensamiento? -preguntó Dane. Su tono de voz fue aún más profundo, más suave.

-No. -La respuesta fue un susurro.

-En ese caso...

Esta vez su boca insistió un poco más. Dane no la estaba abrazando, ella no se sentía confinada, pero de algún modo se vio impotente para desasirse. Los labios de Dane eran firmes y cálidos, pero tiernos en la presión que ejercían incluso al moverse, y dieron forma a los labios de ella para un mejor acoplamiento. Marlie aferró con ambas manos la ancha muñeca de él, y se le cerraron lentamente los párpados.

El dulce placer de aquel beso le produjo un leve mareo. No había esperado recibir de él semejante consideración, ni tampoco la oleada de sensaciones que la inundó. Hizo un ligero ruido de confusión, y él levantó la cabeza inmediatamente.

-¿Estás bien?

-S-sí -balbuceó ella, abriendo los ojos.

-Bien.

De nuevo inclinó la cabeza sobre ella y volvió a besarla. Deslizó la lengua al interior de su boca, sin profundizar demasiado, pero inv- . tándola a que le saborease. Marlie no supo qué hacer; lo que estaba ocurriendo era tan contrario a lo que había esperado, que no podía pensar. Lo más increíble de todo era que no estaba asustada. Aquello no se parecía en nada a. ..no, ni siquiera quería imaginar su nombre. El vibrante placer que sentía era demasiado valioso para destruirlo.

Vacilante, confiando en un instinto que llevaba mucho tiempo sin usar, aceptó la invitación y succionó ligeramente de la lengua de Dane. Eso provocó instantáneamente en él un estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo y dejó a Marlie atónita. Repitió el movimiento, y Dane gimió en voz alta, un sonido profundo que le reverberó en el pecho. Marlie sintió surgir tímidamente dentro de sí una sensación de deleite por aquel poder sensual recién descubierto.

De pronto Dane se apartó de su boca y se echó hacia atrás. Su piel había adquirido un color rosado, y se veía tirante sobre los pómulos.

-Ya basta. Es casi demasiado. Ahora voy a marcharme, antes de que me dé por llevar esto demasiado lejos.

Marlie le miró con sorpresa con ojos lánguidos y aturdidos, como si no estuviera muy segura de lo que había sucedido. Él tampoco estaba muy seguro. No se había excitado tanto con un simple beso desde que tenía quince años, cuando perdió la virginidad bajo las gradas del estadio con una animadora de diecisiete años.

Se obligó a sí mismo a ponerse de pie antes de que cometiera un grave error y cambiase de opinión. La había besado; aquello ya era suficiente para él, pero probablemente era todo lo que ella podía soportar. Aun así, estaba sumamente satisfecho con la velada.

-Te llamaré mañana -dijo Dane mientras se iba hacia la puerta. Marlie le siguió. Rápidamente se le despejó la mirada. Dane le guiñó un ojo-. Tienes una voz tan sexy que me excita incluso por teléfono.

Igual que una luz que se apagase, en la expresión de Marlie se borró toda la blandura anterior.

-Me alegro de que te guste -dijo sin expresión-. Grité de tal modo mientras Gleen mataba al niño a puñaladas, que se me rompió la voz. Desde entonces no ha sido la misma.

CAPÍTULO 9

Se sentía tan vivo que casi resultaba doloroso. Carroll Janes notaba como iba creciendo dentro de él una deliciosa expectación por lo que le aguardaba, como aumentaba su fuerza hasta que tuvo la sensación de resplandecer. Nunca dejaba de asombrarle que la gente no fuera capaz de ver aquella fuerza, pero es que la mayoría de la gente en realidad era extraordinariamente imbécil.

Sería esa noche. No era habitual que hubiera transcurrido sólo una semana desde el viernes, pero aquello iba a ser tan fácil que no merecía la pena aplazarlo. Además, resultaba muy agradable sentir aquella acumulación de fuerza casi justo cuando cuando se había desvanecido el brillo anterior. Naturalmente, no podía contar con que aquello le sucediese todas las semanas; los casos realmente groseros no se daban con tanta frecuencia. Y

normalmente le gustaba planificarlos mucho más, tal vez incluso hasta durante un mes, porque casi siempre había dificultades que superar, complicaciones que resolver. Jacqueline Sheets no planteaba ninguna. Vivía sola, y su rutina diaria resultaba asfixiante de lo rígida que podía ser. No, no había motivo alguno para esperar.

Era curioso que casi siempre fueran mujeres las que se mostraban groseras, aunque en una o dos ocasiones hubo un hombre al que no tuvo más remedio que castigar. No le gustaba que fuera un hombre. No era que la fuerza de un hombre lo hiciera más difícil, él despreciaba ese detalle; era lo bastante fuerte para manejar casi a cualquiera, y hacía ejercicio religiosamente para conservar esa fuerza. Sencillamente, los hombres no ofrecían el mismo placer, la oportunidad de jugar con ellos mientras la sensación de poder iba creciendo. Los hombres eran casi aburridos. y por supuesto, él no era marica, de modo que como mínimo se perdía la mitad de la diversión. Él no penetraría a un hombre por nada del mundo. Si a veces era más benévolo con la descortesía de un hombre. ..bueno, después de todo le correspondía a él decidir, ya nadie más. Si prefería a las mujeres, era sólo asunto suyo.

Se pasó todo el día tarareando, lo cual hizo que Annette hiciera la observación de que ciertamente le veía de muy buen humor.

-Debe de tener planes estupendos para este fin de semana -le comentó, y él percibió un inconsciente toque de celos en su voz. Eso le gustó. Naturalmente, sabía que Annette suspiraba por él, aunque de bien poco le servía. Simplemente, Annette no era su tipo.

-Tengo una cita emocionante -contestó, sin preocuparse de si ella habría captado el ligero temblor de placer en su voz. A lo mejor eso animaba un poco sus fantasías.

Se imaginó a Jacqueline Sheets esperándole. Ya había estado dentro de su casa, y se imaginaba la escena con toda exactitud. Sabía dónde se sentaba a ver la televisión. ..que era prácticamente lo único que hacía. Sabía cómo era su dormitorio, qué se ponía para dormir: cómo- dos pijamas. No le sorprendió. Él prefería los camisones, pero los pantalones de pijama no suponían ningún problema. Ella se los bajaría a una orden de él; todas lo hacían cuando se les ponía un cuchillo delante de la cara.

Había inspeccionado la cocina. Los cuchillos se hallaban en un decepcionante mal estado, con los bordes sin afilar, apenas capaces de cortar un plátano. Evidentemente, no era buena cocinera, o de lo contrario tendría los cuchillos en mejor estado. Había seleccionado un cuchillo de cortar filetes y se lo había llevado a casa, donde pasó dos noches colocando cuidadosamente una cuchilla de navaja de afeitar sobre la hoja. Odiaba tener que trabajar con herramientas de segunda.

No podía esperar a que llegara la noche, cuando daría comienzo el ritual, tal como su padre le había enseñado. Cuando uno es descortés, recibe su castigo.

* * *

Dane había llamado a Marlie esa mañana a las siete, sólo para decirle hola y preguntarle si había dormido bien, y la irritación que notó en su voz le hizo reír ligeramente. Marlie se resistía a él mentalmente, pero físicamente había ido todo mucho mejor de lo que hubiera esperado. La había besado, y ella no sólo no se asustó, sino que disfrutó. Teniendo en cuenta sus antecedentes, aquél era un paso de gigante.

De camino al trabajo fue todo el tiempo sonriendo como un idiota. ¡La había besado! ¿Y qué si había sido un beso que haría que cualquier adolescente pusiera los *ojos* en blanco de puro aburrimiento ? ¿Qué sabían esos adolescentes salidos? Lo único que les interesaba era

estrujar tetas y unos cuantos empujones. Gracias a Dios, él era lo bastante adulto para saber que cuanto más despacio, mejor. Era posible que estuviera ya a punto de volverse loco de frustración cuando Marlie viniera a él, pero después de la noche anterior no tenía ninguna duda de lo que iba a pasar. Estaba mareado de felicidad, la ilusión por el placer que le aguardaba le volvía efervescente como las burbujas del champán.

Cuando llegó, Trammell ya estaba allí, recostado en su silla con *ojos* de sueño y mirando cómo se acercaba Dane. Alrededor de él pululaba la gente, hablando y soltando tacos; los teléfonos no paraban de sonar, el fax y la fotocopidora zumbaban casi sin pausa. Un día típico, pero Dane no se sentía típico. Todavía sonriente, fue hasta la máquina de café y sacó dos tazas. Empezó a beber de una al regresar a su sitio, y entregó la otra a Trammell.

-Tienes pinta de necesitarlo. ¿Una mala noche?

-Gracias. -Trammell probó el café con cautela, sin quitar *ojo* a Dane-. Ha sido una noche muy larga, pero no mala. ¿y bien? ¿Averiguaste algo interesante ayer?

-Bastante. De momento, digamos que ya no estoy tan escéptico como antes.

Trammell puso los *ojos* en blanco.

-¿Y Marlie? ¿Qué ha estado haciendo en estos seis años?

-Tratar de recuperarse -respondió lacónicamente Dane-. Amo Gleen le dio una paliza, intentó violarla, y al ver que no podía, mató al niño que tenía enfrente de ella. Según el doctor Ewell, el trauma que sufrió dañó gravemente, si no destruyó, sus capacidades paranormales. Evidentemente, la visión del asesinato de Vinick es el primer síntoma psíquico que ha tenido desde entonces.

-¿Así que está recuperando sus capacidades psíquicas? Dane se encogió de hombros.

-Quién sabe. No ha sucedido nada más. -Gracias a Dios-. Anoche hablé con ella y le hice unas cuantas preguntas más sobre lo que vio en la visión, y recordó un par de detalles.

-¿Como cuáles?

-El tipo en cuestión mide alrededor de uno ochenta, está en muy buena forma física y no es del sur.

Trammell soltó un bufido.

-Eso ciertamente reduce nuestra búsqueda.

-Es mejor que lo que teníamos.

-Conforme. Siempre es mejor algo que nada. Eso, suponiendo que aceptemos como pista la visión de una vidente, porque un tribunal con toda seguridad no la aceptará como prueba.

-¿Qué otra alternativa tenemos? No hay nada más. Ese tipo no dejó ni un rastro. Pienso agarrarme a cualquier pista que pueda conseguir, y ya me preocuparé por cargarla de peso cuando le encontremos.

-De hecho -dijo Trammell lentamente-, ya hemos hablado con alguien que encaja en esa descripción.

-Sí, lo sé. Ansel Vinick. Es fuerte como un toro, y aunque lleva más de veinte años viviendo en Florida, conserva un acento del Medio Oeste. -No le había sorprendido; había muy pocas personas no criadas en el sur que fueran capaces de llegar a coger bien el acento. Las industrias del cine y de la televisión no lo habían conseguido-. Pero las tripas me dicen que él no lo hizo.

-Tuvo la oportunidad.

-Pero no el móvil. Ningún novio, ninguna póliza de seguros. Nada.

-¿Tal vez una discusión que se fue de las manos?

-En el examen médico no se encontraron heridas que indicaran golpes. No sólo la mataron,

sino que hicieron con ella una carnicería.

-Los libros de texto dicen que cuando hay tantas heridas de arma blanca, es que el asesino estaba realmente muy cabreado con la víctima. y que si invierte mucho tiempo en hacerlo, probablemente vive en las inmediaciones. Tú te sabes las cifras tan bien como yo: el ochenta por ciento de las veces, cuando una mujer es asesinada, el responsable es el marido o el novio y en muchas ocasiones es el asesino quien llama a la policía cuando «descubre» el cadáver. Vinick encaja en todas las categorías.

-Excepto en la primera. Si estuvieron discutiendo, nadie lo sabe. Los vecinos no oyeron nada, al parecer siempre se habían llevado bien, y esa noche Vinick no actuó de forma distinta de la normal en el trabajo. Además, la violaron, pero no se encontró semen. Marlie dice que el asesino llevaba una goma. ¿Por qué molestar a Vinick? Era su esposa, por el amor de Dios. Encontrar semen suyo dentro de ella no serviría para incriminarle. Lo que realmente me preocupa -dijo, con- centrándose- son los dedos. ¿Por qué le cortó los dedos? No los hemos encontrado. No había razón alguna para cortarle los dedos, a no ser...

-...que ella le arañase -terminó Trammell, con sus oscuros ojos brillantes-. Lo arañó, y él sabía lo de trazar perfiles por el ADN . Así que le cortó los dedos para que los forenses no pudieran obtener una muestra de piel de debajo de las uñas.

-Vinick llevaba una camisa de manga corta esa mañana -recordó Dane-. ¿Recuerdas que tuviera algún arañazo?

-No. Es posible que tuviera alguno en el pecho o en los brazos, pero las manos y los antebrazos son las zonas más probables.

-No te olvides de la persiana rasgada del dormitorio. Si lo hubiera hecho Vinick, para que pareciera que alguien había entrado por la fuerza, ¿no lo habría hecho de manera más obvia? De todos modos, no me da que sea un tipo sutil. y todo lo que nos contó Marlie coincidía con lo que encontramos en la escena del crimen. No fue Vinick.

-Aguarda un minuto -dijo Trammell-. Marlie no mencionó los dedos, ¿no?

Dane reflexionó sobre ello, y luego negó con la cabeza.

-No, y no parece ser de esos detalles que uno olvida.

Aquella omisión le preocupó, y tomó nota mentalmente de preguntarle al respecto aquella noche.

-De todas formas, me sentiría mejor si hablásemos otra vez con Vinick -insistió Trammell. Dane se encogió de hombros.

-Por mí, de acuerdo. Simplemente tengo la impresión de que es perder el tiempo.

Trammell intentó varias veces ese día ponerse en contacto con el señor Vinick, entre los cientos de cosas que tenía que hacer, pero no obtuvo respuesta. Llamó a la compañía de transpones en la que trabajaba, y le dijeron que llevaba toda la semana de baja y que, teniendo en cuenta las circunstancias, no esperaban que volviera al trabajo por lo menos hasta dentro de otra semana más.

-Ayer fue el funeral-dijo Dane,-- . Puede que se quede en casa de algunos amigos. Diablos, claro que no está en su casa. Los forenses han terminado con la escena del crimen, pero ¿querrías tú dormir allí?

Trammell hizo una mueca de desagrado.

-Supongo que no. ¿Pero cómo vamos a ponernos en contacto con él?

-Preguntaremos a uno de los vecinos. Ellos lo sabrán.

Ya eran las últimas horas de la tarde cuando llegaron a la casa del señor Vinick. Tenía el aspecto de una vivienda cerrada, desocupada. Habían quitado la cinta amarilla que la

identificaba como escenario de un crimen, pero aun así parecía aislada, para siempre distinta de las demás a causa de la violencia que había tenido lugar dentro de ella. Había un coche aparcado en el camino de entrada, y Dane vio que era el mismo que estaba allí el sábado por la mañana.

-Está aquí.

Llamaron a la puerta principal. No hubo respuesta, ningún ruido procedente del interior de la casa. Trammell probó en la puerta trasera, con idéntico resultado. Todas las cortinas estaban echadas, de modo que no podían asomarse por ninguna ventana.

Las dos puertas estaban cerradas con llave. Golpearon de nuevo con más fuerza, identificándose. Nada.

Dane fue hasta la casa de los vecinos. Tras llamar, salió una mujer al porche.

-Soy el detective Hollister -dijo, abriendo la cartera con la identificación-. ¿Ha visto al señor Vinick? Tiene aquí su coche, pero no contesta nadie a la puerta.

La mujer frunció el entrecejo y se apartó el pelo de los ojos.

-No, no le he visto desde el funeral. Acudí a él, igual que todos los vecinos de esta calle. Ella era una mujer encantadora. No sé cuándo su marido aparcó el coche ahí. Ayer por la tarde no estaba, pero lo vi esta mañana, al levantarme.

-¿No ha visto a nadie ahí?

-No. Naturalmente, no he estado aquí todo el día, pero no ha habido nadie que yo haya visto.

-Gracias -Dane se despidió con un gesto de cabeza y regresó a la casa de los Vinick - Esto no me gusta - dijo, después de contar a Trammell lo que había dicho la vecina-¿Qué te parece si entramos por la fuerza?

-Que será mejor que lo hagamos -respondió Trammell serenamente-. Si estamos equivocados, agacharemos la cabeza y pagamos los desperfectos.

Rodearon la casa hasta llegar a la parte de atrás. La mitad superior de la puerta de la cocina estaba formada por pequeños cristales en forma de rombo. Dane sacó la Beretta y la utilizó para golpear el cristal que estaba más cerca del pomo de la puerta. Siempre le sorprendía de lo difícil que era en realidad romper una ventana. Los cristales rotos cayeron con estrépito al suelo de baldosa que había al otro lado. Se envolvió con cuidado la mano en un pañuelo, la introdujo en el agujero y abrió la cerradura.

La casa estaba caldeada y viciada con el olor a muerte que había quedado atrapado allí dentro. El silencio tenía casi una consistencia sólida.

Dane se desenrolló el pañuelo de la mano y se lo puso contra la nariz.

-Mierda -murmuró, y luego alzó la voz:- ¿Señor Vinick? Somos los detectives Hollister y Trammell.

Nada.

El olor se filtraba a través del pañuelo. No era ese tufo empalagoso y dulzón de la carne putrefacta, sino un penetrante hedor de restos humanos mezclado con el olor metálico de la sangre, tanto vieja como nueva. A Dane se le hizo un nudo en el estómago. Soltó otra palabrota en voz baja y penetró en la casa.

El cuarto de estar estaba vacío, tal como esperaba. Las paredes seguían salpicadas de la sangre de la señora Vinick, y las manchas se habían vuelto marrones.

El Sr. Vinick estaba en el dormitorio.

La habitación tampoco estaba limpia. Todavía se veía la raya de tiza que marcaba la posición del cadáver, en el rincón. El señor Vinick estaba tendido al lado, con una pistola

pequeña junto a la cabeza.

No se había arriesgado a hacer una chapuza. Cuando alguien se mete el cañón de la pistola en la boca, es porque su intención es serie.

-Ah, mierda -dijo Trammell con voz cansada -. Voy a llamar.

Dane se agachó en cuclillas junto al cadáver, teniendo cuidado de no tocar nada. Nada que él pudiera ver indicaba que aquello fuera otra cosa que un suicidio, pero lo acostumbrado era no alterar la escena de un crimen.

Miró a su alrededor y vio un papel encima de la cama. Habían quitado las sábanas, dejando sólo el colchón desnudo, y el papel blanco no se apreciaba a primera vista contra la tela. Leyó lo que ponía sin necesidad de inclinarse.

Ya no tengo familia, ahora que Nadine no está, de modo que no creo que importe mucho. Simplemente, no quiero continua,; Había escrito la fecha y la firma, hasta anotó la hora. Las once y media de la noche, precisamente la hora aproximada a la que había sido asesinada su mujer.

Dane se frotó la nuca e hizo un gesto de desagrado. Maldita fuera, aquello era duro de tragar. El hombre había enterrado a su esposa, y después había regresado al lugar en que la habían asesinado y se había pegado un tiro en la cabeza.

Trammell volvió a la habitación y se quedó de pie junto a Dane, leyendo la nota.

-¿Ha sido culpa o depresión?

-¿Quién diablos va a saberlo?

-Mierda -dijo Trammell. Había algo en aquella casa de muerte que reducía los comentarios a aquella única palabra. Era triste.

Cuando la escena fue acordonada, retiraron el cadáver y se terminó el papeleo, casi eran ya las nueve. Dane pensó en llamar a Marlie, pero decidió no hacerlo. No estaba de buen humor, y no tenía ganas de romances. Trammell tenía una cita, pero estaba tan taciturno como él y llamó para anularla. En vez de ello fueron al bar favorito de los policías y se trasegaron un par de cervezas. Muchos policías tomaban una o dos copas, o tres, antes de irse a casa. Era la manera más fácil de desconectar, y una oportunidad para volcar toda la tensión en personas que sabían exactamente de qué les estaban hablando, antes de irse a sus casas a reunirse con sus cónyuges y sus hijos y fingir que todo era dulzura y felicidad.

-Si él era el asesino, ahora ya no podremos saberlo nunca -gruñó Trammell, lamiéndose la espuma del labio superior.

Una cosa que a Dane siempre le había gustado de Trammell era que bebía cerveza en vez de algún vino de tío pijo. Podía aceptar los trajes italianos y las camisas de seda, y también los mocasines de Gucci, pero le habría costado mucho conectar con un tipo que bebiera vino. No sabía por qué Trammell había decidido de repente que Ansel Vinick era su sospechoso más probable, pero todos tenían alguna vez la cabeza llena de pájaros.

-No creo que lo hiciera él. Yo creo que ese pobre cabrón no pudo soportar la idea de seguir viviendo después de encontrarse a su mujer como se la encontró.

-Yo no estaba convencido de que lo hubiera hecho él -negó Trammell en tono gruñón-. Sólo quería cerciorarme de que no se fuera de rositas porque nosotros estábamos demasiado ocupados buscando fantasmas.

Dane se acabó la cerveza.

-Bueno, inocente o culpable, no se ha ido de rositas. ¿Quieres otra?

Trammell examinó el nivel de cerveza que quedaba en su vaso. -No, con esto me basta. - Calló por un instante, todavía mirando el líquido ámbar con el ceño fruncido-. Oye, dime una

cosa, Dane...

Su voz se perdió, y Dane levantó las cejas, aguardando con un gesto interrogante.

-Sí, ¿qué?

-Esas sensaciones que tienes en las tripas. Tu instinto suele acertar, eso lo sabe todo el mundo. ¿Alguna vez has pensado... que no eres muy diferente de Marlie ?

Si Dane no se hubiera terminado ya la cerveza, la habría escupido por toda la mesa. Se atragantó, y exclamó un escandalizado «¿qué?» que le salió como un sonido ahogado.

-Tú piénsalo un poco. -Trammell se estaba entusiasmando con el tema, y se inclinó hacia delante para apoyar los codos sobre la mesa-. Todos tenemos corazonadas, todos tenemos tripas. La mayoría de las veces no nos hacen falta, porque tenemos al culpable ahí sentado, cantando de plano, pero de vez en cuando nos topamos con un misterio. Y entonces, ¿por qué son diferentes nuestras corazonadas de lo que hace Marlie?

-Eso es una bobada. Las corazonadas son simplemente que el subconsciente percibe algo que conscientemente no se nos ha ocurrido todavía.

-Eso se parece mucho a lo que hace alguien que posee percepción extrasensorial, ¿no ?

Dane le dirigió una mirada agria.

-Me parece que con dos cervezas ya rebasas tu límite en una. Tenemos corazonadas debido a las pruebas que vemos ya circunstancias sobre las que podemos pensar. Diablos, un vidente no necesita estar en el sitio ni conocer nada acerca de una situación, sencillamente percibe esas vibraciones, o lo que sean.

Trammell se frotó la cabeza, revolviéndose el pelo al hacerlo. Dane empezó a sentirse vagamente preocupado; a lo mejor dos cervezas eran demasiado para Trammell. Dios sabía que jamás había visto a su compañero con un solo pelo fuera de sitio, excepto aquella vez en que quedaron atrapados en un tiroteo y él fue alcanzado por una bala, pero esas eran circunstancias atenuantes.

-No consigo decidir qué debería creer -musitó Trammell-. La lógica y las leyes de los promedios dicen que Ansel Vinick era el sospechoso más probable. Pero Marlie lo sabía todo, excepto lo de los dedos, ¿y cómo podía saberlo a menos que sea lo que dice ser? Si es así, Vinick era inocente y volvemos al punto de partida. -Cogió el vaso y lo apuró, y luego lo dejó sobre la mesa con un golpe seco.

-Ahí es exactamente donde nos encontramos. En el punto de partida. Estoy empezando a sentirme como un idiota, no estamos llegando a ninguna parte.

-No hay pruebas, ni testigos, ni móvil. ¿Sabes una cosa?

El rostro delgado y semejante a un fauno de Trammell mostraba una expresión tan fúnebre que Dane tuvo que morderse la mejilla por dentro para no sonreír.

-No, ¿qué?

-No metabolizo muy bien el alcohol-anunció su pulcro compañero con grave dignidad.

-¡No! -Dane se cogió la cara con las manos-. Jamás lo hubiera pensado.

-Pensó para sí que alguien que fuera capaz de decir la palabra «metabolizar» sin equivocarse con las sílabas tenía que estar en muy buena forma.

-Normalmente tengo más cuidado. Y... bebo despacio.

-Eres un bebedor lento de primera fila.

-Gracias. Pero creo que será una buena idea que conduzcas tú.

-Me parece que sí. ¿Estás ya para irte a casa ?

-Cuando lo estés tú. No vas a tener que meterme en la cama ni nada parecido, pero no quisiera conducir.

-Yo tampoco quisiera que condujeras, amigo. Vámonos.

Trammell se tenía derecho en pie, pero iba tarareando, y Dane estuvo a punto de echarse a reír otra vez. Tararear «Cuando salí de Cuba» no pegaba con la situación.

-¿Tendrás resaca luego? -le preguntó con curiosidad. Tener una resaca por dos cervezas sería para partirse de risa.

-Nunca la tengo -replicó Trammell. Salieron a la calle, y aspiró una bocanada de aire libre de humos-. Esto no suele ocurrirme. Desde que fui a la universidad.

-Eso está bien.

-No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

-No. Lo prometo.

Resultaría tentador, pero se lo guardaría para sí. Aunque la mayoría de las situaciones embarazosas eran algo legítimo que atacar, aquello era algo que Trammell no podía evitar, y los chicos le tomarían el pelo sin piedad durante el resto de su vida. Por otro lado, era agradable tener algo con que poder coaccionar a Trammell de vez en cuando. Se puso a silbar alegremente mientras subían al coche, otra vez de buen humor.

* * *

El ritual resultaba reconfortante. Le gustaba que todo se desarrollara exactamente en el mismo orden todas las veces, porque él así lo mandaba. No lo hacía con la frecuencia necesaria para que se convirtiera en una actividad repetitiva -eso le quitaría fuerza-, pero la monotonía de la preparación le procuraba tranquilidad. El hecho de saber que aquellos mismos preparativos harían que a la policía le fuese imposible cogerle nunca le proporcionaba una sensación de poder. Atrapaban sólo a gente idiota que cometía errores idiotas, y él jamás había cometido un error. Ni uno solo.

Seguía notando cómo crecía dentro de sí la emoción por lo que le aguardaba, pero la mantuvo firmemente controlada. Quería concentrarse en los preparativos.

Primero sacó la peluca rubia y rizada. Era una peluca muy buena; había pagado por ella una indecente cantidad de dinero, pero había valido la pena hasta el último centavo. Nadie había descubierto que se trataba de una peluca total. No sólo era de un rubio natural, lo cual significaba que el color no resultaba chillón, sino que además el estilo de los bucles era algo que la gente recordaba. Era muy fácil de reconocer. Su propio pelo no tenía nada de malo, se dijo, examinando las sienes en busca de algún signo que delatara que se le estuviera retrasando la línea de nacimiento del cabello. Pero sería una tontería permitir que un pelo suelto diera a la policía un medio para identificarle. Se afeitó cuidadosamente la cabeza, sin prisas, aunque no tenía más que unos milímetros de pelo que le habían crecido desde la última vez, todavía reciente. Le encantaba afeitarse, la humedad, el tacto resbaladizo del gel de afeitar, el deslizarse de la cuchilla sobre su piel. Era casi como el sexo.

A continuación le tocó el turno a la barba. No sería caballeroso arañarla con una barbilla sin afeitar. Luego el pecho. Tenía una mata de vello en forma de rombo y estaba bastante orgulloso de su grosor, pero tenía que desaparecer.

Después los brazos y las piernas. No le extrañaba que las mujeres se depilaran las piernas. Producía una sensación maravillosa.

Por último, la entrepierna. Que no quedaran por ahí pelillos rizados que peinar, examinar, disfrutar. Tuvo sumo cuidado en aquella zona, pues hasta el más mínimo corte podría dejar una mancha de sangre que pasara inadvertida. Simplemente no podía ser. y por supuesto,

siempre usaba un condón para no dejar rastro de semen. Hasta contaba con un plan de emergencia por si se rompía el condón; hasta el momento, no había tenido que echar mano del plan.

Había leído que algunos hombres no podían ser identificados por su semen; se les llamaba «no-secretadores», y había uno de cada cinco. Le hubiera gustado saber si él se encontraba dentro de aquel veinte por ciento, pero no podía acudir a un laboratorio y pedir que clasificasen su semen en secretador o no secretador. No le importaba ponerse el condón; no quería que su esperma estuviera dentro de aquellas transgresoras.

Después vino la ropa. Cuero. Nada de fibras de tela que pudieran quedar como rastro, nada que les proporcionara pruebas. Conservaba sus prendas de cuero cuidadosamente guardadas en una caja de cartón, apartadas del resto. Tenía un cubreasientos de vinilo que ponía encima del asiento del coche, y el suelo estaba cubierto con alfombrillas de vinilo. Siempre tenía mucho cuidado de no dejar que sus pies tocaran otra cosa que la alfombrilla, para que a sus botas no se adhirieran fibras de la moqueta. Detalle. La atención al detalle lo era todo. No había forma de que le identificase la policía, porque no dejaba nada a su paso excepto el objeto de la lección.

* * *

El detective Hollister no había llamado, aunque Marlie esperaba que lo hiciera, o que incluso se presentara sin anunciarse como tendía a hacer. Había estado nerviosa, con miedo de que él efectivamente llamase o fuera a su casa, y después irritada porque no lo había hecho. De una forma o de otra, Hollister se las había arreglado para estropearle su tranquila velada en casa.

Había jugado con la idea de ir al cine, en parte para chafar a Hollister si por fin llamaba, pero rechazó la idea. No se olvidaba de lo que había pasado el viernes anterior. ¿Había transcurrido sólo una semana? Le parecía un mes. Tal vez la semana siguiente fuera al cine, pero esta noche no.

Se fue a la cama más temprano que de costumbre, antes de las diez, sin ni siquiera quedarse un rato a ver las noticias. Estaba cansada; aquella semana de tensión le había pasado factura. Supuso un alivio cerrar los ojos sabiendo que a la mañana siguiente no tenía que trabajar, que podría quedarse en la cama todo lo que le apeteciera. Se relajó sobre el mullido colchón, notando cómo sus músculos se aflojaban y su mente iba deslizándose hacia el sueño. ...

...Se movió silenciosamente por la casa. La televisión estaba a todo volumen, lo cual enmascaraba su presencia. Permaneció un momento de pie en la puerta, observando a la mujer que estaba sentada de espaldas a él viendo una película antigua, y sintió que le inundaba el desprecio. Qué fácil era. Avanzó despacio, sin prisas, disfrutando del suspense. El parpadeo de la televisión arrancó un destello a la hoja esbelta y curva del cuchillo que tenía en la mano. ...

Un gruñido animal surgió de lo más hondo del pecho de Marlie cuando intentó chillar, cuando intentó enviar una desesperada advertencia a través de su garganta cerrada. Dios, oh, Dios. Gimió, forcejeando con las mantas mientras trataba de salir de la cama. La visión era tan real que casi esperó ver al hombre venir hacia ella surgiendo de la oscuridad, con su brillante hoja plateada.

...Se quedó de pie detrás de ella, mirándola. La muy imbécil no tenía idea de que él estaba allí. Eso le gustó. A b mejor se quedaba allí de pie hasta el final de la

película, y durante todo ese tiempo, ello no sabría...

Marlie se escurrió como pudo de la cama y cayó al suelo a causa de la sábana que tenía enredada en las piernas. Luchó por liberarse de ella y consiguió ponerse de pie, dando tumbos de un lado a otro en su camino hacia la puerta. El pánico la cegaba, le paralizaba el cerebro... No, estaba todo oscuro, las luces estaban apagadas. Se (desequilibró contra la pared, y el duro impacto logró afianzarla de algún modo. Buscó a tientas el interruptor de la luz, pero no estaba.

...Aquello resultaba aburrido. Sonriendo, extendió para tocarle el cuello. ..

Marlie tropezó de nuevo contra otra pared, una pared que no debía estar allí. Se quedó quieta, temblando, totalmente desorientada ¿dónde estaba?

Los faros de un coche que pasaba iluminaron por un breve instante la habitación. Era el cuarto de estar. ¿Cómo había llegado hasta allí? Recordaba haber intentado llegar a la puerta del dormitorio, pero no recordaba haberla alcanzado. Bueno, por lo menos sabía donde había una luz.

Estuvo a punto chocar con la lámpara al dar un manotazo al interruptor, y el repentino estallido de luz la cegó momentáneamente. El teléfono. El teléfono estaba allí mismo, sobre la mesa.

Su número. ¿Cuál era su número, maldita sea? No se acordaba, no podía pensar... El botón de rellamada. ¿Había llamado a otra persona desde aquella noche? No lo sabía, ni tampoco le importaba; alguien contestaría. Levantó el auricular y se golpeó dolorosamente en la sien al intentar sujetarlo en el sitio con una mano temblorosa. Marcó lo que esperaba que fuese el botón de rellamada: la vista se le estaba volviendo borrosa, y no estaba segura.

Zumbó en su oído el primer timbrazo. Cerró los ojos, luchando por conservar el dominio de sí misma.

El segundo timbrazo. Vamos. Por favor, aprisa, aprisa.

El tercero se interrumpió a mitad, y se oyó una voz grave, soñolienta, malhumorada, que dijo:

-Hollister.

-D-Dane. -La voz de Marlie era muy débil, insegura.

-¿Marlie? -Rápidamente desapareció todo rastro de somnolencia-. Marlie, ¿qué ocurre?

Ella intentó hablar, pero no pudo; tenía la garganta demasiado rígida. Aspiró varias bocanadas de aire.

-Marlie, maldita sea, di algo! -Dane ya vociferaba.

Se acercaba. No podía continuar luchando contra ello. El temblor se hizo convulsivo, la luz se desvaneció y perdió la vista. Hizo un esfuerzo desesperado, chillando, pero su voz fue sólo un susurro:

-Lo... está haciendo... otra vez.

CAPÍTULO 10

Dane no consiguió hacerle decir nada más, aunque la línea seguía abierta. Dane abierta. Se vistió a toda prisa y metió los pies descalzos en unas zapatillas de deporte. Agarró su sobaquera, con la Beretta dentro, pero no perdió tiempo en ponérsela. Apenas un minuto después de contestar al teléfono estaba ya saliendo por la puerta.

El corazón le retumbaba dolorosamente contra las costillas. ¿Qué había dicho Marlie? Su última frase había sonado tan débil que casi no pudo oírla; algo que estaba haciendo otra vez.

No importaba lo que hubiera dicho. Había sentido su pánico a través del teléfono, tan real como si lo estuviera viendo. Marlie tenía problemas, problemas graves.

Llovía ligeramente, justo lo bastante para que las calles estuvieran resbaladizas y necesitara usar todo el tiempo el limpiaparabrisas del coche. No pudo conducir tan deprisa como hubiera querido, pero aún así iba demasiado rápido para el estado de la calzada. La sensación de urgencia le hacía mantener el pie en el acelerador. Al llegar a un Stop simplemente reducía la velocidad, y se detenía en un semáforo rojo sólo hasta que se abría una brecha en el tráfico.

Un accidente ocurrido en la autovía le obligó a saltar la mediana, retroceder y tomar otra ruta, desperdiciando un tiempo precioso. Habían pasado casi veinte minutos cuando por fin llegó a la casa de Marlie. Su coche se encontraba en el lugar de costumbre, y había una luz encendida en el cuarto de estar. No se molestó en subir los pequeños escalones, sino que se plantó en el porche de un salto y a la puerta.

-¿Marlie? Soy Dane. Abre.

Dentro de la casa reinaba un silencio absoluto, tan total como el de la otra tarde en la vivienda de los Vinick, como si allí no hubiera criatura viviente. Se le heló la sangre en las venas, y su voz sonó al llamarla otra vez al tiempo que golpeaba la puerta con el puño.

Aquella puerta no tenía cristales que pudiera romper, y no perdió el tiempo en ir a la parte de atrás a ver la puerta de la cocina. Retrocedió un paso y lanzó un fuerte puntapié a la puerta. Después de cuatro patadas se rompió la cerradura y se astilló el marco, y la puerta se de golpe para ir a estrellarse contra la pared. Sabía que debería ir más despacio, no entrar a lo loco sin conocer cuál era la situación, pero el miedo pudo más que la prudencia, y se arrojó por la abertura sin pensarlo, Beretta en mano.

-¡Marlie!

Marlie estaba allí, sentada en el sofá, en el círculo de luz que proyectaba la lámpara, igual que una estatua en un nicho. Tenía la abietos, fijos y vacíos. Estaba completamente inmóvil, blanca como la cal, y por un instante de agonía Dane dejó de respirar. El dolor fue como un puñetazo, y sintió que le oprimía el corazón.

Entonces se acordó de lo que había dicho el agente Ewan, que al principio creyó que estaba muerta, y comenzó a respirar de nuevo y consiguió moverse, aunque el miedo aún no le había soltado de su helada garra. Dejó la pistola a un lado y se arrodilló en el suelo frente a Marlie, le cogió una mano del regazo y la sostuvo mientras le palpaba la frágil muñeca con dos dedos. Presionó ligeramente y encontró el ritmo tranquilizador del pulso, lento pero firme. Tenía la piel helada, pero justo debajo de aquel frío superficial latía el calor de la vida.

-Marlie -dijo otra vez, ya mucho más calmado. Seguía sin haber respuesta.

La examinó detenidamente. Y después exploró el entorno que la rodeaba. No había señales de lucha, ni tampoco heridas a la vista. Parecía estar bien físicamente.

El auricular del teléfono yacía a su lado, sobre el sofá, un pitido intermitente. Lo recogió y lo colocó en su sitio.

Tragó saliva al comprender lo que debía de haber pasado. Marlie había tenido otra visión, tal vez incluso todavía estuviera atrapada en ella. ¿Qué sería esta vez? ¿Otro asesinato? Santo

Dios, con tantas drogas y pandillas callejeras, resultaba increíble que Marlie no pasara la mayor parte del tiempo en estado catatónico. ¿Percibiría alguna vez lo bueno, los momentos de felicidad de las personas que jugaban con sus hijos o se reían de alguna broma sencilla? ¿Cómo lograría vivir su vida, si siempre estaba sobrecargada con toda aquella mierda de la vida de otros ?

Marlie llevaba puesto sólo un delgado top y unas bragas, y tenía las piernas heladas al tacto. Dane se levantó y cerró la puerta destrozada, y después fue al dormitorio a buscar una manta. La pequeña habitación, al igual que todas las que había visto del apartamento, era acogedora y sedante. Marlie había convertido aquella casa en su refugio, su barrera para defenderse del mundo. Se quedó de pie en medio y miró a su alrededor, aprendiendo a conocerla en los pequeños detalles. Los cobertores de la pequeña cama estaban revueltos y medio tirados en el suelo; era evidente que se encontraba acostada cuando comenzó la visión, y el estado de aquellas ropas daba la medida de la agitación que debió de sentir.

Había un chal de punto tirado sobre una mecedora. Lo recogió y regresó al cuarto de estar, donde se lo echó por encima a Marlie, con cuidado de taparle bien los brazos y las piernas. Que él supiera, Marlie no se había movido ni siquiera un centímetro, excepto el apenas perceptible subir y bajar de su pecho por la respiración.

No sabía qué más hacer, salvo esperar. Fue a la cocina y preparó una cafetera; tal vez Marlie no necesitara café cuando saliera de aquel trance, pero seguro que él sí.

Se sentó en el sofá a su lado a observarla. Su expresión era tan vacía como la de la estatua a la que le había recordado antes. No se daba cuenta de nada; tenía los ojos abiertos, pero o bien se hallaba inconsciente, o bien. ..estaba ida, no sabía cómo.

Estudió su rostro inexpresivo. Vistas de perfil, sus facciones poseían una pureza de otro mundo que no había notado antes. Cuando estaba despierta, lo afilado de su lengua y la fría inteligencia que vio en aquellos insondables ojos azules acaparaba la mayor parte de su atención. La mayor parte, pero no toda. Si Marlie estuviera despierta, seguramente él no le habría tapado aquel cuerpo semidesnudo.

Miró la suave curva de sus labios y recordó su textura, su sabor. Su figura era toda delicadeza femenina, curvas suaves y ligeras que le provocaban un intenso calor en todo el cuerpo y una clara tirantez en la piel.

Habían transcurrido diez minutos. El mecánico zumbir y escupir que provenía de la cocina había cesado, lo que indicaba que el café había terminado de hacerse. Fue por una taza, y después volvió a sentarse junto a Marlie y dejó la taza sobre la mesita auxiliar. Levantó a Marlie muy suavemente y la sentó sobre sus rodillas.

-Marlie. ¿Puedes despertarte ya? Vamos, cariño, despierta. -Le acarició la cara, le dio un apretón en el hombro, la sacudió.

Ella emitió un leve ruido, que no llegó a ser un gemido, y sus pestañas se agitaron.

-Vuelve a mí, Marlie. Soy Dane. Despierta y cuéntame qué ha pasado.

La cabeza le cayó inerte sobre su hombro. La acunó en el brazo y con la mano libre le frotó el hombro, sintiendo la piel fría y lisa bajo su dura palma. La sacudió otra vez, pero sin violencia, sólo para reanimarla. Ahora Marlie tenía los ojos cerrados, lo cual le pareció más natural, como si estuviera durmiendo.

-¡Marlie! -Usó un tono de voz más duro-. ¡Despierta y háblame, maldita sea!

Ella gimió e intentó apartarse de él, pero la mano se le cayó sin fuerza sobre el regazo como si no pudiera controlarla. Aspiró varias veces espasmódicamente, sus párpados se abrieron pero se cerraron otra vez, pues al parecer aquello le costaba un esfuerzo excesivo.

-Marlie, mírame. -Pronunció su nombre a propósito, para hacerla volver de lo más recóndito de la oscuridad, de vuelta hacia la luz.

Alguien la llamaba insistentemente por su nombre. La mente exhausta de Marlie se aferró a aquel dato conocido, igual que una persona que está a punto de ahogarse se aferra a un salvavidas. Le proporcionaba un centro, una sensación de identidad en medio del nublado torbellino de aquella pesadilla. La voz sonó muy lejana al principio, pero luego se fue acercando cada vez más, hasta que la sintió justo encima. La realidad fue entrando poco a poco, aunque en ella había algo muy irreal. Tenía la sensación de estar apoyada contra alguien, de que unos brazos la rodeaban, y era una sensación tan desconocida que la confundió. Ella no permitía que nadie la abrazase; la intrusión mental, reforzada por el contacto físico, resultaba un trastorno demasiado grande. Sin embargo, alguien la había abrazado de hecho, insistía su mente. Oh, sí. Dane. Intimidándola suavemente, tenaz, negándose a escucharla. ..Claro. Dane.

Se obligó a abrir los párpados y se encontró mirando de frente aquel rudo rostro, aquellos ojos avellana oscurecidos por la preocupación. Sintió el corazón de él latir con fuerza contra ella, un ritmo reconfortante que le provocó el impulso de acurrucarse contra él. Notó el calor de su gran cuerpo debajo, alrededor, ahuyentando el frío que le helaba los huesos. ¿Por qué tenía tanto frío?

Miró a su alrededor con los ojos nublados. Se encontraba en su sala de estar. ¿Pero por qué estaba allí Dane, y por qué estaba ella sentada en sus rodillas? ¿Por qué estaba tan cansada? Había esperado que el detective la llamase, pero no la llamó, y se fue a la cama. ..

Le había llamado ella. Se puso rígida, al tiempo que los recuerdos regresaron a su cerebro trayendo consigo una avalancha de horribles detalles que hubiera preferido no recordar. Su mente exhausta luchó por combatirlos.

-Dane. -Asió su camisa, retorciendo la tela entre los dedos. -No pasa nada -murmuró él, acariciándole el pelo-. Estoy aquí. Has tenido otra visión, ¿verdad? ¿Qué ha sido esta vez? No tengas ninguna prisa, tranquilízate. ¿Quieres un poco de café? ¿Te sentirás mejor así?

Le acercó la taza de café a los labios, y ella bebió un pequeño sorbo con la esperanza de que la cafeína le hiciera ganar unos pocos minutos. Tenía que ordenar sus ideas, contarle a Dane todo lo que pudiera, pero aquel café era el peor que había probado nunca, y volvió la cara con una mueca cuando él intentó hacerla beber de nuevo.

-Ha vuelto a hacerlo -dijo con pronunciación un tanto imprecisa.

-¿Quién? -preguntó Dane en tono ausente, intentando que Marlie bebiera un poco más de café. Pero ella apartó la cabeza.

-Él. Esta noche ha matado a otra mujer. -El temblor había empezado otra vez, un temblor que le nacía dentro.

Dane se puso en tensión. Ella notó cómo contraía los músculos bajo su peso.

-¿El mismo que mató a Nadine Vinick? -preguntó lentamente. -Sí. Percibí que estaba ahí, mirando... Lo sentí, sólo ligeramente, la noche que te llamé.

-Hizo un esfuerzo por decirlo todo seguido, aunque fuera a trompicones.

-¿Eso es lo que te asustó? Marlie afirmó con la cabeza, aunque apenas podía moverla en el hueco del hombro de Dane.

Dane la estrechó contra sí, cogió el teléfono y llamó a la central. Se identificó y dijo:

-¿Se ha dado esta noche algún parte del asesinato de una mujer? -No, está todo bastante tranquilo para ser viernes. Supongo que la lluvia ha contribuido a ello. ¿Es que sabes algo que no sepamos nosotros?

-Puede que sí, puede que no. Escucha, si surge algo así, llámame al busca. De día o de noche, da lo mismo.

-De acuerdo.

Colgó y miró a Marlie.

-No se ha recibido ningún parte.

Ella todavía estaba aferrada a su camisa, y sus ojos habían adoptado aquella mirada remota que tenían el lunes por la mañana, cuando relató una historia de horror con voz fría e inexpresiva. El temblor de su cuerpo menudo se había incrementado; Dane la rodeó con ambos brazos, en un intento de absorber los espasmos que notaba que le recorrían todo el cuerpo.

-La víctima es pelirroja -dijo Marlie con aquella voz débil y fantasmagórica-. Y es muy guapa. Está viendo la televisión, una película antigua. No sabe que él está ahí. Él se sitúa a su espalda y se queda ahí, mirándola. Le divierte eso; ¿cuánto tiempo pasará hasta que ella se dé cuenta de su presencia? Demasiado. Es una zorra imbécil, y él empieza a aburrirse. Le toca el cuello con la mano izquierda, y después le tapa la boca antes de que pueda gritar. Le encanta ese primer momento de terror. Tiene el cuchillo en la mano derecha. Se lo acerca a la garganta.

-¿Estás segura de que es el mismo? -preguntó Dane. Estaba desesperado por oírlo decir que no estaba segura.

-Sí. La película aún no ha terminado, y amortigua el ruido. Él la obliga a quitarse el pijama y tenderse en el suelo. Los sofás resultan demasiado estrechos; no le gustan los sofás. Utiliza un condón. Ella no merece su esperma. Lento y suave, lento y suave... Deja que se relaje, que no tenga tanto miedo. No le hagas daño, todavía no.

Dane la sujetó contra sí, la abrazó tan fuerte que esperaba que ella protestase, pero Marlie no protestó, pues toda su atención estaba fija en aquella terrorífica narración. Los escalofríos le subían por la espalda, y el cabello de la nuca se le puso de punta. Oh, Dios.

-Ha terminado. Está de rodillas delante de ella. Ella lo mira asustada, con los ojos muy abiertos, pero esperanzada. Eso está muy bien, verdaderamente bien. Él le sonríe, y ella mueve temblorosa esos labios de imbécil, pero sonríe también. Tiene miedo de no hacerlo, pues cree que él está loco. Es demasiado idiota para vivir. Está aburrido; esto no es tan divertido como lo de la vez pasada. A lo mejor podría animarla un poco. La pincha un poco y ella chilla como un cerdo, y entonces empieza la carrera. Vueltas y más vueltas, alrededor del árbol.

-Dios mío -dijo Dane con voz ronca-. Marlie, déjalo ya. Ya basta.

Ella parpadeó y volvió a enfocar la vista en él, y la expresión de sus ojos hizo que Dane sintiera deseos de llorar. La palidez causada por el agotamiento oscurecía el rostro de Marlie igual que una máscara de barro.

-Tienes que atraparlo -dijo con voz borrosa.

-Ya lo sé. Lo haré, cariño. Te lo prometo.

Ella volvió a esconder la cara en su hombro y cerró los ojos. Su cuerpo quedó inerte en brazos de Dane. Él la miró y vio que empezaba a respirar lenta y profundamente, lo que indicaba que se había quedado dormida. Con toda rapidez se había deslizado en la inconsciencia. No se alarmó; después de haberla visto como estaba cuando él llegó a la casa, aquello le pareció completamente normal.

Se quedó allí sentado por espacio de varios minutos, con el semblante serio, pensando en las desagradables ramificaciones. Por fin se levantó, todavía con Marlie en brazos, y la llevó

hasta el dormitorio, donde la depositó con cuidado sobre la cama. Ella ni se movió cuando le quitó el chal y volvió a taparla con la sábana.

Rellenó la taza de café caliente, luego volvió a sentarse y se puso a reflexionar sobre lo sucedido esa noche. No le gustaba nada.

Echó una mirada al reloj: ya eran más de las doce. Pero llamó a Trammell de todos modos.

Alguien levantó bruscamente el auricular al otro extremo de la línea, y oyó una voz de mujer que dijo:

-¿Diga? -Al mismo tiempo Trammell decía-: ¡No contestes! -Era obvio que dos cervezas no le habían dejado demasiado incapacitado, y era obvio que la cita anulada había sido recuperada.

Entonces se puso Trammell al teléfono, apartando a su compañera.

-¿Sí?

Dane no estaba de humor para hacerle alguna broma.

-Esta noche Marlie ha tenido otra visión -dijo sin preámbulos-. El mismo tipo. Dice que ha matado a otra víctima.

Trammell guardó silencio durante un par de minutos mientras absorbía aquella información-

-¿Dónde? -preguntó.

-Todavía no se ha recibido ningún parte.

Más silencio. Luego dijo:

-Esto demostrará de un modo o de otro si ella es lo que dice ser. -Sí. Se encontraba bastante mal. Estoy en su casa, por si me necesitas. La central me llamará si se informa de algo.

-De acuerdo. Si ella está en lo cierto... ¡Mierda!

Eso es, mierda. Dane se quedó allí, tomando café, meditabundo. Si Marlie estaba en lo cierto, y el mismo tipo que había asesinado a Nadine Vinick acababa de matar a otra mujer, y de la misma manera, iban a tener problemas. Por mucho que ansiara pescar a aquel hijo de puta, creía que estaba buscando a un asesino ocasional, había albergado la esperanza de que fuera alguien que conocía a la señora Vinick. Pensó que sería algo personal, aunque no había podido encontrar nada que indicase qué había sido. El hecho de que hubiera múltiples heridas de arma blanca normalmente significaba que alguien odiaba de verdad a la víctima.

Pero la presencia de otra víctima, asesinada con el mismo *modus operandi*, quería decir que tenían un psicópata en Orlando. Un asesino en serie. Alguien sin conciencia, alguien que sólo actuaba según sus propias reglas. Peor aún, parecía tratarse de un asesino en serie inteligente, que se tomaba muchas molestias para no dejar ninguna prueba. Los asesinos en serie eran muy difíciles de coger, cualesquiera que fuesen las circunstancias, pero uno que fuera listo era casi imposible. Mataban mucho antes de cometer por fin un error.

Dane no podía hacer otra cosa que esperar. No podía investigar un asesinato del que no se había dado parte, un cadáver que no se había hallado. Hasta que apareciera una víctima, lo único que tenía era una visión sufrida por una vidente quemada y traumatizada. Sin embargo, creía en ella; sus tripas creían en ella, y eso en sí mismo ya daba miedo. En un rincón de su cerebro todavía quedaba un resquicio racional que le decía: «espera a ver», pero la razón no podía disipar el nudo que tenía en el estómago.

Conocía la terminología: asesino en serie con agresión sexual y espiral de violencia. Intentó recordar si había en Orlando algún crimen de esa clase sin resolver antes del de Nadine Vinick, pero no le vino ninguno a la mente, al menos ninguno que se le pareciera. O bien el asesino acababa de empezar a matar a sus víctimas, o bien se había trasladado desde otra

ciudad. Si un asesino se desplazaba, los crímenes se repartían por diversas jurisdicciones, y los policías tal vez nunca cayeran en la cuenta de que eran obra de un asesino en serie porque no disponían de los otros asesinatos para comparar.

Si la señora Vinick había sido la primera víctima, para haber vuelto a matar tan pronto el asesino debía de haber perdido totalmente el control, y pronto habría un baño de sangre en la ciudad. Un asesino cada vez más violento empezaba despacio; podían transcurrir meses entre una víctima y otra. Luego los asesinatos comenzaban a espaciarse menos, porque ésa era la única manera en que se ponía cachondo, y quería más y con más frecuencia. Una sola semana de lapso era señal de una incipiente escalada de violencia.

Y él no podía hacer otra cosa que esperar.

¿Cuándo sería más probable que se descubriera el cadáver, si es que había cadáver? A lo mejor el marido trabajaba en el turno de noche, como el señor Vinick. A lo mejor era ése el denominador común, que el marido trabajase por las noches. En ese caso, el descubrimiento se haría por la mañana, digamos que entre las seis y las ocho. Pero si la víctima vivía sola, podían pasar un par de días o más hasta que alguien la echara de menos lo bastante como para ir a ver qué pasaba. Diablos, había visto casos en los que la víctima llevaba incluso semanas muerta antes de que alguien lo descubriese.

Esperar.

Volvió a mirar el reloj. Las dos y cinco. El café se había terminado, y tomaba tanto que sólo le hacía efecto mientras fuera rellenando la taza. Estaba cansado; sentía los párpados como si fueran papel de lija. Observó el sofá de Marlie, y lanzó un resoplido de rechazo; él medía uno ochenta y siete, y el sofá poco más de metro y medio. Nunca había sido aficionado al masoquismo.

Se asomó a la única habitación de la casa que no había visto, preguntándose si sería otro dormitorio. No lo era. Allí era donde Marlie guardaba muebles viejos, maletas, cajas de libros. Aquel lugar no estaba tan abarrotado como solían estarlo las habitaciones principales de su propia casa.

La única cama que había era la que ocupaba Marlie en aquel momento. Supuso que podría marcharse a casa, pero no quería dejarla sola. La cerradura de la puerta estaba destrozada. No sabía cuánto tiempo iba a dormir Marlie, pero tenía la intención de estar allí cuando se despertara.

Dudó sólo una fracción de segundo, imaginando qué diría ella si se despertase con él aliado en la cama, pero se encogió de hombros y fue al dormitorio. Que él se hubiera dado cuenta, Marlie ni siquiera se había movido.

Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos, arrojó las prendas sobre la mecedora y dejó la pistola sobre la mesilla de noche, y él se acostó con ella. Era la única mesilla, y Marlie estaba en aquel lado de la cama. Dane se apresuró a pasar por encima de ella y, sin el menor remordimiento de conciencia, se acostó a su lado y apagó la luz. Resultaba agradable. Empezó a invadirle una sensación de contento, un cálido antídoto a la preocupación de las últimas horas. Grande como era, la cama se le hacía estrecha, pero incluso eso tenía su lado bueno, porque tenía a Marlie muy cerca. La rodeó con sus brazos y la acunó contra sí, con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro. El cuerpo menudo de Marlie era suave y frágil, y su respiración le rozaba el pecho a Dane con el más leve de los contactos.

No le costaría nada permanecer así tumbado y despierto el resto de su vida, si podía protegerla a ella de lo que había pasado aquella noche. Marlie se lo había dicho, el agente Ewan se lo había dicho, el profesor se lo había dicho, pero hasta que lo vio con sus propios

ojos simplemente no se dio cuenta de lo traumático que era para ella, cuánto daño le hacía, el coste que le suponía.

¡Qué precio había pagado! Dane sabía las consecuencias que tenía para el espíritu humano ver tanto horror, un día tras otro. Algunos policías lo llevaban mejor que otros, pero a todos les pasaba factura, y eso que ellos poseían una sensibilidad simplemente normal ¿Qué habría sido para Marlie el sentirlo todo, todo el dolor, la rabia y el odio? Perder su capacidad de experimentar empatía debió de ser como ser rescatado de una tortura. Ahora que evidentemente había recuperado aquella capacidad, ¿cómo se sentiría? ¿Atrapada? ¿Desesperada?

Sintió el deseo vibrar en sus ingles; no podía estar junto a ella sin desearla. Pero más fuerte que el deseo era la necesidad de abrazarla con fuerza y protegerla, tanto de los horrores de dentro como de los de fuera.

* * *

Durmió hasta las ocho, y se despertó instantáneamente cuando se dio cuenta de que el busca no había sonado durante la noche Ni tampoco se había movido Marlie Yacía inerte a su lado, con una inmovilidad que indicaba la medida de su agotamiento ¿Cuánto le duraría normalmente aquel estupor?

Se dio una ducha, suponiendo que a ella no le importaría que usara su cuarto de baño y sus toallas Después se afeitó, utilizando la maquinilla de ella, y soltó un juramento al cortarse. Acto seguido fue a la cocina y preparó otra cafetera. Empezaba a sentirse tan cómodo en casa de Marlie como en la suya propia Mientras esperaba a que se hiciera el café, estuvo examinando los destrozos de la puerta de entrada para cambiarla por otra Acababa de terminar cuando sonó el teléfono.

-¿Has sabido algo? -preguntó Trammell

-Nada.

-¿Qué dice Marlie?

-No ha dicho nada Lleva durmiendo casi desde que salió de la visión anoche. Logró contarme 10 que había visto, y después se quedó dormida

-Esta noche he pasado horas pensando en esto Si se trata de un asesino en serie

-Tenemos problemas. -¿No deberíamos decir a Bonness lo que pensamos?

-Creo que sí. Al fin y al cabo, él creyó a Marlie antes que ninguno de los dos No podemos hacer nada hasta que se verifique el crimen, pero debemos tenerle informado

-Vamos a tener la sensación de estar haciendo el ridículo si no aparece nadie

-Eso espero -dijo Dane con gravedad-. Sinceramente espero poder sentirme el mayor idiota andando por la calle. Eso sería mejor que la otra alternativa.

- Trammell suspiró.

-Hablaré con Bonness -se ofreció-. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en casa de Marlie?

-No lo sé. Por lo menos hasta que sea capaz de funcionar por sí sola. Todo el fin de semana por lo que parece.

-La deja agotada, ¿eh?

-Tú no sabes ni la mitad. -Se le ocurrió una idea-. Y mientras andas por ahí hoy, necesito que me consigas una puerta. La de Marlie no muy fuerte.

* * *

La voz tiraba insistentemente de ella, se negaba a dejarla descansar. Era una voz muy paciente, pero implacable. En lo más recóndito de su conciencia sabía que le era familiar, pero no lograba reconocerla del todo. Estaba cansada, muy cansada; sólo quería dormir, olvidar. No era la primera vez que aquella voz la sacaba del olvido. ¿Por qué no la dejaba en paz? Impaciente, opuso resistencia a aquella perturbación, él, buscando regresar de nuevo a la comodidad de la nada.

-Marlie. Vamos, Marlie. Despierta.

Aquello no iba a acabar. Trató de dar la espalda al ruido, pero había algo que la sujetaba.

-Eso es, cariño, abre los ojos.

La rendición pareció más fácil; no tenía fuerzas para luchar. Los párpados le parecían de piedra, pero se esforzó por abrirlos, y frunció el ceño confusa al ver al hombre que estaba sentado en la cama junto a ella. Sus brazos la rodeaban a un lado y a otro, tensando la sábana; era eso lo que le impedía moverse..

-Bueno - dijo él con suavidad-. Hola, cielo. Empezaba a preocuparme.

Marlie no podía pensar; todo era confuso. ¿Por qué estaba Dane aprisionándola de aquel modo? Debía de llevar la confusión pintada en la cara, porque él sonrió y levantó una mano para apartarle el cabello enmarañado del rostro.

-No pasa nada. Pero llevas mucho tiempo durmiendo, y no sabía si era normal o no, así que he decidido probar a despertarte. Me ha costado un poco - añadió en tono irónico.

-¿Qué...? ¿Porqué estás aquí? - balbuceó ella, intentando sentarse. Dane se echó hacia atrás y soltó la sábana, y ella se incorporó con esfuerzo hasta la posición de sentada, un esfuerzo tan grande que se sintió dolorida. ¿Qué le pasaba? ¿Había estado enferma? La gripe, tal vez; le dolían tanto los huesos, que quizá fuera esa la explicación. ¿Pero porqué estaba allí Dane?

-Si tuviera que adivinar -dijo él, empleando un tono grave y tranquilizador-, diría que tu necesidad de ir al baño tiene que ser ya crítica. ¿Podrás llegar hasta allí?

Cuando él lo mencionó, Marlie se dio cuenta de que había dado exactamente en el clavo. Asintió con un gesto y apartó la sábana con mano torpe. Él se puso de pie para que pudiera sacar las piernas de la cama. No llevaba puesta mucha ropa, pensó Marlie débilmente al tiempo que se sentaba en el borde de la cama y se miraba las piernas desnudas, pero no tenía fuerzas ni para preocuparse.

Intentó ponerse de pie, y volvió a hundirse pesadamente en el colchón. Dane se agachó y la levantó con facilidad en sus brazos. La cabeza se le cayó en la curva formada por el cuello y los hombros de él, y aquella postura le resultó tan cómoda que no intentó modificarla.

Oyó el zumbido del aire acondicionado. Notaba el aire frío en la piel, y el calor que irradiaba el gran cuerpo de Dane le parecía divino. La llevaba...a alguna parte. Cerró los ojos.

-No, no los cierras -la regañó él, dejándola de pie en el suelo. Ella volvió a abrir los ojos y vio que se encontraba en su cuarto de baño-. Haz un esfuerzo, cariño. Vamos, ¿podrás arreglártelas tú sola o quieres que me quede contigo?

Marlie no estaba tan cansada como para no lanzarle una mirada que decía: «¡Venga ya!», y él rió suavemente.

-Estoy bien -le dijo, aunque captó la preocupante debilidad en su propia voz. Pero no hizo caso. Se las arreglaría; siempre se las arreglaba.

-Está bien, estaré justo al otro lado de la puerta. Llámame si me necesitas.

Cuando Dane la dejó sola, Marlie se quedó de pie, en precario equilibrio, mirando con

anhelo la bañera y preguntándose a sí misma si lograría sostenerse en pie el tiempo suficiente para tomar una ducha. Sería muy embarazoso que Dane tuviera que ayudarla, que manipulase su cuerpo desnudo como si ella fuera un bebé desválido.

No obstante, lo primero es lo primero. Tenía mucha sed, pero había una necesidad más acuciante. Cuando ésta fue satisfecha, se bebió de golpe dos vasos de agua y después permaneció unos segundos con el vaso apoyado contra la frente. Tenía la mente todavía tan borrosa que cualquier pensamiento le suponía un verdadero esfuerzo. Necesitaba recordar algo, sentía que era urgente, pero no pudo concentrarse lo bastante para sacarlo a la luz. Lo único que deseaba hacer era dormir. Bendito sueño. No quería recordar.

En realidad deseaba mucho tomar aquella ducha.

Por fin, lo más sencillo de hacer fue abrir el grifo del agua y meterse debajo de él, con ropa y todo, de modo que eso fue lo que hizo. Dejó a propósito el agua no demasiado tibia, pues sabía que eso la despertaría, no porque quisiera sino porque aceptaba la necesidad. Permaneció de pie bajo el chorro fresco, con la cara vuelta hacia arriba para percibir toda la fuerza del agua, y esperó a que se disipara la niebla, que volviera la memoria. Dejó que el agua la dominara y se llevase la sal de las lágrimas, del mismo modo que una inundación se apodera de un riachuelo. Pero llegó un momento en que ni eso fue suficiente y tuvo que enterrar la cara entre las manos, al tiempo que los sollozos recorrían todo su cuerpo.

Marlie ? -El tono de voz impaciente y preocupado cambió de pronto y se tornó grave y firme -: Ya sé, cielo. Ya sé que es horrible. Pero ahora no estás sola. Yo voy a cuidar de ti.

El grifo del agua se cerró. y Marlie sintió las fuertes manos de Dane sobre ella, ayudándola a salir de la bañera. Se quedó de pie sobre la alfombrilla, chorreando agua, todavía con los ojos cerrados, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

-Estás empapada - dijo Dane, aún en aquel tono tranquilizador, sedante- Vamos a quitarle esta ropa mojada. ...

-No -logró decir Marlie con voz ahogada.

-No puedes dejártela puesta.

-Sí me la voy a dejar.

-¿Estás segura?

Ella asintió.

-Está bien. Sólo abre los ojos, cariño, y dime que podrás arreglártelas, y me iré a buscar ropa seca y te dejaré a solas. Pero antes quiero ver esos ojos.

Marlie tragó saliva y aspiró hondo dos veces para controlar las lágrimas. Cuando creyó poder dominar la situación, se obligó a sí misma a abrir los ojos y mirar a Dane.

-Puedo hacerlo.

Dane la observó con mirada penetrante ya continuación asintió brevemente con la cabeza.

-Voy por la ropa. Dime qué quieres ponerte.

Marlie intentó pensar, pero no le venía nada a la mente.

-Lo mismo me da. Cualquier cosa.

-Cualquier cosa. -Si por él fuera, le bastaría con unas bragas y el albornoz de algodón.

Mientras él aguardaba fuera, Marlie se quitó la ropa mojada, se secó torpemente y después se vistió con lo que él le trajo. Se estaba frotando el pelo húmedo con una toalla cuando Dane decidió que ya había disfrutado de bastante tiempo, y volvió a abrir la puerta.

-Dame, lo haré yo -le dijo, quitándole la toalla y bajando la tapa del inodoro para que se sentase. Ella se sentó, y Dane le fue secando cuidadosamente el exceso de humedad del

cabello, luego cogió el peine y empezó a deshacer los enredos. Marlie permaneció allí sentada igual que una niña, dejando que él la atendiese, y aquellas pequeñas atenciones le proporcionaron un placer que jamás había conocido. Entumecida, se dio cuenta de que lo que él había dicho era cierto: esta vez no estaba sola. Dane estaba con ella. Había estado allí esa noche y todavía seguía allí, cuidando de ella, prestándole su fuerza cuando ella no tenía ninguna.

-¿Qué hora es? -preguntó Marlie por fin. Algo trivial, pero las cosas pequeñas y sin importancia eran las anclas de la vida, las constantes que procuraban estabilidad.

-Casi la una. Tienes que comer; vamos a la cocina, y haré café y después te prepararé el desayuno.

Marlie recordó el café que Dane le había dado a beber, y le dirigió una mirada horrorizada.

-El café puedo hacerlo yo.

Dane aceptó de buen grado el rechazo de su café, pues ya estaba acostumbrado. Marlie estaba saliendo de aquello, ya podía decir lo que quería sobre su café. Estaba más despejada, aunque su rostro seguía sumamente pálido salvo por las ojeras, y tirante por la nerviosa. Le rodeó la cintura con un brazo para sostenerla los dos se encaminaron lentamente hacia la cocina.

Marlie se apoyó contra el armario mientras hacía el café, luego sentó y observó cómo Dane preparaba con cierta competencia un desayuno a base de tostadas, tocino y un huevo revuelto. Comió un par de bocados del huevo y del tocino, y una tostada. Dane se comió resto.

Cuando se derrumbó, Dane, sin decir palabra, la atrajo hacia la abrazó mientras ella lloraba.

CAPÍTULO 11

Esa tarde, Trammell llegó alrededor de las cuatro, al volante de una camioneta que había tomado prestada, con la puerta de repuesto cargada en la parte trasera. Dane se detuvo un instante a saborear la incongruencia que suponía ver a Trammell conduciendo una camioneta, y después salió a ayudarlo a descargar la puerta.

-¿De quién es esta camioneta? -le preguntó.

-Del marido de Freddie.

Cada uno agarró un lado de la puerta y la sacaron de la furgoneta. No tuvieron que preguntar si se había recibido algún parte; si fuera así, los dos estarían enterados. En la casa de al lado, Lou salió al porche a observarles con franco y suspicaz interés. Dane se tomó la molestia de saludarla con la mano. Ella le devolvió el saludo, pero frunciendo el ceño en gesto reprobatorio. No había duda de que lo primero que había hecho esa mañana había sido asomarse por la ventana y ver el coche de Marlie frente a la casa; indiscutiblemente, Dane había ensuciado la inmaculada reputación de Marlie.

-¿Una nueva amiga? -inquirió con delicadeza mientras trasladaban la puerta hasta el porche.

-Hum, no. -Trammell se mostraba insólitamente reticente, y Dane sospechó al momento. No era que Trammell fuera de esa clase de tipos que regalaban a sus compañeros de comisaría con un relato pormenorizado de una noche «caliente», pero por lo general era lo bastante comunicativo para por lo menos dar el nombre de la chica.

-Creí que la cita se había anulado.

Trammell se aclaró la garganta.

-Vino de todos modos.

-¿Hay algo que yo deba saber?

-No. Puede. Pero todavía no.

Dane no había llegado a ser tan buen detective siendo idiota. Se preguntó por qué razón Trammell creía necesario proteger la identidad de una mujer, y sólo se le ocurrieron dos posibilidades. Una: la joven estaba casada. Pero Trammell no era un cazador furtivo; para él, las mujeres casadas quedaban fuera de límites. Dos: la joven era policía. Eso tenía lógica; encajaba. Inmediatamente empezó a repasar nombres y caras, en un intento de hacerlas coincidir con la voz que había oído la noche anterior. Entonces todo encajó en su sitio, igual que tres cerezas en una máquina tragaperras. Cabello rubio ceniza sobriamente reprimido para embutirlo en una gorra de patrullero, rostro más bien austero, ojos serenos y de color castaño. No hermosa pero sí profunda. No le gustaría ser el blanco de los estridentes cotilleos en los que se especializaban las salas de las comisarías, y no era una mujer con la que se pudiera jugar.

-Grace Roeg -dijo

-¡Maldita sea! -Trammell dejó caer su lado de la puerta con un golpe y miró furioso a Dane.

Dane depositó el suyo más suavemente.

-Soy muy bueno -dijo, encogiéndose de hombros- ¿Qué puedo decir?

-Nada. Haz el favor de no decir absolutamente nada.

-No hay problema, pero te estás metiendo en profundidades conmigo. Ya son dos los secretos que tengo que guardar.

-Dios. Está bien, si sientes la necesidad de contar algo y no puedes aguantar la presión, diles lo de la cerveza. Eso podré soportarlo. Pero deja a Grace al margen.

-Como he dicho, no hay problema. Me gusta esa mujer, es una buena policía. Yo tiraré de la manta en lo que se refiere a ti, pero a ella no la molestaré para nada. De todos modos, ojo con lo que haces, amigo. Puede que te veas metido en problemas serios. Tú eres de categoría superior a la de ella.

-No existe ningún problema de acoso sexual.

-Tal vez no a ti, o a ella, pero puede que las malas lenguas no lo vean así. -Aunque su preocupación era sincera, Dane disfrutaba inmensamente. Trammell estaba mirando furioso. Resultaba agradable vengarse de él, después del modo en que se había reído en silencio del encaprichamiento suyo con Marlie-. ¿Cuánto tiempo dura esto? -Apostaría a que no mucho; lo habría notado antes.

-Un par de días -respondió Trammell de mal humor.

-Vas un poco deprisa, socio.

Trammell hizo ademán de ir a decir algo, pero cerró la boca y después musitó:

-Yo no lo creo.

Dane se echó a reír al oír el tono desvalido de Trammell. Sabía exactamente cómo se sentía.

-Otro buen hombre que muerde el polvo.

-¡No! No va tan en serio.

-Sigue diciéndote eso a ti mismo, colega; Puede que eso evite que te entre el pánico cuando vayas de camino a la iglesia.

-Maldita sea, no es eso. Es...

-¿Sólo una aventura? -inquirió Dane con las cejas arqueadas-. ¿Un buen rato en la cama? ¿No significa nada?

Trammell parecía acosado.

-No, es... Oh, mierda. Pero nada de campanas de boda. No quiero casarme. No tengo la menor intención de casarme.

-De acuerdo, te creo. Pero herirás mis sentimientos si no soy yo el padrino.

Sonriendo al oír el juramento de frustración de Trammell, Dane fue al interior de la casa a buscar un destornillador, y Trammell le siguió. Marlie estaba acurrucada en el sofá, dormida. Dane se detuvo un instante para mirarla y remitió el ligero cobertor alrededor de los pies. Parecía pequeña y pálida, totalmente indefensa, mientras su mente se recobraba de aquel devastador agotamiento.

Trammell observaba el rostro de Dane, en lugar del de Marlie.

-Tú sí que estás colado, amigo -le dijo con suavidad.

-Sí -murmuró Dane-, así es. -Tan colado que jamás iba a recuperarse.

-Creía que sólo era un caso de atracción sexual, pero es más que eso.

1~!) .J . .J

-Eso me temo !Ir

-¿No hay campanas de boda para ti?

-Puede. -Dane sonrió a medias -Ella sigue sin apreciarme demasiado, de modo que tendré que trabajar el asunto. Y además tenemos un asesino que atrapar.

Continuó hasta la cocina, donde se puso a abrir todos los cajones en busca de un destornillador. Según su experiencia, en todas las cocinas había un cajón de utensilios varios, y aquel era el lugar más probable donde encontrar un destornillador ya que no se imaginaba a Marlie teniendo una verdadera caja de herramientas. Su cajón de utensilios varios, bendita fuera, estaba más ordenado que la cubertería de él, y allí estaba un juego de destornilladores, metido en su limpio estuche de plástico. Se imaginó a Marlie seleccionando detenidamente el más apropiado, usándolo, y luego volviendo a colocarlo en su sitio en el estuche con los demás, sin permitir que se salieran nunca del orden en que venían cuando los compró. Dane sacó el estuche entero, y también el pequeño martillo que había en el cajón.

Marlie se despertó cuando él utilizó el martillo para extraer la clavija de la segunda bisagra, se sentó en el sofá y se retiró la gruesa mata de pelo de la cara. Tenía los ojos hinchados, y su expresión recordaba todavía ese aire ausente que era una mezcla de fatiga y shock. Dane le dirigió una mirada valorativa y decidió dejarle un momento para sí misma. Ella permaneció sentada en silencio, observando sólo con mediano interés cómo ellos retiraban la puerta destrozada y la sustituían por la nueva.

No fue hasta que terminaron cuando dijo en tono divertido,

-¿Por qué me habéis cambiado la puerta?

-La otra estaba rota --explicó Dane brevemente mientras recogía las herramientas.

-¿Rota? -Marlie frunció el entrecejo-- . ¿Cómo se ha roto?

-Yo le di una patada anoche

Marlie se quedó muy quieta, reconstruyendo lentamente sus recuerdos, encajando los detalles.

-¿Después de que yo te llamara?

-Sí.

Hubo otra pausa.

-Lo siento --dijo Marlie por fin- No fue mi intención preocuparte

«Preocupación» no era exactamente la palabra que Dane hubiera utilizado para describirlo. Había experimentado un pánico que le retorció las entrañas.

-¿Te acuerdas de mi compañero, Alex Trammell?

-Sí. Hola, detective. Gracias por ayudar a cambiarme la puerta.

-Ha sido un placer. -La voz de Trammell era más gentil de lo normal. Era obvio que Marlie aún luchaba por ordenar sus ideas.

-¿Habéis tenido ya alguna noticia? -les preguntó.

Trammell y él intercambiaron una mirada rápida.

-No -dijo Dane por fin.

Los ojos de Marlie adquirieron una expresión lejana.

-Está tendida en el suelo. Su familia no lo sabe, ni tampoco sus amigos. Siguen su vida normal, felizmente y sin saber nada, y ella está allí en el suelo, esperando a que la encuentren. ¿Por qué no va o llama alguien, sólo para confirmarlo?

Dane se sintió incómodo, igual que Trammell, que cambió de postura, nervioso. Ellos eran más objetivos en cuanto a los cadáveres, sobre todo cadáveres que ni siquiera existían. Habían visto tantos que ya se habían endurecido, y por lo general pensaban en los cadáveres como víctimas, no como personas. La posibilidad de que existiera otra víctima de asesinato les tenía preocupados a ambos, pues implicaba que había un asesino en serie que andaba suelto por Orlando. Sin embargo, para Marlie era algo personal; ella no tenía aquel muro interior para protegerla.

-No hay nada que nosotros podamos hacer -dijo-. A menos que nos proporcionen un nombre o un lugar, no tenemos nada con que seguir, ningún sitio donde mirar. Si ha ocurrido, alguien terminará encontrándola. Lo único que podemos hacer es esperar.

La sonrisa de Marlie era amarga, no era verdaderamente una sonrisa.

-Ha ocurrido. No hay ninguna otra posibilidad.

Dane se sentó a su lado. Trammell acercó una silla

-¿Recuerdas algún detalle, algo que no me hayas contado anoche? No sobre el asesinato en sí, sino sobre el lugar. ¿Ves algo que pudiera darnos una pista? ¿Es una casa o un apartamento?

-Una casa -respondió Marlie instantáneamente.

-¿Una casa de aspecto agradable, o una chabola?

-Muy arreglada, buenos muebles. Con una de esas televisiones grandes sobre un pedestal. - Marlie frunció el ceño y se frotó la frente como si le doliera la cabeza. Dane aguardó-. Ciprés.

-¿Ciprés ? ¿ Hay un ciprés enfrente, un parque con cipreses, qué?

-No lo sé. En realidad yo no lo vi. Simplemente el pensé.

-Eso ayuda mucho -musitó Dane.

-¿Y qué esperabas ? -soltó Marlie-. ¿Que él pensase: «Voy a entrar en esta casa de tal número de tal calle donde voy a violar y matar a Fulanita de Tal»? Nadie piensa de esa manera, todo es más automático y subconsciente. Y no yo soy en absoluto telepática.

-¿Entonces como captaste lo del ciprés?

-No lo sé. Ha sido sólo una impresión. Ese tipo es un emisor increíblemente intenso -dijo Marlie, en un intento de explicarse-. Es como una emisora de radio superpotente que anula todas las demás señales.

-¿Puedes captarle ahora? -intervino Trammell con los ojos brillantes de interés.

-Ahora no puedo captar nada, estoy ,demasiado cansada. Y probablemente él no esté emitiendo.

-Explícate -dijo Dane brevemente.

Marlie le miró y a continuación desvió el rostro. Dane tenía la atención tan concentrada en ella que casi no podía soportarlo, porque su atracción era muy fuerte y tenía miedo de ceder.

-Su intensidad mental aumenta a medida que se va acercando al crimen. Probablemente no puede mantener ese nivel de rabia durante mucho tiempo; de ser así) no podría hacer nada que se pareciese a la normalidad. De modo que el único momento en que su energía mental es lo bastante fuerte para que yo la perciba es justo antes y durante el acto del crimen, cuando está en su punto más alto. Poco después de eso, le pierdo; ni siquiera sé cómo abandona la escena del crimen.

-Eso explica lo de los dedos -dijo Dane a Trammell, el cual asintió a su vez.

-¿Los dedos?

-¿Le arañó la señora Vinick en algún momento? -preguntó Dane, haciendo caso omiso de la pregunta.

Marlie puso los ojos en blanco al tiempo que se volcaba hacia dentro de sí.

-No estoy segura. Intentó luchar y le dio manotazos. Es posible, pero no creo que él notase si lo hizo.

Hasta después, pensó Dane. Aquélla era la razón por la que Marlie no sabía nada de los dedos de la señora Vinick. El asesino se lo había tomado todo con mucha calma porque no se dio cuenta de los arañazos hasta que se le enfrió el ansia de matar. El hecho de que los dedos de la víctima hubieran sido cortados era uno de los detalles que no habían salido en la prensa, y él no tenía la intención de decírselo a Marlie. Ya había soportado bastante, ya tenía suficientes detalles macabros como para dar pie a cientos de pesadillas; él no iba a añadir leña al fuego.

-Has dicho que captaste una impresión de él la otra noche.

-No fue una imagen clara; en realidad no fue una imagen. Fue tan sólo una sensación de maldad, de amenaza. Probablemente el asesino estaba acechando a su víctima -dijo Marlie con voz cada vez más débil, conforme se iba dando cuenta de que aquello era exactamente lo que había hecho el asesino. Había controlado la rabia, pero el odio y el desprecio habían logrado filtrarse al exterior, y ella los había percibido.

Empezaba a sentirse de nuevo muy cansada, y los párpados se le cerraban. Deseaba acurrucarse y dormir, que Dane la dejase en paz; quería perderse en el refugio de sus brazos; quería todo y nada, y estaba demasiado cansada para decidirse.

Pero en ese momento sintió sobre sí las manos de Dane, fuertes y seguras, dándole la vuelta para recostarla, y notó cómo le colocaba encima otra vez la ligera manta.

-Duerme -le dijo con una voz grave e inmensamente tranquilizadora-. No voy a marcharme.

Marlie aspiró hondo una sola vez y cayó en un profundo sueño. Trammell la observó con una expresión grave en su rostro moreno y delgado.

-Está desvalida -dijo-. ¿Es así todas las veces? -Sí. Ahora ya se ha recuperado un poco. Fue mucho peor anoche, y esta mañana temprano.

-En ese caso, espero que el asesino no se entere nunca de que existe; es completamente vulnerable a él. Si su energía mental es tan fuerte que puede bloquear la de ella incluso de lejos, imagínate lo que podría hacerle si ella fuera su pretendida víctima. Le caería encima y ella no podría defenderse de ninguna forma.

-No tendrá oportunidad de llegar a ella -dijo Dane, y en el tono severo de su voz había una promesa. Fuera como fuera, él mantendría a Marlie a salvo-.

¿Has hablado con Bonness?

-No le ha hecho mucha gracia la posibilidad de que se trate de un asesino en serie, así que ha dicho que seamos discretos y no se lo mencionemos a nadie más hasta que, si es el caso, descubramos que realmente ha tenido lugar otro asesinato. Pero también se ha mostrado encantado como un chiquillo con la idea de trabajar con Marlie, porque después de todo la idea fue suya. Te lo juro, hay veces que me pregunto si no habrá algo extraño en el agua de California.

-No te rías -aconsejó Dane-. En este momento nosotros mismos estamos metidos en esto hasta el cuello.

-Ya, pero no damos saltos de alegría.

-Bonness es un buen tipo; un poco raro, pero legal. Los he visto peores.

-Y que lo digas.

Dane paseó la mirada por el rostro dormido de Marlie, y sus cejas se juntaron en un frunce.

-Ciprés -dijo.

Trammell supo enseguida lo que estaba pensando.

-Se te ha ocurrido algo.

-Tal vez. Eso es lo único que ha dicho. Ciprés. No ha dicho que se trate de un ciprés concreto; eso es sólo la asociación que he hecho yo.

-Ciprés ciprés - murmuró Trammell. Se miraron el uno al otro, dos mentes trabajando a toda velocidad por el mismo camino--.. Puede que sea la..

-La dirección -terminó Dane, que ya se había puesto en pie Voy por el mapa. -Al igual que todos los policías, llevaba un mapa en el coche.

Un minuto después ambos estaban inclinados sobre el mapa abierto encima de la mesa de la cocina. Dane recorrió con el dedo la lista alfabética de calles.

-¡Mierda! ¿Es que a los urbanistas no se les ocurre otra palabra que usar? Avenida del Ciprés, calle del Ciprés, travesía del Ciprés...

-Es peor aún --dijo Trammell mientras examinaba las otras listas-. Fíjate en esto Bulevar del Viejo Ciprés, Avenida del Ciprés Retorcido. ¿Y no te aparece ahí un edificio de pisos denominado Colina del Ciprés?

-Dane plegó el mapa con disgusto--.. No hay forma de saber cuántas calles llevan ese nombre. Esto es un callejón sin salida. No podemos ir llamando a todas las puertas de cada calle, buscando cadáveres. ¿Qué haríamos si ninguna respondiera al timbre? ¿Entrar por la fuerza?

Trammell se encogió de hombros.

-Tú lo has hecho dos veces en menos de veinticuatro horas.

-Sí, bueno, había circunstancias atenuantes.

-Pero tienes razón. Estamos atascados. Puede que estemos bastante seguros de que Marlie no miente, pero Bonness no autorizaría una búsqueda así. La gente se pondría a llamar a casa del alcalde, gritando que Orlando no es un estado policial y que no tenemos derecho a entrar de esa forma en sus hogares. y tendrían razón. No podemos hacer tal cosa.

-Así que otra vez a esperar.

-Eso parece.

No merecía la pena preocuparse de algo que ellos no podían cambiar. Dane se permitió

tener un momento de frustración y acto seguido cambió de tema.

-¿Te importaría ir a mi casa y traerme algo de ropa? y también las cosas de afeitarme. Esta mañana tuve que utilizar la cuchilla de Marlie.

-Ya me he dado cuenta -dijo Trammell, observando el corte que lucía Dane en la mejilla-. Claro, no hay problema. -Consultó su reloj-. Tengo tiempo. Esta noche tengo una cita, pero estaré cerca de un teléfono.

-¿Es Grace? -preguntó Dane, socarrón.

Trammell frunció el ceño.

-Sí, voy a ver a Grace. ¿Qué pasa?

-Nada, sólo preguntaba.

-Entonces deja de sonreír igual que un idiota.

Se marchó, y en menos de una hora regresó con la ropa y los utensilios de afeitarse de Dane.

-Tu ropero es muy limitado -se quejó, al tiempo que dejaba la ropa sobre una silla. Echó una mirada a Marlie, que seguía durmiendo--. A lo mejor ella puede hacer algo al respecto.

-A lo mejor -repuso Dane-. ¿Qué tiene de malo mi ropa? -preguntó inocentemente. Si había algo que con toda seguridad podía hacer que Trammell le echara una bronca, era aquella pregunta.

-Querrás decir qué tiene de bueno -resopló Trammell-. Tienes básicamente vaqueros, y muy viejos. Tienes un solo traje, y parece que lo hubieras comprado en la tienda de las monjitas de la caridad. Un surtido de pantalones y prendas de sport, que no hacen juego en ningún caso, y la colección de corbatas más horrible que he visto en mi vida. ¿De verdad te has comprado todo eso? ¿Pagaste dinero por ello?

-Pues sí. Nadie regala ropa, sabes.

-¡Deberían haberte pagado para que los libraras de ella! Dane ocultó su sonrisa mientras recogía la ropa y la llevaba al dormitorio de Marlie, donde la colgó en el armario, el pulcro y ordenado armario. Su ropa colgada de cualquier modo parecía estar fuera de lugar allí, pero dio un paso atrás y admiró su obra por espacio de unos segundos. Le gustó la idea de ver su ropa en el armario de Marlie, o la ropa de ella en el suyo. Meditó sobre esa posibilidad durante unos instantes. Tendría que despejar su armario para que Marlie pudiera o quisiera meter algo suyo en él.

Trammell se fue, y Dane estuvo un rato viendo la televisión. No consiguió encontrar un partido de béisbol, así que se conformó con unas finales de baloncesto. Mantuvo el volumen bajo, y Marlie durmió sin perturbaciones.

Había hecho montones de vigilancias, había pasado mucho tiempo esperando. Durante las vigilancias, el aburrimiento y la necesidad de orinar eran los dos problemas más importantes. Esto le recordaba una vigilancia, porque la espera parecía interminable, pero era algo diferente. No estaban aguardando para cazar a un delincuente ni para impedir un crimen; el crimen ya había sido cometido, sólo que no sabían dónde ni contra quién. Estaban esperando que apareciera una víctima, esperando que la sospecha y la preocupación hicieran que alguien acudiera a una tranquila casa situada en alguna parte de la ciudad a ver qué le pasaba a su amiga, vecina o pariente. Entonces terminaría la espera.

-Estás pensando en ello, ¿verdad?

La voz de Marlie le sobresaltó. Dane giró rápidamente la cabeza para mirarla, y vio que había vuelto a sentarse y le miraba con ojos sombríos. Se dio cuenta de que llevaba un rato viendo la televisión con mirada vacía, porque eran casi las ocho.

-No es algo que uno pueda quitarse de la cabeza -dijo.

-En efecto, no lo es. -Para ella menos que para nadie.

Dane se levantó y apagó la televisión.

-¿Qué tal si pedimos una pizza? ¿Tienes hambre?

Marlie reflexionó un momento.

-Un poco.

-Bien, porque yo estoy que me muero. ¿Cómo te gusta? ¿Con todo?

-Sí. -Marlie bostezó-. Llama, yo voy a darme una ducha mientras esperamos. A lo mejor eso me despeja.

-Esta vez desnúdate antes -aconsejó Dane, y ella sonrió a medias.

-Lo haré.

El agua le sentó bien, se llevó todas las telarañas mentales y la sensación de haber estado sucia, manchada de algún modo por la maldad que había presenciado. Se sintió tentada de quedarse un rato bajo el chorro de agua fresca, pero pensó en la pizza y se obligó a sí misma a enjabonarse de prisa el cuerpo y la cabeza. Después de secarse el pelo con el secador para que tuviera un mínimo orden, pensó en qué ponerse, pero se conformó con la ligera bata que le había escogido Dane.

Salió del cuarto de baño y se detuvo de pronto contemplando fijamente la cama deshecha. Si hubiera estado más despierta, lo habría notado antes. El hecho de que su cama estuviera deshecha era bastante insólito, pero lo que la dejó paralizada fue el ver los dos huecos gemelos en las almohadas, que indicaban que allí habían dormido dos personas. Entonces comprendió de pronto, como en una llamarada. Dane había dormido con ella, en su cama.

Había aceptado dócilmente su presencia durante todo el día, sabiendo que había hablado con él la noche anterior, pero no se había preguntado por su paradero durante las horas que había estado en blanco. Ahora lo supo; Dane había estado allí, en la cama con ella.

La invadió una oleada de calor sensual y cerró los ojos, estremecida por la deliciosa sensación. El corazón le latió con fuerza, los pechos se le pusieron tensos, y experimentó una sensación de flojera en las ingles que hizo que se le doblaran las rodillas. Deseo. Quedó atónita al sentir su presencia, su fuerza. En vez de escandalizarse por el hecho de que Dane se hubiera aprovechado de la situación, se sentía excitada ante la idea de que él hubiera dormido a su lado.

Había sido tan delicado al cuidarla, aquella fuerza de hierro y aquella fiereza habían estado tan controladas que Marlie sólo sintió la protección que él le ofrecía. Le peinó el pelo, le dio de comer la abrazó mientras lloraba, y sobre todo, le había dado el consuelo de su presencia. Esta vez no había estado sola, aunque de un modo u otro siempre lo había estado antes, incluso cuando estaba en el instituto con el doctor Ewell. El médico y los demás siempre le habían mantenido a distancia; la intimidad mental le resultaba tan difícil de tener que ellos se habían salido de su norma habitual para dejar que se recuperase a su modo, a su propio ritmo. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo sola y atemorizada que había estado.

Dane llamó suavemente a la puerta y la abrió sin esperar respuesta.

-Ya ha llegado la pizza.

Como siempre, el impacto de su presencia fue como un puñetazo. Era tan grande y tosco, exudaba una vitalidad tan masculina que la hacía temblar. Por primera vez empezó a pensar que tal vez fuera posible que el legado de terror de Amo Glenn podía estar perdiendo su poder sobre ella, Glenn era un hijo de puta enfermo y sádico; Dan, era un puro macho, nítido, demasiado intenso y serio para la vida que le rodeaba como para poder resultar cómodo del todo, pero una mujer siempre se sentiría segura con él, dentro y fuera de la cama.

Dane entrecerró los ojos

-¿Te encuentras bien? -Llegó hasta ella en dos largas zancadas le deslizó un brazo alrededor de la cintura y la atrajo hacia sí para que se apoyara.

-Sí -contestó Marlie, sin pensar en ello, y alzó una mano hasta la nuca de él.

Dane, no dudó, no le dio tiempo de pensar. Marlie no estaba segura de que le estuviese invitando, pero él aceptó antes de que ella pudiera decidirlo. Esa vez no hubo nada de cuidadosa contención; Dane puso su boca sobre la de ella con hambre, una hambre tan intensa y voraz que la dejó estupefacta. Le tomó la barbilla con la mano libre y la sujetó, y después introdujo la lengua mas profundamente en su boca, hasta tocar la lengua de ella con descarada exigencia. Marlie se dejó caer hacia él, asustada y tentada a la vez, y Dane la estrechó contra su duro cuerpo. Su erección le presionó ligeramente el vientre. Nunca había sido deseada de aquella forma, tan rápidamente, con tanta violencia. No tenía experiencia en hombres como Dane Hollister ni en las sensaciones que éste podía provocarle. Pero, de pronto, el contacto con aquel potente cuerpo era lo único que deseaba. Le rodeó el cuello con ambos brazos y se movió contra él, en un intento de acercarse más. Dane la abrasaba con la fuerza de sus besos, y deseó más. Sentía una dolorosa tensión en la parte baja del cuerpo, cada vez más húmeda y anhelante.

Dane le apoyó una mano en el pecho, ya Marlie se le bloqueó la respiración en la garganta. El dedo pulgar de Dane empezó a girar en torno a su pezón; al principio fue una sensación curiosa, como un leve hormigueo provocado por un sinfín de agujas, pero de repente se intensificó y se convirtió en algo muy intenso que saltó del pezón a la ingle. Gimió en voz alta, asustada por el modo en que su cuerpo había perdido tan fácilmente el control.

Dane alzó la cabeza. Su rostro mostraba una expresión dura, depredadora, la leve crueldad de la excitación, y sus labios estaban húmedos debido a los besos. No apartó la mano del pecho de Marlie, sólo separada por la ligerísima tela de algodón. Tenía la respiración agitada, y Marlie notó el fuerte latido de su corazón contra sí.

-¿Pizza o cama? -preguntó Dane. Su tono fue tan gutural que Marlie apenas pudo oírlo-. Si prefieres pizza, más vale que lo digas en este preciso momento.

Marlie quería decir «cama», lo deseaba mucho. Nunca había sentido el deseo, y la atracción que le provocaba era casi irresistible. Quería olvidar la razón por la que Dane estaba allí, los asesinatos que había visto, y simplemente entregarse a lo físico. Nunca había podido hacerlo, y quizá no pudiera ahora, pero por primera vez parecía posible.

-P-pizza -articuló, y cerró los ojos mientras luchaba por recobrar el control. Luego sintió que la invadía la consternación por su propia cobardía.

Notó que él se contenía y que aspiraba profundamente.

-Pizza, entonces.

La soltó lentamente y dio un paso atrás. Una enorme protuberancia en sus pantalones indicaba cuán difícil le había resultado parar. La mayoría de los hombres ni siquiera le habrían dado a escoger.

Esbozó una sonrisa irónica y torcida que iluminó sus toscas facciones.

-Supongo que estaba yendo demasiado rápido para ti. Lo siento. Es que tengo un disparador muy sensible en lo que a ti concierne, y no me estoy refiriendo a armas de fuego.

Marlie le miró fijamente, con un nudo en la garganta y otro enorme en el pecho. Se sentía mareada por la impresión. Oh, Dios. Se había sentido atraída hacia él desde el principio, había reconocido ese hecho y había luchado contra él, pero con aquella sonrisa se precipitó impotente por el precipicio. Había amado, pero nunca se había enamorado, y la fuerza de

aquel sentimiento estuvo a punto de hacer verdaderamente que se desmayara. Insegura, extendió una mano en busca de apoyo, y allí estaba él, sólido y vital, y tan caliente que casi se derritió. La rodeaba con su brazo, y ella apoyó la cabeza en su pecho.

-Shhh, tranquila -la arrulló él-. No era mi intención asustarte. Lo siento.

-No -consiguió articular Marlie, alarmada por el hecho de que él pensara que le había recordado a Gleen. No había sido así; lo esperaba, pero simplemente no sucedió. Siempre había supuesto que el miedo al sexo sería una constante en su vida, y ahora que no se había materializado, se sentía extrañamente a la deriva y falta de equilibrio-. No eres tú, por un instante me he sentido mareada. -De algún modo consiguió esbozar una sonrisa, y fue una de verdad a pesar de resultar temblorosa-. A lo mejor es que tus besos son más potentes de lo que pensabas.

-¿Tú crees? -Su voz le tronó en el oído-. Tendremos que experimentar, ¿no? Después de la pizza.

La acompañó hasta la sala de estar y la guió hacia el sofá.

-Tú siéntate, yo me encargo de las bebidas. ¿Quieres un plato?

-Bueno... sí. Claro.

Dane rió.

-Debe de ser típico de mujeres.

-Y además una servilleta -dijo Marlie, educada-. Para no tener que chuparme los dedos.

Él le hizo un guiño.

-Estaré encantado de chuparte los dedos.

Marlie respondió con un escalofrío y se sentó, aturdida y obediente, mientras él trasteaba en la cocina. Parecía manejarse muy bien por la casa. ¿Cómo había ocurrido aquello? Estaba maravillada por la velocidad y el ímpetu con que había sucedido todo. En menos de veinticuatro horas él se había adueñado de la situación; había pasado la noche con ella, al parecer se había mudado a vivir allí, y con una sonrisa la había hecho enamorarse de él. Aquello era un equipo de operaciones especiales de un solo hombre, que lograba vencer las defensas de ella sin ningún esfuerzo.

Dane regresó en pocos minutos con los refrescos fríos, un plato y un tenedor para ella y un par de servilletas. Tomó asiento a su lado en el sofá, encendió la televisión, buscó un canal de deportes y emitió un gruñido de satisfacción cuando la pantalla se llenó con un partido de béisbol. Le sirvió a Marlie un trozo de pizza, se puso uno para él y se recostó con obvio deleite. Marlie le miró asombrada. ¿Aquello era en lo que se había metido? No sabía si reír o llorar. Por fin se limitó a concentrarse en la pizza, sentada encogida junto a Dane en el sofá, divirtiéndose por el hecho de verse tan contenta sólo con estar cerca de él y observar su cara mientras veía el partido.

A veces su tamaño la abrumaba y otras veces se sentía reconfortada por él, pero aquella era la primera vez que había tenido la oportunidad de simplemente sentarse a estudiarle. Decididamente, era un hombre grande, incluso más grande de lo que ella había creído, por lo menos mediría uno ochenta y cinco y pesaría más de noventa kilos. Los pies que estaban instalados en su mesa de centro tenían que ser de la talla cuarenta y tres o más. Tenía unos hombros tan anchos que ocupaba casi la mitad del sofá; los brazos eran gruesos y duros, modelados por varias capas de pétreos músculos. Su pecho, lo sabía, era duro como una roca, igual que su abdomen. Sus largas piernas, estiradas frente a sí, parecían troncos de árbol.

Su cabello era más oscuro que el de ella, casi negro. Se fijó en la aleta de la nariz y en el

brutal perfilado de los pómulos, y se preguntó si tendría algún indio americano en su ascendencia familiar. Tenía una barba cerrada; evidentemente, se había afeitado esa mañana, pues mostraba un corte que parecía reciente, pero ya se le notaba de nuevo el pelo incipiente que le oscurecía la mandíbula.

Dane se inclinó hacia delante para coger otro trozo de pizza, y Marlie concentró la mirada en sus manos. Como todo lo demás en él, eran muy grandes, fácilmente el doble de grandes que las suyas. Pero no eran dos jamones; aunque poderosas, eran esbeltas y bien formadas, con uñas cortas y limpias. Se sentía a salvo con aquellas manos sobre ella; no a salvo de él, sino de todo lo demás. No quería estar a salvo de él. Había perdido el corazón unos quince minutos antes, y todavía no se había recuperado de la impresión.

Era un policía, un hombre que se ganaba la vida con la violencia. No cometía él esa violencia, por regla general, pero tenía que limpiar después de haberse cometido, estaba constantemente rodeado por ella. Junto a la mano derecha llevaba una gran pistola automática. En algún momento a lo largo del día se había dado cuenta de la existencia del arma, y ahora comprendió que Dane nunca la tenía muy lejos de su costado. Sobre el respaldo del sofá descansaba una sobaquera, al lado de Dane.

En el dorso de la mano derecha vio una cicatriz. Alcanzó a vislumbrarla cuando él se inclinó para coger una tercera porción de pizza, y se quedó petrificada al comprender.

-Esa cicatriz que tienes en la mano -le dijo-. ¿Cómo te le has hecho? Parece una herida de cuchillo.

Dane dio vuelta a la mano para mirársela, luego se encogió de hombros y volvió a fijar la atención en el televisor.

-Y lo es. Un encuentro cercano en una situación difícil, cuando todavía trabajaba patrullando.

-Tiene mal aspecto.

-No fue nada divertido, pero tampoco resultó grave. Fue un corte superficial, no alcanzó ningún tendón. Unos cuantos puntos y la mano me quedó como nueva.

-Gleen me hirió a mí -dijo Marlie. No supo por qué lo dijo; no tenía intención de hacerlo.

Dane volvió la cabeza de pronto, toda afabilidad esfumada como si nunca hubiera existido, y con una expresión en sus ojos avellana que daba miedo

-¿Qué? -preguntó con suavidad, al tiempo que dejaba la pizza. Accionó el control remoto y la pantalla de la televisión quedó vacía-. El profesor no me dijo nada de eso.

Marlie dejó el plato a un lado y se acercó más las rodillas al pecho. -No fueron cortes graves, sólo ligeros rasguños. Estaba jugando conmigo, intentando que me derrumbara a causa del dolor y del miedo. Y lo consiguió; era lo que necesitaba. No intentaba matarme, por lo menos no en aquel momento. Quería mantenerme viva para poder jugar conmigo. Por supuesto, me habría matado más tarde si no hubiera llegado el sheriff.

-Déjame verlo.

Aquellas palabras sonaron como un suave gruñido, Dane ya estaba extendiendo las manos hacia ella, obligándola a salir de su postura encogida, abriendo la bata. Marlie luchó un instante por conservar el control de la bata, pero él ya la había abierto y estaba mirando su cuerpo, desnudo excepto por unas minúsculas braguitas.

Las cicatrices de seis años, no la desfiguraban. Probablemente, si se les daba tiempo, acabarían por desaparecer definitivamente. Marlie nunca se había preocupado de ellas porque eran muy poco importantes en comparación con todo lo demás y de cualquier modo nunca había sido vanidosa. Eran simplemente unas rayas finas de color claro, en número de cinco,

una en la curva interior del pecho derecho y el resto en el abdomen Habrían sido más, pero Gleen había perdido rápidamente el control al ver que aquella táctica no funcionaba, y degeneró en la fuerza bruta de sus puños para provocar la reacción que buscaba.

Marlie se estremeció y un intenso rubor tiñó sus mejillas mientras Dane la examinaba lentamente. Se daba perfecta cuenta de su desnudez, de un modo que no había experimentado nunca. Dane tenía la boca cerrada en una expresión grave mientras recorría la cicatriz de su pecho con la punta del dedo, en un contacto ligero como un suspiro. El pezón se le puso tenso, aunque él ni siquiera lo había tocado. Oyó su propia respiración áspera a medida que Dane iba tocando cada una de las cicatrices. Él también temblaba, y de pronto Marlie se dio cuenta de que era de pura rabia, rabia contra un hombre que para siempre estaría ya fuera de su alcance.

Le puso una mano sobre la cabeza y le pasó los dedos por el pelo, cálido y tupido.

-No tienen importancia -dijo, olvidando su vergüenza- De todo lo que hizo Gleen, estos pequeños cortes no fueron nada.

-No son los cortes -La voz de Dane estaba enronquecida por la rabia Atrajo a Marlie a sus brazos y le acunó la cabeza contra el hombro- Es el hecho de saber lo que tuviste que pasar, lo aterrorizada que estabas. No sabías que él no iba a matarte,

-No, esperaba morir. En cierto modo, eso habría sido más fácil.

CAPÍTULO 12

De algún modo estaba sobre su regazo, con la bata todavía abierta y la mano de Dane dentro, pero en vez de sentirse amenazada, Marlie se sentía profundamente segura, rodeada por el calor y la fuerza de él como si de una ciudadela se tratara. Era una sensación deliciosa, una que jamás había podido disfrutar. Quería hundirse en él, gozar de aquella libertad nueva, porque era eso, un paisaje enteramente nuevo que se abría ante ella. Pero Dane quería información, con todo detalle, y el detective Hollister era muy bueno en salirse con la suya. Podía haber resistido la intimidación, pero no aquel silencio de espera que mantenía, un silencio en el que ella percibía tensión. Aquella tensión no se aliviaría hasta que Dane lo supiera todo, de manera que se lo contó, hasta el último detalle de horror, incluido el sentimiento de culpa que había guardado dentro de sí a lo largo de los años.

Tenía la cabeza apoyada en su hombro y el rostro vuelto hacia la musciosa pared de su pecho. Por alguna razón era más fácil así, como si ella no pudiera ver ni ser vista.

- Me dejó sin conocimiento - comenzó - Cuando volví en mí estaba desnuda, tendida de espaldas en el suelo, con las manos atadas a una especie de tubo, quizás un viejo radiador. Gleen estaba desnudo también, sentado a horcajadas sobre mis caderas y con el cuchillo en la mano, sonriente y aguardando a que me despertase. Dusty estaba atado a una cuna como a un par de metros de distancia, viéndolo todo.

Era un niño muy guapo. -Su tono de voz era suave y distante al recordar-. Tenía rizos dorados por toda la cabeza y unos ojos azules grandes y redondos. Estaba muy asustado y lloraba todo el tiempo.

Dane bajó la vista a su gran mano apoyada en el vientre de Marlie, que casi lo cubría completamente. La idea de que Gleen le viese así y que utilizase un cuchillo contra aquel cuerpo suave, esbelto, femenino, era tan insoportable que apenas reprimió el gruñido que empezó a surgirle del pecho. Marlie parecía haberse olvidado que en aquel momento estaba

casi desnuda, con la mente perdida en el pasado, pero Dane era muy consciente de ello. Aun en su rabia miró aquellos pechos suaves y redondos de tiernos pezones rosados y sintió el deseo quemarle por dentro. Lo controló, lo obligó a mantenerse apartado para poder abrazar a Marlie y escucharla. ¿Alguna vez la había abrazado alguien, le había procurado consuelo? Creía que no, y eso contribuía a incrementar su rabia.

-No sé por qué lo hice -prosiguió Marlie, con la cabeza apoyada confiadamente en el hueco de su hombro-. Pero algo dentro de mí se negó... No pude rendirme a él. Antes habría muerto que darle lo que quería. Él quería que le suplicara, pero yo no estaba dispuesta a hacerlo. Quería que yo tuviera miedo, y lo tenía, pero no permití que él lo viera. Me reí de él. Oh, dios, me reí de verdad. Él me hirió con el cuchillo, y yo le grité y le dije que era una patética imitación de un hombre. Él me separó las piernas e intentó metérmelo.- Titubeé incómoda-. Ya sabes... eso, no el cuchillo.

-Ya sé lo que es «eso» -gruñó Dane.

Marlie escondió la cara un poco más en la curva de su cuello.

-No pudo hacerlo, y yo me burlé de él, le dije que no tenía más que un miserable gusano y que él mismo era un miserable gusano. Él se puso fuera de sí, noté que perdía el control, que explotaba todo aquel odio y aquella furia, pero seguí empujando. También sentí lo que experimentaba Dusty, tan aterrado, suplicándome que no permitiera que aquel hombre malo le hiciera daño otra vez.

Así que seguí riéndome de Gleen, dándole patadas todo lo que podía. De algún modo conseguí darle un puntapié entre las piernas, aunque no muy fuerte porque me resbaló el pie en su muslo, pero él... se volvió loco. En un momento determinado estaba sobre mí y al momento siguiente estaba atacando a Dusty, y Dusty chillaba a todo pulmón. Todavía le oigo chillar. Percibí sus sentimientos, su terror absoluto, su agonía. Fue como una ola negra que me inundase, que me invadiese el cerebro, y yo también me puse a chillar. Chillé y chillé, había sangre por todas partes... -Se detuvo, y después de una interminable pausa que duró tan sólo unos segundos, dijo simplemente-: No recuerdo nada más. Dusty murió, y yo morí con él.

Dane sabía lo que había ocurrido después; el profesor se lo había contado. Los gritos de Marlie señalaron el lugar donde se encontraba Gleen al sheriff y sus hombres, y mataron a Gleen antes de que pudiera volcar su furia sobre Marlie. Pero no llegaron a tiempo de salvar a Dusty, y en cierto modo tampoco llegaron a tiempo de salvar a Marlie. Unida como estaba a Dusty, la muerte del niño fue la suya propia, y fue un milagro que hubiera sobrevivido al shock.

Dane le acarició el pelo detrás de la oreja y le rozó la mejilla.

-Pero tú regresaste -dijo con ferocidad controlada.

-Con el tiempo. Pasó mucho tiempo antes de que fuera capaz de sentir algo, alguna clase de emoción. Antes lo había percibido todo, los sentimientos de todo el mundo, y después de eso ni siquiera podía percibir los míos. No tenía ninguno.

- Te curaste, Marlie. Ha pasado mucho tiempo, pero él no ganó. No ha podido vencerte.

-Se acercó mucho -replicó Marlie. Permaneció apoyada en Dane por espacio de unos segundos-. Si yo no le hubiera empujado, si le hubiera dado lo que quería, probablemente Dusty aún estaría vivo.

Dane soltó un resoplido.

-Ya, sería estupendo que todos fuéramos omnipotentes. -No estaba dispuesto a perder aquel momento mostrando contemplaciones ante el lógico sentimiento de culpa que experimentaba Marlie. La sacudió ligeramente y la obligó a levantar la vista hacia él-. Me alegro de que estés aquí -dijo con toda intención.

Ella logró esbozar una frágil sonrisa.

-Yo también. Y hay ocasiones en que eso parece ser lo más cruel de todo, que me alegre de estar viva. Cuando me reía de Gleen no pensaba en lo que pasaría después; lo único que sabía era que de ningún modo podía soportar que me violase. La idea de tenerlo dentro de mí me resultaba tan repugnante que estaba dispuesta incluso a provocar que me matara antes que tolerar que me tocara. De todas las cosas que me han causado pesadillas, el sexo ha sido la peor. Puedo ver violencia en la televisión o en las películas, pero sigo sin soportar una escena de sexo. No puedo imaginarlo como amor. Recuerdo la cara de Gleen, el olor de su aliento, la forma en que salpicaba saliva cuando me gritaba. Recuerdo la sensación de tenerle encima, entre las piernas, y todavía siento el deseo de burlarme. -Respiró hondo-. De todas maneras, el sexo nunca ha sido agradable para mí -dijo con sinceridad.

-¿Por qué? -El tono de voz de Dane no era exigente, y su contacto resultaba casi distraído al apartarle con suavidad el pelo de la frente, pero la mirada de sus ojos era intensa.

Marlie nunca había hablado de las dificultades que había tenido con el sexo, pero por alguna razón, allí acurrucada en los protectores brazos de Dane, con el resto el mundo a raya, pudo hacerlo. Se sentía extrañamente soñolienta, atrapada en una mezcla de cansancio y las secuelas del estrés, como si nada fuera del todo real.

-Fue horrible. Mentalmente, no pude soportarlo. Tuve que es- forzarme mucho para construirme una coraza, para protegerme de todo -explicó. Era la única manera de poder funcionar con normalidad, y esa coraza era, como mucho, sólo una protección parcial. Toda mi vida he querido ser normal, he querido amar a alguien, tener una relación sentimental, tener lo que tiene la gente normal. No he querido nunca estar sola, he deseado una intimidad que sea maravillosa, pero no lo ha sido. La intimidad física simplemente hacía desaparecer mis barreras mentales. No podía bloquear nada. La interferencia mental era enorme; lo único que podía sentir eran las emociones de él, que impedían cualquier disfrute físico que yo pudiera haber experimentado. Eso tampoco resultaba muy halagador. -Esbozó una sonrisa torcida-. Él no se sentía abrumado por el afecto hacia mí; lo único que quería era sexo. y estaba orgulloso de sí mismo por atreverse a tener una relación sexual con una vidente chiflada.

-Hijo de puta -dijo Dane con suavidad. Marlie alzó un hombro ligeramente.

-Estaba un poco chiflada. Todavía lo estoy.

-Diablos, no me extraña que te ponga nerviosa el sexo. Lo único que has visto es el lado malo; nunca has tenido ilusiones románticas, ¿no es verdad? Sabes lo que es marcar tantos, lo que es una violación. Debes de pensar que los hombres son escoria.

-No -negó Marlie--. Cuando uno sabe lo que sienten otras personas, como lo sabía yo, sabe que eso no puede ser así. Existen mujeres egoístas y mezquinas, igual que existen hombres asquerosos. Pero a la hora de practicar el sexo, no podía cerrar la mente y limitarme a sentir. No habría sido distinto si me hubiera enamorado locamente de un hombre maravilloso que me quisiera tanto como yo a él; no podría haber disfrutado del sexo con toda aquella estática mental impidiéndolo.

» Creo que había asumido que no podía tener ningún tipo de relación romántica -continuó diciendo-. Me gustaba estar sola, en mi pequeña cabaña de las montañas. El doctor Ewell pensó que trasladarme a aquella cabaña sería bueno para mí, que sería un paso hacia la normalización de mi vida. y lo fue; fue estupendo. Trabajé con él en experimentos y en documentación, y de vez en cuando le ayudé a encontrar a gente desaparecida, aunque el esfuerzo que me exigía eso era tan grande que...bueno, ya sabes cómo es. Alguna que otra vez, antes de lo de Gleen, conseguí dirigir las percepciones. Era capaz de concentrarme en

algo específico y entrar en una visión. Ahora ya no puedo controlarlo en absoluto.

-¿Quieres que sea como antes?

-Nunca he querido tener otra visión -murmuró Marlie-. Pero si no puedo escoger, sí, me gustaría poder controlarlas. Es... es como caer en una emboscada. -Estaba empezando a entrarle el sueño de nuevo, y se le cerraron los párpados.

-Pero excepto estas dos visiones, ¿no has tenido otros episodios aparte?

Marlie pensó en la primera noche, cuando le llamó y supo lo que estaba haciendo, lo que iba a decir, incluso cuando él contestó al teléfono.

-Ha habido sólo un instante de clarividencia, pero no en relación con los asesinatos, y no ha vuelto a suceder. Duró sólo un segundo o dos. No creo que las visiones sean episodios de clarividencia; son...diferentes, más basadas en los sentimientos. De todos modos. .. no. Nada más.

-Bien. Había una gran carga de satisfacción en su voz, una satisfacción que Marlie no supo descifrar del todo. A continuación, su enorme mano le cubrió un pecho, y ella supo, con un instinto que nada tenía que ver con su capacidad psíquica y sí mucho con el hecho de ser mujer. Ya desaparecida toda somnolencia, echó la cabeza hacia atrás sobre el brazo de él para mirarle a los ojos.

-A mí me parece que ésta es la ocasión perfecta para mostrarte un poco del placer del sexo -murmuró Dane. Aquellos ojos avellana brillaban de énfasis, con un profundo color verde-. No puedes percibir mis sentimientos, de modo que eso resuelve un problema, Si tuvieras miedo de mí, no habrías pasado media hora casi desnuda en mis brazos, lo cual soluciona el otro problema. Lo único que tienes que hacer es tumbarte y dejar que yo te haga sentirte bien.

Marlie experimentó un escalofrío, su mirada clavada en la de Dane. ¿Era aquélla la ocasión? Hasta la llegada de Dane no había sentido el deseo; el sexo había sido un experimento, una esperanza, y en última instancia, una decepción. No tenía miedo de él, sino de fracasar de nuevo. Amarle era algo tan nuevo, tan sorprendente, que no quería empañar esa sensación. Era una cobardía, pero preferiría no intentarlo y conservar así la débil esperanza de que tal hubiera sido posible, en vez de intentarlo y fallar. Aquella posibilidad un pobre consuelo, pero era mejor que nada.

-No sé - dijo nerviosa -. ¿Y si...?

-Deja de preocuparte por eso -la interrumpió Dane,-. Tú sólo tumbate, cierra los ojos y déjame todo a mí.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Marlie le miró todavía con preocupación, incapaz de decidir sí o no. Le habían ocurrido demasiadas cosas malas para poder dar aquel paso. Se odió a sí misma por ser tan débil, y los ojos empezaron a llenársele de lágrimas.

Dane le concedió aproximadamente dos segundos y después resolvió él mismo la cuestión. Bajó la mano por su cuerpo y **la pasó por** debajo de la cinturilla de las bragas, para introducirla en la hendidura de entre los muslos. Marlie dejó escapar un gemido de sorpresa y automáticamente aferró la muñeca de Dane y tensó los muslos alrededor de aquella mano. Tenía los ojos muy abiertos, eclipsando la palidez de su rostro. Pero incluso mirándose fijamente el uno al otro, un rubor febril inundó sus mejillas.

-¿Confías en mí? -preguntó Dane con voz calma, como si no le estuviera costando hasta el último resquicio de autocontrol contenerse para no poner a Marlie debajo de él y hundirse dentro de ella, buscando así un bendito alivio para su dolorosa erección.

Ella se mordió el labio, y él estuvo a punto de soltar un gemido por la provocación.

-Bueno, sí.

-Entonces relaja las piernas. No voy a hacerte daño. De hecho, te garantizo que va a gustarte.

Ella consiguió sonreír débilmente.

-Conque me lo garantizas, ¿eh?

-Por supuesto. -Inclinó la cabeza y le rozó los labios en un ligero beso.

Marlie se estremeció, atrapada por los dientes de la cobardía. Tenía miedo de probar y fallar, y miedo de que si no confiaba en él ahora, tal vez no tuviera otra oportunidad. Al final, el segundo de esos miedos resultó ser más fuerte. Fuera como fuera, quería saber lo que era acoger a Dane dentro de su cuerpo, sentir su increíble fuerza penetrar en ella, proporcionarle placer a él, aunque sólo fuera eso. Dane estaba empeñado en darle placer a ella primero, estaba segura, pero también sabía que después le tocaría a él. No estaba accediendo simplemente a un jugueteo, sino al acto sexual completo.

Aspiró profundamente, temblorosa.

-De acuerdo. Mientras tenga tu garantía personal.

-Lo pondré por escrito y lo haré firmar por un notario -prometió Dane, y volvió a besarla.

Marlie no podía controlar los leves temblores que le sacudían todo el cuerpo, pero volvió a aspirar profundamente y separó lentamente los muslos. Dane acarició suavemente los blandos pliegues cerrados, y ella dejó de aferrarle la muñeca.

-Tranquila -susurró Dane, ya continuación la abrió con habilidad y la penetró con un largo dedo.

Marlie se puso rígida en sus brazos y cerró los muslos en un intento de controlar aquella mano invasora. Pero fue inútil, pues no había nada que ella pudiera hacer para detener el lento avance del dedo en su interior. La impresión la aturdió. Oh, Dios.

No estaba seca, pero estaba mucho de estar lista para la penetración. La fricción hacía que el dedo pareciera tan grande como un pene. Marlie luchó brevemente por contener el caos de sus revolucionadas terminaciones nerviosas, pero al fin se derrumbó contra el pecho de Dane y se rindió.

-Así, eso es -la arrulló él, e introdujo otro dedo más. Ella arqueó las caderas un momento y después claudicó. Se sentía dilatada, invadida, había perdido el control de su cuerpo. Un instinto adormecido, primitivo, estaba volviendo a la vida. Sus músculos internos se contrajeron suavemente para ajustarse, y Dane sintió que un estremecimiento lo sacudía de arriba abajo.

Le dijo con voz ronca.

-Esto es lo máximo que voy a hacerte, por o menos en este momento. Puedes relajarte, porque ya ha sucedido. ¿Te estoy haciendo daño?

Sí. No. No había imaginado que aquello pudiera provocarle semejantes sensaciones. Se sentía un poco delirante a causa de la impresión y del placer, y negó con la cabeza, haciendo caer su melena sobre el pecho de Dane. Estaba estupefacta al ver que su cuerpo era capaz de experimentar una sensación tan intensa.

-Entonces cierra los ojos, cariño. Cierra los ojos y siente. **No** pienses, sólo siente. "

Marlie, impotente, así lo hizo. Con los ojos cerrados, fijó su concentración en su propio cuerpo y en lo que estaba ocurriendo en él. El color estalló detrás de sus párpados. Una ola de calor la inundó, seguida rápidamente de un escalofrío que no era realmente un escalofrío, sino más bien una oleada de placer casi doloroso. Notaba la piel demasiado tensa, demasiado sensible. Sus pezones se irguieron y endurecieron, enhiestos y firmes.

Los dedos de Dane profundizaron un poco más, rozando los delicados tejidos internos.

Marlie volvió a arquear las caderas, absorbiéndole. Sus muslos se abrieron para permitirle un más fácil acceso. El corazón le retumbaba en el pecho, y tuvo una sensación como si pudiera salir volando. Se aferró a la camisa de Dane, hundiendo los dedos en su carne, en un intento de agarrarse a algo en medio de la tormenta que la azotaba.

Oyó que él le decía algo, pero sentía tal fragor en los oídos que no pudo distinguir de qué se trataba. No era importante; ya percibía la dulzura de su tono, y eso era lo que necesitaba. Los dedos salieron de su cuerpo, y dejó escapar un leve sonido de disgusto y acercó las caderas hacia él. Rápidamente, Dane le quitó las bragas y volvió a posar la mano en su cuerpo. Esta vez ella separó los muslos de buen grado y notó la húmeda avidez que había entre ellos. La intrusión, cuando llegó, supuso un exquisito alivio, pero fue un alivio que duró sólo un momento. El lento empuje de aquellos dedos desató un hambre profunda, poderosa, de tal modo que el contacto no era un placer, sino una necesidad. Entonces, el pulgar buscó hacia arriba entre los suaves pliegues y presionó el firme y henchido capullo que había allí. Un estallido de puro fuego recorrió sus nervios, y lanzó un grito tenso al tiempo que se curvaba hacia Dane.

Dane la estrechó firmemente contra él, sujetando su sensual forcejeo. Le estaba hablando, en tono grave y ronco al oído, animándola a subir a cumbres más altas mientras su fuerza la mantenía anclada al suelo. Siguió frotando y dibujando círculos con el pulgar, atormentando el pequeño capullo, cada caricia más ardiente que la anterior. Marlie sintió un pulso vibrar entre sus piernas, golpear con un ritmo que jamás había sentido. La pasión se convirtió en una llamada que abrasaba su carne con una invisible marca.

-¡D-Dane! Fue casi un quejido de angustia. Dane le inclinó la cabeza hacia atrás y puso su boca sobre la de ella, repitiendo con la lengua los movimientos invasivos de sus dedos, con violenta presión. Ella gozó intensamente con aquel juego, y alzó una mano para aferrarse de sus fuertes hombros antes de ofrecerle la boca más plenamente.

La sensación se incrementó muy deprisa, ascendiendo en una espiral cada vez más cerrada, y de pronto resultó ser demasiado. Su cuerpo entero se contrajo y acto seguido se convulsionó violentamente en un orgasmo que la azotó en forma de oleadas. Se agitó en espasmos incontrolados, y tuvo la sensación de estar a punto a romperse en pedazos. Dane la abrazó con fuerza para hacerla ver que no estaba sola en la tempestad. Gritó con voz ahogada, ronca, y él sofocó los gritos con su boca.

Cuando la cresta de la sensación descendió, aunque todavía se sentía recorrida por pequeñas olas que agitaban la parte inferior de su cuerpo, se quedó lánguida, con la cara enterrada en el pecho de Dane mientras intentaba recobrar el aliento. Él la levantó, y entonces sus músculos se tensaron bajo ella y se puso de pie, sujetándola firmemente en sus brazos. Marlie asió su camisa al tiempo que él la llevaba a toda prisa al dormitorio y la colocaba encima de la cama. La bata le colgaba de los hombros, y Dane se la quitó del todo ya continuación empezó a quitarse la ropa.

No había encendido la luz, pero la puerta estaba abierta y la claridad procedente de la sala de estar se derramaba sobre la cama. Marlie permaneció tendida sin moverse, envuelta en una lasitud tan completa que creyó que jamás podría moverse de nuevo. En aquel tranquilo estado subconsciente, con sus sentidos físicos tan agudizados y sus procesos mentales apenas funcionando, sentía cada uno de los latidos de su corazón al bombear la sangre a través de las venas. El pulso le vibraba en los lugares más blandos de su cuerpo.

Con un esfuerzo, levantó los pesados párpados y observó como se desnudaba Dane. Su urgencia era casi una fuerza palpable, sus movimientos eran bruscos y violentos. En cuestión

de sólo segundos, su poderoso cuerpo quedó desnudo. Reptó para situarse encima de Marlie, sus duros muslos empujaron entre los de ella y los obligaron a abrirse, y acto seguido dejó caer su peso.

Se hizo una profunda quietud, un silencio, tanto dentro como fuera. Con increíble dicha, y un poco de agitación, Marlie sintió la dureza de los genitales de él contra la blandura de los suyos. Dane se apoyó en un brazo y con la otra mano buscó entre los dos cuerpos para guiar su verga al tiempo que contraía sus glúteos y comenzaba a empujar lentamente al interior del cuerpo del cuerpo de Marlie.

A Marlie se le enredó la respiración en la garganta y se sintió ahogada de nuevo en un mar de sensaciones. Se había sentido dilatada por los dedos de Dane que entraban en ella, pero aquel grueso miembro la llenó hasta el borde del dolor. Aunque estaba mojada, sus delicados tejidos internos estaban inflamados por la anterior actividad; su vagina estaba muy sensible, y se tensaba convulsivamente contra Dane conforme éste se iba introduciendo inexorablemente hasta la empuñadura. Soltó un leve gemido de pánico, de una incomodidad que rayaba en el verdadero dolor.

Dane se detuvo, conteniéndose en lo profundo de ella. Su poderoso cuerpo temblaba.

-¿Estás bien? -Su tono de voz fue ronco y apenas audible.

Marlie no supo qué decir. No estaba teniendo ninguna interferencia empática; su atención estaba centrada totalmente en su cuerpo. Pero físicamente no estaba segura de que pudiera soportarlo cuando él empezase a empujar. Era tan grande, y el menor movimiento raspaba sus terminaciones nerviosas; era una sensación a caballo entre el dolor y el éxtasis. Su mente estaba en blanco, y no encontró palabras para darle la tranquilidad que él buscaba.

Era un hombre, no un santo. Su carne viril vibraba dentro de Marlie. Se contuvo rígidamente durante un momento de tensión mientras aguardaba la respuesta, pero al no recibir ninguna su control se hizo añicos. Un sonido áspero salió de su garganta, y empezó a empujar con gran potencia, cada vez más profundo. El impacto sacudió todo el cuerpo de Marlie. Ahora supo qué respuesta debía darle, y se aferró fuertemente a Dane al tiempo que éste agitaba las caderas. El brusco chocar de los dos cuerpos se mezcló con la ronca respiración de él y los suaves gemidos de ella.

Había deseado a Dane, y había deseado esto. Cerró los ojos con fuerza, saboreando cada instante. La encantó su rudeza, lo salvaje de su apetito. La encantaron los gruñidos que escapaban de él, el calor y el sudor de su cuerpo al encogerse y embestir. Siempre se había sentido aislada, como un bicho raro, pero con Dane era simplemente, puramente, una mujer. Nada interfería con aquel instante; eran macho y hembra, apareándose con una fiera pasión sin complicaciones. Ojalá aquello durase siempre.

Pero no duró. No podía durar, dada la urgencia de la necesidad de él. Demasiado pronto su ritmo se incrementó, y retrocedió para luego arremeter con gran fuerza. Le levantó las piernas y le apoyó los tobillos en sus hombros. Con una exclamación ahogada, Marlie sintió cómo se hacía todavía más grande y más duro dentro de ella. Dane dejó escapar un grito áspero, una última embestida, y comenzó a estremecerse convulsivamente.

Cuando dejó de temblar, cuando el último de los espasmos abandonó su cuerpo, Marlie abrió los brazos y él, débilmente, se dejó caer en ellos. Su gran peso la aplastó contra el colchón, pero estaba demasiado cansada para preocuparse por ello. Notaba los latidos del corazón de Dane retumbar lentamente contra su propio pecho. Su cabello oscuro, humedecido de sudor, descansaba junto al suyo sobre la almohada. Tenía el rostro vuelto

hacia ella y proyectaba su cálido aliento sobre su cuello.

Marlie le acarició la espalda, disfrutando del calor de su piel bajo las palmas. Empezaba a pesarle cada vez más a medida que iba deslizándose hacia el sueño, pero no le importó. Sentía una languidez de puro contento. Sólo el paraíso podía ser mejor que aquello, yacer bajo los efectos de haber hecho el amor, con el hombre que amaba durmiendo acunado por su cuerpo y por sus brazos. Quería tiempo para quedarse así, quieta, en un lugar donde el mal no pudiera entrar.

Pero entró acompañado de un súbito pitido. Dane reaccionó al instante, retirándose de ella y sentándose en un solo movimiento fluido. Encendió la lámpara y apagó el busca para leer la pantalla digital. Marlie estaba petrificada. Sin pronunciar palabra, Dane cogió el teléfono y marcó un número, sosteniendo el auricular entre la cabeza y el hombro mientras empezaba a ponerse los pantalones arrugados.

-Soy Hollister -dijo lacónico. Escuchó un momento y después dijo-: Estaré ahí dentro de diez minutos. ¿Has llamado a Trammell? No importa, ya le llamo yo. Vuelve a llamar por radio al agente de patrulla y dile que se cerciore bien de que la escena esté protegida.

Apretó el botón y esperó de nuevo el tono de marcar. Mientras llamaba al segundo número, Marlie se levantó de la cama y recogió rápidamente su bata. Estaba retorcida, con una de las mangas vuelta del revés. Le temblaban las manos, pero consiguió estirar la prenda, envolverse en ella y anudarse el cinturón. Dane se sentó en el borde de la cama y empezó a ponerse los zapatos.

-Tenemos una víctima -dijo en voz baja por el teléfono-. Me reuniré allí contigo. -No miró a Marlie-. Es el número 3311 de la avenida del Ciprés.

El ciprés. Marlie sintió que el estómago se le hacía un nudo. Lo sabía, pero esto disipó la última sombra de duda.

Dane colgó el teléfono y fue a la sala de estar, poniéndose la camisa por el camino. Marlie le siguió, silenciosa como un espectro, y se quedó en la puerta contemplando cómo él se ajustaba la sobaquera e introducía la gran pistola en su sitio, bajo el brazo izquierdo.

No se acercó a él, y él no vino a ella. Se detuvo frente a la puerta de la calle y se volvió para mirarla.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó, pero había un aire distante en sus ojos y en su voz; tenía la mente ya fija en el trabajo que le aguardaba.

-Claro -contestó Marlie, ocultando el terror, el dolor y la soledad. No podía permitir que su debilidad entretuviera a Dane.

-Volveré en cuanto pueda -dijo él, y se marchó. Marlie se quedó allí de *pie* hasta que se desvaneció el ruido del motor de su coche, y después se acercó hasta la puerta de la calle y la cerró con llave. A continuación recogió los restos de la pizza y lavó los pocos platos que estaban sucios. Cuando regresó a la sala de estar, vio sus bragas en un extremo del sofá, las recogió e hizo una bola con ellas.

Estaba muy cansada, pero dormir le pareció imposible. El placer de la noche había quedado destruido por el regreso del horror. En aquel preciso momento no podía permitirse a sí misma pensar en ninguna de las dos cosas, de modo que se sentó en el sofá y contempló en silencio el lento transcurrir de lo que quedaba de noche.

CAPÍTULO 13

Un relámpago estalló a lo lejos, dejando ver la panza de unas nubes bajas de color morado y negro. Volvería a llover antes de que amaneciera. Dane conducía de forma automática, limpiando su mente de todo pensamiento. No podía permitirse pensar en Nadine Vinick, pues la esperanza podría llevarle a ver similitudes que no existían. Tampoco podía pensar en Marlie, o de lo contrario se rompería totalmente su concentración. Procuró no esperarse nada de la escena que estaba a punto de ver, procuró no recordar cómo la había descrito Marlie. Una vez más, no quería formarse prejuicios, tenía que verlo todo claramente.

Todavía era lo bastante temprano para que el tráfico fuera denso. Ansioso por llegar a la salida, se situó demasiado pegado a un enorme camión remolque. Entonces, uno de los neumáticos recauchutados del vehículo escogió ese momento para soltarse, y lanzó hacia arriba una pieza de gran tamaño que fue a chocar contra el morro de su coche. Maldiciendo, Dane retrocedió hasta una distancia más segura, pero la distracción le fue útil, pues sirvió para que su mente se apartara de todo lo que estaba intentando apartar.

Tardó algo más de diez minutos en llegar al número 3311 de la avenida del Ciprés. La calle estaba invadida por el surtido habitual de vehículos oficiales y de curiosos. Dane salió del coche y se puso a escudriñar a la gente con agudo interés, buscando alguien que le resultaba familiar. Si un mismo tipo había matado a las dos mujeres, era probable que se encontrara también en la escena de Nadine Vinick. Nada; ninguno de aquellos curiosos le trajo a la mente nada conocido.

La avenida del Ciprés estaba en un barrio ligeramente de más categoría que el vecindario de los Vinick. Las casas no eran más grandes, pero tenían unos diez años menos. Había un pequeño cobertizo adosado que hacía de garage, y allí era donde estaban apiñados el mayor número de hombres de uniforme, aunque había un patrullero montando guardia junto a la puerta principal, y esperaba que hubiera otro en la parte de atrás.

Freddie Brown y su compañero, Worley, eran los detectives que estaban de servicio ese fin de semana, y ya se encontraban allí. Freddie se desgajó del grupo nada más ver a Dane.

-Qué hay, muñeco -le dijo, al tiempo que le ponía una mano en el brazo para detenerle- No hay prisa. Vamos a charlar un momento.

Si se hubiese tratado de otra persona, Dane se la habría quitado de encima. Pero era Freddie, y aquella escena del crimen era suya. No le habría llevado aparte sin una buena razón. La miró y alzó una ceja en gesto interrogante.

-Dicen que pediste que te informaran de cualquier parte de asesinato con arma blanca de una mujer-dijo Freddie.

Dane asintió brevemente, con la esperanza de que la detective no estuviera irritada por el hecho de que él anduviera husmeando en uno de sus casos.

Ella le palmeó el brazo, tranquilizándole -Me imaginé que no lo habrías hecho sin tener una buena razón, así que te he guardado la escena del crimen hasta que llegaras. Lo consideraremos un regalo de cumpleaños.

-¿Que has guardado la escena? -repitió Dane, aturdido-. ¿Quieres decir que aún no ha entrado nadie?

-Exacto. El patrullero que encontró el cadáver se merece una medalla. Retrocedió nada más verla, no tocó nada excepto el tirador de la puerta, y protegió toda la zona. Probablemente sea la escena más virgen que te encontrarás en tu vida. Ivan está de camino.

-Le esperaremos -dijo Dane-. Gracias, Freddie. ¿Cómo es que un patrullero encontró el cadáver?

Ella repasó sus notas.

-El nombre de la víctima es Jacqueline Sheets, divorciada, sin hijos. Su ex marido vive en Minnesota. Trabajaba de secretaria en uno de los despachos de abogados más grandes, era muy buena en su trabajo. Había hecho planes para salir a cenar con una amiga, otra de las secretarias del bufete. Al no presentarse, la amiga intentó llamar, pero no hubo respuesta. Evidentemente, Jacqueline Sheets solía ser muy puntual, y últimamente había tenido problemas médicos, así que la amiga se preocupó. Vino hasta aquí para ver qué había pasado. El coche de la víctima estaba en el garaje, había una luz encendida y se oía la televisión funcionar, pero no contestaba nadie a la puerta. Entonces fue a la casa de un vecino y llamó al 911. Los agentes de patrulla Charles Marbach y Perry Palmer se encontraban cerca y llegaron aquí antes que el equipo de urgencias. Llamaron a la puerta y no contestó nadie. El agente Marbach forzó la cerradura de la puerta principal, vio a la víctima inmediatamente y volvió a salir. -Freddie cerró el cuaderno-. La amiga se llama Elizabeth Cline. Está sentada en el garaje. Alcanzó a ver brevemente el cadáver y se encuentra bastante alterada.

Otro automóvil se añadió a la congestión. Dane le dirigió una mirada e identificó a Trammell. Freddie hizo lo mismo, y volvió a mirar a Dane con expresión irónica.

-Bueno, ¿vais a decirme lo que ocurre?

-Queremos buscar similitudes con el caso Vinick -dijo Dane en voz baja-. Creemos que podría ser el mismo asesino.

Freddie abrió los ojos como platos, y su pecoso rostro adquirió una expresión de horror cuando comprendió las implicaciones.

-Oh, mierda -jadeó-. Incluso es el mismo día de la semana.

-No creas que no me he percatado de ello.

Acababa de ver los titulares de los periódicos que mencionaban al «Matarife del Sábado». Se preguntó qué apodo sensacionalista emplearía la prensa si se estableciera la hora de la muerte antes de medianoche, con lo cual se trataría de un asesinato cometido en viernes. ¿El Follador del Viernes?

Trammell se reunió con ellos, resplandeciente con sus pantalones de lino de color marfil y una camisa de seda azul cielo. Llevaba el pelo perfectamente peinado, su exótico rostro recién afeitado, y no había una sola arruga a la vista. Dane se preguntó cómo demonios lo haría.

Puso a Trammell al corriente de lo ocurrido hasta el momento. Freddie preguntó:

-¿Queréis interrogar a la amiga?

Dane negó con la cabeza.

-Este caso es tuyo. Lo único que queremos es ver la escena del crimen.

-Ya sabéis que no tenéis que esperar a Ivan.

-Ya lo sé. Sólo me gustaría que se lo encontrara lo más limpia posible.

-Yo diría que nunca se va a encontrar una escena más limpia- -Freddie palmeó a ambos al estilo maternal que le era característico y regresó con el grupo del garaje.

-Es una casa -dijo Trammell innecesariamente-. No hay ningún ciprés, pero la dirección es avenida del Ciprés. Estábamos en la pista correcta. Va a resultar interesante ver si el televisor es uno de esos modelos de pantalla grande y está colocado sobre un pedestal.

Dane se metió las manos en los bolsillos.

-¿Tenemos en realidad alguna duda?

-Yo no.

-Yo tampoco. Maldita sea.

-He llamado al teniente. Tiene que estar a punto de llegar.

Llegó Ivan Schaffer, en la furgoneta de escenas del crimen, y desdobló su larguirucho

cuerpo de detrás del volante al tiempo que Dane y Trammell acudían a su encuentro.

Ivan no estaba de buen humor. Los miró a ambos con cara de pocos amigos.

-No sé por qué he tenido que encargarme personalmente de este caso. Tengo a gente competente de servicio. ¿Por qué ha insistido Freddie en hacerme venir?

Obviamente, Freddie había percibido algo inusual en todo aquello, bendita fuera. Dane se preguntó si su marido le rompería la nariz si él le diera un beso.

-Este caso es especial-le dijo a Ivan mientras le ayudaba a descargar el equipo-. Para empezar, la escena está virgen. Tú eres la primera persona que va a pisarla.

Ivan se paró en seco.

-Os estáis cachondeando de mí. -Los ojos empezaron a brillarle-. Eso no ocurre nunca.

-Esta vez, sí. No esperes encontrártelo otra vez en toda tu vida.

-¿Tengo aspecto de ser un optimista? Está bien, ¿cuál es la segunda cosa?

Trammell estaba examinando fríamente a los curiosos que murmuraban.

-La segunda cosa es que creemos que esto ha sido obra del mismo tipo que mató a Nadine Vinick.

-Dios... -Ivan suspiró y sacudió la cabeza en un movimiento negativo-. Dios, ojalá no me lo hubierais dicho. Nos ha caído una buena, pero supongo que ya lo sabéis.

-Hemos estado pensando en ello. ¿Es éste todo el material que traes?

-Sí. Muy bien, vamos a ver lo que tenemos.

Dane llamó al agente Marbach para que los acompañase. Un patrullero que había hecho tan buen trabajo merecía ser incluido. Marbach era joven, no hacía mucho que había salido de la academia, y estaba pálido bajo su piel bronceada. Pero se mantuvo firme mientras relataba con todo detalle lo que había hecho, hasta les dijo la distancia aproximada de la puerta a la que se encontraba el cadáver.

-¿Se puede ver el cuerpo desde la calle al abrir la puerta? -preguntó Freddie. Ella y Worley se les habían unido.

Marbach negó con la cabeza.

-Hay un pequeño vestíbulo, con la sala de estar a la derecha. Cuando la vi, ya había dado un paso al interior.

-Está bien. Ivan, es todo tuyo.

Ivan abrió la puerta y entró. El resto le siguió, pero todos se detuvieron en el pequeño vestíbulo de la entrada y cerraron la puerta a su espalda. La televisión, sintonizada en un canal dedicado exclusivamente a películas, emitía en aquel momento una de Fred Astair y Ginger Rogers. El volumen estaba demasiado alto, como si Jacqueline Sheets fuera un poco dura de oído. O era eso, o era que alguien había subido el volumen para ahogar los gritos. Ivan apretó el botón de encendido y la pantalla se apagó, llenando la habitación de un bendito silencio. Dane y Trammell, de pie en el vestíbulo, observaron: el televisor. Era un aparato de treinta y cinco pulgadas, muy moderno y estilizado, dispuesto sobre un pedestal.

Ninguno de los dos dijo nada. Ivan comenzó silenciosamente su ritual de recogida de pruebas.

Desde donde estaban ellos sólo era visible la mitad superior del cadáver. La víctima estaba desnuda, y su torso parecía haber sido destrozado por un animal salvaje. La mancha de sangre rodeaba completamente el sofá y salpicaba las paredes y la alfombra, y Dane recordó la extraña frase que había empleado Marlie, *vueltas y más vueltas, a rededor del árbol*. Pero no era un árbol, era el sofá. ¿Por qué había usado Marlie aquella frase? ¿Era algo que había dicho o pensado el asesino? ¿El muy hijo de puta se había divertido Viendo cómo Jacqueline

Sheets luchaba por su vida?

Se abrió la puerta tras ellos y entró el teniente Bonness. Al mirar aquella carnicería se puso pálido.

-Oh, Dios

La primera escena había sido más horripilante, pero la habían contemplado como algo excepcional, sin conexión con otra cosa. Sin embargo, esta vez sabían a de qué iba. Esta vez estaban mirándola como la obra de un loco que iba a repetir aquello una y otra vez, asesinando a mujeres inocentes y destrozando las vidas de sus familias y amigos, hasta que ellos pudieran pararlo. y sabían que las circunstancias no obraban a su favor, los asesinos en serie eran famosos por ser difíciles de apresar.

Pero esta vez, pensó Dane con gravedad, tenían algo que el asesino no podía haber previsto. Tenían a Marlie.

Worley dijo,

-Dane, tú y Trammell echad una mirada. Ya sabéis lo que andáis buscando.

-Ésa es la razón por la que deberíais hacerlo, tú y Freddie -repuso Trammell. Sus pensamientos habían sido los mismos que los de Dane, como casi siempre-- Sólo infórmanos de lo que encontréis, y luego nosotros iremos a verlo.

Worley asintió con un gesto. Freddie y él se apresuraron a empezar con su registro metódico de la casa. Ivan hizo venir al equipo de huellas dactilares, y se pusieron a esparcir polvo negro sobre toda superficie dura. Pronto la casa estaba llena de gente, la mayor parte moviéndose por ahí, algunos de hecho trabajando. Por fin el cuerpo de Jacqueline Sheets fue introducido en una bolsa y retirado del lugar. Dane oyó el clamor de las voces de los reporteros en la calle y vio los focos de televisión. No iban a poder mantener el asunto en secreto mucho más tiempo, pero pensó que no se podría sacar gran cosa de un segundo asesinato a cuchilladas ocurrido en el plazo de una semana.

En cambio, si había un tercero, ningún reportero que se preciase lo consideraría una coincidencia. Aunque los casos no mostraran similitudes, habría suficiente interés para justificar un «segmento especial», fuera lo que fuera aquella palabreja.

Bonness se llevó aparte a Dane y Trammell.

-Si tiene la pinta de ser obra del mismo tipo. ..

-Lo es -dijo Dane.

-Todo es tal como lo describió Marlie -añadió Trammell-. Hasta la clase de televisor.

-¿Existe algún modo de que ella lo supiera antes que nadie? Ya sé, ya sé -dijo Bonness, alzando las manos-. Fui yo el que pensó en un principio que ella podría ayudarnos, y vosotros fuisteis los que pensasteis que sobraba, pero se trata de una pregunta que hay que responder.

-No -dijo Dane-. Dejamos claro que no había forma de que ella hubiera estado en la escena del primer asesinato, y anoche yo estuve con ella. Me llamó cuando comenzó la visión, y fui directo a su casa.

-De acuerdo. Quiero ver a todo el mundo en mi despacho mañana por la mañana a las diez. Estudiaremos lo que tenemos, veremos lo nuevo que haya encontrado Ivan, formaremos un grupo especial de operaciones. Informaré al jefe, y que él decida cuándo y cuánto decirle al ayuntamiento.

-Espero que sepa contenerse -dijo Dane-. La información escapa del ayuntamiento igual que de un colador.

Bonness parecía disgustado.

-Esto no es algo que él pueda guardarse para sí. Le costaría el empleo que los medios se

enteren de la historia sin haber informado a los jefazos.

-Entonces pídale que nos conceda un par de días por la menos. Los dos asesinatos se han cometido en una noche de viernes o a primeras horas del sábado, de modo que si sigue esa pauta, el asesino no volverá a actuar hasta dentro de casi otra semana. Cuanto más tiempo podamos trabajar sin que él sepa que le andamos buscando, más posibilidades tenemos de cogerle.

-Hablaré con él -fue todo lo que Bonness estuvo dispuesto a prometer. En realidad, Dane no había esperado más.

Worley y Freddie se reunieron con ellos.

-El arma del crimen fue un cuchillo de cocina, probablemente propiedad de la víctima -informó Worley-. Es igual que otros que hay en la cocina. El tipo entró por la ventana del dormitorio de invitados cortando la persiana.

-Anoche llovió ---dijo Dane--. ¿Habéis encontrado alguna huella bajo la ventana?

Freddie negó con la cabeza.

-Nada. Tuvo mucho cuidado.

-O bien entró antes de que empezara a llover y aguardó en el dormitorio -sugirió Trammell. Aquella idea hizo que Freddie palideciera.

-Oh, Dios, eso me da escalofríos, pensar que estuvo dentro de la casa durante horas, sin que ella lo supiera.

-¿Y qué pasó después? -preguntó el agente Marbach. Se sonrojó un poco cuando todos se volvieron hacia él-. Quiero decir que debía de estar lloviendo cuando se marchó. ¿No sería probable que hubiera dejado huellas entonces?

-Sólo si salió por el mismo sitio por el que entró -dijo Dane-. Y no había razón alguna para que lo hiciera. Lo único que tuvo que hacer fue salir por la puerta. Eso llamaría mucho la atención en caso de que lo viera alguien, lo cual dudo. La acera y la rampa de entrada son de hormigón; no hay huellas.

-Es evidente que la víctima llevaba puesto un pijama en el momento de la agresión -continuó Freddie, mirando sus notas-. Hemos encontrado uno con manchas de sangre en la cesta de la ropa sucia. Estamos analizando el grupo sanguíneo para cerciorarnos de que pertenece a la víctima.

-¿Y qué hay de la posibilidad de un marido o un novio- preguntó Bonness.

-Nada. Según su amiga, hay un ex marido que vive en Minesota, pero llevan veinte años divorciados, y hace casi ese tiempo que Jacqueline Sheets no tiene contacto con él. Tampoco tenía novio actualmente. Bien muchachos, decidme: ¿os parece que tiene pinta de que el mismo tipo mató a las dos mujeres?

-Me temo que sí -contestó Dane-. ¿La víctima frecuentaba bares, gimnasios, algún sitio en el que estuviera en contacto con muchos hombres?

-No lo sé. No hemos llegado a tanto en el interrogatorio a la amiga. ¿Por qué no habláis vosotros con ella mientras terminamos aquí? De cualquier modo, todos vamos a poner en común nuestras notas -sugirió Worley. Por el tono que empleó, con mucho gusto habría dejado toda la investigación en manos de Dane y Trammell.

Una tapia baja de bloques de cemento, dispuestos en dos filas, circundaba el cobertizo garaje por su lado abierto. Elizabeth Cline estaba sentada en la tapia, acurrucada sobre sí misma, con la mirada vacía y fija en la multitud de policías que pululaban a su alrededor. Era una rubia alta y esbelta, con el pelo muy corto a lo chico, y llevaba unos largos pendientes que le llegaban casi a los hombros. A pesar de los pendientes, no iba vestida como para una fiesta;

llevaba sandalias, unos pantalones amarillos ajustados y una larga túnica blanca con un loro chillón amarillo y morado. Dane observó que llevaba también varios anillos, pero ninguno de ellos era una alianza de matrimonio.

Tomó asiento junto a ella en la tapia, y Trammell, como siempre más altivo, se apoyó en el coche de la víctima, que se encontraba a algo menos de un metro de distancia.

-¿Es usted Elizabeth Cline? -preguntó Dane, sólo para asegurarse.

Ella le dirigió una mirada de vaga sorpresa, como si no se hubiera dado cuenta de que le tenía sentado al lado.

-Sí. ¿Quién es usted?

-El detective Hollister. -Luego señaló a Trammell-. Y el detective Trammell.

-Encantada de conocerlos -dijo ella cortésmente, y en el acto sus ojos adquirieron una expresión de horror-. Oh, Dios, ¿cómo puedo decir eso? No estoy encantada de conocerlos. Están aquí por lo de Jackie...

-Sí, así es. Lo siento, sé que ha significado una fuerte impresión para usted. ¿Le importaría responder a unas pocas preguntas más?

-Ya he hablado con esos otros dos detectives.

-Lo sé. Pero se nos han ocurrido otro par de cosas, y todo lo que usted pueda decírnos ayudará a encontrar al asesino.

Elizabeth inhaló profundamente. Estaba temblando, y se abrazaba los brazos. La noche era cálida y hacía bochorno, pero estaba notando los efectos del shock. Dane no llevaba una chaqueta que pudiera prestarle, de modo que pidió a un patrullero que estaba cerca de allí que trajera una manta. Unos minutos más tarde llegó la manta, y él se la echó por los hombros a la chica.

-Gracias --dijo ella, arrebujándose en los pliegues.

-De nada.

Su instinto le impulsaba a rodearla con un brazo y consolarla, pero se sintió reprimido y se contentó con palmearle la espalda. La única mujer a la que podía abrazar ahora era Marlie; por alguna razón, al tomarla había dejado a un lado para siempre a las demás mujeres. Era nerviosamente consciente de aquel cambio, pero lo obligó a retroceder hasta su subconsciente para pensar en ello más tarde, cuando tuviera tiempo.

-Le ha dicho a la detective Brown que la señorita Sheets no tenía novio en la actualidad. ¿Ha roto recientemente con alguien, o ha tenido alguna cita casual?

Ella sacudió la cabeza negativamente.

-No.

-¿Nadie? ¿Ningún novio fijo desde que se divorció?

Elizabeth se recompuso lo suficiente para levantar la cabeza y miró a Dane con una sonrisa temblorosa y glacial.

-Naturalmente. -Aquella única palabra fue amarga-. Tuvo una relación de doce años con uno de los abogados del bufete. Él le dijo que se casarían cuando se divorciara de su mujer, pero el momento no era propicio mientras se ocupaba de hacer carrera. Después llegó el momento propicio, obtuvo el divorcio, y se casó enseguida con una jovencita de veintitrés años. Jackie quedó destrozada, pero llevaba mucho tiempo trabajando en el bufete y no podía permitirse el lujo de empezar otra vez desde cero. Él quería continuar con la relación, pero Jackie rompió, muy en silencio. Por lo menos él no intentó que la despidieran, pero no creo que hubiera ningún motivo para ello. La relación entre ellos no era un secreto; todo el mundo lo sabía.

-¿Cuándo ocurrió todo eso? -Vamos a ver. Hará unos cuatro años.

-¿A quién ha estado viendo desde entonces?

-Yo no tengo idea de que haya estado viendo a nadie. Quizás una o dos veces, justo después de que terminara esa relación, pero sé que llevaba por lo menos un año sin salir con nadie. Empezó a tener problemas de salud y no se sentía muy bien para esas cosas. Solíamos salir a cenar una vez por semana o así; la ayudaba a animarse un poco.

-¿Qué problemas de salud?

-Varias cosas. Tuvo una endometriosis grave, y por fin hace como un año tuvieron que hacerle una histerectomía. Úlcera de estómago, tensión alta. Nada que hiciera peligrar su vida, pero pareció venirle todo encima al mismo tiempo, y eso la deprimió. Últimamente se había desmayado un par de veces. Por eso me preocupé tanto cuando no apareció en el restaurante a la hora.

Habían llegado a un callejón sin salida en lo que se refería a los ex novios, pero Dane en realidad no había esperado nada distinto. Simplemente estaba cubriendo todas las bases.

-¿Mencionó alguna vez a alguien que hubiera conocido recientemente? ¿Discutió con alguien, o comentó que alguien la hubiera seguido?

Elizabeth negó una vez más.

-No. Jackie tenía muy buen carácter, se llevaba bien con todo el mundo. Ni siquiera perdió los nervios cuando David se casó con aquel yogurcito. De hecho, lo más cerca que estuvo de enfadarse en serio fue cuando se le abrió una blusa por las costuras la primera vez que la lavó. A Jackie la encantaba la ropa, y era muy especial a ese respecto.

-¿Iba a algún sitio de manera regular, donde pudiera haber conocido a alguien?

-No, como no sea la tienda de comestibles.

-Todo el mundo tiene una serie de actividades repetitivas -insistió Dane con suavidad. Tenían que descubrir el modo en que el asesino escogía a sus víctimas. Nadine Vinick y Jackie Sheets tenían algo en común, algo que llamó la atención del asesino. Vivían en barrios distintos, de modo que tenía que ser otra cosa, y descubrirla resultaba vital-. ¿Iba a la peluquería regularmente, a la biblioteca, algo así?

-Jackie tenía un precioso cabello de color rojo. Se lo arreglaba cada pocas semanas en una pequeña peluquería que está cerca de la oficina. Se llama The Hairport. La estilista es una tal Kathy, creo. Puede que sea Kathleen o Katherine, algo parecido. ¿La biblioteca? No, Jackie no era muy lectora. La encantaban las películas; alquilaba un montón de ellas-

-¿Dónde las alquilaba? .

-En el supermercado. Decía que tenían una buena selección de vídeo, y así se ahorra tener que hacer una parada de más.

-¿En qué supermercado compraba?

-En Philips, a eso de un kilómetro de aquí.

Se trataba de un supermercado de barrio, no uno donde habría comprado Nadine Vanick. Pero Dane tomó nota de todo; no sabrían exactamente lo que tenían hasta que comparasen todos los detalles con el caso Vanick

-¿Y usted?-le preguntó-. ¿Está casada?

-Viuda Hace siete años. Jackie me ayudó a salir de una racha difícil, así fue como nos hicimos amigas íntimas. Ya éramos amigas antes, sabe, trabajábamos en la misma oficina muchas horas, pero entonces fue cuando realmente llegué a conocerla. Era... era verdaderamente una gran amiga -Las lágrimas rodaron por las mejillas de Elizabeth.

Dane la palmeó un poco más, consciente pero sin hacer caso de la enigmática mirada de TrmmmeQ Trmmell no había hablado ni una sola vez, pues le había dejado a él todo el trabajo de interrogar. Lo hacía alguna que otra vez, cuando decidía que Dane tendría mejor suerte a la hora de obtener respuestas.

-Lo siento -dijo Elizabeth, todavía llorando- Sé que no les he ayudado mucho.

-Sí que lo ha hecho -la tranquilizó Dane--. Nos ha ayudado a eliminar varias cosas, así que ahora sabemos en qué concentrarnos para no desperdiciar el tiempo en callejones sin salida - Básicamente aquello era mentira; lo único que tenían eran callejones sin salida. Pero la mujer necesitaba todo el consuelo posible, con mentiras o sin ellas.

-¿Tengo que ir a la comisaría, o algo? Es curioso -dijo, secándose los ojos y probando a esbozar una sonrisa patética-, sé cómo funciona la ley en última instancia, en los tribunales, pero no conozco nada de las fases más duras.

-No, no es necesario que venga a la comisaría -respondió él, calmándola-. ¿Tiene la detective Brown su dirección y su número de teléfono?

-Creo que sí. Sí, recuerdo habérselo dado

-Entonces no veo por qué no puede irse a su casa, si le apetece ¿Quiere que pida a alguien que la acompañe? ¿O que llame a alguien, una amistad o un familiar, para que se quede con usted esta noche?

Ella miró alrededor con gesto distraído.

-No puedo dejar mi coche aquí.

-Si quiere que la lleve alguien, haré que un patrullero la lleve en su coche y que otro le siga para traerle de vuelta. ¿Le parece ?

Pero ella no parecía capaz de decidirse. Todavía estaba demasiado aturdida e impresionada para pensar con claridad. Dane tomó la decisión por ella, la puso de pie, llamó a un patrullero y dispuso que la llevaran a su casa, y también le dio instrucciones para que llamase a alguna amiga o un familiar que se quedara con ella esa noche. Ella asintió dócilmente como un niño que recibiera instrucciones para hacer las tareas escolares.

-Tengo una sobrina que vive cerca -dijo Elizabeth-. La llamaré. -y miró a Dane como si le estuviera pidiendo permiso para llamar a su sobrina en vez de a una amiga. Él la palmeó y le dijo que de acuerdo, y la envió con el patrullero, que siguió el ejemplo de Dane y la trató con la misma delicadeza que a un niño perdido.

Cuando Dane se volvió, Trammell seguía tan enigmático como un gato.

-¿Qué? -le preguntó para probar.

Trammell levantó las cejas.

-No he dicho nada.

-Pero estás pensando en algo. Tienes esa expresión de sonrisa satisfecha en la cara.

Quería a aquel tipo como a un hermano, pero de verdad que había veces en las que le entraban ganas de romperle aquella bonita cara. Pero cuando Trammell estaba en uno de sus peculiares estados de ánimo, no había nada que pudiera sonsacarle información alguna. Dane pensó en hacerle beber un par de cervezas que le aflojaran la lengua, pero en vez de eso decidió largarse. Dejaría lo de la cerveza para mejor ocasión.

No quedaba nada que hacer salvo ayudar a Freddie y Worley a atar los cabos sueltos: cerciorarse de que la basura era recogida para examinarla más tarde; registrar la casa en busca de documentos personales tales como un diario, agendas de teléfonos y direcciones, pólizas de seguro de vida. Al morir, Jackie Sheets perdería toda su intimidad. Rebuscarían en sus armarios, buscando esa pequeña coincidencia que la relacionara con Nadine Vinick. Fuera

lo que fuera lo que ambas mujeres tenían en común, era la clave para dar con el asesino. Si el pobre Ansel Vinick no se hubiera suicidado, podría haberles ayudado a localizar aquel nexo crucial, y tal vez hubiera encontrado una razón para vivir en el hecho de ayudar a descubrir al asesino de su esposa.

Ivan había llevado *sus* magros hallazgos al laboratorio para empezar a analizarlos; el departamento forense tenía el cadáver de Jackie Sheets, aunque había poco que añadir, aparte de la hora aproximada de la muerte. Podrían haberles ahorrado tiempo y molestias; Dane sabía cuál era la hora de la muerte, porque Marlie le había llamado.

La preocupación había dibujado arrugas nuevas en el rostro del teniente cuando supervisó con gesto adusto cómo trazaban en el suelo el contorno del lugar que había ocupado el cuerpo de la víctima.

-Que todo el mundo esté en mi despacho mañana a las diez -dijo-- . Por el momento, váyanse a casa y duerman un poco.

Dane consultó su reloj. Era casi la una, y de pronto se dio cuenta de que no había dormido mucho la noche anterior.

-¿Vas a volver a casa de Marlie? -le preguntó Trammell.

Deseaba hacerlo. Dios, sí que lo deseaba.

-No, no quiero molestarla -dijo-- . Estará dormida.

-¿Tú crees?

Recordó la forma en que le miró cuando se marchó, aquella ex- presión asustada de nuevo en su rostro demacrado. Cayó en la cuenta de que ni siquiera la había besado. Ya tenía la mente en la escena del crimen, y había dejado a Marlie totalmente fuera. Acababa de hacerle el amor, se había separado de su cuerpo caliente para contestar a la llamada del busca y se había ido sin darle un beso.

-Maldita sea -dijo cansado. Trammell dijo:

-Te veré por la mañana -y se metió en su coche. Probablemente aún le esperaba Grace Roeg. Ella también era policía; comprendería que él hubiera tenido que marcharse tan súbitamente. Pero Marlie no era policía; era una mujer que había estado demasiado sola toda su vida, una mujer que había soportado una carga de dolor suficiente para diez vidas. Era fuerte, increíblemente fuerte; no se había venido abajo, pero llevaba las cicatrices, tanto físicas como mentales. Hizo falta tener agallas para permitir que él le hiciera el amor, ¿y qué había hecho él? Había sido la primera vez, y él la había convertido en un «aquí te pillo, aquí te mato»; ni siquiera le había dado las gracias.

Si pudiera alcanzarlo, se daría una patada a sí mismo en el trasero. Marlie no estaría dormida; estaría sentada en el sofá, inmóvil y silenciosa, esperando su regreso. No podía protegerla manteniéndola más que él. Era un testigo presencial, desde el veía a través de los ojos de él mientras él apuñalaba y mataba alegremente.

Dane condujo deprisa, ahora que las calles estaban mucho más vacías. Empezó a llover, pues la lenta tormenta por fin había alcanzado la ciudad. Tuvo la sensación de estar repitiendo lo mismo de la noche del viernes, cuando recorrió a toda velocidad las calles para acudir aliado de Marlie.

Tal como esperaba, cuando llegó a la rampa de entrada y apagó el motor, vio que había una luz encendida en la sala de estar. Antes de que saliera del coche, Marlie abrió la puerta y se quedó allí de pie, con su silueta recortada contra la luz, aguardándole. Aún llevaba puesta la delgada bata, y Dane distinguió el contorno de su cuerpo a través de la tela. Corrió bajo la lluvia y salvó de un salto los dos escalones del porche. Ella no dijo nada, sólo retrocedió

ligeramente para dejarle entrar. No tuvo que preguntarle qué habían encontrado, porque ya lo sabía.

Estaba cansada, con la cara demacrada y profundas ojeras. En aquellos ojos se veía un agotamiento que iba más allá de lo físico, además del sutil aire distante que volvía a rodearla de nuevo.

Dane deseaba ofrecerle consuelo, si ella lo aceptaba. Deseaba cuidar de ella, proporcionarle la curación de la inconsciencia del sueño. Ella podría relajarse sabiendo que se encontraba a salvo. Deseaba abrazarla durante toda la noche, ofrecerle el primitivo consuelo animal de su proximidad.

Eso era lo que deseaba hacer. Pero cuando ambos se miraron en silencio, con el repiqueteo de la lluvia siguiendo la cadencia de su corazón, acelerado de repente, Dane olvidó todas las cosas nobles que tenía pensado hacer. La había hecho suya sólo unas horas antes, en la posesión física del apareamiento, pero los habían interrumpido. El acto se había completado, pero no así el sello final de la carne. La verdadera intimidad no se alcanzaba en la penetración y el orgasmo, sino en los momentos de tranquilidad de después, en los pequeños detalles que entrelazaban dos vidas. Dane había dejado aquello sin terminar, y sus instintos eran demasiado primitivos y seguros para ignorar ese hecho.

Cerró la puerta con llave, sin apartar la mirada de Marlie. A continuación, sin prisa, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, deteniéndose un momento para apagar la lámpara.

No hubo recriminaciones por parte de Marlie, no hubo rechazo. Se tendió en silencio en el lugar de la cama en el que Dane la había depositado, y esperó mientras él se quitaba la ropa con gesto impaciente. Dane le retiró la bata por segunda vez aquella noche. Su cuerpo desnudo resplandeció suavemente en la oscuridad. Sintió su deliciosa suavidad bajo su peso, sintió como sus muslos se abrían para rodearle. Dane le acogió la cabeza entre las manos y la besó con lento apetito al tiempo que sondeaba su cuerpo, hasta que encontró la húmeda hendidura y empujó. Se vio envuelto en el calor y la estrechez de ella, una sensación que hizo que su miembro se estremeciera con tal violencia que se le escapó un gemido en la boca de Marlie.

-Hazme olvidar-rogó ella, susurrando con desesperación

Dane se abrió paso hasta la empuñadura y sujetó a Marlie al tiempo que ella se arqueaba para ajustar su cuerpo al tamaño y la fuerza de él. Emitió un leve quejido, y sus pezones erectos se clavaron en el pecho de Dane.

Sólo podía darle el olvido de la pasión, llenar sus sentidos con su cuerpo y con el placer que pudiera provocarle. No podía hacer que desapareciera la noche, pero sí podía convertir la oscuridad en un refugio privado para ambos. Podía sofrenar su propia pasión ingobernable y cerciorarse de que ella estuviera con él esta vez; y después, yaciendo en medio del cálido silencio, abrazarla para que, durante toda la noche, ella sintiera su calor y el firme latido de su corazón y supiera que no estaba sola.

CAPÍTULO 14

Marlie se agitó ligeramente y despertó de pronto, sorprendida al caer en la cuenta de que había alguien en la cama con ella. Sabía quién era, lo recordaba todo, pero aun así se encontraba en ese momento de estupor en el que la conciencia se ajusta a la realidad. Dane había dormido con ella también la noche anterior a ésta, pero ella no se había dado cuenta. Era

la primera vez que se despertaba con un hombre muy duro y muy caliente rumbado a su lado, con un gran brazo que le rodeaba la cintura y la anclaba a la cama. Menos mal que él la tenía abrazada, reflexionó, porque ocupaba casi todo el espacio, y bien podría haberse caldo al suelo si él no la sujetase.

Gitó la cabeza para mirarle, encantada por la novedad de tener un hombre desnudo en la cama, de tener a Dane desnudo en la cama. Saboreó el momento como un pequeño y silencioso oasis de felicidad.

La suave luz de la mañana, filtrada por una fina lluvia, se reflejaba en la curva del hombro de Dane. Apoyó con delicadeza la mano en el músculo de la articulación para sentir la fría dureza de aquella carne, la fuerza en reposo de aquel brazo. Él se estremeció ligeramente bajo su contacto y la estrechó más contra la curva de su cuerpo antes de volver a hundirse en sus sueños con un gruñido. Irradiaba calor como el animal saludable que era, a pesar de la fresca superficie de su piel. Marlie se sentía tan caliente ya gusto como si estuviera envuelta en la ropa de rama, en vez de tenerla hecha un revoltijo en el suelo.

En toda su vida, nunca había sido demostrativa físicamente porque las barreras mentales siempre se habían entrometido. Pero el daño psíquico que había sufrido en manos de Gleen había demolido aquellas barreras, y la noche pasada Dane le había mostrado vigorosamente, varias veces, que ahora podía entregarse plenamente a lo físico.

Se sentía trémula de dicha frente a aquel mundo nuevo que se había abierto ante ella, un mundo que había creído permanentemente cerrado. Amaba a Dane, él había reclamado su cuerpo y le había entregado el suyo propio. Marlie siempre se había sentido sola en la oscuridad, pero no era noche, y había comprendido lo que él le dijo con su cuerpo, con su hambre. Existía la muerte, sí, pero la vida caminaba de la mano con ella. Allí fuera existía el mal, pero entre ellos dos había habido placer, una básica y alborozada celebración de la vida y de la carne. Siempre se había protegido a sí misma del mundo, al verse distinta desde su nacimiento a causa de sus capacidades, mientras que Dane había disfrutado y dominado aquel torrente de calor y de vida. Era fiero y vital en su intensidad, hacía frente a la vida con las mismas armas que ésta y salía victorioso. La noche pasada, con Dane, Marlie se había liberado de las restricciones que se había impuesto a sí misma.

Y ahora aquel enorme boxeador yacía totalmente, maravillosamente, desnudo en su cama. Gozaba de la libertad de su poderoso cuerpo, de explorar y excitar a su antojo. Se sentía como una niña en un parque de atracciones, como una aventurera que abriese la puerta sellada de la cámara del tesoro. Había tanto que ver y hacer que se estremeció de gusto ante tantas posibilidades. Rendirse completamente a las necesidades de su cuerpo, averiguar con exactitud qué necesidades eran esas... Casi no podía soportarlo.

Pasó la mano por el pecho de Dane, deleitándose en la aspereza del vello grueso y rizado al rozar contra su palma. Debajo de la mata de vello había una capa de músculos sólidos como una roca, calientes y duros. Encontró sus tetillas, círculos planos y oscuros con unas puntas diminutas en el centro, puntas que se endurecieron cuando las tocó. Fascinada, frotó una de aquellas puntas con la yema del dedo y observó cómo los escalofríos arrugaban la piel.

Un profundo gemido que surgió del pecho de Dane la hizo levantar la vista. Estaba despierto, con los ojos avellana aún soñolientos y los párpados pesados. Más abajo, su sexo se encogió y estiró, presionando contra el estómago de ella.

-¿Te gusta lo que ves? -Su voz por la mañana era como un trueno distante, ronca y apenas audible.

-Sí. Mucho. -Su propia voz sonaba también más áspera de lo normal.

Dane se tumbó de espaldas y extendió los brazos y las piernas.

-Entonces echa una buena mirada.

La tentación era irresistible. Aunque habían hecho el amor varias veces, había sido a oscuras. Marlie no había podido ver el cuerpo de su amante, sólo había podido sentirlo. Ahora que él le dio permiso, no hubo forma de negar la fascinación que le producía. Se puso de rodillas, sin darse cuenta ni preocuparse de su propia desnudez, concentrada en explorar aquel nuevo territorio repleto de maravillas.

Le apoyó ambas manos en el pecho y acarició las tetillas de él con los pulgares, contemplando con gran placer cómo volvían a endurecerse. Miró a Dane con los ojos brillantes por el descubrimiento.

-A ti también te gusta esto.

Dane tragó saliva. Respiraba agitadamente, su amplio pecho se expandía con la fuerza de cada inspiración.

-Sí. Mucho. Casi se le paró el corazón al ver la luminosa sonrisa que ella le obsequió.

Marlie volvió a centrar la atención en él, se inclinó y le acarició una tetilla con la lengua, y después la chupó con suavidad. Dane reprimió un gemido al tiempo que un estremecimiento le recorría de arriba abajo. Entonces Marlie prestó atención a la otra tetilla y le aplicó el mismo trato mientras sus manos le rodeaban el torso, moldeando su forma, aprendiendo la textura de su piel.

Dane contuvo la respiración y hundió los dedos en el colchón en un intento de controlarse. Oh, Dios, cuánto deseaba tocarla, apenas podía soportar aquello. Nunca había experimentado nada tan insoportablemente suave, tan exquisitamente doloroso, como aquella forma de explorar su cuerpo, y tuvo la sensación de que todavía iba a ser mucho peor.

Marlie deslizó las manos hasta las matas de vello de las axilas, disfrutando de aquel tacto sedoso que parecía incongruente en un hombre tan rudo. La piel de aquellos lugares escondidos, protegidos, era tan suave como la de ella.

La densa mata de vello del pecho se estrechaba en una delgada línea que discurría por el centro del vientre, rodeaba el ombligo y después volvía a ensancharse en los genitales. Marlie la siguió con un dedo, hacia abajo, hasta que su mano rozó la tensa erección de Dane. Se detuvo un instante, ya continuación giró la mano y cerró los dedos alrededor de él. Dane profirió un gemido tembloroso y sus piernas se agitaron inquietas antes de volver a quedar inmóvil. Marlie levantó la otra mano y lo retuvo entre sus palmas, examinándolo con absorta fascinación. Estaba alucinada por los contrastes, por el frío que contenía un intenso calor, por la piel suave encima de una dureza de acero. Dane era muy grueso, y pulsante de excitación. Pensó en llevar aquel grosor al interior de su cuerpo, y su excitación aumentó; se oía a sí misma respirar en rápidos jadeos. La sangre le golpeaba las venas y empezó a sentir demasiado calor y la piel demasiado tirante.

La pura masculinidad de Dane resultaba muy hermosa. Tomó los testículos en sus manos, muy suavemente, y el poderoso cuerpo de Dane se arqueó y tembló de la cabeza a los pies.

-Dios mío -dijo con voz estrangulada.

-¿Dios? -preguntó Marlie con suavidad-. ¿O yo? -Se sintió embriagada por la sensación del poder femenino que ejercía sobre él.

-Tú. O los dos. Me da igual. Ella tenía sus lugares secretos mojados e hinchados, vibrantes de necesidad. El sexo, incluso la noche pasada con Dane, siempre había sido algo que le habían hecho a ella; esta vez quería, necesitaba poseer ella el control de su cuerpo, y también del de Dane. Quería darle placer y también tomarlo. Quería la agradable seguridad sexual de

una mujer libre de miedos y restricciones. Estaba harta de barreras.

Con un suspiro semejante a una suave brisa de primavera, le montó a horcajadas y sostuvo su verga firme mientras la colocaba en posición y se dejaba caer lentamente sobre ella. Dolió un poco; se mordió el labio al sentir la incomodidad que le producía aquel estiramiento de sus blandas carnes para admitirle a él. Pero también estaba la maravilla de sentir aquel calor y aquella dureza entrar cada vez más profundo en su cuerpo, y se recreó en el lento movimiento, centímetro a centímetro. Era una sensación tan exquisita, que se elevó hasta casi salirse del todo y volvió a empezar. Una y otra vez.

Dane asió la sábana con los puños y su frente se perló de sudor. Marlie estaba abarcándole sólo hasta la mitad antes de deslizarse de nuevo hacia arriba, y Dane creyó enloquecer sin remedio. No se atrevía a tocarla, porque si lo hiciera, perdería el control. La iniciativa era de ella, hasta el final. Marlie tenía una expresión solemne, soñadora, absorta mientras exploraba el placer que podía extraer del cuerpo de él. Estaba concentrada exclusivamente en sus propias sensaciones físicas mientras subía y bajaba, pero Dane no se sentía excluido. El hecho de observarla aprendiendo a conocer su sensualidad resultaba tan excitante como otras muchas cosas, y la manera en que lo hacía le estaba matando de placer.

Marlie cerró los ojos bajo la oleada casi abrumadora de pasión y deleite. Todo lo que había aprendido la noche anterior no era nada comparado con esto; ahora su cuerpo sabía el éxtasis sublime que lo aguardaba, y gozaba igualmente de cada paso del proceso que llevaba hasta allí. Luchó contra la necesidad de precipitarse a toda prisa hacia el final, quería saborear cada una de las deliciosas explosiones de sensaciones que tenían lugar en el interior de su cuerpo al elevarse sobre Dane, al sentir el roce de su sexo en sus tejidos internos sumamente sensibles, seguido de aquel indescriptible momento en que la penetración se hacía más profunda al volver a caer. Gimió en voz alta, notando que se aproximaba el orgasmo, inexorablemente. *Aún no*, pensó apenas. Estaba disfrutando demasiado de aquello. No había ninguna prisa.

Dane se agitaba sobre la sábana. Oh, Dios, si Marlie no se daba prisa, iba a morir. Aquella manera superficial de montarle estaba atormentando la cabeza hinchada de su miembro con una presión casi incesante. Un ronco rugido le surgió del pecho. Quería empujar, más profundo, necesitaba empujar más de lo que nunca había necesitado ninguna otra cosa, pero se negó a permitirse hacerlo. Ya habría ocasiones en las que sus necesidades tuvieran prioridad. Esta vez le tocaba a Marlie. Tembló con la intensidad del placer que le provocaba. Pensó que el corazón le iba a explotar; con toda seguridad, su verga estaba a punto de hacerlo.

Marlie ya estaba muy mojada y había incrementado el ritmo. La sábana ajustable se salió cuando Dane tiró de ella. Se arqueó, con todo el cuerpo tan rígido que su peso se apoyaba tan sólo en los talones y los hombros. Una especie de niebla le cegaba los ojos.

-Marlie -Pronunció aquella palabra con voz gutural, casi irreconocible. A pesar de si mismo, estaba suplicando-- Más dentro... por favor. Más dentro. Coge... todo el resto

Si ella le oyó, no reaccionó. Estaba perdida en su propio torbellino de sensaciones, ajena a todo lo demás. Tenía las manos apoyadas en el pecho de él, los ojos cerrados. Sus caderas se balanceaban. Un gemido ahogado salió de sus labios, y con un movimiento convulsivo se hundió en las profundidades de aquel torbellino, con todo el cuerpo abandonado al placer que lo inundaba.

La rítmica tensión de los músculos internos de Marlie sobre él hizo añicos la última brizna de control que le quedaba a Dane. Con un gruñido explosivo, dejó de asir mortalmente la

sábana y aferró las convulsas caderas de Marlie, obligándola a bajar al tiempo que él elevaba sus propias caderas de golpe y se hundía en ella a todo lo largo. Eyaculó a la primera embestida, el orgasmo explotó en él en una potente oleada acompañada de convulsiones. Sujetó a Marlie contra sí con manos despiadadas, implacables, hasta que todo terminó para los dos y ella quedó rendida sin fuerzas sobre su pecho. Los corazones de ambos retumbaban juntos, sacudiendo sus cuerpos.

Dane tuvo la sensación de no tener fuerzas para moverse otra vez. Marlie se sentía como si fuera cera caliente, derretida y vertida sobre él. Ninguno de los dos podía soportar el hecho de separar el cuerpo del otro.

Dane recorrió con la mano la esbelta trayectoria de la columna vertebral de ella. No sabía con cuántas mujeres había hecho el amor en su vida, pero lo que sí sabía era que lo que había sentido con ellas no era nada comparado con lo que sentía ahora. No había habido otra mujer como Marlie; todo lo que la rodeaba a ella era nuevo. Nunca se había sentido tan fascinado por los detalles del cuerpo de una mujer, de suave y fragante femineidad. Nunca se había concentrado tan intensamente en una mujer, hasta el punto de captar sus mínimos cambios de expresión y percibir el menor matiz de sus emociones. Desde el principio mismo había estado atento al menor de sus movimientos, su cuerpo y sus sentidos estaban sintonizados con ella. Ni siquiera se acordaba del nombre de su última amante; sólo existía Marlie.

Pero por mucho que deseara pasar el resto del día donde se encontraba ahora, los números digitales de color rojo del reloj que había junto a la cama continuaban dando cuenta del silencioso, implacable paso del tiempo. Eran las ocho y cuarto. Tenía que ducharse y afeitarse, desayunar y estar en la ciudad a las diez.

-Tengo que irme -murmuró.

Marlie no levantó la cabeza de su pecho. Dane siguió acariciándole la columna.

-¿Adónde?

-A la comisaría. Tenemos una reunión con el teniente a las diez. Marlie no se puso tensa, pero él percibió la inmovilidad que le sobrevino.

-¿Es sobre lo ocurrido anoche?

-Sí. Fue él.

-Lo sé. -Calló por un instante-. ¿Y qué va a pasar ahora?

-Juntaremos los datos que tenemos de los dos casos y trataremos de hallar lo que las víctimas tenían en común. Luego designaremos un grupo especial de trabajo que se concentrará en ese tipo. Puede que llamemos al FBI.

Marlie dijo con calma:

-Si me necesitáis para que lo cuente todo otra vez, lo haré.

Dane sabía lo que aquel ofrecimiento iba a costarle a Marlie, y sabía que ella ya había reunido fuerzas para pagar ese coste. Se enfrentaría al ridículo, a la incredulidad, a la sospecha; eso era lo que había recibido de él, aunque él se había sentido tan atraído que apenas podía pensar con claridad. Marlie sabía a lo que se estaba ofreciendo, y de todas maneras estaba dispuesta a hacerlo.

Dane le dio un apretón.

-No quiero hacerte pasar por eso.

-Pero lo harás si es necesario.

-Sí.

Para alivio suyo, vio que no había herido los sentimientos de Marlie; ella aceptaba la necesidad. Le acarició el pelo.

-Hay una cosa que tengo que decirte -dijo de mala gana-. No quiero que lo leas en los periódicos ni que lo veas en las noticias.

Ella aguardó, convencida de que iba a ser algo malo. Dane deseó no tener que decírselo, pero ya lo había retrasado todo lo posible. El día anterior Marlie no estaba en absoluto en forma para ver las noticias, pero hoy era distinto. No quería que estuviese sola cuando se enterase.

-El viernes por la noche se suicidó Ansel Vinick.

La respiración que había estado aguantando escapó en un suspiro. Cuánto dolor, pensó con tristeza.

-Ya son tres-dijo-. En una semana ha matado a tres personas.

-Le atraparemos -le aseguró Dane, aunque los dos sabían que aquello distaba mucho de ser seguro Dane volvió a mirar el reloj. Las ocho y veinte

Rodó con Marlie hasta quedar encima de ella, y después separó con suavidad los cuerpos de ambos

-¿Quieres ducharte conmigo?

Marlie también miró el reloj.

-No, voy a preparar el desayuno. Estará listo para cuando termines.

-De acuerdo. Gracias, cariño.

Divertida al ver con qué rapidez había aceptado su oferta de hacerle el desayuno, Marlie se vistió y fue a la cocina. Normalmente Comía cosas sencillas, fruta y cereales, pero un hombre de aquel tamaño probablemente necesitaría más. Puso a hacer el café ya continuación descolgó la sartén para tortitas que rara vez utilizaba Mientras ésta se calentaba, batió la mantequilla ¿Cuánto comería Dane? Ella no era capaz de terminarse una tortita, pero sospechaba que podría poner dos o tres sin ningún problema

Oía el ruido que hacía la ducha y también le oyó a él silbar. La cafetera ya estaba siseando y tosiendo del modo característico de todas las cafeteras. Le estaba preparando el desayuno a Dane. El aire doméstico de todo aquello la dejó atónita, y se le cayeron los brazos a los costados Jamás había preparado el desayuno, ni ninguna otra comida, a nadie en su vida.

Durante seis años había trabajado para construirse una vida segura, protegida, ordinaria y solitaria. Pero en una sola semana su vida había cambiado totalmente, y todavía estaba luchando para encontrar el equilibrio. Todo lo seguro, lo protegido y lo ordinario se había ido por el desagüe; y era evidente que también había desaparecido su soledad No era algo que la irritase; había disfrutado del hecho de poder hacer las cosas a su ritmo, de quedarse levantada toda la noche leyendo si le apetecía, de comer lo que se le antojara en el momento. Antes de Gleen, había deseado intensamente tener una relación, casarse, tener hijos. Sin embargo, después de Gleen sólo había querido que la dejaran en paz.

Y en vez de eso, había un hombre en su ducha. y no un hombre cualquiera, sino Dane Hollister. Un policía detective serio, duro, de aterradora intensidad, que nunca iba a ninguna parte desarmado... y que era el hombre más generoso que había conocido. Se entregó de un modo que ella jamás hubiera esperado, dada la hostilidad de sus primeros encuentros. Había acudido a ella sin vacilar, después de su desesperada petición de ayuda la noche del viernes, y desde entonces sólo había visto ternura en él. Ya se había sentido atraída por él antes, pero se había enamorado de él por su resuelta generosidad. Le necesitó, y allí estaba él. Era así de simple.

Oyó que se cerraba el grifo de la ducha, y luego oyó el agua corriendo en el lavabo mientras Dane se afeitaba. Terminó los preparativos para el desayuno: un poco de azúcar

espolvoreado sobre las tortitas, fresas y un jarabe que había calentado en el microondas. Estaba sirviendo el café cuando Dane se presentó en la cocina. Llevaba pues- tos sólo unos pantalones, y Marlie sintió que se le aflojaban las rodillas al ver aquel pecho ancho y musculoso. Tenía el pelo mojado y la cara recién afeitada, con dos leves cortes que decoraban su mandíbula. Respiró hondo, aspirando su masculino aroma a humedad, jabón y una pizca de almizcle.

Él sonrió al ver el desayuno que le aguardaba.

-Tortitas -dijo apreciativamente-. Esperaba que hubiera cereales.

Marlie rió.

-Eso es lo que suelo comer yo.

-Yo normalmente agarro una rosquilla, o una galleta energética.

-Se sentó y empezó a comer con obvio deleite.

Marlie chasqueó la lengua en gesto reprobatorio.

-Toda esa grasa y colesterol.

-Eso es lo que dice Trammell.

-¿Cuánto tiempo lleváis siendo compañeros? -No había tratado mucho a Trammell, pero le había gustado. Le recordaba a una pantera, esbelto y exótico, con esa misma fuerza ágil y peligrosa.

-Nueve años. Patrullamos juntos antes de convertimos en detectives, lo cual hicimos los dos al mismo tiempo. -Dane se aplicó a las tortitas con gran entusiasmo.

-Eso es más de lo que duran muchos matrimonios.

Dane sonrió abiertamente.

- Sí, pero si yo tuviera que dormir con él, no habría durado un solo día.

-¿Has estado casado? -Marlie se mordió el labio nada más hacer la pregunta. Su propia intimidad la había considerado tan valiosa durante la mayor parte de su vida que rara vez formulaba una pregunta personal-. No importa, olvídale.

-¿Por qué? -Dane se encogió de hombros-. No me importa que me lo preguntes. Nunca he estado casado, ni tampoco comprometido. -Se aclaró la garganta, obviamente pensaba que aquello requeriría una explicación- Pero soy heterosexual

-Ya me he dado cuenta -repuso ella secamente.

Dane volvió a sonreír, y su mirada color avellana se posó cálidamente sobre Marlie

-Para tu información, tengo treinta y cuatro años, mi familia vive en Fort Lauderdale, y tengo tres hermanos y dos hermanas, todos casados y contribuyendo al crecimiento de la población Entre los cinco, tengo dieciocho sobrinas y sobrinos, de edades que van desde los dos a los diecinueve años. Cuando nos juntamos todos en vacaciones, es un zoo. Viven rodos en Florida, aunque estamos repartidos por todo el estado. También están los tíos y los primos, pero no voy a meterme en eso. -Observó a Marlie detenidamente mientras hacía un resumen de su enorme familia, sabedor de que para una persona que hubiera vivido como Marlie semejante cantidad de parientes podría resultar alarmante Nunca había querido incluir a ninguna de sus novias en su vida privada, pero con Marlie todo era diferente. Todavía no había decidido hasta qué punto era diferente, pero aceptaba que ciertamente lo era

Marlie intentó imaginarse una familia tan extensa, pero no pudo. Siempre se había visto obligada a reducir al mínimo las relaciones de cualquier tipo, y aunque en los seis últimos años esa limitación no había sido necesaria, todavía se aferraba a ella, reacia a hacerse vulnerable.

-Mí madre murió en un incendio cuando yo tenía tres años-dijo Marlie-. Cayó un rayo en nuestra casa Yo no me acuerdo de nada excepto del fuerte estampido, más grande de lo que

te puedas imaginar, hasta el aire pareció disolverse. Una luz blanca lo quemó todo. Una vecina consiguió sacarme de la casa, y sólo sufrí quemaduras leves. Mi madre se encontraba en la parte de la casa donde cayó directamente el rayo.

-Las tormentas deben de ponerte nerviosa --comentó Dane.

-Deberían, pero no. Nunca les he tenido miedo, ni siquiera inmediatamente después. -Ya había comido suficiente tortita, de modo que dejó el tenedor y cogió la taza de café-. Los rayos hacen cosas curiosas. El doctor Ewell tenía la teoría de que la enorme descarga de electricidad alteró o incrementó de alguna forma mis procesos mentales normales y me hizo más sensible a la energía eléctrica que irradian otras personas. Antes de eso yo era lo que se entiende como normal, pero después me volví difícil, me alteraba fácilmente.

-Tal vez fuera porque perdiste a tu madre.

-Tal vez. ¿Quién sabe? Puede que tuviera las capacidades especiales ya antes, pero simplemente no tenía la edad suficiente para hacerme entender. Por lo que me han contado, mi madre era una persona callada y serena, así que a b mejor su presencia me calmaba. En cualquier caso, mi padre lo tuvo muy difícil para criarme. Cuanto más frustrado y enfadado se ponía, más lo notaba yo. No tenía idea de cómo aislarme de aquella influencia. Los dos éramos personas muy infelices.

» Yo era la chiflada del barrio. Cuando empecé a ir al colegio no hacía muchos amigos, pero no me importaba porque era demasiado agotador. Entonces encontré a un bebé que se había perdido, y salió en los periódicos, y el doctor Ewell fue a hablar con mi padre. Fui al instituto a que me hicieran unas pruebas, me gustó la paz y el silencio que se respiraba allí, y me quedé. Aquello supuso un alivio tanto para mi padre como para mí.

-¿Dónde está ahora? -preguntó Dane.

-Muerto. Durante un tiempo fue a verme de vez en cuando, pero resultaba incómodo para los dos. Las visitas fueron espaciándose cada vez más. Volvió a casarse cuando yo tenía catorce años, creo, y se mudó a Dakota del Sur. Yo vi a su mujer sólo una vez. Era bastante agradable, pero se sentía muy nerviosa conmigo. Tenía dos hijos de su primer matrimonio, pero ella y mi padre no tuvieron ninguno. Mi padre murió de un grave infarto cuando yo tenía veinte años.

-¿No tienes más familiares?

-Algunos tíos y tías, y unos primos a los que no he visto nunca. Había estado prácticamente sola desde pequeña, pensó Dane. No había tenido abrazos ni arrumacos, no se había divertido durante la adolescencia yendo a dormir a casa de alguna amiga. Se preguntó si habría sido alguna vez niña de verdad, si habría jugado. Probablemente no. En Marlie había algo muy de adulto, una madurez mental que era superior a su edad. Pero a pesar de su infancia poco ortodoxa y su, por necesidad, austero estilo de vida, era sorprendentemente normal. Casi cualquier excentricidad habría estado justificada por la manera en que había crecido, pero ella no tenía ninguna manía o costumbre extraña.

Excepto la de recoger las ondas del pensamiento de un asesino en serie.

Dane echó una mirada al reloj y tomó el último sorbo de café. -Tengo que irme, cariño. Ha sido estupendo. ¿Qué tenemos de cena?

Atrapada entre la diversión, la esperanza y un terror absoluto al ver que él, evidentemente, planeaba quedarse de nuevo en su casa, lo único que pudo hacer Marlie fue echarse a reír.

-Acabas de tomar el desayuno -dijo entre risas.

Él le pellizcó la barbilla.

-Hasta en el poema del *Rubaiyat* el viejo Omar concedía prioridad a la comida.

-Yo creía que lo primero era el vino.

-Eso dice mucho de él, ¿no crees? -Le hizo un guiño y fue al dormitorio para terminar de vestirse mientras Marlie empezaba a recoger la mesa. Se sentía contenta. Dane iba a volver aquella noche.

Le gustaría saber cómo llevaba Dane sus relaciones sentimentales. ¿Se sentía satisfecho con pasar una noche juntos de vez en cuando, quizá sólo los fines de semana? ¿O vendría todas las noches, pasaría un rato con ella, haría el amor y después regresaría a su casa? Marlie no sabía qué esperar. Él parecía exudar un aire de profunda satisfacción que la hacía pensar que estaba muy complacido con el resultado del fin de semana en lo personal, pero a lo mejor era sólo que estaba saciado sexualmente. Marlie no tenía bastante experiencia para distinguir una cosa de la otra, suponiendo que hubiera algo que distinguir. A pesar de su bondad, de su ternura, incluso de su pasión, a pesar del hecho de que ella se había enamorado perdidamente de él, era consciente de que en realidad no le conocía.

Dane salió del dormitorio poniéndose la sobaquera.

-Se me había olvidado que aquí no tengo ninguna chaqueta -dijo con el ceño fruncido--. Tendré que parar en mi casa a coger una, así que tendré que echar a correr. -Se inclinó para besarla-. Adiós, cariño. No sé cuánto durará esto.

Marlie apoyó las manos en su pecho y se irguió de puntillas para besarle otra vez.

-Tengo que hacer la compra, si quieres que haya algo para cenar. Si no estoy aquí, estaré haciendo eso.

Dane la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí, obligándola a pegar sus caderas a las de él. Le cubrió la boca con la suya en un beso tan intenso y hambriento que ella se quedó sin fuerzas en sus brazos, temblorosa de placer. Las manos de Dane buscaron sus pechos y la acariciaron entre las piernas. La empujó sobre los armarios de la cocina y la izó rápidamente encima de ellos, para situar las caderas entre los muslos abiertos de Marlie. Ella se aferró a sus fuertes hombros, sintiendo el cuero de la sobaquera bajo las palmas.

Dane apartó la boca con un gruñido. -Dios santo. No podemos hacer esto. No tengo tiempo. -El sudor brillaba en su frente, y sus ojos habían adquirido una expresión intensa, que a punto estuvo de hacer que Marlie le rogara que se quedase. Pero ella sabía mejor que nadie cuál era el precio del deber, y se obligó a sí misma a soltarle.

-Vete -le dijo-. Vamos.

Él retrocedió e hizo una mueca al tiempo que bajaba una mano para recolocarse.

-Regresaré lo antes que pueda, pero es posible que tarde varias horas. ¿Tienes otra llave de la casa?

-Sí, por supuesto.

-Dámela.

Él no albergaba la menor duda ni vacilación, pensó Marlie mientras bajaba al suelo de un salto y corría a buscar su bolso. Le dio a Dane la llave extra, y él se la guardó en el llavero. Hizo el ademán de acercarse a ella para otro beso más, pero se contuvo a tiempo.

-Después -dijo, guiñándole un ojo, y se encaminó hacia la puerta.

Una vez que se hubo marchado, Marlie se derrumbó en el sofá y trató de hacer un recuento de su vida. Estaba recelosa, incluso asustada, de lo que había sucedido, pero por nada del mundo se hubiera perdido aquella experiencia. Por primera vez en su vida estaba enamorada, y era maravilloso.

Para sorpresa de Dane, el jefe de policía se hallaba presente en la reunión. Rodger Champlin, alto y de cabellos blancos, y encorvado causa de haber pasado demasiados años detrás de una mesa, era de todos modos un policía de carrera que había ido subiendo por el escalafón y tenía más de cuarenta años de servicio a la cintura. Era un perro viejo y pícaro que se las había arreglado para mantenerse a guardia de la oleada de nuevas tecnologías que invadía el trabajo policial, en vez de atrincherarse tercamente en los métodos desfasados que había aprendido en su juventud.

El atestado despacho de Bonness no era lo bastante grande para que cupiera todo el mundo, así que se fueron a una sala de juntas y cerraron la puerta. Ivan estaba allí, con el rostro lleno de arrugas y los ojos enrojecidos, prueba de que había permanecido despierto toda la noche. Estaban todos los detectives, la mayoría de ellos obviamente desconcertados por aquella reunión en un domingo por la mañana, sobre todo con la presencia del jefe.

Bonness bebía café como si fuera lo único que le mantenía activo. A juzgar por su aspecto, no había dormido mucho, y la mano con que sostenía la taza de café le temblaba ligeramente a causa del exceso de cafeína.

Todo el mundo se hizo con una taza de café y se acomodó en el asiento elegido. Dane decidió quedarse de pie y se apoyó pared.

Bonness miró la pila de papeles que había en la mesa delante de él, y suspiró. Era evidente que no tenía ganas de comenzar, como si el hecho de poner aquello oficialmente en forma de palabras fuese más real.

-Señores, tenemos un grave problema -dijo-. Sólo contamos con dos casos para comparar, pero las similitudes entre ambos son tan abrumadoras que estamos bastante seguros de que hay un asesino en serie en Orlando.

Un silencio mortal llenó la estancia. Los detectives intercambiaron miradas unos con otros.

-Se nos alertó de la posibilidad -continuó, sin entrar en detalles-, y ése es el motivo por el que podemos ponernos tan rápidamente. -Pasó algunos de los documentos al detective que tenía su derecha, Mac Stroud-. Coge uno y pasa los demás. Éstos son los expedientes de Nadine Vinick y Jacqueline Sheets. Leed los dos detenidamente. La señora Vinick fue asesinada el viernes de la semana pasada, la señorita Sheets lo fue este viernes por la noche.

-¿Y qué tenemos, pues? -preguntó Mac.

Bonness miró a Ivan Schaffer.

-Nada -dijo Ivan sin más-. Nada de nada. No hay huellas dactilares; el asesino lleva guantes. Tampoco hay semen, aunque los daños sufridos en las vaginas de las dos mujeres indican que fueron violadas. O bien utiliza un condón, o se vale de un objeto extraño. Tampoco he encontrado cabellos sueltos. Ni huellas de pisadas, ni fibras de la ropa, ni testigos. No tenemos nada.

-A ver si lo entiendo -dijo el jefe Champlin. Sus ojos perforaron al grupo-. ¿Debo decir al alcalde que hay suelto en la ciudad un asesino en serie y que no tenemos la menor prueba sobre él? ¿Que aunque, por algún milagro, lográsemos ponerle la mano encima, no podríamos relacionarlo con los crímenes?

-Algo así -dijo Ivan.

-¿Cómo podéis estar tan seguros de que se trata del mismo tipo? Sólo ha habido dos asesinatos, y las muertes a puñaladas no son tan infrecuentes. ..

-¿Dos muertes a puñaladas que no han dejado absolutamente ninguna prueba? -interrumpió Dane-. Las dos han tenido lugar un viernes por la noche, aproximadamente a la

misma hora. Los dos asesinatos han sido cometidos con un cuchillo de la cocina de la víctima, y las dos veces el arma ha sido abandonada en el sitio. Es el mismo hombre. -No mencionó a Marlie, y apostaría a que Bonness tampoco iba a hacerlo. Habría que llamarla tarde o temprano, pero él quería que fuera tarde, cuando fuera el momento adecuado y todo estuviera bajo su control.

-¿Existe alguna conexión entre las dos víctimas? -preguntó Mac.

Dane miró a Freddie y Worley, que se habían ocupado del informe sobre Jacqueline Sheets. Freddie sacudió la cabeza en un gesto negativo.

-Todavía hay varias personas con las que necesitamos hablar, pero hasta el momento no hemos encontrado ninguna conexión. Las víctimas no se parecían físicamente, no vivían en el mismo barrio.

La señora Vinick era ama de casa, la señorita Sheets era secretaria de bufete. No frecuentaban los mismos sitios. Que nosotros hayamos podido descubrir, nunca se conocieron entre sí.

-Podemos obtener de la compañía telefónica una lista de las llamadas que hicieron desde los dos domicilios, y compararlas. A lo mejor tenemos suerte y aparece algún número en común -dijo Trammell-. Además, en la basura siempre se encuentran cosas interesantes.

-Y necesitamos conseguir copias de cheques suyos cobrados. Dane escribió una nota para sí. Y también copias de los cargos en tarjetas de crédito que haya. Hay una conexión; siempre hay una conexión.

-Voy a esperar uno o dos días antes de decírselo al alcalde -dijo- el jefe, mirándolos a todos con cara de pocos amigos-. Hasta que tengan pruebas un poco más concretas, para que no me sienta tan ridículo como me siento en este momento.

-La carencia total de pruebas circunstanciales es en sí misma una característica -señaló Dane-. Yo creo que deberíamos llevar el caso a que lo analizara el FBI.

Tal como había esperado, el rostro del jefe adquirió una expresión agria.

-Malditos federales -le espetó-. ¿Está usted diciendo que no es lo bastante bueno para hacer esto solo, Hollister ?

Dane se encogió de hombros. Todos los policías eran muy celosos de su jurisdicción, ya nadie, sobre todo a los más antiguos, le gustaba pasar nada al FBI. En ese caso era inevitable que los federales se llevarán todo el mérito.

-La Unidad de Apoyo a la Investigación está especializada en esto y yo diría que necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. No tengo ninguna necesidad de demostrar que tengo la verga grande que la de ellos.

-A ti te es fácil decir eso -señaló Freddie-. ¿y yo, qué?

-¿Y el resto de nosotros ? -terció Worley en tono plañidero.

La habitación estalló en carcajadas y comentarios gruesos. Bonness se sonrojó ante aquella falta de decoro, pero no pudo evitar sonreír también. Dane le hizo un guiño a Freddie, y ella se lo devolvió.

-Si todos ustedes han terminado de comparar centímetros.... o la falta de ellos --dijo el jefe, alzando la voz-, tal vez podamos volver al asunto que tenemos entre manos. Muy bien, es posible que se lo pasemos al FBI, pero no se hará hasta que yo lo diga, y no hasta que haya hablado con el alcalde. ¿Entendido? Primero agoten todas las demás vías.

-No podemos permitirnos el lujo de esperar tanto. Sólo faltan cinco días para el próximo viernes.

-Ya sé en qué día de la semana estamos -replicó el jefe--. Hablaré con él el martes por la

tarde, yeso es lo más pronto que lo haré. Eso quiere decir que tienen ustedes dos días para encontrar algo, de modo que les sugiero que se pongan a trabajar.

CAPÍTULO 15

No había precisamente montones de cosas que pudieran hacerse en un domingo. La llamada a la peluquería The Hairport, donde Jackie Sheets solía cortarse el pelo, ni siquiera fue atendida por el contestador, sino que sonó el timbre de forma indefinida. No había bancos abiertos. Sin embargo, la compañía telefónica trabajaba y protegía el derecho del público a ponerse en contacto con quien deseara veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Allí siempre había alguien, de modo que Dane se puso a la tarea de obtener un listado de todas las llamadas que se habían hecho desde el domicilio de Sheets.

Bonness organizó un grupo especial de trabajo, para el que escogió a Dane, Trammell, Freddie y Worley, pues eran los cuatro que ya estaban trabajando en los dos casos conocidos. Todos los demás casos que llevaban ellos fueron repartidos entre los otros detectives, a quienes les advirtió de que atasen tantos cabos sueltos como pudieran, porque era probable que todos ellos formasen parte del grupo especial sin mucho tardar.

Entre una cosa y otra, ya eran más de las cuatro cuando Dane y Trammell pudieron por fin salir del edificio. Dane parpadeó al mirar el brillante cielo antes de ponerse las gafas de sol. Tras la lluvia de la mañana, el día se había convertido en un horno, y la lluvia sólo había servido para aumentar la humedad, pues el calor convertía el agua en vapor.

-¿Cómo está Grace ? -preguntó.

Trammell se molestó.

-Hablas como si estuvieras esperando que nos fuguemos en cualquier momento y eso, colega, no va a suceder.-Calló un instante-. Grace está bien.

-¿Sigue en tu casa?

Trammell consultó su reloj.

-No.

Dane soltó una risita.

-Todavía no, ¿eh? ¿Tal vez esté de camino? Has hecho una llamada antes de marcharnos; veamos, ¿a quién puedes haber llamado?

-Que te jodan -dijo Trammell-. ¿Adónde vas tú?

-A casa. A mi casa.

Las negras cejas de Trammell se alzaron en gesto inquisitivo.

-A coger más ropa -terminó Dane, con cierta satisfacción

-¿Por qué no haces una maleta y te mudas?

-Lo haría, pero aún así tengo que ir a casa todos los días a recoger el correo, de modo que eso no me ahorraría molestias. Con el tiempo, la mayor parte de mi ropa acabará en la casa de Marlie.

-Todas tus otras novias se mudaron a vivir a tu casa - señaló Trammell.

-Marlie es distinta. Se siente a salvo en su casa, y no querrá dejarla. -Además, no le gustaba la idea de que Marlie se trasladara a su casa. Como había señalado Trammell, a lo largo de los años varias mujeres habían tenido allí su domicilio provisional. En aquel momento a Dane le gustó y lo disfrutó, pero al final ellas no resultaron ser muy importantes para él, desde luego no tan importantes ni interesantes como su trabajo. Marlie era en efecto distinta;

no pertenecía a aquella categoría de mujeres olvidables.

El hecho de pensar en su casa le puso nervioso. Siempre le había parecido adecuada, pero es que él nunca había sido melindroso. Y de pronto sentía deseos de cambiarlo todo.

- Mi casa necesita un poco de atención-decidió bruscamente-. Ésta es una buena ocasión para ocuparme de ello.

-¿Qué clase de atención?

-Mantenimiento. Pintarla, pulir los suelos. El baño necesita una renovación completa.

-Ya veo. -Los oscuros ojos de Trammell empezaron a brillar.

Aquello era algo que le llevaba aguijoneando varios años-: y ya puestos, ¿qué tal si cambiaras los muebles? Los trastos que tienes ahora deben de tener unos veinte años.

-La casa pertenecía a mis abuelos. Cuando me la dejaron a mí, los muebles ya estaban dentro.

-Eso es lo que parece. ¿y cómo lo ves? ¿Vas a cambiar los muebles también?

Dane reflexionó un momento. A diferencia de la mayoría de los policías, y sin contar a Trammell, su cuenta bancaria gozaba de buena salud. Estaba soltero y no tenía gustos caros en cuanto a comida, ropa o coches. Había heredado la casa de sus abuelos, así que no tenía ninguna hipoteca que pagar todos los meses. De hecho, vivía con la mitad de sus ingresos, de modo que la otra mitad se había ido acumulando en el banco durante años. En varias ocasiones había pensado en comprarse un barco, ¿pero cuándo iba a tener tiempo para usarlo? No se le habían ocurrido otros proyectos en que gastarse el dinero. Su casa ciertamente necesitaba un cambio. Le gustaría llevar a Marlie allí de vez en cuando, aunque en realidad no se la imaginaba viviendo con él, y quería que tuviera un aspecto agradable, por ella. Desgraciadamente, ahora tenía exactamente el aspecto de lo que era: el hogar de un soltero. y de un soltero que no prestaba mucha atención a su entorno, además. No era el típico guarro que iba dejando comida y latas de cerveza vacías por todas partes, pero tampoco se le daba muy bien limpiar el polvo o poner las cosas en su sitio.

-Está bien -dijo-. También cambiaré los muebles.

Trammell se frotó las manos:

-Empezaré mañana.

Dane miró a su amigo con recelo.

-¿Qué quieres decir con eso de que vas a empezar mañana? Vas a estar ocupado. Yo me encargaré de llamar a los pintores ya los carpinteros, y el fin de semana próximo escogeré muebles nuevos.

-No va a ser así exactamente, colega. Ya estamos de acuerdo en que tu gusto en todo excepto en cuestión de mujeres es atroz. Tienes Un gusto excelente para las mujeres. El resto déjame a mí.

-¡Demonios, no! Te conozco. Tú pondrías en la sala de estar una de esas alfombritas que cuestan una fortuna, y yo no me atreveré ni a pisarla. Mi cuenta bancaria no es tuya, «colega».

-Tomaré eso en cuenta. Y no escogeré alfombras caras. Al contrario que tú, yo tengo un gusto excelente. Será un lugar en el que podrás estar cómodo, pero estará muchísimo más bonito. A Marlie le gustará -añadió travieso.

Dane le miró ceñudo, y Trammell le dio una palmada en el hombro.

-Tú relájate y disfruta.

-Eso me suena a que me van a joder.

-Puedo hacértelo por unos diez mil. ¿Qué tal te suena eso?

-Me suena a una jodienda carísima. ¿Qué tal cinco mil?

Trammell soltó un bufido.

-Sólo si quieres dormir en un futón y sentarte en un saco de alubias.

Diez mil. Era mucho dinero. Pero Trammell tenía razón, el muy engreído cabrón: tenía buen gusto. La casa necesitaba una reforma, y él la quería limpia y reciente para Marlie, aunque nunca fuera a vivir en ella. Ninguna de las otras mujeres había dejado mucha huella, pero quería hacer desaparecer hasta el menor indicio de ellas.

-¿Cómo vas a encontrar tiempo para hacerlo? -preguntó, mascullando.

-¿Sabes lo que es un teléfono? No hay problema. Haré que entreguen el material, me dejaré caer por allí para echarle un vistazo, y si no me gusta, la tienda se lo volverá a llevar.

-Llevas demasiado tiempo siendo rico. Necesitas salir de la estratosfera y vivir como la gente normal, para variar.

-Los consumidores ostentosos como yo creamos puestos de trabajo y hacemos que crezca la economía. Ya es hora de que hagas tu parte.

-Ya he aceptado, maldita sea.

-Entonces, deja de quejarte. -Trammell consultó de nuevo su reloj-. Tengo que irme. Si tienes una llave extra de la casa, tráemela por la mañana.

-Claro -contestó Dane, preguntándose si su casa sería reconocible como el mismo domicilio cuando Trammell hubiera acabado con ella. Aun así, se mataban dos pájaros de un tiro: La casa necesitaba verdaderamente un cambio, y eso le daba una excusa perfecta para mudarse a casa de Marlie mientras durase la reforma. Entró en el coche silbando.

Hora y media más tarde, Marlie, de pie en la puerta, se quedó muda de asombro al ver a Dane descargar trajes y cajas del coche.

-¿Qué es todo eso? -preguntó con voz desmayada. Una pregunta tonta; veía bien a las claras lo que era. La pregunta que en realidad quería formular era: «¿por qué?», pero supuso que también conocía la respuesta. Era posible que a Dane le gustase mucho la parte física de aquella relación, pero ella no podía permitirse olvidar que, con independencia de todo, él era policía. ¿Qué mejor modo de vigilarla que mudándose a vivir con ella? De esa forma sabría inmediatamente si tenía otra visión.

-Mis cosas. Tengo la casa en obras, de modo que tengo que largarme de allí un par de semanas. -Se detuvo en el porche, mirando fijamente a Marlie-. Perdona por no preguntártelo, pero lo de la obra ha sido una decisión repentina.

-Ya veo. -Marlie consiguió esbozar una sonrisa irónica-. Trasladarse aquí es una buena forma de estar encima de la situación, supongo. Figurada y literalmente hablando.

Dane dejó la caja con mucho cuidado en el porche. Su expresión era a la vez fría y vacía.

-¿Qué significa eso exactamente ?

Marlie se alzó de hombros.

-¿Puedes decir sinceramente que mudarte a mi casa no tiene nada que ver con los asesinatos, con toda esta situación?

-No -dijo él impulsivamente. Era la verdad. No podía. Marlie era su mejor oportunidad de pescar a aquel hijo de puta, pero no era sólo eso. Había visto cómo la afectaban las visiones, el precio físico y mental que le suponían. Por las dos razones, además del hecho de que se sentía violentamente atraído hacia ella, quería estar cerca de Marlie.

Ella permaneció en silencio por espacio de unos instantes, estudiando la situación. Se habían convertido en amantes, pero su instinto le aconsejaba que se tomase las cosas despacio. Las circunstancias habían decretado otra cosa y los habían arrojado a ambos a una

olla a presión. Aunque ella quisiera ahora pisar el freno, avanzar paso a paso en aquella extraña relación, esas mismas circunstancias continuaban alineándose en su contra. Dane era, por encima de todo, un policía, y ella constituía su conexión directa con un asesino. Hasta que atraparan a éste, no podría esperar que Dane se mantuviera muy alejado de ella. Simplemente tendría que recordar que la razón principal por la que estaba allí era su trabajo; era seguro que él no se había en irse a vivir con todas las mujeres con las que se había acostado.

Se apartó a un lado y dijo:

-Es sólo para que nos entendamos. Entra.

* * *

Trammell lanzó un largo silbido cuando Dane entró a la mañana siguiente y todo el mundo se volvió para mirarle. No importaba que hubiera un asesino en serie suelto por ahí; los policías nunca estaban demasiado ocupados para acosar a uno de los suyos. Freddie se llevó una mano al corazón y fingió desmayarse. Bonness, que estaba de pie junto a la mesa de Keegan, quedó totalmente sin expresión y le preguntó:

-¿Podemos servirle en algo, señor?

-Por supuesto que sí -contestó Dane de buen humor al tiempo que se dejaba caer en su silla-. Todos vosotros, sabihondos, ya podéis pedirme disculpas por lo que me habéis criticado durante años en cuanto a la forma en que vestía.

-Lo ha dicho en pasado -señaló Trammell, poniendo los ojos en blanco-. Dios, por favor, que siga así.

Dane le sonrió.

-¿Te apetece tomar un par de cervezas al salir del trabajo?- le preguntó con voz sedosa. Trammell captó la indirecta y capituló, pero conservó un malévolo brillo de diversión en sus ojos oscuros.

-¡Tómame, tómame! -exclamó Freddie, agitando la mano exageradamente.

-Ya, ¿para que me rompan las piernas?

Ella se encogió de hombros.

-A mí no me importa.

-Ya, gracias. Me siento abrumado por tu preocupación.

Bonness se separó de la mesa de Keegan para apoyarse en la de Dane.

-¿A qué se debe esta transformación? -le preguntó-. ¿Te ha asaltado un diseñador de moda cuando venías al trabajo?

Dane sonrió abiertamente, sabiendo que su respuesta haría que Bonness se ahogara. No era algo que pudiera guardarse para sí, de modo que decidió divertirse un poco.

-A Marlie no le gustan las arrugas -explicó con calma. Bonness se puso blanco.

-¿Marlie? -Era obvio que sólo se le ocurría una Marlie, y era igual de obvio que no lograba establecer la relación.

-Marlie Keen. Ya sabe, la vidente.

-Ya sé quién es -replicó Bonness, aún confundido-. ¿Qué tiene ella que ver con esto ?

-No le gustan las arrugas -explicó Dane de nuevo, tan inexpresivo como Bonness antes. Oyó la risita de Trammell, pero no se atrevió a mirar en aquella dirección.

El pobre Bonness estaba espeso ese día.

-¿Es que esa mujer va por la ciudad cargándoselas ? -preguntó con fuerte sarcasmo.

-No. -Dane sonrió, una sonrisa muy satisfecha-. Las plancha. Por lo menos, me planchó la

camisa. Pero me hizo que me planchara yo los pantalones, porque dijo que me convenía aprender.

Bonness le miró boquiabierto. Trammell estaba haciendo unos ruiditos como de ahogo, en un intento de no romper a reír en voz alta.

-Quieres... quieres decir que Marlie... o sea, que tú y Marlie...

-¿ Que Marlie y yo, qué ?

-Hum... ¿Estáis saliendo?

-¿Saliendo? -Dane fingió pensar-. No, yo no diría eso.

-¿ Entonces qué dirías ?

Él se encogió de hombros con gesto negligente.

-Es muy sencillo. Esta mañana, al vestirme, ella me ha dicho que de ninguna manera iba a salir de casa de esa guisa, de modo que sacó la plancha y la tabla de planchar y me hizo quitarme la ropa. Cuando volví a ponérmela, estaba así. -Se preguntó por qué una camisa recién planchada, una corbata bien anudada y unos pantalones con la raya bien hecha importaban tanto, no sólo para Marlie, sino también para el resto del mundo. No le importaba; antes no se había preocupado. Ahora no se preocupaba de la ropa, pero Marlie sí, de modo que tendría que esforzarse un poco más. Sencillo.

Bonness farfullaba literalmente, con los ojos desorbitados.

-Pero si la conoces hace una semana. La pusiste en ridículo, la acusaste de ser cómplice de un asesinato. Ella te tenía ojeriza.

-Los dos hemos cambiado de opinión -dijo Dane--. Si me necesita, podrá encontrarme en su casa.

-Mierda. Te estás burlando de mí. Creía que esa mujer tenía mejor gusto.

Dane sonrió pacíficamente.

-Y así es. Ya me está mejorando. -Y pensaba dejar que siguiera haciéndolo. Si Marlie quería que se afeitase dos veces al día, se afeitaría dos veces al día; si quería que hiciera el pino todas las mañanas durante una hora, no tenía ningún problema en levantar el culo en el aire. La tarde anterior, al volver con su ropa, había quedado claro que la idea de que él se fuera a vivir a su casa la ponía nerviosa. Sabía que debería haberle mentido en cuanto a sus motivos, pero maldita sea, su interés por Marlie era realmente doble. No podía olvidarse alegremente de los asesinatos y asegurarle a ella que no pensaba para nada en su participación en los mismos. Diablos, precisamente no podía dejar de pensar en su participación.

Cuanto todo aquello acabase, dedicaría toda su atención a Marlie, pero en aquel preciso momento no podía hacerlo, y ella lo sabía. Había percibido un ligero distanciamiento que no existía cuando se marchó. Marlie seguía reconstruyendo aquella coraza de protección, como si no pudiera confiar en sí misma lo bastante para soltarse, o confiar en que él la sujetase si se soltaba. Permitiría que Marlie le reformase desde cero si eso la hacía a ella sentirse más segura con él.

Marlie era una criatura solitaria que no compartía fácilmente su espacio ni su tiempo. Dane había pasado la noche procurando con todo cuidado no agobiarla, pero de todas formas estableciendo un tono de normalidad hacia su presencia. Habían hecho cosas muy normales - hacer la cena, recoger la cocina, ver la televisión-, igual que si llevasen meses juntos en vez de una estresante semana. y había funcionado; ella se había ido relajando conforme avanzaba la noche, y cuando se fueron a la cama y él empezó a hacerle el amor, aquella reserva se había desvanecido por completo. No sabía si habría desaparecido para siempre; era probable que no. Pero estaba dispuesto a hacerle frente cada vez que reapareciera, y mientras tanto se iría

introduciendo cada vez más hondamente en el diario entramado de su vida. Además, le gustó mucho que Marlie le hiciera varios comentarios acres sobre su vestimenta. Había estado demasiado hundida y vulnerable durante los dos últimos días, y Dane se alegró de verla regresar a su habitual talante mordaz.

Todavía sacudiendo negativamente la cabeza por la evidente pérdida de sentido común de Marlie, Bonness hizo un gesto a Freddie y a Worley para que se acercaran. Cuando todo el mundo estuvo reunido, decidieron lo que iban a hacer ese día. Freddie y Worley iban a hablar con la gente con la que había trabajado Jackie Sheets, incluida de nuevo Elizabeth Cline, porque ahora estaría más calmada y tal vez recordase algo más. También decidieron obtener copias de los cheques cobrados de ambas víctimas. Dane y Trammell fueron a la peluquería The Hairport a hablar con la estilista de Jackie Sheets.

The Hairport se encontraba situada en un edificio pequeño y renovado. No tenía nada de aquella decoración en neón rosa y tonos negro y morado tan apreciada por los salones más modernos de los que todos los clientes salían como si hubieran metido los dedos en un enchufe. Pero había helechos de verdad (Dane lo sabía porque Trammell metió el dedo en la tierra de la maceta para comprobarlo) y cómodos sillones para esperar, además de una selección realmente impresionante de revistas, apiladas en inseguras torres sobre cualquier superficie libre. En el salón había varias mujeres, en diversas fases de mejora capilar. Flotaba en el aire un fuerte olor a productos químicos, y un aroma subyacente a laca de pelo y esmalte de uñas.

La tal Kathy que cortaba el pelo a la señorita Sheets era Kathleen McCrory, que lucía un aspecto tan irlandés como su apellido. Tenía una cabellera de color rojo arena que le flotaba alrededor del rostro, un cutis muy claro y unos ojos azules y redondos que se abrieron aún más cuando Dane y Trammell se presentaron. Los condujo hacia la minúscula habitación de descanso que utilizaban los estilistas, sirvió a cada uno una taza de café y les ofreció a escoger del surtido de cosas de picar que había sobre la pequeña mesa. Ellos aceptaron el café, pero rechazaron las chucherías.

Kathleen era una joven alegre y segura de sí misma. Trammell empezó a preguntarle por Jackie Sheets, y Dane se reclinó en su asiento a disfrutar del café, que era bastante bueno. Observó a Kathleen coquetear ligeramente con Trammell y vio cómo su compañero coqueteaba también a su vez, sin dejar de hacer preguntas. Kathleen dejó el juego cuando él le dijo que Jackie Sheets había sido asesinada, y lentamente sus grandes ojos azules se llenaron de lágrimas. Miró alternativamente a Dane y Trammell, como si estuviera esperando que alguno de los dos dijera que se trataba de una broma. Empezaron a temblarle los labios.

-No he visto las noticias este fin de semana --dijo, y tragó saliva- Mi novio y yo hemos estado en Daytona.

Dane extendió una mano sobre la pequeña mesa y tomó la mano de la chica. Ella cerró los dedos con fuerza y se aferró a él hasta que pudo dominar las lágrimas. Después le dirigió una leve sonrisa acuosa, de disculpa, al tiempo que se ponía a buscar un pañuelo de papel para secarse los ojos.

Sí, le cortaba el pelo a Jackie cada tres semanas. Jackie poseía un cabello precioso, sedoso y abundante, con mucho cuerpo. Podía hacer con él lo que le apeteciera. Trammell interrumpió suavemente aquel análisis del cabello para regresar al tema en cuestión. No, Jackie no había mencionado estar viéndose con nadie desde hacía un tiempo. No, Kathleen no recordaba a nadie apellidado Vinick.

¿Que si tenía clientes masculinos ? Claro que sí. Y bastantes. ¿Que si Jackie había

hablado o hecho amistad con alguno de ellos? No que Kathleen recordase.

Otro callejón sin salida, pensó Dane. Ya estaba cansándose de ellos.

* * *

El martes se encontraron más callejones sin salida. La comparación de los cheques cobrados y de los recibos de las tarjetas de crédito reveló que los Vinick y Jackie Sheets habían comprado en algunos mismos grandes almacenes, lo cual les dijo exactamente nada. Dane se imaginaba que casi todo el mundo en Orlando había estado por lo menos en uno de aquellos grandes almacenes en una u otra ocasión. Aun así, era la única conexión que habían encontrado, de modo que la persiguieron denodadamente, comparando fechas para ver si tal vez habían estado en una tienda al mismo tiempo.

Jackie Sheets tenía tarjetas de crédito de varios grandes almacenes, pero Nadine Vinick no tenía ninguna de éstas, y normalmente pagaba sus compras con un cheque, o cargando el gasto en su única tarjeta de crédito, una MasterCard, cuando no tenía el efectivo a mano. Pero la señora Vinick era muy frugal y había utilizado la tarjeta sólo en dos ocasiones a lo largo del año anterior. En general, los Vinick habían funcionado con una economía doméstica al día, mientras que Jackie Sheets cargaba todo en sus tarjetas y pagaba en plazos mensuales, y siempre vivía ligeramente por encima de sus posibilidades. La mayoría de sus compras eran de ropa, de las mejores tiendas de la ciudad.

Tenían estilos de vida distintos. Los Vinick eran trabajadores más humildes, y lo que más interesaba a Nadine era la cocina. Jackie Sheets era de categoría más alta, una mujer que adoraba la ropa y hacía un esfuerzo por ir siempre lo mejor vestida posible. Pero en alguna parte, de alguna manera, las dos mujeres, por diferentes que fueran, habían tenido la mala suerte de llamar la atención del mismo hombre. ¿Pero dónde, y cómo?

El jefe Champlin claramente esperaba que dieran con algo; su decepción de aquella tarde no resultaba agradable. Pero él también era policía, y había visto los expedientes. El mismo hombre había matado a ambas mujeres. La misma falta de pruebas circunstanciales era un indicador tan importante como si hubieran encontrado las mismas huellas dactilares en las dos escenas del crimen. Se trataba de un tipo muy inteligente, y necesitaban ayuda.

-Está bien --dijo-. Llama al FBI. Yo se lo diré al alcalde. Bonness hizo la llamada y explicó brevemente la situación. Los hombres de la oficina local del **FBI** recibieron un montón de información al terminar, y dijeron que les gustaría ver los expedientes de inmediato.

-Hollister y Trammell, coged los expedientes y salid para allá --dijo Bonness.

Dane vio que Trammell consultaba su reloj, un signo seguro de que tenía algo más que hacer.

-¿Por qué no enviar a alguien de cada caso? -sugirió-. Puede que hagan preguntas acerca de Jackie Sheets que Trammell y yo no sepamos responder.

-De acuerdo -aceptó Bonness-. ¿Freddie? ¿Worley? ¿Quién de los dos quiere ir?

Worley hizo una mueca. Estaba claro que deseaba ir, pero también miró su reloj.

-Hoy es el cumpleaños de mi suegra. Si llego tarde a la fiesta, mi mujer dejará de hablarme un año entero.

-Yo estoy libre --dijo Freddie--. ¿Quién de vosotros dos irá? -Yo --dijo Dane, y Trammell dirigió una fugaz sonrisa de agradecimiento.

* * *

El agente del FBI Dennis Lowery los estaba esperando. Lowery tenía un aspecto a lo Ichabod Crane: delgado, de piernas largas y hombros encorvados, con la ropa siempre flotando en torno a él como si le viniera demasiado grande. Tenía los ojos hundidos y la nariz aguileña. Pero era un hombre sereno e inteligente que era más diplomático que algunos a la hora de tratar con los departamentos locales encargados de hacer cumplir la ley. Dane ya había tratado con él antes, y le gustaba mucho.

Un segundo agente, Sam DiLeonardo, era un jovencito recién salido de sus estudios, todo pulcro y acicalado. A Dane no era que le gustase mucho, porque parecía el típico que insistía en seguir a rajatabla las normas aun cuando todo se viniera abajo a su alrededor, pero el chico se redimió echando una mirada a Freddie y cayendo inmediatamente presa de la lujuria. Se quedó absolutamente inmóvil, mirándola fijamente con los ojos abiertos como platos y con un ligero rubor en las mejillas. Freddie siempre era amable y podía ser muy femenina cuando quería, de modo que fingió no haberse percatado de la fascinación del muchacho. Dane y Lowery intercambiaron miradas irónicas y se sentaron ante una gran mesa de Juntas.

-y bien, ¿qué es lo que tienen? -preguntó Lowery, al tiempo que sacaba un cuaderno y destapaba un bolígrafo.

Freddie entregó copias de los expedientes a ambos agentes, que los hojearon en silencio. DiLeonardo olvidó su preocupación por la sencilla pero notablemente atractiva detective Freddie Brown y su semblante se tornó grave al contemplar las duras fotos de los cadáveres, tanto en color como en blanco y negro.

-Es probable que las aceche antes de matarlas -dijo Dane--. Así sabe si están solas o no. En ambos casos, creemos que es posible que estuviera en la casa un rato antes de que ellas lo supieran, oculto en el dormitorio de invitados. En el caso de Vinick, probablemente estuvo esperando a que el marido se fuera a trabajar. Con Jackie Sheets, no sabemos a qué esperó.

-Tal vez a que los vecinos se fueran a la cama -dijo DiLeonardo en tono distraído, todavía estudiando las notas.

-Habría menos posibilidades de que oyeran algo si estaban todavía levantados y con la televisión encendida. En cualquier caso, ninguno de los vecinos oyó gritos.

Lowery observaba las fotos con rostro impasible.

--Cabría pensar, por la forma en que han sido acribilladas estas mujeres, que han chillado como locas al ser asesinadas, pero en muchas ocasiones no sucede eso. Él las persiguió, ¿no es así? Estaban aterrorizadas, sin resuello, ya traumatizadas por la violación. En esas circunstancias es difícil chillar, gritar de verdad, la garganta se cierra, impide que salga ningún sonido. Probablemente no hicieron demasiado ruido

Dejó los expedientes sobre la mesa y se frotó el mentón

-¿Sólo hay dos casos? Eso no nos da mucho con que trabajar, pero estoy de acuerdo, parece tratarse del mismo tipo. ¿Cuál es la conexión?

-No hemos podido encontrar ninguna -dijo Dane--. Ni en el parecido físico, ni en el estilo de vida, los amigos, el vecindario, nada. Hemos comparado los cheques cobrados y los recibos de las tarjetas de crédito, y salvo algunas compras que ambas hicieron en los mismos grandes almacenes, lo cual puede aplicarse a la población entera de esta ciudad, sus caminos nunca se cruzaron. Jamás se conocieron entre sí.

-Sin embargo, hicieron algo que atrajo la atención del asesino. ¿Compraron algo en la misma tienda, digamos, dentro del mismo mes?

-No que hayamos podido descubrir Resulta difícil de saber, porque los Vinick pagaban un montón de cosas al contado. -A Dane no le irritaban las preguntas de Lowery, cosa que sí habría molestado a algunas personas al tomarlas como una sugerencia de que los policías locales no habían hecho un buen trabajo. Las mismas preguntas iban a repetirse una y otra vez, a medida que el problema fuera cayendo en las manos de diferentes personas. Había habido muchas ocasiones en que había vuelto a examinar el mismo expediente una vez tras otra, empeñado, hasta que se encendía una luz y veía de pronto un de talle que había estado allí todo el tiempo pero se le había pasado por alto.

-Voy a llevar esto a Quantico -dijo Lowery-. Dos asesinato, en una semana no son buena señal Si ese tipo está avanzando tan de prisa, es que va sin control.

-Tengo la esperanza de que haya sido raro en él matar a dos personas tan seguidas. Puede que Jackie Sheets fuera una oportunidad fácil a la que no se pudo resistir.

-Puede. Pero si le gustó hacerlo, no esperará mucho para hacerlo de nuevo.

-Oh, claro que le gusta -dijo Dane amargamente-. Actúa sin prisas, juega con sus víctimas. A ese hijo de puta le encanta su trabajo.

CAPÍTULO 16

Carroll Janes estaba taciturno. Estaba de un humor de perros desde el pasado viernes por la noche. Jacqueline Sheets no había resultado ser la diversión que había esperado. La gran sensación de poder que había soñado no se materializó. La mujer había estado patética, gimiendo y correteando por ahí en círculos, en vez de hacerlo interesante. y tampoco había hablado mucho de ello la prensa, lo cual realmente le decepcionó. Parte de la diversión -tal como habían salido las cosas, más bien la mayor parte de la diversión- de aquel último caso se había basado en el hecho de saber que los policías iban a volverse locos, con dos incidencias tan similares, tan cercanas la una de la otra, y tan absolutamente faltas de pistas con las que poder trabajar. Pero era obvio que los policías eran más idiotas de lo que él pensaba, lo cual le quitó todavía más diversión al asunto. ¿Dónde estaba el reto? No podrían pillarlos, pero al menos creyó que podrían haberse dado cuenta.

No estaba seguro de qué era lo que interfería con su placer. Tal vez Sheets había aparecido demasiado pronto, después de la última. Él no se encontraba en el adecuado estado de emoción, no había agotado la fase de acechar a la víctima a lo largo de varias semanas mientras la tensión iba creciendo cada vez más hasta convertirse en una sensación febril, con todos los sentidos aguzados y toda su fuerza concentrada.

Naturalmente, tendría que probar de nuevo para asegurarse.

Odiaba desperdiciarse a sí mismo con una desilusión, pero era la Única manera de averiguarlo. Si el siguiente caso resultaba igual de aburrido, sabría cómo dedicar más tiempo al proceso y no dejaría que la facilidad aparente de un caso lo empujase a avanzar demasiado deprisa y robarse a sí mismo el placer.

Todos los días, en el trabajo, esperaba atento a la menor transgresión. ¿Qué infeliz cliente iba a tener que pagar? Después de todo, para que fuera una prueba veraz, tendría que actuar lo antes posible.

* * *

Marlie se sentía nerviosa, inquieta a causa de una tensión interior que no terminaba de remitir. No lograba encontrar la razón de dicho nerviosismo, porque había muchos candidatos entre

los que elegir. El motivo más importante, por supuesto, era el miedo al fin de semana que se avecinaba. No podía explicar a nadie, ni siquiera a Dane, cómo se sentía después de haber tocado los pensamientos del asesino durante aquellos sangrientos instantes. No se sentía sólo sucia, sino permanentemente contaminada por su maldad, como si su alma no fuera a verse nunca libre de aquel mal. Más que ninguna otra cosa que hubiera deseado en la vida, quería echar a correr, alejarse lo más posible para no saber cuándo iba a matar él de nuevo. Por desgracia, ese alivio era lo único que no podía permitirse a sí misma, o de lo contrario acabaría verdaderamente contaminada por su propia cobardía. Tenía que quedarse, tenía que aguantarlo, por aquellas dos mujeres que ya habían muerto, por las otras personas que no conocía, por el pequeño Dusty. ..por sí misma.

Además estaba Dane. Le amaba, pero tenerle alrededor todo el tiempo seguía siendo desconcertante. Había pasado tantos años sola que a veces la sobresaltaba darse la vuelta y toparse con él. De pronto había el doble de ropa que lavar, el triple de comida que preparar, horarios a los que ajustarse puesto que había un solo cuarto de baño, y muy poco espacio en la cama. Su vida había estado totalmente controlada, y ahora todo había cambiado.

Él lo sabía, naturalmente. Aquellos agudos ojos avellana lo veían todo, aunque ella luchase por esconder lo inquieta que se sentía. Dane no le dejaba a ella todas las tareas de la casa, como habrían hecho muchos hombres; él estaba acostumbrado a hacerse la colada y no dudaba en lavar un montón de ropa. El límite de seguridad de Dane a la hora de cocinar estaba en calentar el contenido de una lata o armar un bocadillo, de modo que era ella la que se encargaba de la cocina, y él de la limpieza. Dane hacía lo que estaba en su mano por facilitarle la transición, pero al mismo tiempo se negaba a retroceder y darle más espacio. Él estaba allí; Marlie tenía que acostumbrarse a él. y ella estaba feliz de hacerlo, de pasar aquel tiempo con él fueran cuales fueran sus motivaciones, pero no dejaba de ser algo que la ponía nerviosa.

No podía escapar del fin de semana que se aproximaba, no podía distraerse. ¿Atacaría de nuevo el asesino? Casi no podía soportar la idea de que otra mujer inocente fuera acribillada, o de que ella misma fuera absorbida al repugnante y malvado cenagal que era la mente del asesino. Intentó no pensar en eso, pero era como ser perseguida por un perro enloquecido y tratar de no pensar en ello. A cada tic-tac del reloj el fin de semana estaba más cerca, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Procuró hacerse fuerte para soportarlo, porque ella era la única conexión que tenía Dane con el asesino. Tarde o temprano, él le daría una pista de su identidad. Lo único que tenía que hacer era esperar y soportar su frenesí de muerte sin volverse loca ella misma.

Para el martes estaba ya tan tensa que no pudo comer la comida china que Dane había traído para la cena, y eso que la comida china le encantaba. Tenía la garganta rígida, y cada vez que tragaba la comida parecía formar una bola a medio camino del esófago. De todos modos no tenía apetito, así que dejó de hacer siquiera el esfuerzo.

Como siempre, a Dane no le pasó inadvertido aunque estaba haciendo impresionantes incursiones en la comida.

-¿Estás preocupada? -le preguntó-

-¿Cómo no voy a estarlo? Los dos últimos fines de semana no han sido precisamente una fiesta.

-¿Estás percibiendo algo de él? -Dane hizo la pregunta con naturalidad, pero el interés que había tras ella era enorme.

-Estoy inquieta, pero es un sentimiento mío, no suyo. -Se frotó los brazos-. ¿Cuánto

tiempo tardará el FBI en obtener un perfil de él?

-No lo sé. Sólo hemos tenido dos casos, de modo que eso tal vez se lo ponga más difícil. Pero es posible que puedan hacer coincidir el *modus operandi* con otros casos que les hayan presentado, y eso les será de ayuda.

-¿Crees que ya ha matado antes? -preguntó Marlie en tono tenso al tiempo que echaba una mirada a la puerta trasera. Vio a Bill podando el seto de la parte de atrás de su jardín. Sus vecinos llevaban vidas sencillas y agradables; Marlie envidiaba la aburrida seguridad que disfrutaban.

-Probablemente. Es demasiado bueno para ser un principiante. Seguramente se mueve de un lado para otro, para no dejar que una determinada zona se vuelva demasiado caliente para él.

-¿De modo que se habrá mudado aquí recientemente ?

-Yo diría que sí.

-¿No hay alguna forma de comprobar las llegadas más recientes? ¿La oficina de correos no lleva un registro? O a lo mejor podéis obtener una lista de nuevos clientes de las compañías de la luz o del teléfono.

-¿Sabes cuánta gente se traslada al centro de Florida cada año? -dijo Dane-. Llevaría un montón de tiempo. Con todo, es una idea.

-Podrías descartar a todas las mujeres, lo cual reduciría la lista a la mitad.

-Y todavía nos quedarían varios miles. -Dane se levantó y empezó a recoger la mesa-. Hablaré de ello a Bonness.

Marlie entrelazó las manos y le miró fijamente-

-¿ Saben los demás algo de mí?

-¿Quieres decir los demás detectives?

-Sí.

-Sólo Bonness, Trammell y yo. ¿Por qué?

-He estado un tanto preocupada al respecto.

-¿ Y por qué ?

-Porque hablarán. -Marlie, inquieta, se levantó también y le ayudó a quitar la mesa.

-¿Y?

-Esa clase de cosas llegaría a los medios de comunicación. Ya sabes cómo son.

-Hasta ahora, los medios de comunicación ni siquiera están enterados de la existencia del asesino. Y me sorprende, porque después de habérselo dicho al alcalde esperaba que apareciera en las noticias de las seis que había un asesino en serie suelto por Orlando. En el ayuntamiento no hay nadie capaz de guardar un secreto. De todas formas, un día se filtrará la información. -Se puso a lavar los pocos platos que había, observando a Marlie pasear por la cocina-. ¿ Has tenido problemas con los medios anteriormente ?

Ella le dirigió una mirada de incredulidad.

-¿Estás de broma?

-¿ Qué sucedió ?

-¿ En qué ocasión ? -replicó ella, cáustica-. Los reporteros son horribles, cada vez que surge una historia, con el teléfono que no deja de sonar y metiéndome las cámaras y los micrófonos por los ojos cada vez que abro la puerta. Pero lo peor no son los reporteros; son sólo la causa. Lo peor viene cuando ellos ya han redactados sus historias, cuando comienzan las amenazas de muerte y cuando esos chalados evangelistas empiezan a convocar reuniones para rezar enfrente de mi casa para expulsar a Satán, porque es obvio que lo mío es obra del

demonio. Si saliese esta vez en la prensa, seguramente perdería mi trabajo. Nunca me he encontrado en circunstancias como éstas, porque siempre me apoyó el Instituto. ¿ Pero te imaginas que un *banco* va a tolerar esa clase de publicidad? ¿ Una estrafalaria vidente que trabaja en su departamento de contabilidad? Algunos de sus clientes cerrarían sus cuentas, temerosos de que yo metiera las narices en sus asuntos.

-A saber lo que tienen que ocultar -dijo Dane con mirada especulativa.

-Probablemente nada. Algunas personas son lo bastante paranoicas como para pensar que las «autoridades», quienesquiera que sean, lo ven todo y lo controlan todo. No quieren rellenar los papeles del censo porque creen que esa información se pasa a Hacienda.

-¿Cómo lo sabes? -inquirió Dane, deslizándose la pregunta suave como la seda. Ella le miró y se encontró con aquellos ojos avellana que brillaban de diversión.

Marlie reprimió un ataque de risa al ver adónde la había conducido él.

-¡Porque podía leerles la mente! He dicho «podía», ahora ya no puedo.

-¿ Estás segura? ¿ Lo has intentado ?

-Sí, listillo, lo he intentado.

-¿ Cuándo ?

-La semana pasada. Intenté leer la mente del asesino, pero no pude. Intenté encontrarte a ti. Intenté encontrar a Trammell. Nada. Por fin te vi a ti, muy brevemente, pero no conseguí saber nada

-Así que me viste. -Dane no parecía contento con la idea-. ¿Qué estaba haciendo?

-Estabas viendo un partido de béisbol y contestando al teléfono-dijo Mar he impulsivamente-. Fue cuando te llame por primera vez. Si no hubiera estado tan preocupada y asustada, dudo que pudiera haberte visto. De todos modos, ése nunca ha sido mi punto fuerte.

Dane aclaró los platos y los apiló en el escurrer platos, y a continuación se secó las manos.

-Pero eso fue antes de que empezáramos lo nuestro. Ahora quizá podrías hacerlo en cualquier momento que quisieras.

-Quizá. No lo sé. No he vuelto a intentarlo.

Dane se volvió y se apoyó contra el fregadero, cruzado de brazos, observándola. Marlie se mantuvo firme, pero no estaba segura de contra qué. Dane mostraba una expresión seria, y parecía más grande de lo normal. Se había quitado la chaqueta cuando llegó a casa con los paquetes de comida china, pero todavía llevaba puesta la sobaquera. Marlie sintió un escalofrío. Dane ya llevaba con ella una semana, y en aquel corto período de tiempo se había acostumbrado a su actitud protectora, incluso a ser mimada por él. Pero una semana era muy poco tiempo, y antes de eso ambos habían sido adversarios.

En una ráfaga de luz comprendió cuál era el problema. Dane la quería para sí, pero no confiaba en ella. ¿ Cómo iba a hacerlo ? No la conocía lo bastante bien. ¿ Acaso no era aquello, también, una parte importante del problema de ella? Se habían visto empujados a estar juntos sin tener tiempo para conocerse el uno al otro. Él era policía; la desconfianza y la suspicacia eran para él el pan de cada día. Le había hecho el amor, se había trasladado a vivir con ella, pensando que había perdido la mayor parte de sus capacidades psíquicas. No le gustaba en absoluto la idea de que ella pudiera tenerle controlado sin que él lo supiera. Quería conservar su intimidad, excepto la parte que él escogiera compartir con ella.

Aquello dolía, pero Marlie no podía censurarle. Había empleado mucho esfuerzo en tratar de asegurarse su propia intimidad, así que no podía criticar que Dane tuviera ese mismo instinto.

-¿ Quieres que me disculpe por ser lo que soy ? -le preguntó con voz firme-. ¿ O que jure solemnemente sobre la Biblia que jamás volveré a intentar leerte la mente ?

-No sabes si puedes hacer eso, excepto en una emergencia.

Marlie se encogió de hombros.

-Ni siquiera entonces lo intentaría, si tú no quieres que lo haga.

-No me gusta que me espíen -dijo él sin apartar su mirada de la de Marlie.

-Entonces no lo haré.

Dane se pasó la mano por el pelo.

-Maldita sea -dijo para sí-. ¿Funciona al revés? La otra vez, estabas preocupada por mí; pero ¿y si fueras tú la que estuviera en peligro? ¿Puedes llamarme, psíquicamente?

-Yo puedo hacer la llamada, detective -dijo ella, sarcástica-. Pero si tú no tienes un receptor no puedes recoger las señales. Pero, de todos modos, no lo haría.

-¿Por qué no? -No le gustó aquello. Marlie vio cómo se inflamaba su genio.

-Por la barrera que acabas de establecer. Si no quieres que la cruce por comodidad mía, tampoco pienso cruzarla por la tuya.

-¡Mierda! No creo en esto. -Dane cerró los ojos y se apretó el estrecho puente de la nariz-. Estamos discutiendo por algo que no existe. Si no puedes contactar conmigo de ninguna forma, ¿ entonces qué diferencia hay en que ni siquiera lo intentes ?

-Dímelo tú. Eres tú el que tiene el problema. -Marlie se dio la vuelta y se dirigió a la sala de estar. Había dado apenas tres pasos cuando un duro brazo le ciñó la cintura desde atrás y la atrajo de nuevo hacia él. No intentó forcejear para zafarse, pero tampoco se relajó, y dejó que Dane la sujetara. Se quedó inmóvil como una piedra, aguardando. Dane tenía una erección; la notó en forma de una presión contra sus nalgas. No se sorprendió, porque en la semana que llevaban juntos al parecer él había estado duro casi todo el tiempo.

-No vamos a arreglar esto, ¿verdad? -Sintió el calor de su aliento en la sien.

-No veo cómo.

-Entonces olvidémoslo por el momento. ¿Quieres ir a dar un paseo en coche ?

-¿ Adónde ?

-A mi casa. Siento curiosidad por ver lo que Trammell está haciendo con ella.

Marlie giró la cabeza y le dirigió una mirada de incredulidad.

-¿Quieres decir que no lo sabes?

- Pues no. Me dijo que no apareciera por allí hasta que hubiera terminado.

-Por el amor de Dios, ¿por qué? Es tu casa.

-Dijo que tengo tanta idea sobre decoración como sobre la ropa.

-En ese caso, lo entiendo perfectamente -replicó Marlie en tono irónico.

-Sabihonda. ¿Quieres ir o no?

-Claro.

Marlie tuvo que admitir que sentía curiosidad por ver su casa. sabía que estaría hecha un caos mientras durasen las obras para renovarla, pero las casas eran algo muy personal. Ya que no podía conocer a Dane por medios psíquicos, tenía que obtener pistas sobre él del cualquier modo posible.

El trayecto hasta la casa de Dane sacó de su mente la incómoda sensación que era su constante compañera. Dejó la pelea a un lado de momento, porque no había nada que pudieran hacer al respecto, y se preparó para disfrutar de un paseo por aquella casa.

Aunque era tarde, casi las once, y ya hacía mucho que se habrían ido a casa los obreros, había otro coche en la rampa de entrada, y en el interior de la casa había luces encendidas.

-Vaya -dijo Dane-. Pillados con las manos en la masa. Está Trammell dentro.

-No tienes por qué parar -señaló Marlie.

Él sonrió.

-¿ Y perdernos la diversión?

Aparcó hábilmente detrás del coche de Trammell, y apenas se habían apeado cuando éste apareció en la puerta.

-Te dije que no vinieras por aquí -dijo.

-Pues deténme. He pasado cuatro días sin venir. ¿ Cuánto creías que iba a durar?

-Tres -respondió Trammell, haciéndose a un lado para franquearles el paso.

Acudió a saludarles una mujer alta y esbelta.

-Grace -dijo Dane, con evidente placer en el tono de voz, al tiempo que le daba un abrazo--. Marlie, ésta es Grace Roeg, agente de patrulla en la ciudad. Grace, Marlie Keen.

-Hola -dijo Grace con una voz grave y lenta. Marlie la evaluó rápidamente, y le gustó. Había algo majestuoso en Grace Roeg, y sus profundos ojos castaños reflejaban la paz interior de una serenidad inquebrantable.

-Bien, adelante, echad un vistazo -dijo Trammell irritado.

Dane recorrió con la mirada la habitación vacía, todo el tiempo con un brazo alrededor de Grace-. ¿ Dónde están mis cosas ?

-Guardadas -gruñó Trammell, apartando a la fuerza el brazo de los hombros de Grace. Lanzó una mirada penetrante a Marlie, como dándole instrucciones de que pusiera a Dane bajo custodia y le controlase. Ella compuso una expresión de inocencia, divertida al ver cómo el elegante Trammell descendía a los primitivos niveles de los celos.

Grace dijo:

-No te preocupes por él. Vamos a casarnos, y todavía le dura la impresión. -Ya continuación extendió la mano izquierda para enseñar un exquisito diamante de forma ovalada, de unos tres quilates.

-No es verdad. -Trammell dirigió una mirada violenta a Dane-. No empieces.

Dane estaba sonriendo abiertamente. -¿Que no empiece qué? Me alegro por ti. Felicitaciones, colega. Grace es demasiado buena para ti. ¿ Cuándo vais a firmar ?

-Dentro de unos seis meses -respondió Grace con comodidad-. He pensado que un compromiso largo le dará tiempo para acostumbrarse a la idea. Las cosas han ido bastante deprisa, así que no queremos precipitarnos a hacer algo que pueda ser una equivocación.

-Yo no necesito tiempo -dijo su prometido, con expresión acosada-. Fue idea mía, ¿no?

-Por supuesto que sí, cariño -le apaciguó ella, enlazando el brazo con el suyo--. Pero va a hacer falta todo ese tiempo para planear la boda. Bueno, ¿por qué no enseñas a Dane lo que estás haciendo con su casa?

-¿ Va a ser una boda por todo lo alto? -preguntó Marlie.

-Bastante -contestó Trammell, y dirigió una sonrisa malévola a Dane-. Tendrás que ponerte esmoquin.

-Podré soportarlo -replicó Dane, ocultando su instantáneo miedo--. Puede que me haga daño, pero no me matará. Por ti, viejo amigo, cualquier cosa.

Trammell frunció el ceño como si hubiera esperado otra reacción, pero se dio media vuelta y le condujo hacia las habitaciones vacías.

Dane estaba sinceramente asombrado de lo que había logrado en sólo cuatro días. A su abuela la encantaba el papel de pared, y todas las habitaciones de la casa lucían un modelo diferente. Ahora había desaparecido el empapelado, y en su lugar se veía estuco recién

aplicado, pintado de un color blanco suave y aterciopelado. Todas las puertas de la casa habían sido reformadas con marcos en forma de arco.

-Sería mejor si las puertas exteriores y las ventanas fueran arqueadas -dijo Trammell-, pero cambiarlas costaría mucho más dinero del que te quieres gastar. Los barnizadores de suelos van a empezar mañana.

Dane se detuvo un momento a mirar boquiabierto la carcasa de lo que había sido su cuarto de baño.

-Lo has destripado -dijo. -Sí. No tenía pensado hacerlo, pero las cañerías tenían cincuenta años. Te costará probablemente otros mil.

-Maldita sea, la próxima vez que te entren ganas de gastar otros mil o así de mi dinero, ¡pregúntame antes!

-Si te hubiera preguntado, me habrías dicho que no -repuso Trammell con calma-. Espera a que haya terminado, y coincidirás en que merecía la pena el gasto.

-Más vale que así sea -musitó Dane. Notó que Trammell se divertía, y sabía que su compañero se estaba vengando de él por mostrarse tan contento con la inminente boda. No le importó mucho. Se alegraba de que Trammell hubiese encontrado a alguien tan maravilloso como Grace, aunque comprendía con toda exactitud la sensación de pánico de su compañero, que era como si su vida de repente hubiera salido disparada sin control.

Él mismo se había sentido así desde que conoció a Marlie. Las cosas se habían sucedido demasiado aprisa. Trammell y Grace habían decidido casarse, y habían fijado la fecha lo bastante tarde como para darse a sí mismos tiempo para asentar la relación y estar seguros de sus sentimientos. Dane no había mencionado a Marlie nada de matrimonio ni siquiera de amor, pues prefería darse ese tiempo a sí mismo antes de comprometerse. A lo mejor lo que sentía por ella no duraba. Lo sentía como algo permanente, pero tal vez no lo fuera; el tiempo lo diría. Mientras tanto, estaban juntos, y al final eso era lo único que importaba. Se despertaba con ella todas las mañanas y se iba a la cama con ella todas las noches. Mientras tuviera eso, podría esperar lo demás.

Tampoco estaba seguro de lo que sentía Marlie. Había pasión, aprecio, compañerismo... tal vez amor. ¿Quién podía saberlo? Ella llevaba sufriendo un estrés considerable desde el principio. Cuando todo se asentase, podrían saber más acerca de la relación existente entre ambos. Por primera vez estaba pensando en el matrimonio como una posibilidad, y eso en sí mismo ya era un paso enorme para él.

Pero todo tendría que esperar. Había un asesino que atrapar, un plan que poner en práctica, y él tenía que proteger a Marlie mientras tanto. Y si había aprendido algo sobre Marlie en el tiempo que llevaba con ella, era que no le iba a gustar en absoluto su plan.

CAPÍTULO 17

Lo primero que hizo Lowery el lunes por la mañana fue llamar para decirles que fueran inmediatamente. Acababa de regresar de Quantico con el perfil de personalidad.

Hacía un día caluroso y con algo de bochorno, con una temperatura que ya pasaba de los veintinueve grados que según las previsiones llegaría hasta bien pasados los treinta y seis, ya con humedad. Dane no había dormido bien en todo el fin de semana, probablemente debido a

que Marlie tampoco. Ella había estado muy inquieta y sólo había logrado dar algunas cortas cabezadas antes de despertarse súbitamente. La tensión del fin de semana, a la espera de que surgiese una visión de asesinato, la había dejado pálida y demacrada, con profundas ojeras causadas por el cansancio. Dane había pasado largas horas abrazado a ella para hacerla ver que no estaba sola aunque él no pudiera impedir la visión, si ésta llegaba. Pero no llegó.

¿Cuánto podría resistir así? Marlie sufría un estrés tan grande, tanto física como mentalmente, que Dane temió por ella. Muchas personas se habrían desmoronado bajo aquella tensión, hace ya años, pero ella no lo había hecho, lo cual decía mucho de su fuerza. Marlie no era una delicada flor que se ajase al menor contratiempo. A pesar de las bellas líneas de su cuerpo demasiado delgado, era notablemente robusta. Pero hasta un roble podía ser talado, ya Dane le preocupaba.

También Trammell daba muestras de estrés, probablemente debido al terror por su inminente casamiento. Él y Dane apenas hablaron de camino a la oficina del FBI, cada uno absorto en sus propias preocupaciones.

Freddie y Worley ya estaban allí, igual que Bonness. DiLeonardo estaba presente, de nuevo con aquella expresión de embozado en la cara mientras maniobraba alrededor de la mesa de juntas en busca de un sitio junto a Freddie.

Lowery estaba recién afeitado, pero con la ropa más arrugada que de costumbre, lo cual hizo a Dane pensar que acababa de llegar de Virginia, en el vuelo de los madrugadores.

-El ISU ha trabajado mucho sobre este asunto -dijo en voz baja-. Hay que felicitarlos a ustedes por haber captado la pauta tan rápidamente, pero atrapar a este tipo no va a ser cosa fácil. Es la peor clase de asesino: frío como el hielo, inteligente, con recursos, y totalmente falto del menor indicio de culpabilidad. Tengo una lista de asesinatos parecidos: apuñalamiento, sin sospechosos, sin pruebas. Es posible que algunos de ellos fueran cometidos por la misma persona. Algunos son imposibles, porque tuvieron lugar más o menos a la vez en lugares del país opuestos a los de otros asesinatos, pero no hay forma de saber cuál eliminar.

» Los asesinatos comenzaron aproximadamente hace diez años. ISU calcula la edad del asesino entre treinta y treinta y cinco años. La mayoría de los asesinos en serie empiezan a matar a los veintipocos. Pero diez años asesinando con éxito quiere decir que este tipo va a resultar muy difícil de coger; ya tiene experiencia, ha aprendido de sus errores y ha perfeccionado su estilo. Sabe lo que hace. Ha estudiado el procedimiento policial y forense y tiene mucho cuidado de no dejar pruebas que puedan identificarse.

-¿Podría tratarse de un policía? -preguntó Bonness-. ¿Tal vez en la rama militar?

-No es probable -repuso Lowery-. No se llevaría bien con ninguna clase de autoridad, así que no es factible que haya podido terminar ningún tipo de formación policial o militar. Ni siquiera le habrían aceptado como candidato.

» Es blanco; todas las víctimas han sido de raza blanca, y los asesinos en serie rara vez cruzan las fronteras raciales. Es atlético, muy fuerte. Es un asesino organizado, muy seguro de sí mismo, y ésta es la peor clase. Un asesino desorganizado es sucio, comete errores, carece de un plan claro. Este tipo lo tiene todo planeado hasta el último detalle. No llama a la puerta de las víctimas ni las ata; está seguro de poder controlar la situación, y hasta ahora lo ha hecho. El arma que emplea es un cuchillo procedente de la cocina de la víctima, y después lo deja en la escena del crimen. Dado que no hay huellas dactilares, no se puede relacionar el arma con él. No se lleva ningún trofeo. ISU opina que acecha a las víctimas, posiblemente durante varias semanas; penetra en la casa cuando no hay nadie dentro, se familiariza con ella. Tiene mucha paciencia.

» Viola, sin embargo, no usa restricciones, y eso constituye una ligera aberración. Algunas mujeres lucharán incluso con un cuchillo en la garganta. Pero, por alguna razón, sus víctimas no lo hacen.

Porque las tranquiliza primero, pensó Dane acalorado. Las hacía pensar que no sufrirían daño alguno si no luchaban. Era suave, y usaba una goma. Ellas quedaban paralizadas por lo inesperado de ser atacadas en su propia casa, y en medio de ese primer terror, le creían. Pero aquéllos eran detalles que le había proporcionado Marlie, de modo que no dijo nada.

-No venda los ojos de sus víctimas --continuó Lowery-, no se guarda los cadáveres. Resulta sorprendente que cortase los dedos a la señora Vinick, porque la mutilación no es uno de los rasgos...

-Creemos que ella lo arañó -interrumpió Dane. Lowery dejó escapar un suspiro.

-Si fue así, eso es una prueba aún mayor de su inteligencia. No podía arriesgarse a que encontraran rastros de piel suya bajo las uñas de la víctima. Una solución brutal pero efectiva. No le invade nunca el pánico. Piensa con los pies en la tierra y no es esclavo de un plan rígido.

»Probablemente tiene un trabajo de jornada completa, es una persona normal de cara al exterior. Los otros asesinatos fueron cometidos todos aproximadamente a la misma hora en cada zona. En un área, los asesinatos se cometieron durante el día, lo cual significa que estaba sin trabajo o que trabajaba por las noches. Sospecho que trabaja, porque no hay nada en él que deba atraer la atención. Es metódico, depredador, y tiene esto como una ciencia. Su automóvil probablemente tiene varios años, no es nada llamativo, el típico coche del que se ven cientos en cualquier barrio. Todo propio de clase media. Podría entrar en una comisaría sin que nadie pensara nada, salvo en preguntarle en qué podían ayudarle.

»Existe el peligro de que vaya aumentando su frecuencia. Hasta ahora se ha mantenido controlado y ha espaciado los asesinatos. Matar dos fines de semana consecutivos podría significar que está empezando a necesitar la emoción de la caza más a menudo. Ya sé que este fin de semana no ha habido partes de asesinato, pero es posible que sencillamente aún no se haya encontrado a la víctima.

Dane, Trammell y Bonness intercambiaron una mirada rápida. Ellos sabían que no había habido ningún asesinato porque Marlie no había tenido una visión.

-En este punto la identificación es imposible -dijo Lowery-. A menos que cometa un error y deje alguna prueba que lo relacione con el crimen, habrá que atraparlo con las manos en la masa.

Era un grupo entristecido el que regresó a la comisaría, aunque Lowery no les había dicho gran cosa que ellos no supieran ya. El asesino era un hijo de puta muy listo, y normalmente no tendrían la menor esperanza de pescarle. Dane iba silencioso, pensando en Marlie. Ella era su arma secreta; sería ella la que lo atrapase.

Esa tarde apareció en las noticias. Dane se sorprendió de que la filtración hubiera tardado tanto; que algo se mantuviera en secreto dentro del ayuntamiento era casi insólito, sobre todo algo tan espectacular. Era la historia de cabecera de todos los informativos de la televisión y la radio locales; lo pilló en la radio mientras conducía en dirección a casa.

-Fuentes del ayuntamiento han confirmado que la policía cree que un asesino en serie está acechando a mujeres de la zona de Orlando-entonó solemne el locutor. Con voz pastosa siguió diciendo--: Dos asesinatos recientes al parecer han sido cometidos por el mismo hombre. Hace dos semanas, Nadine Vinick fue asesinada en su casa, y una semana más tarde se encontró a Jacqueline Sheets asesinada también en su domicilio. El jefe de la policía Rodger Champlin se niega a hacer comentarios respecto de los dos casos o a decir si hay

sospechosos. Insta a las mujeres de la ciudad a que tomen precauciones por seguridad suya. ..

Apagó la radio de un manotazo, furioso por saber que el asesino se lo estaba pasando en grande con aquello. Ya esperaba que saltara la noticia, estaba preparado para ello, pero aun así le costaba aceptar el hecho de saber que aquel cabrón estaba riéndose y acaparando toda la atención.

Cuando llegó a casa, Marlie estaba acurrucada en el sofá. La televisión estaba encendida, aunque el programa de noticias había avanzado hasta la previsión del tiempo. Dejó caer la chaqueta en una silla y se sentó junto a ella, y después subió a Marlie sobre sus rodillas. Permanecieron sentados en silencio, viendo cómo el meteorólogo señalaba aquel anticiclón y aquella borrasca, cómo hacía movimientos de barrido con la mano para indicar la trayectoria prevista y cómo por fin hacía el pronóstico: calor y humedad, igual que lo que habían tenido durante todo el día, con la omnipresente posibilidad de tormentas.

-¿Ha sucedido algo interesante hoy? -preguntó Marlie.

-La oficina local del FBI nos ha dado el perfil de personalidad que han elaborado; ese tipo probablemente se ha estado desplazando por todo el país durante los diez últimos años, dejando un rastro de víctimas a su paso, y nadie tiene la menor pista de cómo es físicamente ni la más mínima prueba que se relacione con él. -Apretó a Marlie contra sí. Pero estamos trabajando para conseguir una lista de cuentas nuevas de las compañías de servicios. Es una posibilidad remota, pero algo es algo.

Marlie se había puesto un pantalón corto y una camiseta al llegar del trabajo, y Dane le acarició apreciativamente los muslos desnudos.

-¿Y tú, qué tal? ¿Ha ocurrido algo interesante en el departamento de contabilidad?

Marlie soltó un resoplido.

-Venga ya. Lo más emocionante del día ha sido cuando llamó un hombre iracundo porque le habían cobrado una cantidad por descubierto por un cheque sin fondos después de haber sido cliente del banco durante años.

-Seguro que eso te aceleró el corazón.

-Casi me desmayé del estrés que me supuso. -Marlie suspiró y se bajó de las rodillas de Dane--. Será mejor que vaya a ver lo que hay en la cocina, si queremos cenar esta noche.

-¿Quieres que salga a buscar algo? -se ofreció él.

-No, no estoy de humor para comida de ésa. Ya pensaré en algo. ¿Por qué no te quedas aquí sentado a leer el periódico? Tienes aspecto de necesitar desconectar un poco.

Dane coincidía plenamente con aquel análisis, y fue al dormitorio para quitarse aquella ropa pegajosa y arrugada. Marlie hurgó en el frigorífico y en los armarios antes de decidirse por el pollo frito. Se alegró de que Dane hubiera hecho caso de su sugerencia, porque necesitaba más tiempo para sí misma. Él era tan intuitivo que pronto se imaginaría que ella estaba molesta por algo más que aquella situación, y no quería tenerle cerca hasta sentirse más tranquila.

No había prestado mucha atención cuando el jefe de contabilidad habló con el airado cliente y trató de explicar y tranquilizar sin retroceder en su posición, pero de repente se vio abrumada por la frustración y la rabia. Sorprendida, había buscado automáticamente el origen de aquellos sentimientos, y sólo entonces se dio cuenta de 1º que había pasado. Estaba percibiendo las emociones del jefe del departamento.

Fue presa del pánico, en silencio, inmóvil en su silla, intentado apartar de sí aquel flujo de sentimientos. Para sorpresa suya, el flujo se interrumpió tan bruscamente como había empezado, aunque la conversación continuó a su espalda. No sabía si había conseguido bloquearlo o si simplemente su capacidad para leer la

mente de las personas estaba volviendo a la vida. De un modo u otro, a Dan no iba a gustarle.

Sabía que él tenía una opinión distinta de las visiones, que no las consideraba una amenaza para su intimidad. Pero si su capacidad para ver los sentimientos de la gente regresaba con toda su fuerza, no sabía si Dane podría aceptarla. No le gustaba ser el objetivo de la clarividencia, lo cual no era ni había sido nunca el principal talento de Marlie. Si él supiera que podía leer su mente a voluntad. ..probablemente se marcharía, aunque ella le hubiera prometido no invadir su intimidad. Tenía que enfrentarse a esa posibilidad. Dane se preocupaba por ella, pero ella dudaba que se preocupara lo bastante para permanecer en aquellas circunstancias. No era nada nuevo; la gente se había sentido incómoda en su presencia.

La decisión de no decírselo le resultó fácil de tomar. No sabía lo que estaba sucediendo: si su capacidad iba a regresar con toda su fuerza, si iba a recuperar sólo una parte de su antigua habilidad, o si sería incluso más fuerte. Albergaba la esperanza de que no fuera esa última posibilidad, porque si sus poderes empáticos volvían más fuertes que antes, tendría que mudarse a vivir en un refugio antinuclear subterráneo para hallar un poco de paz. Y ciertamente, Dane no compartiría ese refugio con ella.

Se sentía como si estuviera viviendo en el limbo con él. No había habido ninguna de las habituales etapas de cortejo, no habían llegado a conocerse el uno al otro. Habían sido arrastrados juntos en una crisis, al principio como adversarios y luego, bruscamente, como amantes. Nunca habían tenido una discusión acerca de su relación, fuera cual fuera ésta. Sencillamente, Dane se había trasladado a vivir con ella, y Marlie no tenía idea de lo que debía esperar. Cuando atrapasen al asesino, ¿regresaría Dane a su casa sin más, con un alegre «Ya nos veremos», o... ¿o qué? Si las circunstancias hubieran sido normales, el paso lógico, el que ella había esperado, habría sido que él pasara unas cuantas noches a la semana con ella.

Necesitaba seguridad emocional. Podía soportarlo todo si contaba con una base sólida en la que apoyarse, pero no estaba segura de que la tuviera con Dane. Era una tontería, considerando que estaba viviendo y durmiendo con él, pero por alguna razón no se atrevía a preguntarle cuáles eran *sus* intenciones. Admitía para sí que sinceramente tenía miedo de oír la contestación. Dane no era un hombre que buscara evasivas; decía la verdad abiertamente, y ella no estaba preparada para eso. Más tarde. Todo tendría que esperar. Cuando todo aquello terminase, entonces podría hacer frente a lo que él dijera, aunque fuese exactamente lo que no quería oír.

Se había enamorado de él, pero no se hacía ilusiones de saber la clase de hombre que era. A pesar de toda la intimidad física que había entre ellos, él se guardaba una gran parte de sí mismo, oculta a salvo detrás de una muralla de acero. A veces observaba a Marlie con una expresión de curiosidad, silenciosa, que casi daba miedo, porque en esas ocasiones ella no podía distinguir ningún deseo en *sus* ojos.

¿Qué estaba pensando Dane? Más importante: ¿qué estaba planeando?

* * *

Los medios de comunicación eran implacables. Los teléfonos de la comisaría sonaban sin cesar. Los periodistas se apiñaban a la puerta de la oficina del jefe, a la puerta del despacho del alcalde, a la puerta de la comisaría. Los agentes tanto uniformados como de civil

empezaron a realizar acciones evasivas cada vez que entraban o salían del edificio y se tomaban extraordinarias molestias para evitar el barullo.

Todavía peores que los medios de comunicación eran las llamadas de excéntricos que empezaron a lloverles. De repente, cientos de personas de Orlando recordaban individuos sospechosos rondando por delante de las tiendas. La gente con resentimientos encontraba venganza llamando para dar pistas falsas, acusar a una persona que les disgustaba de ser el asesino. Todas las noches los agentes investigaban llamadas aterrizadas que denunciaban la presencia de un intruso en la casa, pero la mayoría de las veces no era nada. Varias suegras entregaron a los despreciables maridos de sus hijas, seguras de que aquellos holgazanes eran los culpables de toda clase de crímenes indecibles. Lo malo era que había que investigarlo todo; por muy descabellada que fuera una acusación, había que comprobarla. Los agentes de uniforme estaban agotados, apabullados por el insoportable calor y por las incesantes demandas a su tiempo.

El jefe Champlin dio una rueda de prensa con la esperanza de apaciguar un poco la fuerte impresión de los medios. Explicó que no tenía mucha información que darles porque la investigación seguía en curso. Pero la lógica era una arma inútil; no satisfacía el voraz apetito de hechos, historias, tiempos de emisión y espacio en las columnas de prensa; no vendía periódico, ni hacía subir los índices de audiencia. Los reporteros querían detalles jugosos, morbosos, terroríficos, y se sentían frustrados cuando no se les daba ninguno.

Carroll Janes veía las noticias en televisión y leía los periódicos, y sonreía, satisfecho. La policía no podía dar información a los medios porque no la tenía. Aquellos imbéciles se enfrentaban a un adversario superior a ellos. Él era demasiado inteligente para que lo atraparan... nunca.

CAPÍTULO 18

Teniendo en cuenta todas las cosas, Carroll Janes estaba complacido con aquel frenesí. Sólo dos castigos, y fíjate cómo habían llegado a convertirse en el tema de portada. Por supuesto, tendría que retirar su insultante opinión acerca del Departamento de Policía de Orlando; no eran tan idiotas como había temido. Aunque el segundo castigo había sido más bien obvio, no muchos departamentos habrían establecido la relación entre ambos, ya que, al fin y al cabo, a la segunda víctima le había dejado los dedos intactos. Le irritó que la zorra de Vinick lo arañase, y se vio obligado a tomarse la molestia adicional de cortarle los dedos y deshacerse de ellos, pero al menos eran dedos pequeños y fáciles de hacer desaparecer. Los perros no tuvieron el menor problema, y los huesos, si es que había quedado alguno, no serían identificables.

No había forma de que la policía pudiera pescarlo, pero por lo menos sabían que existía; eso añadía un estímulo más al proceso. Era agradable que a uno lo apreciaran, era como la diferencia entre actuar en un teatro vacío y actuar delante de un público pasmado y en pie. Así disfrutó mucho más de los detalles, sabiendo que la policía estaría asombrada de su inteligencia, de su inventiva, de su absoluta perfección, aunque le maldijeran por ello. Cuán gratificante era saber que los oponentes de uno eran adecuadamente respetuosos con su talento.

Se había sentido frustrado en su intento de encontrar otro transgresor, con fines experimentales, pero Janes se consideraba un hombre paciente. Pasaría lo que tuviera que

pasar. Precipitar las cosas sería hacer trampa; eso eliminaría el poder del momento. Estaba más contento desde que la noticia saltó a la prensa, ya que, por supuesto, siempre resultaba estimulante leer lo que habían escrito de uno, ser el tema de conversación en boca de todos. Hasta Annette, en el trabajo, había hablado de pocas cosas más. Le había contado todas las complicadas precauciones que estaba tomando, como si aquello supusiera un reto para él, pobre tonta. Pero le divertía condolerse con ella, alimentar su miedo e incitarla a que tomase medidas de seguridad aún más ridículas. Ella se negaba incluso a ir andando sola hasta su coche, como si él alguna vez hubiera sacado a alguien de las calles. Qué pedestre era aquello -rió por su propio ingenio--, cuando el verdadero desafío consistía en tomar a las víctimas en su propia casa, donde más seguras se sentían.

El miércoles, Annette estaba comiendo cuando una morenaza alta y pechugona se acercó al mostrador con el rostro tenso por la ira.

-Quiero hablar con alguien acerca del servicio que presta esta tienda -le espetó.

Janes le respondió con su mejor sonrisa: -¿Puedo serle yo de ayuda, señora?

El quid del problema era que era su hora de comer y se había pasado quince minutos de pie en el departamento de confección tratando de que alguien le cambiara una blusa. Todavía no la había atendido nadie, y ya no tenía tiempo para comer. Janes reprimió un estremecimiento de placer mientras ella se desahogaba, con la furia haciéndose evidente en cada línea de su cuerpo.

-Llamaré al departamento de confección y me cercioraré de que la atiendan inmediatamente -dijo-. ¿Se llama usted...?

-Farley -repuso la mujer-. Joyce Farley.

Él le miró las manos. No llevaba anillo de casada.

-¿Tiene una cuenta con nosotros, señorita Farley?

-Es Farley a secas -replicó ella-. ¿Qué diferencia hay? ¿Acaso un cliente tiene que tener cuenta en esta tienda para que el personal se interese por él?

-En absoluto -repuso él cortésmente. Simplemente era más fácil obtener información vital si la mujer estaba incluida en la base de datos. Aquella era una de esas feministas picajosas que odiaban a los hombres. Le entregó un impreso y le dijo: Si no le importa, ¿quiere rellenar este formulario? Nos gusta seguir todas las reclamaciones y asegurarnos de que el cliente queda satisfecho.

-En realidad no tengo tiempo para esto. Ya voy a llegar tarde al trabajo.

-Entonces bastará con que escriba sólo su nombre y su dirección. Yo mismo completaré los detalles.

La mujer garabateó a toda prisa su nombre y su dirección en la parte superior del impreso mientras él telefoneaba al departamento de confección y hablaba con el jefe del mismo. Sonrió de nuevo al colgar el aparato.

-La señora Washburn la estará esperando personalmente para hacer el cambio.

-Esto no debería haber sido necesario.

-Estoy totalmente de acuerdo.

-Y recogió el impreso de la superficie del mostrador.

Ella se volvió para marcharse, dio un paso, y de pronto se detuvo bruscamente y se dio la vuelta.

-Lo siento -dijo-. Tengo un terrible dolor de cabeza y estoy enfadada, pero no debería haberla tomado con usted. No es culpa suya, y ha hecho todo lo que ha podido para ayudarme. Perdón que haya sido tan desagradable.

Janes se quedó tan sorprendido que transcurrió un momento antes de que pudiera decir:

-No se preocupe. Me alegro de haberle sido útil. Una respuesta convencional, de las que daban miles de veces al día miles de vendedores aburridos, porque les costaría el puesto de trabajo decir lo que de verdad querían decir. La señorita Farley le sonrió brevemente, insegura, y se fue.

Janes la contempló mientras se iba, notando cómo iba creciendo la furia en su interior. Arrugó con saña el impreso de reclamación y lo tiró a la papelera. ¡Cómo se había atrevido a disculparse! Aquella mujer lo había estropeado todo. No se trataba de eso; se trataba de castigar. Se sintió engañado, como si le hubieran puesto un premio maduro delante de las narices y luego se lo hubieran arrebatado. Ya había empezado a experimentar aquella corriente de vitalidad y el hambre de dar rienda suelta a su fuerza. ¡Y ahora no le quedaba nada! Debería matar a aquella zorra de todas maneras, para enseñarle que no podía hacer lo que le diese la gana y luego escapar de las consecuencias esgrimiendo una débil disculpa.

No. Las reglas eran las reglas. Tenía que obedecerlas; si no lo hacía, echaría todo a perder. Había determinados criterios que respetar las normas que cumplir. Si no era capaz de estar a la altura de dichas normas, entonces merecía que le atraparan. Por mucho que deseara dar una lección a aquella mujer, tendría que reservarse para la verdadera disciplina.

* * *

Marlie estaba sentada muy quieta frente a su mesa de trabajo, intentando controlar su temblor. Gracias a Dios que era la hora de comer y casi todo el mundo había salido a tomar algo. Ella se había traído la comida y un libro, con la intención de pasar una hora de tranquilidad leyendo. Se hallaba enfrascada felizmente en la lectura mientras comía distraídamente una manzana, cuando la invadió una siniestra sensación que era una mezcla de emoción y rabia. No fue tan abrumador como una visión de verdad, pero reconoció su origen. No había duda alguna de la fría maldad que percibió. Y en ese momento, de pronto, la rabia se intensificó pero desapareció la emoción, y notó un sentimiento de decepción.

Había llegado a conocerlo. Su fuerza mental no había sido tan fuerte como para que ella «viera» lo que sucedía, pero supo sin necesidad de ver. Él había seleccionado a su próxima víctima, y había ocurrido algo que lo privó de su sádico placer.

Estaba allí fuera. Y estaba cazando.

* * *

-Está buscando a alguien -le dijo a Dane esa noche, mientras paseaba nerviosa por la habitación-. Hoy lo he sentido.

Dane dejó a un lado el periódico que estaba leyendo, el cual estaba repleto de historias ligeramente histéricas y en su mayoría erróneas acerca del «Matarife de Orlando», y concentró toda su atención en Marlie. Hasta las facciones de su rostro se endurecieron; ella se había acostumbrado a aquella cara de duros rasgos, pues la veía con los ojos del amor, pero súbitamente lo percibió de nuevo tal como lo había visto la primera vez que se encontraron: Dane Hollister el policía, el Dane Hollister que era peligroso.

-¿Qué ha pasado ? -le preguntó él en tono ligeramente mordaz-. ¿Cuándo ha pasado? ¿Por qué no me llamaste?

Marlie le dirigió una mirada breve y reanudó su ir y venir por la habitación.

-¿Qué podrías haber hecho tú?

La respuesta era «nada», y Marlie vio que eso no le gustó.

-Ocurrió durante la hora del almuerzo, a eso de las doce y media. De pronto estaba allí, sentí su rabia, pero también estaba emocionado, igual que un niño que aguarda un regalo. La había elegido, lo sé. Entonces ocurrió algo, no sé qué, pero ella se marchó y él se quedó decepcionado.

-¿Y después?

-Nada. No pude sentirlo ya. Dane la observaba de cerca.

-¿Pero puedes distinguir cuándo elige una víctima?

Marlie se alzó de hombros.

-Esta vez lo he hecho.

-¿Algo más? ¿Pudiste advertir algo de la víctima?

-No.

-El más mínimo detalle sería de utilidad...

-¡Te digo que no! -gritó Marlie de pronto, girando hacia el dormitorio-. ¿Crees que no lo he intentado?

Dane saltó como un tigre del sofá y la alcanzó antes de que ella pudiera llegar al dormitorio y cerrar la puerta. La envolvió en sus brazos desde atrás y la apretó con fuerza contra sí. Entonces notó las ligeras sacudidas que la invadían de arriba abajo, el temblor que no la había abandonado del todo desde la hora de comer.

-Lo siento -murmuró al tiempo que frotaba su áspera barbilla contra la sien de ella-. Ya sé que esto es muy duro para ti. ¿Estás bien?

Marlie dudó, pero admitió de mala gana:

-Estoy un poco asustada.

Dane la mecía adelante y atrás durante unos instantes, dejando que absorbiese la seguridad de su presencia. Marlie llevaba ya casi un mes viviendo con estrés, y para ella tenía que ser mucho peor que para él. Necesitaba un respiro. Le retiró el pelo de la cara, pensando.

-¿Quieres ver una película?

-Ésa fue la solución que encontraste la última vez ---dijo ella en tono tirante--. Ir a alguna parte.

-¿Y funcionó? Involuntariamente, Marlie se relajó un poco. Estaba muy cansada, resultaba agradable apoyarse en Dane.

-Ya sabes que sí.

-Entonces vamos al cine ¿Hay algo que te gustaría ver?

-No lo sé -Dudaba-. No he ido al cine desde que ocurrió el primer asesinato.

-Entonces ya es hora. Yo llevo un par de años sin ver una película ¿Qué es lo que te gusta?

-No sé lo que están poniendo -Marlie se dio vuelta para mirarle y logró esbozar una sonrisa- Más bien creo que me gustarla dar un paseo en coche.

Dane sintió alivio al ver que la tensión abandonaba a Marlie. Habría preferido llevarla a la cama, pero sabía que en aquel momento estaba demasiado tensa para disfrutarlo.

-Entonces eso es lo que vamos a hacer-le dijo.

El aire del anochecer era pesado y denso cuando salieron de la casa y aún hacía calor, a pesar de que el sol ya se había puesto y unos truenos retumbaban a lo lejos. Dane bajó la ventanilla del automóvil, tomó la autopista interestatal y enfiló hacia la Costa del Golfo, en línea recta hacia la tormenta que se aproximaba. El banco de nubes que se cernía sobre ellos semejaba una gran bestia cuyo vientre de color negro mundo se vela cruzado aquí y allá por

brillantes destellos de luz.

El aire que entraba con fuerza por la ventanilla abierta se volvió más fresco, casi frío y traía consigo el olor dulce y polvoriento de la lluvia. Marlie permanecía en silencio al lado de Dane, con los ojos fijos en la tormenta. Las primeras gotas de lluvia chocaron contra el parabrisas. A Dane le dio tiempo de cerrar la ventanilla y conectar los limpiaparabrisas, y acto seguido se zambulleron en el torrente que se abalanzaba sobre ellos.

Tuvo que reducir la velocidad hasta casi el paso de una persona, mientras los truenos y los relámpagos estallaban alrededor de ellos. Otros conductores más prudentes, se apartaron de la autopista y buscaron refugio debajo de los pasos elevados o simplemente salieron del tráfico. Unos cuantos atrevidos continuaron avanzando hacia el corazón de la tormenta a medida que la oscuridad lo aplastaba todo y los débiles esfuerzos de los faros de los automóviles sólo conseguían iluminar una corta distancia.

Marlie estaba inmóvil. La ferocidad de la tormenta la vaciaba, le robaba toda sensación de sí misma para llenarla a su vez con su propia fuerza brutal. Sabía que debería tener miedo de las tormentas con aparato eléctrico, pero no lo tenía. Su magnificencia la llenaba de un reverencial asombro, y la energía desatada en cierto modo la renovaba.

Dane siempre conducía con las luces interiores apagadas, de modo que el coche era como una cueva oscura. No habló, ni Marlie tampoco. No sentía la necesidad de decir nada, se sentía seca ya salvo mientras a su alrededor se desencadenaba aquella furia que azotaba el coche con oleadas de lluvia y con ráfagas de viento que lo hacían bambolearse. Dane lo mantuvo firme, tensando los músculos de los antebrazos para contrarrestar la furia de la tormenta. Marlie ni siquiera experimentó un segundo de inquietud; estaba segura y lo sabía.

Por fin salieron de la tormenta y la dejaron tronando y relampagueando a lo lejos. Seguía lloviendo, pero ya era una lluvia ligera, constante, ordinaria. Bajaron las ventanillas un par de centímetros para permitir que penetrara el aire dulzón.

Dane tomó la siguiente salida y se dirigió de vuelta hacia Orlando, esta vez corriendo detrás de la tormenta.

Marlie reclinó la cabeza hacia atrás. La tempestad lo había intensificado todo; nunca se había sentido así en su vida. El corazón le latía lento y fuerte, como un silencioso tambor; notaba el cuerpo pesado y maduro, pulsante de vida. Deseaba a Dane, deseaba sentir su dureza y su pasión dentro de ella. Percibía su presencia a su lado, la tirantez sexual. Él tenía la vista fija en la carretera, pero su atención estaba concentrada en Marlie; ésta sabía que se daba perfecta cuenta de todos los movimientos que hacía, del ligero roce de su respiración, del cálido aroma de su cuerpo.

-Dane -dijo. Aquella única palabra vibró en la oscuridad. Él estaba sudando; Marlie vio cómo le brillaba la cara cada vez que se cruzaban con otro vehículo. Desprendía calor en oleadas. Marlie sintió nacer la excitación en su vientre; Dane estaba casi sin control, un estado en el que no le había visto nunca. Antes, siempre, incluso la primera vez, por muy excitado que estuviera, había logrado contenerse hasta que ella hubiera quedado satisfecha. La deseaba ya desde antes de salir de casa, y la furia primitiva de la tormenta no había sino exacerbado su apetito, igual que había despertado el de Marlie.

Quiso preguntarle si la amaba, pero no le salieron las palabras. Él estaba con ella en aquel momento, y si lo único que sentía era atracción sexual, Marlie lo averiguaría muy pronto. Como el presente era lo único que tenía garantizado, decidió dejar de preocuparse y aprovecharlo todo lo que pudiera. ¿No se trataba de eso, después de todo? ¿Acaso no habría aprendido nada de todo el dolor, el suyo y el de otros, que había experimentado? Nadie

pasaba por la vida sin sufrir; el truco consistía en aprovechar al máximo el presente y gozar de los dones de la vida tal como ésta los ofrecía.

Extendió una mano y pasó suavemente el dedo por el pliegue entre el muslo y la ingle, sintiendo cómo los músculos de Dane se endurecían bajo su contacto. Su erección era como el acero, empujando contra los pantalones. Marlie la acarició arriba y abajo con el dedo.

Dane jadeó entre dientes:

-Deja de jugar conmigo.

-No estoy jugando -murmuró ella, casi ronroneando.-. Voy muy en serio. -Y dicho eso introdujo la mano entre sus piernas. Dane gimió al tiempo que las separaba de forma involuntaria. Aminoró la velocidad, y entonces se recompuso y aceleró de nuevo.

-No puedo parar ahora -dijo con reprimida violencia-. Hay demasiado tráfico.

-¿Ves algún motel interesante? -preguntó Marlie en tono ausente, concentrada en desabrocharle el cinturón.

Dane se estremeció y contuvo la respiración para dejar más sitio a las manos de Marlie. Quería que parase, pero al mismo tiempo no podía hacer nada para detener el placer.

-No llevo gomas encima. Excepto la primera noche que pasaron juntos, él había utilizado un condón todas las veces que hicieron el amor. Aquella primera noche no pudo pensar en nada excepto entrar en el interior de Marlie. En su fuero interno se había asombrado de su propio descuido, lo cual nunca le había sucedido antes, y desde entonces se había cerciorado de que no volviera a suceder.

La solución de parar en una tienda se le ocurrió a Marlie, pero la desechó. No quería distraerse, y Dane no estaba en condiciones para ir de compras.

-Será mejor que conduzcas más deprisa -le dijo al tiempo que le bajaba la cremallera y hundía la mano dentro de sus pantalones para cerrarla alrededor de su verga desnuda.

Un ronco gemido surgió de la garganta de Dane. Marlie lo saboreó, igual que saboreaba el tacto de su piel vibrante en la mano. Sabía que Dane sólo necesitaba unos pocos movimientos rápidos y enérgicos para terminar, de modo que deliberadamente se concentró en caricias ligeras, lentas y perezosas. Vio su rostro en tensión mientras ella se acercaba un poco más y le besaba la parte de abajo de la mandíbula. Sus pechos presionaban contra el fuerte brazo de él, y sintió el leve temblor que lo sacudía.

-Vas a pagar por esto -advirtió él.

Marlie le mordió el lóbulo de la oreja.

-Eso suena interesante. ¿Se te ocurre alguna idea?

Dane tenía varias, pero ninguna que pudiera llevarse a la práctica dentro del coche. Sólo esperaba que no le detuvieran por exceso de velocidad, porque no creía que hubiera forma alguna de abrocharse los pantalones. Marlie continuaba acariciándole con suavidad, manteniéndole dolorosamente duro.

-¿Te diviertes? -Tenía los pulmones constreñidos y no podía sacar de ellos más que un gruñido.

-A mares. -Marlie introdujo la lengua brevemente en su oreja, y él se estremeció convulsivamente-. Yo tampoco puedo parar. Tú sigue conduciendo.

Y Dane así lo hizo. Condujo como si no hubiera conducido nunca, con una concentración desesperada que aun así no bastaba para hacer caso omiso de lo que Marlie le estaba haciendo. Una risa áspera escapó de su garganta.

-Eres una bruja, estás disfrutando de esto.

Ella sonrió con satisfacción.

-Por supuesto que sí. Normalmente, tú me vuelves loca a mí. ¿ Qué se siente al ser el receptor pasivo ?

-Como si fuera a morirme -jadeó Dane.

Marlie miró alrededor para ver dónde estaban.

-Llegaremos en cinco minutos. Aguantarás ese rato, ¿verdad?

Y siguió acariciándole, haciendo uso de todos los conocimientos que tenía de su cuerpo para inflamarle todavía más. Le lamió muy delicadamente.

Él lanzó otra exclamación contenida y su cuerpo se puso rígido.

-Puede ser.

Cuando llegaron a casa, Dane estaba desbocado, sus caderas se agitaban a cada caricia de la mano de Marlie. Literalmente la arrastró fuera del coche y la metió en casa, donde ambos corrieron a trompicones al dormitorio para arrancarse mutuamente la ropa a toda prisa. Todavía estaban medio vestidos cuando cayeron sobre la cama. Dane se las arregló para esperar a ponerse un condón, luego volvió a Marlie boca abajo, le separó las piernas con las rodillas y la penetró con fuerza arrolladora.

Marlie hundió los dedos en los cobertores de la cama, con todo el cuerpo temblando bajo la violencia de las embestidas de Dane. Estaba tan excitada como si hubiera sido ella la que había sufrido aquel delicioso tormento. Levantó las nalgas y se retorció contra él para absorberle más profundo, aunque eso ya no pareciera posible. Dane gimió a cada acometida, emitiendo sonidos guturales, salvajes, que quedaron flotando en la oscuridad de la noche. Y entonces todo su cuerpo se tensó y empujó violentamente al interior de Marlie y se quedó allí, temblando, gritando de satisfacción al tiempo que el orgasmo le sacudía todo el cuerpo.

Después fue aflojando hasta quedar tendido junto a Marlie medio encima de ella, con movimientos ciegos y descoordinados y su enorme cuerpo tembloroso. Su pecho se agitaba luchando por inhalar suficiente oxígeno, y Marlie sintió la fuerza de los latidos de su corazón.

-Oh, Dios -jadeó-. Esto ha estado a punto de matarme.

-¿De verdad? -murmuró Marlie-. Pensaba que te gustaba. Pero si no te ha gustado, no volveré a hacerlo...

Dane le introdujo una mano en el cabello y le giró la cabeza para silenciar aquellas palabras con un potente y fiero beso.

-Intentaré soportar la tensión.

-Mi héroe -dijo ella mordisqueándole el labio inferior antes de volver para reclamar un beso más profundo.

Un grave ronroneo retumbó en el pecho de Dane. Dio vuelta a Marlie en sus brazos y se irguió para mirarla desde arriba.

-Ahora, señora, vamos a ocuparnos de usted.

Se ocupó de eso muy bien, hasta dejarla exhausta, lánguida, saciada. Después ambos permanecieron tumbados juntos en la oscuridad, escuchando el rumor de la lluvia. Marlie jugaba distraídamente con el vello rizado de su pecho. Al cabo de un rato bostezó y dijo:

-¿Cerraste la puerta del coche?

Dane se quedó quieto, pensando. Luego contestó:

-Maldita sea -y se levantó de la cama. Marlie se quedó allí, riendo divertida mientras él se enfundaba los pantalones y salía de la casa dando tumbos en la oscuridad. Oyó que se abría la puerta de la calle y que volvía a cerrarse un par de segundos más tarde. Otro minuto después, Dane regresó al dormitorio.

-Sí que la había cerrado, listilla -rugió.

-Bueno, es que no me acordaba.

Él rió.

-Yo tampoco. -Se quitó rápidamente los pantalones y se deslizó de nuevo al interior de la cama. Con un bostezo, abrazó otra vez a Marlie y la acurrucó contra su cuerpo en gesto protector-. Cuando termine todo esto -le murmuró-, los dos vamos a necesitar unas vacaciones. ¿Tú qué prefieres, playa o montaña?

El corazón de Marlie le dio un pequeño vuelco de felicidad. Era la primera vez que Dane decía algo acerca de un futuro en común, aunque fuera una cosa tan natural como planear unas vacaciones.

-Estamos en Florida -repuso ella-. Podemos ir a la playa cuando queramos.

-Entonces, la montaña. Alquilaremos una cabaña que tenga bañera, nos desnudaremos, nos desconectaremos de todo y asustaremos a las ardillas.

-Trato hecho.

En ese momento sonó el teléfono, y Dane estiró el brazo para cogerlo.

-Hollister -dijo con voz perezosa. Apretujada contra él como estaba, Marlie le notó ponerse tenso. Dane se incorporó y sacó los pies de la cama.-De acuerdo, de acuerdo, estaré ahí dentro de unos quince minutos. Procura que los de la prensa no hagan correr la histeria.

Colgó el teléfono y encendió la lámpara.

-Ha habido otro asesinato a puñaladas -dijo mientras se vestía a toda prisa.

Marlie se sentó, consumida por el miedo al recordar el momento en que había sentido al asesino buscar una nueva víctima. Ella y Dane se habían ido a dar aquel paseo en coche fuera de la ciudad; ¿estuvieron tan lejos que ella no pudo percibir la energía del asesino? ¿había éste actuado, después de todo, y ella por alguna razón no había sentido nada?

CAPÍTULO 19

-¿Cómo se llama la víctima? -preguntó Dane, mirando el cadáver mientras el fotógrafo de la policía tomaba instantáneas desde diferentes ángulos.

Era una escena del crimen típica, si es que existía semejante cosa. La habitación hervía como un hormiguero, y la mayoría de los presentes no hacían nada salvo andar por ahí. La casa estaba abarrotada de policías, y el barrio atestado de reporteros que no hacían caso de la ligera lluvia con tal de conseguir un comentario de cualquiera que quisiera hablar con ellos. Allí estaba Bonness, y también Trammell, Freddie y Worley. ..Dios, parecían estar allí todos los detectives del equipo, y decían que el jefe venía de camino. Los chicos de las huellas dactilares estaban pintando todo con su polvillo negro, la gente de las pruebas forenses pasaba una aspiradora... Aquello era un zoo.

-Felicia Alden -dijo Freddie-. Su marido, Gene, fue quien la encontró. Es representante de ventas de una empresa farmacéutica y ha estado en viaje de trabajo.

-Y resulta que vuelve a casa justo cuando su mujer ha sido asesinada -dijo Dane en tono cansado. Todos se miraron entre sí. Habían visto las escenas de los otros crímenes y ésta no se les parecía en nada, salvo por el hecho de que había muerto una mujer a cuchilladas. Además, la víctima estaba aún vestida y tumbada en la cama como si la hubieran matado allí. No había indicios de agresión sexual.

Dane dejó escapar un suspiro de alivio. Marlie no se había equivocado; todos sabían, y era sólo cuestión de probarlo, Gene Alden probablemente había asesinado a su esposa e

intentaba que pareciera obra del asesino en serie. Probablemente pensó que, ya que los medios de comunicación habían informado que no había pruebas, estaría seguro cuando la investigación encontrase sólo material forense que podía relacionarse con él; al fin y al cabo, él vivía allí.

-Lleváoslo para interrogarlo y averiguar si tenía alguna póliza de seguros contra su mujer -dijo Bonness-. O si la pilló con otro tío. Yo voy a intentar calmar a los periodistas, pero no podré decirles gran cosa hasta que acusemos efectivamente a ese tipo, así que no creerán. - Parecía deprimido ante la idea de enfrentarse a la horda de reporteros chillones.

-Por lo menos podremos hacer algo con este caso -comentó Freddie.

Trammell se acercó a Dane y ambos salieron de la casa. Los periodistas se apiñaban en torno a Bonness, gritándole preguntas. Él intentaba hablar, pero ellos no dejaban de interrumpirle.

-Supongo que Marlie no habrá tenido una visión de este asesinato -dijo Trammell.

-Ni siquiera lo ha vislumbrado, pero de todos modos ha pasado algo inquietante; no ha sido una visión, pero esta tarde ha tenido una especie de conexión con él. El asesino había escogido a su próxima víctima, pero ocurrió algo y la perdió.

Trammell lanzó un silbido.

-¿Cómo está Marlie?

-Con los nervios de punta. Esto la está agotando.

-No me extraña. Ojalá hubiera algún modo de hacérselo más fácil.

-Yo me aseguraré de que esté bien -dijo Dane con seriedad. A propósito, ¿cómo van las obras en mi casa?

-Los suelos casi están terminados, y entregarán los muebles este fin de semana. Podrás mudarte el lunes, si quieres.

Dane soltó un resoplido al entrar en el coche.

-Venga ya, colega.

Trammell rió.

-Sí, eso es lo que yo pensaba. Te veré por la mañana.

Tal como Dane había esperado, Marlie aún estaba despierta cuando él llegó a casa.

-No ha sido él-le dijo, y observó cómo la tensión abandonaba el semblante de Marlie. Parecía muy pequeña, acurrucada en una esquina del sofá, estrechamente envuelta en su bata. Es probable que lo haya hecho el marido de la víctima y que haya intentado que parezca un crimen como los otros. -Le tendió una mano-. Vamos, cariño, volvamos a la cama.

* * *

Janes controló con todo cuidado su alegría la tarde del viernes, mientras veía cómo se alejaba la indignada cliente. Annette se encontraba allí, de modo que no podía dejar escapar siquiera el menor indicio de lo que sentía. ¡Por fin! Aquella vez sí que iba a paladearla; había transcurrido demasiado tiempo, tres semanas, para que pudiera realizar una comparación exacta con el último caso. Además, había llegado a la conclusión de que fue la prisa del último castigo lo que lo estropeó. Esta vez lo haría como había que hacerlo, con una planificación lenta y cuidadosa, dejando que fuera creciendo la emoción. Necesitaba por lo menos una semana para hacerlo como era debido.

Consultó el calendario, aunque, naturalmente, no necesitaba hacerlo. Simplemente, aquello formaba parte de su increíble precisión. Sí, la fecha posible más próxima sería el viernes

siguiente por la noche. Los fines de semana eran la mejor ocasión, porque eran días en los que no se trabajaba y así podía dormir más el día siguiente. Dejaba que la euforia de los medios de comunicación, por satisfactoria que fuera, se apagase un poco. Aquel frenesí no tenía de dónde alimentarse, aunque se hubiera producido aquel tonto brote de histeria la otra noche, cuando un vendedor mató a su mujer y trató de hacer recaer en él la culpa. Por supuesto, no le funcionó; el muy imbécil no prestaba la misma atención a los detalles. La policía lo caló inmediatamente. Los informativos de televisión sonaron más bien decepcionados.

Sí, esta vez sería estupenda, tal vez la mejor hasta entonces. La mujer había sido una verdadera cabrona, de las que él siempre había despreciado nada más verlas: delgada, bronceada, frágil, recargada de joyas de dudoso gusto. Iba exhibiendo el dinero que tenía. Era posible que contara con un sistema de seguridad, o incluso perros guardianes. La posibilidad resultaba interesante, constituiría una verdadera prueba de su genio. No prestó atención a la probabilidad de que existiera un marido; eso nunca había logrado detenerlo.

Leyó el nombre que ella había escrito y lo repitió mentalmente, saboreando las sílabas. Marilyn Elrod. Ya notaba cómo la emoción iba inundándolo de energía. Marilyn Elrod. Tarareó unas pocas frases de una canción, sustituyendo el nombre: Ma-ri-Iyn, oh Ma-ri-Iyn, larará no sé qué más. Era una canción que se tocaba antes de la carrera de Preakness. Lo gracioso era que su víctima no sabía que iba a participar en ella.

* * *

El viernes por la noche, Marlie le preguntó qué tal iban las obras de su casa. Dane mintió sin dudarle un instante.

-Casi están terminadas -dijo-. Ha habido un retraso en la entrega de los muebles que encargó Trammell.

Los muebles ya habían sido entregados y todo tenía un aspecto magnífico, pero no tenía intención de marcharse de casa de Marlie hasta que atraparan al asesino. Había transcurrido otro fin de semana sin ningún asesinato. Unos cuantos reporteros sarcásticos empezaron a preguntar si la policía estaba segura de que se trataba de un asesino en serie o simplemente se habían asustado por las similitudes entre los asesinatos de Nadine Vinick y Jackie Sheets.

-¿Has sentido algo hoy? -preguntó Dane.

Marlie negó con la cabeza.

-Nada concreto. Sólo una especie de nerviosismo. Y cuando volvía a casa, pasó por delante de una joven pareja tan acaramelada que se estaban besando apasionadamente en la acera. Marlie se encontraba en aquel estado automático que sobreviene cuando uno conduce, con la guardia baja, y de pronto se encontró viendo el interior de la mente del joven. Una vez más, aquello le produjo tal impresión que la bloqueó inmediatamente y se retiró de aquel contacto emocional. Tuvo el extraño pensamiento de que esperaba que encontrasen pronto algún lugar privado, dada la intensidad de la excitación del chico, o de lo contrario no sería ella la única impresionada.

Entonces comprendió que ya dos veces había logrado controlar el contacto, romperlo. Incluso antes, en el momento en que sus capacidades alcanzaban su punto máximo, no había sido capaz de hacer algo así. Había aprendido a protegerse parcialmente, pero no había llegado a conseguir la protección total. De acuerdo, así que el contacto inicial le había venido cuando estaba relajada; había podido cortar inmediatamente la conexión.

Ella no había deseado recuperar sus capacidades, pero de repente se sintió inundada por una sensación de triunfo y contento. Después de todo, Gleen no había ganado. El proceso de curación había llevado mucho tiempo, pero al final había vencido ella. Había salido del trauma

todavía más fuerte que antes, más capaz de controlar el don que le había sido dado. Incluso, con Dane, había superado el terror a lo físico y aprendido la dicha del placer sexual. No podría haberlo hecho dos años atrás, ni siquiera un año antes, pero su curación por fin había avanzado hasta el punto de ganar la partida.

-¿Está cazando? -preguntó Dane.

-¿ Quién sabe ? Como te digo, no he sentido nada concreto. Tal vez sea sólo que tengo mucho miedo a esta noche.

-Quizá yo pueda hacer algo al respecto -dijo él en voz baja y grave. Estaba apoyado contra los armarios de la cocina mientras Marlie preparaba algo rápido para comer, como de costumbre. Le miró y sintió una flojera en las rodillas. Dane parecía tan profundamente varonil que todas las células de su cuerpo reaccionaron. Dane mostraba siempre un aspecto ligeramente descuidado, aun cuando llevase la ropa recién planchada, pero en aquel momento era más acentuado, con la camisa arrugada y el pelo revuelto, y con aquella marca en la mejilla del ataque sufrido por la mañana de la cuchilla de afeitar, además de que necesitaba afeitarse otra vez. Como siempre, todavía llevaba puesta la sobaquera, de la que asomaba la culata de su enorme pistola; estaba tan acostumbrado a ir armado que ya no se daba cuenta. Aquellos penetrantes ojos avellana se veían más verdes de lo normal, con un brillo predatorio al mirar a Marlie.

-Quizá -aceptó ella con voz más ronca que de costumbre. De quizá, nada; estaba segura. El poder sexual que Dane ejercía sobre ella era tan fuerte que lo único que la salvaba de caer presa del pánico era el hecho de saber que, cuando quisiera, podía hacerle enloquecer también. Tal vez tuviera dudas acerca de la implicación emocional de Dane, pero no cabía error en cuando a su reacción física. Lo único que tenía que hacer era rozarse contra él o mirarle de determinada manera, o incluso no hacer nada, y él se excitaba.

Aquello la sorprendía a veces, porque desde luego ella no era ninguna provocadora, aun haciendo un esfuerzo de imaginación. Siempre se había vestido de forma que disimulara su femineidad porque nunca había querido llamar la atención de ningún tipo. Pero Con Dane todo aquello no importaba; era como si él nunca viera la ropa sino que mirase directamente a la mujer que había debajo. Ella seguía vistiendo de la misma manera, tanto por costumbre como por comodidad -al fin y al cabo, la ropa estaba allí-, pero ahora, un tanto sorprendida de sí misma, se daba cuenta de que no sentía la necesidad de continuar Con el camuflaje. Las cosas habían cambiado. No tenía que ocultarse para proteger su intimidad mental, ni tampoco tenía que preocuparse por la desagradable intrusión que suponían las insinuaciones sexuales. Dane hacía esas insinuaciones bastante a menudo, y en ellas no había absolutamente nada de desagradable.

Ahora era más fuerte. Sus capacidades habían cambiado. Se había curado y poseía el control. Experimentó otro leve estremecimiento al comprender que, por primera vez, ya no estaba a merced de sus poderes mentales. Podía vestirse del modo que quisiera. Podía Comprar la ropa ajustada y de moda que siempre había admirado, e incluso algo claramente sexy.

-¿ Qué estás pensando ? -preguntó Dane, nervioso-. Me estás mirando como si yo fuera un canario y tú el gato.

Marlie dejó que su mirada bajara un poco más y le rozara delicadamente las caderas.

El semblante de Dane se alteró. Se enderezó para separarse del armario, con todos los músculos de su poderoso cuerpo en tensión. Entonces extendió una mano y apagó la cocina sin titubear. Marlie levantó las cejas.

-Puede que esto tarde un poco -dijo él Con mirada intensa al tiempo que la atraía hacía sí.

* * *

Ese fin de semana no ocurrió nada, aunque Marlie no logró sacudirse aquella sensación de inquietud por lo que se avecinaba. Estaba empezando a pensar que iba a sentirse así hasta que atraparan a aquel hombre. Pero dominó la tensión mejor que el fin de semana anterior, tal vez gracias a la nueva seguridad que había encontrado en sí misma. Puso a prueba su control de la situación cuando estuvo un rato charlando con Lou el sábado, en un deliberado intento de abrirse; inmediatamente captó los sentimientos de su vecina, y cuando decidió parar, el flujo se interrumpió. Fue como abrir una puerta y cerrarla otra vez. ¡Era capaz de hacerlo!

Sin embargo, en sí misma no era una experiencia del todo satisfactoria; descubrió que Lou reprobaba profundamente la situación de su vecina, con aquel hombre, aunque fuera un policía, que se había ido a vivir con ella tan descaradamente. Lou pensaba que daba mal ejemplo. A Marlie le gustaría saber a quién estaba dando mal ejemplo, dado que ella era la persona más joven de aquel vecindario. La mayoría de sus vecinos eran jubilados.

Y todavía fue peor cuando Dane escogió aquel momento para salir al porche vestido tan sólo con unos vaqueros más bien asquerosos. Como habían pasado todo el día en casa sin hacer nada, no se había afeitado. Se le veía grande, rudo, ligeramente peligroso y totalmente masculino, con el poderoso pecho desnudo.

-Hola, Lou -llamó-. Siento interrumpir. Cariño, ¿sabes dónde he puesto el aceite de engrasar mi pistola?

-En ningún sitio --contestó Marlie--. Lo dejaste fuera. Te lo he puesto yo en la cocina, segundo cajón de la derecha.

Él le dirigió una ancha sonrisa.

-Lo siento. -y desapareció en el interior de la casa. Lou tenía el semblante rígido y los ojos muy abiertos, mirando el lugar donde había estado Dane un momento antes. Marlie se movió incómoda. Aquella era una ocasión en la que decididamente no sentía deseos de abrir aquella puerta para saber lo que sentía Lou.

Entonces Lou exhaló un largo suspiro.

-Dios santo -dijo. Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas. Dirigió a Marlie una mirada avergonzada-. Puede que esté desfasada -admitió-, pero desde luego no estoy ciega.

Minutos después, Marlie entró en la cocina y encontró a Dane montando tranquilamente su pistola. No podía ser que hubiera limpiado el arma en el tiempo que había transcurrido.

-Lo has hecho a propósito -le acusó, haciendo un esfuerzo por mantener el tono calmado. Lou todavía estaba un poco mareada cuando ella entró en la casa.

Dane sonrió sin dejar de hacer lo que estaba haciendo.

-Me gusta revolverle las plumas -admitió-. Pensé en desabrocharme los vaqueros, pero me arrepentí. Eso era excesivo.

-Menos mal. De haberlo hecho, quizá no hubieras podido volver a entrar en casa ileso.

-La he fastidiado de verdad, ¿eh?

-No exactamente.

Dane levantó la vista con expresión interrogante. Marlie le sonrió dulcemente.

-Lou se ha quedado cautivada por tu virilidad, grandullón.

Tras un momento de sorpresa, Dane rompió a reír. Como pesaba demasiado para mover la silla, Marlie apartó la mesa y le puso las manos en los hombros al tiempo que se sentaba a horcajadas sobre sus rodillas. Él dejó de reírse y sus facciones adquirieron aquella conocida

expresión tensa.

-Sé muy bien lo que siente Lou -susurró Marlie, hociqueando en su mejilla. El corazón se le aceleró al notar su aroma, todo calor, un olor a hombre mezclado con el penetrante tufo del aceite de engrasar. Se fue moviendo muy despacio contra la protuberancia que abultaba sus vaqueros.

-Espera. -La protesta de Dane sonó débil-. Tengo las manos manchadas de aceite.

-¿ y qué ? Soy lavable -murmuró ella, y eso fue lo único que él necesitó oír.

El fin de semana fue maravilloso. Marlie ignoró la sensación de alarma que no la abandonaba nunca, que jamás dejaba que sus nervios se calmasen, y disfrutó de lo que tenía. No hubo visiones ni falsas larmas de crímenes copiados. Sugirió que fueran hasta la casa de Dane a ver cómo estaba todo, pero él estaba en plan perezoso y no mostró interés. Vieron la televisión y leyeron. Probaron recetas de cocina... o más bien fue Marlie quien las probó mientras Dane le hacía compañía y tomaba muestras de los resultados. Y también hicieron el amor, con frecuencia. Era exactamente la clase de vida que Marlie siempre había querido y siempre creyó imposible.

Cuando llegó el lunes, después de un fin de semana sin que sucediera nada, la prensa fue mordaz. El Departamento de Orlando había reaccionado excesivamente, como si creyera que el cielo iba a caerle sobre la cabeza. Un columnista sugería que no sólo habían hecho el ridículo basándose en dos asesinatos similares, sino que toda aquella algarabía podía haber sido la causa del crimen de Felicia Alden.

-Se olvidan -dijo Dane con sarcasmo-- de que el Departamento no es responsable de toda la publicidad que se ha dado a esto; han sido los medios de comunicación. Nosotros hemos tratado de mantener la discreción en la medida de lo posible.

Marlie le miró preocupada.

-Pero ahora, al decir ellos que ha sido una falsa alarma, la gente dejará de tomar tantas precauciones. Esto le da al asesino más oportunidades para tener éxito.

-Díselo a la prensa. Lo único que te darán es la respuesta sabihonda de que ellos no generan la noticias, sino que se limitan a darlas.

-Si eso fuera lo único que hicieran, perfecto. Pero es que las cambian, las distorsionan, las .interpretan».

Dane vio que Marlie estaba verdaderamente molesta; él también estaba cabreado, pero las noticias de la prensa alteraban a Marlie en un nivel más profundo. Recordó que sus experiencias con los medios de comunicación por lo general no habían sido agradables, y se apresuró a cambiar de tema.

* * *

Janes estaba complacido con lo que había conseguido el fin de semana. Había hecho varias visitas casuales a los alrededores de la casa de Elrod y quedó encantado con lo que descubrió. La casa era grande y de clase alta, situada en el centro de un gran solar con un exceso de ajardinamiento que le proporcionaría un buen escondite. Unas vallas de casi dos metros de altura marcaban la separación entre casi todas las parcelas del barrio, lo cual reducía todavía más la posibilidad de que pudiera verle algún vecino fisgón.

No había visto al señor Elrod, aunque en la guía telefónica figuraba uno. ¿Estaría fuera de la ciudad? Era preocupante que esa pregunta hubiera resultado tan fácil de responder, aunque la respuesta provino de una fuente inesperada. Marilyn Elrod había salido de su casa ni cinco

minutos antes de que le entregasen el correo, y Janes sencillamente aprovechó la oportunidad para recogerlo y echarle un vistazo. Parte de la basura habitual iba dirigida al señor James Elrod, lo cual confirmaba su existencia. Había un sobre más interesante que llevaba el membrete de un bufete de abogados de Orlando. Janes no titubeó para abrirlo, y lo que leyó le complació enormemente. Al parecer, el señor y la señora Elrod se hallaban inmersos en los trámites del divorcio, y el señor Elrod se había ido recientemente de casa. Qué pena.

Se guardó la carta, ya que estaba abierta, y volvió a meter el resto del correo en el buzón. Un rápido vistazo a los alrededores de la casa le sirvió para ver que no había perro -si lo hubiera, a aquellas alturas estaría ladrando como un descosido-, pero sí había sistema de alarma. No era especialmente complejo, pero suponía un problema. Aun así, todos los sistemas tenían alguna debilidad, y no le cabía duda de que acabaría encontrando un medio para entrar. Todo a su tiempo, por supuesto, todo a su tiempo. No iba a cometer el error de precipitarse como la última vez.

* * *

-Han hecho que parezcamos idiotas -rugió el jefe Champlin. No estaba de buen humor. El alcalde le había leído la cartilla por haber actuado prematuramente y haber provocado un ataque de histeria entre todas las mujeres mayores de la ciudad. No sólo eso, la mala publicidad le había costado dinero a la ciudad. Orlando dependía en gran medida del turismo, visitantes de todo el mundo acudían a la Casa del Ratón. El índice de ocupación de los hoteles y moteles había descendido de forma importante desde que saltó la noticia.

-No puedo creerlo -dijo Bonness en tono plañidero-. ¡Todo el mundo se queja porque no han asesinado a nadie!

-Ha habido sólo dos asesinatos. De acuerdo, los detalles eran extraños por su similitud....

-El FBI está de acuerdo en que se trata del mismo hombre -interrumpió Dane-. No estamos aislados en esto, jefe. Ese tipo anda suelto por ahí fuera. Con la ayuda del FBI, creemos que hemos identificado por lo menos otros diecisiete crímenes que ha cometido.

-¡Así que puede que se haya ido de la ciudad al estallar la noticia! -barbotó el jefe.

Dane negó con la cabeza.

-Creemos que sigue aquí.

-¿En qué información se basan?

«Marlie», quiso decir, pero no lo hizo. A cambio, se contentó con decir:

-Nunca ha abandonado una zona tan pronto. Seguimos la pauta que tiene establecida.

-El alcalde quiere saber, y yo también, exactamente qué están haciendo ustedes con su tiempo. Si no hay pruebas, ¿qué diablos hacen?

El rostro de Dane había adquirido una expresión pétrea. Trammell vio las señales de una incipiente pérdida de control y se interpuso.

-Hemos recibido de las empresas de servicios listas de nombres de clientes nuevos que se dieron de alta el año pasado, y estamos trabajando con ellas, investigando todos los nombres. Con el perfil que nos ha proporcionado el FBI, podremos reducir mucho la búsqueda.

El jefe Champlin era de la vieja escuela. No le gustaba la fina sofisticación de Trammell, su dinero, su ropa elegante ni su físico exótico. Sin embargo, respetaba los contactos políticos que tenía Trammell en la ciudad, por cortesía de ese mismo dinero. Respondió con un gruñido algo así como:

-Más vale que encuentren algo pronto, o de lo contrario... -y se fue del despacho de Bonness.

Bonness suspiró y sacó un pañuelo para secarse la frente.

-Mierda. ¿Habéis descubierto algo en esos nombres?

-Nada que dispare ninguna alarma, pero todavía tenemos un montón de nombres que investigar.

-Está bien. Informad me en cuanto tengáis algo.

-Muy bien.

-Qué hijo de puta -dijo Dane con los dientes apretados mientras regresaban a su despacho.

-Cálmate, socio. Él no sabe lo que sabemos nosotros, porque no podemos contarle lo de Marlie. No creo que lo entendiera.

-Bonness tiene razón.- Una fría cólera asomaba todavía en los ojos y el tono de Dane.- Esos cabrones no estarán satisfechos hasta que aparezca otra mujer asesinada.

* * *

Janes aprovechó bien el tiempo de noche. Encontró un lugar seguro donde dejar su automóvil y estudió la situación respecto de *los* perros del vecino. Eran dos, pero uno de ellos tendía a ladrar por todo, y el otro al otro lado de la calle se unía. Los ladridos normalmente no provocaban más que unos cuantos «cállate ya».

A Marilyn Elrod le iba la marcha. Salía de copas casi todas las noches, lo cual quizá fuera la razón por la que el señor Elrod ya no vivía allí. No obstante, hasta el momento no se había traído a nadie a casa. Su activa vida nocturna le ofrecía a él abundantes oportunidades para cerciorarse de que todo fuera perfecto.

La vida nocturna de la mujer también le, proporcionaba un medio de entrar en la casa. Toda la vivienda estaba rodeada de densos matorrales que llegaban hasta el garaje. La dueña tenía la costumbre de dar marcha atrás con el coche hasta allí, para así no tener más que arrancar de frente cuando saliera; como ella estaba mirando hacia delante era para él un juego de niños deslizarse desde su escondite entre la vegetación hasta el interior del garaje antes de que se cerrara la puerta automática. Ella nunca miraba atrás.

La puerta que conducía del garaje al cuarto de calderas no estaba conectada al sistema de seguridad, aunque sí lo estaba la puerta exterior de entrada. Estaba cerrada con llave, pero las cerraduras no constituían un problema para él. Aquella era otra habilidad que había aprendido por sí mismo, con la ayuda de un curso de cerrajero por correspondencia que había seguido empleando un nombre falso, sólo por precaución. Otro pequeño detalle que había previsto y solucionado.

La primera vez que penetró en la casa simplemente se dio un paseo por ella para familiarizarse. Se mantuvo tranquilo, sin permitir que la emoción le empujase a actuar antes de esta, verdaderamente preparado, como le había ocurrido en la última ocasión. La segunda vez exploró un poco más. Abrió *los* armarios y hurgó entre la ropa, y decidió que el gusto de la dueña parecía haberse congelado en el estilo de los bares de solteros de los ochenta. Advirtió que se gastaba una fortuna en maquillaje mientras fisionaba en el armario del cuarto de baño.

Le satisfizo que no hubiera armas de fuego en la casa. Las armas podían ser un problema importante.

A continuación, tarareando para sí, inspeccionó la cocina. Vio que a la señora Elrod no le

gustaba mucho cocinar; el frigorífico contenía sobre todo comida preparada para el microondas. Pero sí que había cedido a la moda de tener un amplio juego de cuchillos sobre la reluciente encimera negra, algo con lo que él había contado. Ya que cocinaba tan poco, no era probable que echase de menos un cuchillo. Los fue examinando de uno en uno, probando las mal afiladas hojas de acero inoxidable. La mayoría de las mujeres ya no se enorgullecían de valer para las tareas domésticas, lo cual él deploraba. Si los cuchillos estuvieran bien cuidados, él no tendría que correr el pequeño pero existente riesgo de llevarse uno de ellos para adherirle un filo como era debido.

Teniendo en cuenta todas las circunstancias, no le gustó nada Marilyn Elrod.

* * *

-Ven a casa a cenar con Grace y conmigo esta noche -dijo Trammell el viernes.

Dane se recostó en su sillón. Estaba tan harto de las malditas listas que tenía encima de la mesa que le entraron ganas de tirarlas todas a la basura. Jamás se hubiera imaginado que había tanta gente que se había mudado a Orlando el año anterior. Lo que le cabreaba en realidad era que no le estaban proporcionando ningún maldito dato. Se alegraba de que hubiera llegado el fin de semana, aunque Trammell y él estaban de servicio.

-Es viernes -le recordó a Trammell.

-¿Y que? Los viernes tienes que comer igual que los otros días de la semana, ¿no?.

-Marlie se pone bastante tensa los viernes.

-Entonces le vendrá bien quitarse cosas de la cabeza. Si tiene una visión, puede tenerla tanto en mi casa como en la suya.

- De acuerdo, voy a llamarla.

Marlie interpuso el mismo razonamiento que él, y Dane le dio la misma respuesta que le habla dado Trammell. En realidad no necesitó que la convenciera demasiado, porque había pasado la semana temiendo que llegara el viernes. Cenar con Trammell y Grace sería una agradable distracción.

Aquella semana, todos los días había pasado parte de la hora de la comida yendo de compras, y esa noche se puso por primera vez uno de sus trajes nuevos. Trammell había dicho que se vistiera de manera informal, y así lo hizo, pero los estilizados pantalones blancos de algodón y el cuerpo blanco sin mangas eran muy atractivos, en su opinión Dane pensó lo mismo. Cuando Marlie salió del dormitorio, la mirada de él se detuvo en sus hombros desnudos y en el profundo escote en uve.

-¿Llevas sujetador? -le preguntó en tono tenso.

Marlie se miró

-¿Porqué?

¿ -Sólo quiero saberlo. ¿Lo llevas?

-¿Se ve algo? -preguntó Marlie, volviendo al dormitorio para examinarse en el espejo

Dane la siguió.

-Maldita sea, Marlie, ¿lo llevas o no lo llevas?

-¿Es que lo necesito?

-Voya averiguarlo yo mismo -repuso él, frustrado, extendiendo una mano hacia ella.

Pero Marlie se escabulló y le dirigió una sonrisa traviesa.

-Tranquilo, pequeño. Tendrás que esperar hasta después para saberlo. Si no nos vamos ya, llegaremos tarde

-Nunca te he visto ese traje -dijo Dane, siguiéndola.

-Es nuevo Lo he comprado esta semana.

Dane estudió su espalda, tratando de decidir si era capaz de distinguir la línea del sujetador debajo del chaleco blanco que dejaba al descubierto una porción desconcertante de Marlie. No era que resultara indecente, sólo que no estaba acostumbrado a verla así vestida. Le gustaba muchísimo, pero no quería que nadie más apreciase el panorama.

La casa de Trammell era grande y espaciosa, con un pulido mobiliario de colores claros y suaves que hacían parecer todavía más grandes las habitaciones. Se respiraba una sensación de espacio, serenidad y frescor, incrementada por las frondosas plantas de interior y los ventiladores del techo que agitaban suavemente el aire.

La cena fue relajada, con abundantes bromas y chistes. Marlie le preguntó a Trammell cuándo estaría terminada la casa de Dane, y él mintió sin que se le moviera un pelo de la cabeza. Más retrasos, dijo solemnemente.

Grace le contó a Marlie los planes de boda que estaba haciendo y la suerte que había tenido al planificar un compromiso a tan largo plazo, porque iba a necesitar todo ese tiempo para preparar una boda grande y formal. Trammell empezó a sudar ligeramente mientras escuchaba la conversación, pero ya no tenía aquella mirada de pánico cervical; se estaba acostumbrando a la idea del matrimonio en relación a consigo mismo.

Una serie de truenos, normales durante las novches de verano, les obsequió con espectaculares fogonazos de luz y un fuerte retumbar. Después de cenar, Trammell hizo varias fotografías de todos juntos, y eso le llevó a enseñar los gruesos álbumes de fotos que había ido acumulando a lo largo de los años.

Dane figuraba de forma prominente en muchas de las instantáneas, y Marlie estudió su rostro con interés. Parecía distinto en las fotos en blanco y negro que había hecho Trammell. Al ver su interés, éste se sentó a su lado para contarle todo acerca de cada una de ellas.

* * *

Era más temprano que de costumbre cuando Marilyn Elrod llegó a casa, pero las tormentas habían dejado sin electricidad el bar, y los dueños habían invitado a todo el mundo a salir, cortésmente pero con firmeza. También venía algo más achispada de lo normal, y cuando vio que no se abría la puerta del garaje, pulsó de nuevo el botón del interruptor. Pero siguió sin suceder nada.

-Maldita sea -musitó, apuntando con el mando a distancia directamente a las puertas y con el dedo apretado sobre el botón. Nada. Lo tiró en el asiento del pasajero, a su lado-. Malditas pilas.

Salió del coche y trotó con sus zapatos de tacones altos hasta la puerta de la casa, y permaneció allí de pie un instante, tratando de acordarse del código de la alarma de seguridad. Sólo disponía de unos pocos segundos después de abrir la puerta, no recordaba exactamente cuántos, para marcar el código y así evitar que se disparase la alarma. Odiaba aquel maldito dispositivo, hacía un ruido que le destrozaba los tímpanos. El sistema de seguridad había sido idea de James, no de ella. Los hombres y sus juguetitos.

Tardó un minuto en darse cuenta de que la pequeña luz roja que había encima de la alarma no estaba encendida. Maldición, ¿es que en aquella casa todo funcionaba mal? Pero entonces rió suavemente para sí. ¡Claro! Allí también se había ido la luz. Debería haber reparado en lo oscuro que estaba todo el barrio.

Introdujo con mano torpe la llave en la cerradura y abrió la puerta, y entró en la casa tambaleándose ligeramente. ¡Cielos, estaba todo más oscuro que una tumba! ¿Cómo iba a ver nada? Velas, pensó. Tenía velas. Había comprado un surtido de velas de incienso, pensando

en el ambiente sensual que crearían cuando se llevara un amante a casa. Probablemente James tenía alguna linterna por ahí, pero no sabía dónde estaba. Era probable que se la hubiera llevado consigo el muy cabrón. No quería que su muñequita se viera atrapada en la oscuridad.

¿Pero dónde las había puesto? ¿En la cocina? Aquél no parecía el sitio apropiado para guardar velas de incienso.

Por otra parte, en la cocina era donde estaban las cerillas, y tal vez las había guardado allí. Se quitó los tacones mientras avanzaba a tientas por la casa en sombras en dirección a la cocina. Encontró primero las cerillas y encendió una aliviada por la pequeña llamita de luz. Quemó tres antes de dar con las velas de incienso.

Encendió una inmediatamente para alumbrarse. Bueno, aquél era un buen final para una noche aburrida, pensó disgustada. Mejor sería que se fuera a la cama, ya que no podía ni siquiera ver la televisión.

Subió las escaleras llevando un saquito de velas en una mano y la otra vela encendida en la otra, y sólo tropezó una vez.

-Epa -susurró-. Tengo que tener cuidado. Llevo fuego en la mano.- Aquella idea la hizo reír tontamente.

Ya en el dormitorio, que había transformado completamente después de marcharse James - quemó todas las sábanas sobre las que había dormido el cabrón-, fue encendiendo las velas de una en una y las colocó sobre la cómoda para ver el efecto que hacían al reflejarse en el espejo. Sí, se dijo: era muy sensual. El denso aroma del incienso se elevó en el aire y la hizo toser un poco. Tal vez debería usar velas sin perfume.

Comenzó a desvestirse y dejó las prendas donde fueron cayendo. El incienso se hizo más fuerte, y volvió a hacerla toser.

En ese momento se detuvo y torció la cabeza a un lado. ¿Había oído algo? Aguardó, pero la casa seguía estando silenciosa. Sí, aquél era el problema. Estaba acostumbrada a oír el leve zumbido del frigorífico, los relojes, los ventiladores del techo. Sin ellos, se daba demasiada cuenta de los ruidos exteriores.

Una vez que estuvo desnuda, se puso una bata y se anudó el cinturón flojo. De pronto se sentía demasiado soñolienta para llevar a cabo el ritual completo de la crema limpiadora, así que simplemente mojó una toalla en el oscuro cuarto de baño y se la pasó por la cara antes de dejarla en el lavabo.

Regresó a la habitación bostezando. Las llamas de las velas parpadearon, enviando hacia el techo embriagadoras nubes de incienso. Se inclinó para soplarlas, y en ese momento un rostro apareció en el espejo.

Se giró en redondo, reprimiendo un grito ahogado en la garganta.

-Holaaa -dijo el hombre suavemente.

CAPÍTULO 20

El álbum de fotos resbaló por el suelo, asustando a todos los presentes. Marlie estaba de pie, balanceándose ligeramente, con la cara blanca como la cal y las pupilas tan contraídas que sólo se veían dos pequeños puntos negros, pues el azul intenso de los iris dominaba su semblante.

-Dane -dijo con un hilo de voz casi imperceptible.

-Oh, mierda. -Él se levantó de la silla como un rayo y la abrazó contra sí al tiempo que las rodillas de Marlie empezaban a doblarse.

-¿Qué ocurre? -exclamó Grace alarmada.

Tanto Dane como Trammell no le hicieron caso, pues toda su atención estaba concentrada en Marlie, que respiraba agitadamente, jadeando, y tenía los ojos muy abiertos y fijos, viendo algo que ellos no podían ver.

-¿Dane ? -dijo otra vez, con la voz teñida de desesperada súplica. Sus manos asieron la camisa de él, retorciendo la tela.

Dane la sentó suavemente en el sofá

-Estoy aquí, nena -le dijo, con la esperanza de que ella le oyera.-¿Está ocurriendo otra vez? -Marlie no contestó, y él la sacudió con insistencia-. ¡Marlie!

La jadeante respiración se convirtió en sollozos secos, ásperos.

-Me está mirando -dijo con una voz que ya no era la suya.

Dane no pudo conseguir que Marlie reaccionara de nuevo. permaneció sentada sin moverse, y su respiración se fue normalizando hasta resultar apenas perceptible. Tenía los ojos abiertos y no pestañeaba.

-Mierda -dijo Trammell en voz baja, acucillado junto a Dane-. Cuando dije que Marlie podía tener una visión aquí tan bien como en casa, lo dije de broma.

-Alex -dijo Grace con voz muy clara y firme-. ¿Qué está pasando? -El hecho de que no entendiera nada demostraba que Trammell, como de costumbre, había mantenido la boca cerrada y no había contado lo de los poderes de Marlie a nadie, ni siquiera a Grace.

Dane no apartó su mirada de preocupación del rostro de Marlie. Ésta se encontraba fuera de su alcance, y eso no le gustaba, no le gustaba saber que ella estaba pasando por un infierno y él no podía hacer nada. Había acabado la espera.

-Alex. -Grace sonó como si estuviera a punto de recurrir a la violencia.

-Adelante -murmuró Dane distraídamente a Trammell-. Puedes decírselo.

-¿Decirme qué? ¿Qué le ocurre a Marlie?

Trammell se levantó y puso una mano en el brazo de Grace. -Marlie es vidente -explicó en voz baja-. Tiene visiones de los crímenes mientras éstos tienen lugar.

-¿Vidente ? -Grace le miró furiosa-. Te lo advierto, Alex Trammell...

-Es verdad -dijo Dane. Deseó intensamente que no lo fuera-. Ahora mismo está teniendo una visión. En este momento se está cometiendo otro asesinato.

-Si esto es una broma. ..

-No lo es -replicó él sin más.

-No se lo digas a nadie -le dijo Trammell-. Aparte de nosotros tres y del teniente Bonness, no lo sabe nadie más.

Grace miró nerviosa a Marlie.

-¿Cuánto dura esto?

Dane consultó su reloj. Eran las 22.36, más temprano que en los dos asesinatos anteriores.

-No lo sé. Media hora, quizá.

La vez anterior, cuando fue asesinada Jackie Sheets, a Dane le costó más tiempo sacar a Marlie del trance. En aquel preciso momento, en algún lugar de la ciudad, otra mujer estaba sufriendo una muerte horrible; Marlie estaría ausente de él hasta que aquello terminara.

A las 22.54 la mano de Marlie se agitó convulsivamente varias veces, en un breve movimiento de apuñalar. Tanto Dane como Trammell comprendieron la importancia de aquel pequeño movimiento. El sudor rodaba por la cara de Dane a pesar del frescor del aire

acondicionado. Tomó la mano de Marlie y la sostuvo, con la esperanza de que el contacto la consolara en algún nivel inconsciente. Trammell paseaba inquieto, con sus oscuros ojos entrecerrados y serios.

-Haz un poco de café -murmuró Dane-- . O té. Marlie lo va a necesitar.

Grace hizo el gesto de dirigirse a la cocina, pero Trammell instó a sentarse y fue a hacer el café.

A las once, Dane se sentó aliado de Marlie y la atrajo suavemente contra su hombro. Tenía los brazos helados al tacto. La sacudió con suavidad.

-¿Marlie? ¿Puedes volver ya a mí, cariño?

Los ojos de Marlie ni siquiera parpadearon. Dane esperó un par de minutos y la sacudió de nuevo, llamándola por su nombre. Esta vez captó un leve movimiento en sus párpados. Comenzó a acariciarle las manos y los brazos para devolverle un poco de calor a la piel.

-Despierta y háblame, cariño. Vamos, sal de ahí. Los ojos de Marlie empezaron a cerrarse lentamente, y cayó en los brazos de Dane conforme la rigidez fue abandonando sus músculos. Él la sacudió una vez más, pues no quería que se hundiera en aquel sueño profundo e inconsciente.

-Tienes que hablarme, Marlie. Todavía no puedes dormir.

Con visible esfuerzo, Marlie alzó los párpados y le miró. Su expresión era de aturdimiento, de confusión. El pánico asomó a aquellos ojos azules mientras luchaba por recobrar la conciencia, la sensación de identidad. Pasó otro momento antes de que estallara en ellos el reconocimiento, seguido de cerca por el horror y la angustia.

-Shhh, shhh -susurró Dane, estrechándola con fuerza-. Estoy aquí, pequeña. -Notaba el temblor que le nacía en las piernas e iba ascendiendo por su cuerpo, haciéndose más fuerte y más violento a cada segundo que pasaba. Extendió la mano, y Trammell le puso en ella una taza de café. La acercó con cuidado a los temblorosos labios de Marlie y la obligó a beber. Ella tenía el rostro gris, y el shock empeoraba por momentos.

-Por favor -rogó Marlie con voz entrecortada y apenas audible-. Deja que me eche.

-Aún no. Bebe un poco más de café. -Deseaba llevarla hasta la cama y dejarla dormir mientras él la abrazaba para mantenerla a salvo de los terrores de la noche, pero empujó aquel impulso fuera de sí, inflexible. Tenía que obtener la información antes de permitirle descansar.

-Cuéntamelo -exigió, poniendo fuerza en la voz-. Cuéntame lo que has visto.

Marlie cerró los ojos y trató de zafarse de él.

-¡Maldita sea, Marlie! -Esa vez no fue suave al sacudirla-. ¡Dímelo!

La boca de Marlie tembló claramente y unas lágrimas surgieron bajo sus pestañas.

-Está todo oscuro -dijo ella. Aspiró profundamente y expulsó el aire con un tembloroso suspiro. Después abrió los ojos-. Se ha ido la luz por culpa de la tormenta.

Su voz adquirió aquel tono plano e inexpresivo a medida que iba hundiéndose de nuevo en el horror. Miró directamente de frente, y Dane hizo acopio de fuerzas.

-Ella ha llegado a casa antes de lo previsto. Está bebida. Pone unas cuantas velas encima de la cómoda y las enciende. Son velas de incienso, en pequeños soportes de vidrio. Huelen mal. Se quita la ropa y se pone una bata. Muy amable por su parte, eso le va a ahorrar trabajo. Entra en el cuarto de baño y se lava la cara. Cuando sale, él la está esperando.

-Dios santo -dijo Grace en voz baja, a medida que empezó a comprender el horror de lo que estaba oyendo, de lo que Marlie había soportado.

-Él se pone a su espalda cuando ella se inclina para soplar las velas. Ella lo ve y se da la vuelta. No grita; casi nunca lo hace ninguna. Él va está demasiado cerca, ya tiene el cuchillo

contra su garganta. Aunque está bebida, la muy imbecil, sabe lo que está ocurriendo. Bien. No merece la pena aplicar un castigo si la lección no es comprendida.

»La obliga a quitarse la bata. Está demasiado flaca, se le ven las costillas. Eso no le gusta. Ella está aterrorizada, y no discute cuando él le ordena que se tumbe. En la cama no, en el suelo. Prefiere el suelo. Es suave con ella, pero ve en sus ojos que ella sabe quién es él, conoce su poder. Eso es agradable, pero elimina el elemento sorpresa-

» Después la ayuda a levantarse, la besa en la mejilla, le acaricia el pelo. Le tira un poco del pelo para hacerla inclinar la cabeza hacia atrás, y ella lo mira. Por favor, le dice, ya suplicando. No hay orgullo. Nunca tienen orgullo. Él sonríe y observa sus ojos cuando ella nota el primer pinchazo del cuchillo. Luego la suelta para que pueda empezar la persecución.

Trammell se giró de pronto, musitando un juramento.

Marlie no estaba mirando a ninguno de ellos, no veía a nadie. -Ella no corre, sólo lo mira. Él vuelve a herirla, y dice: corre, puta. Pero ella no lo hace. Le lanza un puñetazo y la golpea en la cara. Después se le echa encima, golpeando, dando patadas, chillando. Él está furioso; no es así como quería que fuera. Maldita puta. Si eso es lo que quiere, se lo dará. La apuñala profundamente, una vez tras otra, para terminar de una vez. La odia. Ha sido una idiota, lo ha echado todo a perder. Se suponía que aquello iba a ser como una carrera, como la de Preakness. Maryland, oh Maryland.

Marlie cantó el último fragmento.

-Está en el suelo. Él tiene el brazo cansado. Ella ya ni siquiera gime cuando la alcanza el cuchillo. Él se levanta. ..-De pronto a Marlie le falló la voz. Dane notó que se estremecía y después empezaba a temblar de nuevo.

-¿ Qué ? -preguntó suavemente.

Marlie tenía el semblante sin color y los ojos fijos.

-Se ha mirado al espejo -dijo. Cuando Dane se limitó a mirar- la, confuso, ella repitió-: ¡Se ha mirado al espejo! Se ha visto a sí mismo... ¡Y lo he visto yo!

-Dios santo. -Todo el vello del cuerpo se le puso de punta, Y un escalofrío le recorrió la espalda. Trammell Y Grace guardaron un silencio absoluto, con la atención prendida de Marlie.

-Está totalmente calvo -dijo ésta-. Se afeita la cabeza. Tiene la cara cuadrada. ..Y los ojos un poco demasiado pequeños, demasiado juntos.

Dane no pudo contenerse. Estaba ya de pie, con todo su poderoso cuerpo en tensión y listo para actuar.

-Haremos que venga un dibujante de la policía -dijo--. Trabajaré contigo para hacer el retrato, y después lo llevaremos a todas las televisiones y periódicos de la zona. -Era la primera pista que tenían y era enorme-. Llama a Bonness -le dijo a Trammell-. Cuéntale que ha pasado. También necesitamos encontrar a la mujer, como Marlie, ¿cómo era... -Se volvió hacia ella y se interrumpió a mitad la frase. La cabeza de Marlie había caído contra el sofá y tenía los ojos cerrados y las manos inertes sobre el regazo.

-Ah, cariño -dijo con suavidad. Marlie había caído rendida ante el agotamiento. Por un instante Dane había olvidado el precio físico que había pagado. Le entraron ganas de darse de patadas. Inmediatamente dejó a un lado todas las demás preocupaciones; otros podrían hacerse cargo de los detalles para encontrar a la víctima, pero sólo él podía cuidar de Marlie-. Encárgate de todo -dijo a Trammell al tiempo que se inclinaba para tomar a Marlie en brazos-. Voy a llevarla a casa.

-Podéis quedaros aquí los dos -dijo Trammell, pero Dane sacudió la cabeza

negativamente.

-Al despertarse se siente muy confusa y tarda un tiempo en volver a pensar con normalidad. Será mejor para ella si se encuentra en su casa.

-¿Cuánto tiempo tardará en poder hablar con un dibujante? Bonness querrá saberlo.

-Para el mediodía, como muy pronto. Es más probable que sea para las dos o las tres de la tarde.

-Él no va a querer esperar tanto.

-Pues tendrá que hacerlo. -Con Trammell y Grace a los lados y transportando a Marlie en los brazos, la llevó hasta el coche. Trammell le abrió la portezuela y él la depositó en el asiento, bajo el respaldo del todo hacia atrás y le abrochó el cinturón de seguridad.

-¿ Me necesitas ? -preguntó Grace, mirando con preocupación el rostro pálido e inconsciente de Marlie-. Estaré encantada de hacerle compañía.

-Puedo arreglármelas. Marlie dormirá por lo menos doce horas,

-Está bien. Llámame si me necesitas.

-Lo haré -dijo Dane, y le dio un beso en la mejilla-. De todos modos, gracias por el ofrecimiento.

Marlie no se movió durante el trayecto en coche a través de la niebla. Como no era la primera vez que lo veía, Dane no estaba tan preocupado como la vez anterior, pero, por otro lado, ahora sabía lo agotada que Marlie iba a estar y cuánto iba a tardar en recuperarse. Aquella vez tenía que ser la última. No podía permitir que pasara por aquello una y otra vez. En cuanto obtuvieran un retrato robot y lo hiciesen llegar a los medios de comunicación, pondría su plan en práctica.

Apenas había llegado a casa y dejado a Marlie en la cama cuando comenzó a sonar el teléfono. Lo descolgó con gesto irritado y dijo:

-Hollister.

Era Bonness.

-No podemos esperar hasta mañana para empezar con ese retrato. Esta información ha de estar en los periódicos mañana.

-Tendrá que esperar -contestó Dane con voz áspera-. Ahora no puede hacerlo Marlie.

-Tiene que hacerlo.

-No puede -replicó Dane--, No se trata de algo que ella pueda elegir, o usted. Está inconsciente a causa del agotamiento, y tarda horas en recuperarse.

-Tal vez un médico pueda inyectarle adrenalina o algo, para despertarla...

Dane hizo rechinar los dientes en un intento de controlar el ataque de furia.

-Le romperé el brazo a cualquiera que se acerque a ella con una aguja -dijo en tono duro y tenso.

Bonness calló por unos instantes, sorprendido más por la advertencia que implicaba aquel tono que por el contenido de la frase en sí. De todos modos, arremetió de nuevo.

-Maldita sea, Hollister, tienes que tener claras tus prioridades...

-Las tengo tan claras como tengo que tenerlas -le interrumpió de nuevo Dane-. Nadie va a tocar a Marlie. Voy a desconectar este teléfono para que no la molesten. Si me necesita, llámame al número del busca, pero no me haga perder el tiempo tratando de hacerme cambiar de idea. Hable con Trammell si tiene alguna duda de cómo se encuentra Marlie.

-Ya he hablado con él-dijo Bonness de mala gana.

-¿Entonces por qué diablos me ha llamado?

-He pensado que quizás haya algo que podamos hacer....

-Yo ya la he presionado todo lo posible para obtener la información que tenemos ahora. Esta vez le ha resultado más duro que en la ocasión anterior, más duro y más rápido. Déjela en paz y que duerma. Le prometo que le llamaré en cuanto se despierte.

-Está bien -dijo Bonness, todavía reacio-. Pero el jefe se va a cabrear mucho. Obviamente, para que tengamos un retrato robot debe haber un testigo. Va a querer saber quién y cómo.

-Puede no decirle nada acerca del retrato robot hasta que lo tengamos de hecho. Mientras tanto, diga que un soplón nos ha dado aviso de que se ha cometido otro asesinato.

-Ésa es una buena idea. De acuerdo. Pero cuando descubra que...

-Écheme la culpa a mí -dijo Dane con impaciencia-. Aguantaré el chaparrón. Pero deje bien claro que si alguien molesta a Marlie, tendrá que vérselas conmigo.

-Lo haré.

Después de colgar el teléfono, Dane anuló el timbre ya continuación volvió su atención a Marlie, que estaba tumbada donde él la había dejado, con el pecho apenas moviéndose. Se dio cuenta de que había adelgazado en las últimas semanas, y no tenía precisamente mucho que le sobrase. Cuando todo terminara, decididamente se la llevaría a aquellas vacaciones que le había prometido, a algún lugar sereno y tranquilo donde no hubiera nada que hacer excepto comer, dormir y hacer el amor.

Le quitó suavemente la ropa y la metió, desnuda, entre las sábanas. Desde que él se mudó a aquella casa, Marlie se acostaba sin nada encima. Miró la hora; las doce y cuarto. También era hora de irse a la cama él. Dudó que pudiera dormir un rato, pero por lo menos podría abrazar a Marlie. Tiró a un lado su ropa y se metió en la cama a su lado, y atrajo su cuerpo menudo y sedoso para darle calor. El leve aroma dulzón de la piel de ella le calmó, y enterró el rostro en la gruesa mata de cabello oscuro y liso de Marlie.

-Duerme, nena -le susurró-. Yo cuidaré de ti.

* * *

Empezó a tratar de despertarla a las once de la mañana siguiente, pero ella no reaccionó en absoluto. El busca le volvió loco toda la mañana. Bonness le había llamado cada media hora; Trammell llamó dos veces; Grace llamó tres, para saber si había algo que ella pudiera hacer, si necesitaba que ella le sustituyera para así descansar un poco.

A Trammell se le había ocurrido la idea de que las emisoras de radio y televisión dieran la noticia de que se había cometido otro asesinato pero que aún no se había encontrado a la víctima, y que pidieran a la gente que explorase su barrio y llamase a sus familiares para ver si no faltaba nadie. Era una táctica que tal vez hiciera que algunas personas se pusieran histéricas si no podían dar con alguien de la familia por alguna razón, y el jefe Champlin puso el grito en el cielo cuando lo oyó por la radio. El alcalde estaba como si le hubiera dado una apoplejía. ¿Es que no se daban cuenta del riesgo que corrían de que los demandaran judicialmente? Ya veía venir miles de personas con demandas de daños emocionales. Bonness se cubrió las espaldas echándole toda la culpa a Trammell, aunque había dado su aprobación. Cuando el jefe le llamó, chillando furibundo, Trammell, sin alterarse, señaló que aquella táctica ya tenía precedente, que durante los desastres naturales y las emergencias, tales como situaciones de alerta por el calor, se solía instar a la gente a que comprobara que sus amigos y parientes se encontraban bien. Eso calmó un poco al jefe, pero siguió sin estar contento.

Por toda la ciudad sonaban los teléfonos y los timbres de las puertas.

Carroll Janes, que se había dado el capricho de pasarse la mañana en la cama, se quedó

desconcertado al encender la televisión a mediodía y oír las noticias. Si la policía no había encontrado a la víctima, ¿cómo sabía que había una? No obstante, no se alarmó; estaba casi seguro de que no lo había visto nadie, ni siquiera de lejos, pero aunque así fuera, no podrían identificarlo. Bostezó y apagó el televisor. Que buscasen.

Hacia las doce y media, Dane había logrado despertar a Marlie lo suficiente para que hiciera una visita al cuarto de baño y bebiera un poco de agua, pero se quedó dormida de nuevo nada más volver a meterla en la cama.

A la una menos cinco sonó otra vez el busca. El número que apareció en el visor era el de Trammell. Dane lo marcó con gesto impaciente.

-La hemos encontrado -dijo Trammell en un tono frío y sin inflexiones-. Se llama Marilyn Elrod. Su marido, del que se estaba separando, oyó el boletín de noticias y llamó desde la casa de su novia para ver como estaba. Al no obtener respuesta fue hasta allí en coche. Vio el coche suyo en la rampa de entrada, y como ella siempre lo metía en el garaje, eso le preocupó inmediatamente. Todavía tenía las llaves de la casa, de modo que entró, y la encontró en el dormitorio del piso de arriba.

-Marilyn -dijo Dane-. No es Maryland, sino Marilyn.

-Sí. Oye, ¿quieres que venga Grace a quedarse con Marlie para que tú puedas ir a ver la escena del crimen?

No le gustaba tener que dejar a Marlie, pero era su trabajo, aquel fin de semana estaba de servicio.

-Que venga -dijo a regañadientes.

-Ya está de camino -repuso Trammell-. Le he dicho como se llega hasta aquí, y no tardará más de cinco minutos.

-Te crees muy inteligente, ¿verdad?

-Sencillamente te conozco, colega.

Grace demostró que conducía más deprisa que Trammell, pues en ese preciso momento llamó a la puerta. Cuando Dane la hizo pasar, su rostro habitualmente sereno se veía alterado.

-¿Cómo se encuentra? -preguntó de inmediato.

-Todavía está durmiendo. Hace una media hora conseguí despertarla durante unos minutos, pero aún estaba demasiado aturdida para pensar. En cuanto la llevé a la cama se quedó frita otra vez.- Mientras hablaba, Dane se ponía la sobaquera y la americana.

-Esta noche trabajo en el segundo turno -dijo Grace, acompañándole hasta la puerta-, He traído mi uniforme para poder quedarme hasta el último minuto, pero no puedo estar mucho más de las dos y media. Ya se que no es bastante tiempo-dijo en tono de disculpa.

Dane juró por lo bajo, pero no vio nada que pudiera hacer.

-Está bien. La próxima vez estará más despierta. Déjala dormir hasta las dos y luego oblígala a que reaccione. Dile donde estoy, y que regresaré lo antes posible.

Grace indicó que lo entendía con un movimiento de cabeza. Cuando Dane empezaba a bajar los escalones, dijo titubeando:

-¿Dane? Hum... He estado pensando... Esto de... Marlie ¿Puede...? Maldita sea, no sé cómo decirlo.

Dane se volvió. No era habitual que Grace perdiera la compostura. Vio que se sentía muy incómoda, y trató de adivinar:

-¿ Que si puede leer la mente ?

Grace se mordió el labio.

-Ya me dijo Alex que también a ti se te daba bien -musitó-. Pero... sí. ¿Puede leerme la

mente?

-Ella dice que no. -Que Grace viera si lograba encontrar en eso más consuelo que él-. Pero yo no te he leído la mente, he acertado por casualidad, porque yo también me siento incómodo con eso.

Grace asintió con un gesto, comprendiendo. Dane fue hasta su coche y ella volvió a entrar en la casa y cerró la puerta. Siguió las instrucciones, ya las dos empezó a sacudir a Marlie ya hablarle. Para alivio suyo, Marlie parpadeó y abrió los ojos al cabo sólo de un minuto.

-¿ Grace ? -preguntó con una pronunciación tan imprecisa como si hubiera bebido.

Grace suspiró aliviada.

-Sí, soy yo. Acabo de hacer café. ¿Te apetece un poco?

Marlie tragó saliva, tratando de despejar la niebla de su cerebro para poder pensar.

-Sí -dijo por fin.

-Voy por él. No vuelvas a la cama.

-No lo haré. -Resultaba difícil. Marlie luchó contra el sueño en un esfuerzo por entender lo que pasaba. Grace estaba allí. ..¿ Dónde estaba Dane? ¿Le había sucedido algo? Un súbito pánico disipó la niebla aún más, y consiguió sentarse derecha. Estaba desnuda bajo la sábana; se cubrió con los cobertores de la cama y miró alrededor, tratando de obtener algún indicio de lo que estaba sucediendo.

Grace regresó con una taza sólo medio llena de café, lo cual hizo que a Marlie le resultara más fácil sostenerla sin derramar el líquido.

-¿Dónde está Dane? -barbotó, con la mirada llena de preocupación-. ¿Le ha ocurrido algo?

-¡No, por supuesto que no! -Al ver su angustia, Grace se sentó en la cama y le palmeó el brazo-. Dane está bien. Hace sólo una hora que se ha marchado.

-¿Que se ha marchado? -Confusa, Marlie cerró los ojos. Detrás de los párpados vislumbró una imagen de pesadilla, rodeada por lo que parecía un centenar de velas, reflejada en un espejo oscurecido.

Contuvo la respiración al percibir parte de aquel recuerdo-. ¿Qué día es hoy?

-Sábado -respondió Grace.

-Entonces ha sido anoche cuando ha sucedido. -Respiró hondo para recobrar su frágil dominio de sí misma y abrió los ojos.

-Han encontrado a la víctima. En este momento Dane se encuentra en la escena del crimen. -Grace sabía, por haber hablado con Trammell, que la escena era exactamente tal como la había descrito Marlie. Si no hubiera estado presente ella misma la noche anterior, y no hubiera oído a Marlie, jamás lo hubiera creído posible. Sin embargo, el hecho de ser testigo presencial tendía a hacer creyentes a las personas-. No quería dejarte sola, de modo que vine yo.

-Gracias-dijo Marlie-. Cuando me despierto estoy tan embotada que resulta más fácil que haya alguien aquí para explicarme las cosas. -Hasta que apareció Dane, siempre había tenido que pasar por todo ello sola, pero de todas formas era agradable contar con alguien.

-No puedo quedarme mucho más. Trabajo en el siguiente turno-explicó Grace-. ¿Te las arreglarás sola?

-Probablemente volveré a dormirme. -Marlie sorbió un poco de café-. ¿Le importa a Trammell que tú trabajes por las noches?

-Por supuesto. Si yo trabajara en el primer turno ya él le tocara trabajar de noche, a mi tampoco me gustaría-dijo Grace con los ojos brillantes-. De todos modos, como es un

hombre inteligente, no ha cometido el error de exigirme que deje de trabajar o que adapte mi horario al suyo.

-Va mejorando. Anoche mencionarnos varias veces la palabra «matrimonio-, y ya no ponía los ojos en blanco.

Grace reflexionó un instante sobre ese punto.

-Sus ojos eran más bien los de un caballo invadido por el pánico, ¿no crees? -dijo acertadamente-. Yo no dejo de recordarle que fue idea suya y que puede cambiar de opinión cuando quiera. Pero él piensa que soy yo quien no debe de estar muy hecha a la idea, y trata de convencerme de que es lo que debemos hacer, y se convence a sí mismo.

-Puede que Dane le empuje al altar.

-Espero que para entonces esté más seguro. Todo ha sucedido muy deprisa entre nosotros. Las cosas se han descontrolado desde la primera vez que salimos juntos. A Alex le gusta controlarlo todo, así esto le está poniendo muy nervioso.

Grace, con gran tacto, no preguntó a Marlie por su relación con Dane, y se sintió agradecida. Todavía no había nada establecido entre ellos, ninguna señal de permanencia a pesar de estar viviendo juntos, y ella estaba demasiado cansada para intentar dar explicaciones. Le gustaba mucho Grace, pero nunca había disfrutado del consuelo de tener una confidente, ni había crecido pasando largas horas riendo tontamente con otras chicas de sudad mientras diseccionaban hasta el último detalle de sus vidas. Hasta que llegó Dane, en realidad no había pasado mucho tiempo hablando con otra persona.

-¿Quieres darte una ducha mientras yo esté aquí?- preguntó Grace-. Eso te quitará algunas telarañas de la cabeza. Tremmell me ha dicho que quieren que colabores con un dibujante de la policía lo antes posible, para trazar una descripción del asesino.

Marlie apartó a un lado el recuerdo de la cara del sujeto en cuestión. En aquel momento no podía permitirse a sí misma hacer hincapié en ello de nuevo.

-Me encantaría tomar una ducha. Voy a darme prisa para que tú llegues tarde.

Grace la dejó a solas, y Marlie se levantó de la cama. Se sentía rígida y falta de coordinación, con debilidad muscular. Había hecho un gran esfuerzo con Grace, pero las cosas todavía no habían vuelto del todo a su sitio. Tendría que hacer un esfuerzo aún mayor para concentrarse, más tarde, para que el retrato robot fuese exacto.

Se dio una ducha corta y lo más fría que pudo soportar. Después de vestirse y tomar un poco más de café, se sintió algo más dueña de sí misma. Grace se mostró reacia a marcharse, pero Marlie la instó a hacerlo y a continuación se obligó a caminar un poco en vez de acostarse, que era lo que le apetecía.

¿Cuánto tiempo tardaría en volver Dane? ¿La llevaría a la comisaría inmediatamente para empezar con el retrato? Paseó hasta que empezó a cansarse, y luego se tendió en el sofá: El sueño le llegó casi de inmediato, pero justo antes de que cayese el telón tuvo un último pensamiento, muy claro:

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que dejase de ver aquel rostro cada vez que cerrara los ojos?

CAPÍTULO 21

El dibujante resultó ser una pelirroja regordeta y de baja estatura llamada Esther. Esther tenía unos dedos pequeños, rápidos y machados de tinta, ojos astutos y una voz como una

campanilla. Su edad podría oscilar entre los treinta y los cincuenta; llevaba el pelo con una generosa cantidad de canas, pero su cutis se veía fresco y suave. Al igual muchos artistas, vestía lo que encontraba a mano. En este caso llevaba unos pantalones de algodón de deporte, una de las camisas de su marido y zapatillas deportivas sin calcetines.

Con una taza de café en la mano como apoyo, Marlie se sentó junto a Esther y se pusieron a trabajar en los detalles del aspecto exterior del asesino. Era una tarea penosa que incluía interminables variaciones de nariz y cejas, tamaño de los ojos, anchura y grosor de los labios, ángulo del mentón, forma de la barbilla. Marlie era capaz de cerrar los ojos y visualizar el rostro en cuestión, pero reproducirlo sobre un papel no era cosa fácil.

Dane no las interrumpió, pero se mantuvo siempre cerca y rellenaba con frecuencia la taza de café de Marlie. Ya eran casi las seis cuando llegó a casa y la despertó del sofá donde estaba durmiendo. Aunque se mostró solícito con Marlie, estuvo de un humor taciturno durante todo el camino hasta la comisaría.

-El puente de la nariz tiene que ser más alto -dijo Marlie pensativa, examinando la última tentativa. En el pasado había trabajado en muchas ocasiones con los dibujantes de la policía, y por eso sabía lo que éstos necesitaban de ella-. Y los ojos un poco más juntos.

Con unos cuantos trazos hábiles de lápiz, Esther realizó los cambios.

-¿Así mejor?

-Mejor, pero todavía no se ajusta del todo. Son los ojos. Los tiene pequeños, duros y juntos. Como un poco hundidos, con las cejas rectas.

-Eso me suena a un tipejo feo y malvado -comentó Esther al tiempo que hacía diminutos retoques.

Marlie frunció el ceño. Estaba muy cansada, pero se obligó a sí misma a concentrarse.

-No, en realidad no lo era, físicamente. Supongo que se le podría considerar atractivo, incluso con la cabeza calva.

-Bundy era un sinvergüenza muy guapo, pero no era el hombre con que una sueña. Eso demuestra que las apariencias engañan.

Marlie se inclinó hacia delante. Esa vez las correcciones de Esther habían conseguido un retrato más parecido al rostro que ella recordaba.

-Eso está muy bien. Haz la frente un poco más ancha y recorta el cráneo. No tenía la cabeza tan redondeada.

-Más como Kojak, ¿no? -Los trazos del lápiz cambiaron la forma de la cabeza.

-Para. Así está bien. -Al ver la cara en el papel experimentó cierta inquietud-. Es él.

Dane se acercó y se quedó detrás de Marlie para mirar el retrato terminado. Lo observó fijamente. De modo que aquél era el hijo de puta. Ahora tenía un rostro, ahora lo cazarían.

-Gracias, Esther -dijo. -Cuando quieras.

Marlie se levantó y se estiró, vagamente sorprendida por lo entumecida que estaba. Trammell, que había aguardado pacientemente un poco más atrás, se acercó hasta Dane y examinó el retrato robot.

-Voy a repartirlo por ahí -dijo-. Lleva a Marlie a casa y métela en la cama antes de que se derrumbe.

-Estoy bien -replicó ella, pero tenía unas marcadas ojeras y el rostro demacrado.

Dane no discutió.

-Llamaré más tarde -dijo, al tiempo que rodeaba a Marlie con el brazo y la conducía hacia la puerta. Una vez que estuvieron dentro del coche, Marlie intentó permanecer despierta, pero los ojos se le cerraron antes de llegar al segundo semáforo.

Igual que la noche anterior, Dane la llevó en brazos al interior de la casa, la depositó sobre la cama y la desvistió eficientemente.

-Buenas noches, cariño -le susurró, inclinándose para besarla. Ella le echó los brazos al cuello.

-Abrazame esta noche -le dijo.

-Lo haré. Ahora duérmete. Te sentirás mejor por la mañana.

* * *

Marlie despertó a la mañana siguiente en brazos de Dane. Al ver que abría los ojos, Dane la hizo rodar de espaldas y se situó encima de ella, le separó los muslos y se colocó entre ellos. La penetró suavemente, y llevó a ambos hasta el orgasmo.

El hecho de hacer el amor hizo que Marlie se sintiera viva de nuevo y apartó a un lado los malos pensamientos. Permanecieron largo rato tumbados, cada uno buscando consuelo en el abrazo del otro. Por fin Marlie dijo:

-Háblame de ella. Dane la besó en la sien y la estrechó contra sí, en un intento de que su proximidad no dejara acercarse al horror.

-Se llamaba Marilyn Elrod -empezó-. Acababa de separarse de su marido, pero él estaba lo bastante preocupado para intentar comprobar si se encontraba bien, y fue a la casa al ver que no contactaba con ella por teléfono. Ahora parece estar bastante destrozado por lo sucedido, cuando ya es demasiado tarde.

-Marilyn -dijo Marlie, estableciendo la relación-. Entonces no es Maryland, sino Marilyn.

-La tormenta había dejado el barrio sin luz eléctrica. Encendió unas velas en el dormitorio. Todo lo demás estaba tal como lo viste tú.

-¿Luchó contra él? -Parece que sí. Tenía los nudillos magullados. Es una lástima que no consiguiera arañarle la cara; eso nos habría proporcionado un dato para identificarlo. -Aunque aquello probablemente le habría valido que le amputaran los dedos como a Nadine Vinick, pero Dane no le había contado a Marlie aquel pequeño detalle. Si ella no lo había visto en la visión, desde luego él no iba a añadirlo a sus pesadillas.

-¿No tendrá alguna marca en la cara? A lo mejor ella le rompió el labio. ¿Había sangre que no fuera la de ella?

-No que nosotros hayamos podido identificar -respondió Dane con cuidado. Trató de no pensar en la salvaje carnicería, en la inmensa cantidad de sangre que empapaba la habitación. No habría sido factible encontrar algunas gotas de sangre de otra persona; eso habría requerido pura suerte, y la suerte no había sido su mejor amiga hasta el momento. Si no hubiera sido por Marlie, ni siquiera ahora tendrían la menor pista.

-Pero tiene que haber alguna herida, un labio hinchado.

-Esto sucedió el viernes por la noche. Un labio roto se cura rápidamente y de todas formas no se nota tanto. Un hematoma se puede reducir con hielo y tapar con maquillaje. Ese tipo es muy inteligente, conocerá todos los trucos.

-Pero tú vas a atraparlo de todos modos.

-Sí -dijo Dane con seriedad-. Voy a atraparlo.

* * *

Carroll Janes miró atónito el periódico del domingo con furia e incredulidad. El retrato robot de la policía era increíblemente exacto, aunque, por supuesto, lo mostraba totalmente calvo

en lugar de un individuo con bucles rubios. Arrugó el periódico y lo tiró. Por primera vez experimentó una punzada de alarma, y eso lo puso todavía más furioso. ¡Se suponía que la policía no iba a acercarse tanto! Claro que no iban a cogerlo, pero no deberían saber tantas cosas. ¿Quién lo habría visto ? Juraría que no lo estaba mirando nadie. ¿ Es que aquella zorra idiota tenía una cámara de seguridad en alguna parte? No podía creerlo, porque si así fuera, lo habría filmado las dos primeras veces que entró en la casa, a no ser, claro está, que fuera tan tonta como para no comprobar nunca la cinta. La policía sí la comprobaría. No, no había ninguna cámara; si la hubiera, él la habría descubierto.

¿ Cómo había ocurrido aquello ? ¿ Qué había salido mal ?

Se consoló con la idea de que, como siempre, no había dejado ninguna prueba circunstancial. Ningún pelo, ningún trozo de piel, ni huellas dactilares ni pisadas. El cuchillo pertenecía a la víctima y había quedado en la escena del crimen. No se había llevado trofeos, nada que pudiera relacionarlo con el hecho. Estaba a salvo.

Pero lo había visto alguien. Se había equivocado en algo --cosa totalmente inaceptable- y lo había visto alguien. Para expiar su error tendría que enmendarlo. Tendría que encontrar a aquella persona y eliminarla.

* * *

-¿Quieres venir conmigo a la casa de Elrod? -preguntó Dane.

Marlie se le quedó mirando, tan aturdida por un instante que no podía creer lo que él le estaba pidiendo. Ir a la casa. ..Su mente huyó de aquella idea. Ya era bastante horrible verla en su cabeza; entrar físicamente en aquella habitación llena de sangre era más de lo que creía poder soportar.

Dane observó su súbita pérdida de color con un gesto duro en la boca. Sujetó a Marlie por los hombros para que no pudiera darse la vuelta.

-Sé lo que te estoy pidiendo -le dijo sin contemplaciones-. Sé lo mucho que te va a costar. No te lo pediría si no necesitase tu ayuda. En este caso todos estamos dando palos de ciego, y tú eres la única luz que tenemos. Hay pocas posibilidades, pero tal vez si vas a la escena del crimen puedas percibir algo más acerca del asesino.

La última escena del crimen en la que había estado Marlie fue cuando Dusty fue asesinado mientras ella yacía impotente y viendo cómo Amo Gleen acribillaba a puñaladas a un niño pequeño, aterrorizado e igualmente indefenso. Desde entonces había vivido con aquel recuerdo. No era justo que Dane le pidiera que reviviera aquello. Él sabía lo que ella había pasado, pero no lo había vivido, por eso no conocía el tormento tan íntimamente como ella.

Marlie miró fijamente la fiera determinación que se veía en aquellos ojos avellana y sintió cómo la golpeaba la fuerza de voluntad de Dane. Podría soportarlo, pensó gravemente. Era mucho más difícil soportar las silenciosas súplicas de Nadine Vinick, de Jackie Sheets, de Marilyn Elrod. Podía verlas a todas, las sombras de todas ellas clamando justicia.

¿Por qué no había podido entrar en las mentes de ellas, en lugar de la del asesino? Éste tenía que seleccionarlas de algún modo, quizás una o todas supieran cómo se llamaba. Pero en vez de eso, fue la energía mental de él la que conectó con la suya, obligándola a sentir su maldad. Marlie ya en otra ocasión había estado dentro de la mente de la víctima, había sentido la muerte de Dusty, y eso estuvo a punto de matarla a ella también. ¿Qué habría supuesto para ella haber sufrido de nuevo aquel terror y aquel dolor?

-¿Marlie? -Dane la sacudió ligeramente para obligarla a prestarle atención.

Ella cuadró los hombros e hizo acopio de fuerzas. No podía dar la espalda a aquello más de lo que pudo al principio.

-Está bien -dijo con firmeza-. Iré contigo. Una vez que Marlie accedió, Dane no perdió tiempo. Al cabo de cinco minutos estaban ya de camino. Era poco más de mediodía, las iglesias ya habían terminado los oficios y los niños pululaban por todas partes a su paso por el elegante vecindario de los Elrod. Marlie iba sentada en silencio, mirándose las manos, intentando prepararse. No sabía lo que debía esperar; tal vez nada, tal vez reviviera la visión, tal vez sintiera realmente algo nuevo.

Y tal vez se mirase al espejo y se encontrase cara a cara con un asesino.

Ella lo conocía, sabía que mataba sin remordimiento alguno, que lo disfrutaba. Se deleitaba en el sufrimiento y el terror de *sus* víctimas. Tenía forma humana, pero era un monstruo depravado que seguiría matando hasta que alguien lo detuviera.

Dane entró en la rampa de acceso de una casa. La vivienda estaba sellada con cinta amarilla de la policía. Aunque habían transcurrido veinticuatro horas desde que se encontró el cadáver, había grupos de vecinos que señalaban y miraban boquiabiertos, comentando los últimos detalles que habían sabido por la televisión y los periódicos, y añadiendo nuevos datos sangrientos procedentes de la multitud de rumores que recorrían el barrio.

-Creemos que el asesino entró por el garaje, cuando ella salió por la mañana temprano -dijo Dane, sujetando con mano firme el codo de Marlie mientras se acercaban a la puerta principal. Levantó la cinta amarilla para pasar por debajo-. Como no había electricidad cuando regresó a casa, la puerta eléctrica del garaje no funcionó. Dejó el coche en la rampa y entró por la puerta principal. Tampoco funcionaba el sistema de alarma, por el mismo motivo, pero de todos modos no habría servido de nada: no estaba conectado a la puerta del garaje que daba al interior de la casa. La gente es capaz de hacer las cosas más tontas por las razones más tontas. El señor Elrod ha dicho que esa puerta en concreto no estaba conectada para así disponer de un modo de entrar sin tener que pensar en el código de la alarma. También podrían haber puesto un cartel que dijera: «Los criminales entren por aquí».

Habló sin cesar al tiempo que abría la puerta principal y conducía a Marlie al interior. El sistema de alarma había sido desconectado, porque el día anterior había estado entrando y saliendo mucha gente.

Marlie respiró hondo. La casa parecía decepcionantemente normal, excepto por el polvo negro que ensuciaba toda superficie lisa. En otro tiempo había sido una agradable vivienda de clase pudiente. A Marlie le gustaría saber si alguien volvería a vivir allí, si el señor Elrod sería capaz de dormir en aquella casa o si podría venderla, en caso contrario. Quizá pudiera endosársela a algún inocente turista recién venido del norte del país. En su opinión, debería ser reducida a escombros.

Recorrió con la mirada las espaciosas habitaciones de altos techos. Flotaba en el aire una sensación de frescor; debió de ser un lugar maravilloso para vivir. Los suelos del piso de abajo eran de madera pulimentada o de baldosas de diseño. Paseó en silencio por las habitaciones, procurando obligarse a sí misma a relajarse y dejar la mente abierta, pero no pudo eludir el miedo a subir la escalera. No quería hacerlo, pero sabía que no tendría más remedio.

A lo mejor si esperaba un día más; aún no había recuperado totalmente de la visión. A lo mejor era ése el motivo por el que no podía abrir esa puerta mental que permitiría que penetraran las impresiones. Lanzó una mirada a Dane, y acto seguido abandonó la sugerencia

que estaba a punto de hacer. Él no la seguía como un perrito, sino que se iba quedando en la puerta de cada habitación mientras ella la exploraba. Tenía el semblante grave, con una expresión cerrada que ella nunca le había visto. Había en él algo curiosamente distante, como si se hubiera vuelto insensible a cualquier apelación que ella pudiera formular.

-¿ Ves algo? -le preguntó, al ver que ella le miraba.

Marlie negó con la cabeza.

Dane no la presionó, no la instó a esforzarse más, no intentó meterle prisa ni decirle que subiera a la escena del crimen, en el piso de arriba. Sencillamente se quedó donde estaba, aguardando, implacable.

Pero cuando Marlie apoyó la mano en la barandilla y el pie en el primer peldaño de la escalera, él la tomó del brazo. Su mirada se clavó en la suya, con una expresión que Marlie no consiguió interpretar del todo.

-¿Estás bien?

-Sí. -Aspiró profundamente;--. No voy a disfrutar de esto, pero lo haré.

-Sólo recuerda -murmuró Dane;- que yo tampoco disfruto con ello.

Marlie le dirigió una mirada interrogante.

-En ningún momento he pensado que disfrutases.

A continuación empezó a subir. Dane iba justo detrás de ella, avanzando silenciosamente, y su presencia era sólida como un muro.

¿Dónde había esperado el asesino a que Marilyn regresara a casa? La visión no había captado eso; había comenzado cuando él empezó a seguirla por la casa a oscuras. Quizá, al haberse ido la luz, abandonó su escondite y se puso cómodo en un lugar donde pudiera ver si alguien se acercaba. Se detuvo en el rellano y cerró los ojos, concentrada, intentando captar cualquier energía residual. Abrió con cautela aquella puerta mental, y se vio asaltada por un zumbido de estática. Volvió a cerrar la puerta de golpe y abrió los ojos. Había obtenido una impresión de mucha gente, de abundante actividad; demasiadas personas habían estado allí después del asesinato, y emborronaban la imagen.

La puerta del final del pasillo estaba abierta. Aquél era el dormitorio de Marilyn. Marlie echó a andar hacia él con paso firme, y una vez más Dane la cogió del brazo.

-He cambiado de idea -dijo bruscamente;- . No necesitas entrar ahí.

-Tampoco necesitaba morir Marilyn Elrod -replicó Marlie;- . Ni Nadine Vinick ni Jackie Sheets, ni ninguna de las otras mujeres que él mató antes de mudarse a esta ciudad. -Le dirigió una sonrisa glacial y se zafó de su mano-. Además, ya he estado aquí, ¿no te acuerdas? Estuve aquí cuando sucedió todo.

Cuatro pasos rápidos y entró en la habitación. Se detuvo. No podía seguir avanzando sin pisar las oscuras manchas de sangre que había en el suelo. No había forma de esquivarlas; la sangre salpicaba toda la moqueta, las paredes, la cama, aunque la mancha más grande, con mucho, era la que había junto a la cama, donde se había extinguido por fin la vida de Marilyn Elrod. Pero había luchado por toda la habitación y dejado su sangre como testigo de ello. Sobre la cómoda descansaban todavía unas diez velas de incienso en sus diminutos soportes de cristal; fue en aquel espejo donde Marlie vio al asesino, mirándolo a través de sus propios ojos.

Tenía que abrir de nuevo aquella puerta mental para tal vez captar algún resto de información. Marilyn se merecía que por lo menos lo intentara.

-No me hables durante un minuto, ¿de acuerdo? -le dijo a Dane con voz suave, casi inaudible-. Quiero pensar.

Tal vez la energía estuviera en capas, la más reciente encima de todas. Cerró los ojos, se imaginó las capas y les asignó distintos colores para distinguirlas con más facilidad. Tenía que evitar aquella primera capa, la poblada por detectives, agentes de uniforme, fotógrafos, forenses, la multitud que había invadido la casa tras la muerte de Marilyn. Su intención había sido la de ayudar, pero se habían metido por medio. También había estado allí el señor Elrod, que había añadido otro nivel de energía. Asignó el color azul a los policías y la gente relacionada con ellos, y el rojo al señor Elrod. El color del asesino sería el negro, denso como el mal y resistente a toda penetración de la luz. Marilyn. ..Marilyn tendría un color blanco, puro y traslúcido.

Formó la imagen en su mente y vio las diferentes capas, y se concentró en ellas para olvidar todo lo demás. Existía sólo dentro de sí misma, se volcó hacia su interior para que su capacidad no se diluyera. Con sumo cuidado, separó la capa azul y la dejó a un lado. Después le tocó el turno a la roja, qué era muy delgada porque el señor Elrod no había aportado gran cosa, y resultó más difícil de manipular, pero también fue apartada a un lado.

Sólo quedaron la blanca y la negra, pero ambas estaban tan entrelazadas que Marlie no supo si podría separarlas. El asesino y su víctima, unidos entre sí en un combate a vida o muerte. Marilyn había perdido aquella batalla. Marlie vio con toda claridad que si intentaba separar las dos capas podría dañarlas, dañar la información que contenían, de modo que tendría que dejarlas tal como estaban.

Era el momento de abrir la puerta. Se introdujo mentalmente en las capas, como si se internara en la niebla, envolviéndose en la energía de las dos. Dejó que la rodearan, que se le filtraran por los poros de la piel. Y entonces abrió la puerta.

La andanada de maldad que la azotó resultó asfixiante, pero no era nada que no hubiera experimentado antes. Se obligó a sí misma a no retroceder, a examinarla, mientras luchaba por impedir que la abrumase como lo había hecho la primera vez. No podía dejarse absorber para revivir el asesinato, pues los efectos serían tan debilitantes que no le sería posible continuar.

La capa de maldad se retorció a su alrededor, pero algunos fragmentos de blanco no dejaban de tocarla, de distraerla. Empujó aquellos fragmentos lejos de sí, empeñada en leer las ondas de energía negras.

No había nada nuevo, ninguna pista mental acerca del motivo por el que el asesino había seleccionado a Marilyn como víctima. Un toque de blanco la hizo sobresaltarse de nuevo. Había algo irresistible en el blanco, algo que insistía en atraer su atención. Marlie se mantuvo en su sitio. No tenía fuerzas para experimentar la muerte de Marilyn; simplemente no podía.

Pero la capa blanca seguía presionando con más fuerza. La maldad del asesino fue apanada a un lado. Marlie lo vio con claridad en su mente y quedó atónita, porque no había sido obra suya. Volvió a mirar el blanco, y esa pausa en la concentración bastó para que la energía blanca se colara en ella.

El pánico hizo presa en su corazón al tiempo que la invadía el terror. Y entonces apareció una sensación de calma, de dulce bálsamo. Marlie permaneció bañada en aquella blancura traslúcida. Aquello no era la energía de los últimos instantes de Marilyn ni del terror y el dolor de su lucha por vivir; aquello era la energía de después, y no pertenecía al pasado. Estaba allí, en aquel preciso momento.

No hubo palabras pronunciadas, no se dijo nada. Marilyn ya no sufría, parecía en paz. Pero había una sensación de algo inacabado, se resistía a marcharse. No se había hecho justicia, la balanza estaba aún sin equilibrar, y Marilyn no podía irse hasta que su asesino dejara de acechar a mujeres inocentes en la oscuridad.

No te preocupes, susurró Marlie en su mente. Ha cometido un error; y Dane lo va a atrapar.

Aunque aquellas tranquilizadoras palabras fueron bien recibidas, no cambiaron nada. Marilyn pensaba quedarse hasta que la situación se resolviera.

Un ruido tiró de la conciencia de Marlie. Era irritante pero insistente. Reconoció por instinto su origen, y también su propia reacción automática.

Ahora tengo que irme. Él me está llamando.

Aun así, no sentía deseos de abandonar aquella serenidad. Titubeó, y sintió un último contacto de la energía blanca.

-¡Marlie! ¡Maldita sea, contéstame!

Marlie abrió los ojos y vio el rostro furioso y preocupado de Dane, que la estaba sacudiendo, y su cabeza se tambaleó adelante y atrás. Cerró los ojos con fuerza para protegerse de la sensación de mareo.

-Basta -exclamó con voz ahogada.

Dane obedeció y la estrechó entre sus brazos. Marlie sintió latir su corazón contra las costillas como un trueno, fuerte y frenético. Dane le apretó la cabeza contra su pecho, y la abrazó con tal fuerza que le comprimió las costillas.

-¿Qué estabas haciendo? -jadeó-. ¿Qué ha ocurrido? Has estado ahí de pie como una estatua más de media hora. ¡No me contestabas, ni siquiera abrías los ojos!

Marlie le rodeó con los brazos.

-Lo siento -susurró-. No te oí. Estaba concentrada.

-Yo no llamaría a eso mera concentración, nena. Te has puesto en trance, y eso no me gusta. No vuelvas a hacerlo, ¿me oyes?

Marlie se dio cuenta de que le había asustado, y, al igual que todos los hombres fuertes, Dane no lo llevó nada bien. En su furia incluso la llamó «nena», una palabra que no había usado desde que ella le dijo cuánto la molestaba.

Dane inclinó la cabeza hacia Marlie y apoyó la frente en su pelo.

-Esto ha sido una mala idea -murmuró-. Vámonos de aquí de una maldita vez.

Pero como era policía, cuando estaban a medio camino de las escaleras preguntó de mala gana:

-¿Has percibido algo?

-No -respondió Marlie suavemente-. Nada que pueda servirnos.

No le dijo nada de la presencia de Marilyn, pacífica pero decidida, que aguardaba pacientemente. Aquello no tenía nada que ver con la investigación; era algo privado, entre ella y Marilyn, ambas víctimas, aunque de distinto modo, del mismo mal.

Dane abrió la puerta y Marlie salió. El resplandor del sol le dio de lleno en los ojos, cegándola momentáneamente, y se detuvo. No vio a la gente que corría hacia ella hasta que la tuvo encima.

-Soy Cheri Vaughn de WVTM Televisión -dijo una mujer joven-. Nos hemos enterado de que el Departamento de Policía de Orlando está valiéndose de una vidente llamada Marlie Keen para que les ayude a atrapar al Matarife de Orlando. ¿Es usted Marlie Keen? -y le plantó un grueso micrófono negro delante de la cara.

Marlie, aturdida, se quedó mirando a aquella joven delgada y vestida a la moda y al hombre corpulento y de pantalón corto que estaba detrás de ella sosteniendo una cámara al hombro. Junto a la acera había aparcada una furgoneta que lucía en un costado el logo de la

emisora, y la multitud de vecinos se había incrementado de forma espectacular, atraídos por la cámara de televisión. Dane se apresuró a interponerse y dijo:

-Soy el detective Hollister. Manténganse detrás de la línea policial. Tienen que marcharse... ahora mismo.

Pero la tenaz señorita Vaughn le esquivó hábilmente y volvió a apuntar a Marlie con el micrófono.

-¿Es usted la vidente?

Un confuso torrente de sensaciones invadió de lleno a Marlie. No podía interpretar la mente de Dane, sus protecciones mentales eran demasiado fuertes. Pero Cheri Vaughn, ambiciosa y ligeramente nerviosa, no era ningún rival para los poderes de Marlie. Ni siquiera tuvo que intentarlo; la verdad la azotó en forma de ensordecedoras oleadas.

La impresión la golpeó en la boca del estómago, y estuvo a punto de ahogarse al notar cómo le subía a la garganta la bilis de la traición. Era posible que alguna otra persona hubiera filtrado el dato de que ella estaba participando, pero no había sido así. y sólo una persona podía saber dónde iba a estar ella en aquel preciso instante.

Sintió frío, un frío glacial, y de pronto un sentimiento de soledad. Lentamente, con el semblante impertérrito, miró a Dane. Él todavía tenía aquella expresión seria, y la observaba con ojos entornados y fieros como los de un halcón. Marlie apenas podía respirar. La acusación y la traición se reflejaban en su cara cuando puso una mano sobre el micrófono:

-Me has traicionado -dijo al hombre al que amaba, el hombre que la había utilizado.

CAPÍTULO 22

Marlie se volvió hacia la reportera de televisión.

-Sí, yo soy Marlie Keen -dijo fríamente.

-Señorita Keen, ¿está trabajando con el Departamento de Policía de Orlando para ayudar a encontrar al asesino?

-Sí. -Aquella única palabra fue pronunciada de forma contenida. A duras penas lograba reprimir la furia, la sensación de traición.

Dane extendió una mano como para bloquear la imagen de la cámara, pero Marlie la apartó a un lado de un manotazo. Cheri Vaughn se lanzó adelante.

-¿De qué manera los ha ayudado, señorita Keen?

-Les he dado la descripción del asesino.

-¿Cómo sabía usted su descripción? ¿Ha tenido una visión paranormal?

Dane se interpuso de nuevo delante de Marlie, con la furia pintada en el rostro, pero Marlie le esquivó. Aquello era lo que él quería, ¿no? Pues se lo iba a dar, y con creces.

-Algo así. Yo conozco al asesino de una forma distinta a todo el mundo. No es un hombre con el que sueña una mujer, a menos que sea en una pesadilla -dijo, tomando prestada la frase de Esther-. Es un gusano, un cobarde que se divierte atacando a mujeres. ..

-¡Ya basta! -rugió Dane, empujando la cámara y agarrando a Marlie del brazo con la otra mano, clavándole los dedos en la carne-. Márchense todos de aquí, *ahora mismo*.

Cheri Vaughn le miró con desconcierto, parecía a la vez asustada y divertida. Marlie no tuvo que adivinar cómo se sentía, ya lo sabía. Había ido allí a representar un papel, con la promesa de obtener alguna noticia, pero se había topado con una sensacional mina de oro. Su reputación en la emisora acababa de alcanzar niveles estratosféricos.

Todavía agarrándola del brazo, Dane condujo a Marlie al coche, la dejó en el asiento del conductor y después la empujó para hacer sitio para él mismo. Cerró la portezuela de un golpe y accionó la llave de contacto.

-¿Qué diablos estabas haciendo? -dijo con los dientes apretados.

Marlie sentía el calor al rojo de su cólera, pero no se impresionó.

-Lo que tú querías que hiciera --contestó amargamente-. Atraer la atención del asesino. ¿No era ése el propósito de este ejercicio?

Dane pensó en negarlo, pero comprendió que no merecía la pena. Marlie no iba a creerse ninguna negativa que a él se le pudiera ocurrir, y en aquel momento estaba tan enfadado que no tenía ganas de intentarlo.

-Atraer su atención, sí, jpero no incitarlo a matar aún más!

-Pero ahora puedes estar seguro de que vendrá por mí. No olvidará un ataque a su ego. - Marlie miraba de frente, ni siquiera lo miraba a él.

Dane tuvo que reprimir duramente su genio. Sabía que a Marlie no le iba a gustar verse expuesta al público como vidente, pero no había esperado que ella se diera cuenta inmediatamente de que él había montado toda aquella situación, ni que reaccionase provocando y tentando al asesino.

-¿Cómo lo has sabido? -le preguntó instantes más tarde en tono tan serio como su cara-. ¿Me has leído la mente?

-No eres capaz de superar el miedo a eso, ¿verdad? -se burló ella-. Puedes estar tranquilo, tienes la cabeza demasiado dura para que yo pueda siquiera captar una brizna. Pero esa reportera era otra cosa. Bien podría llevar encima un cartel. ¿ Por qué no la llamaste sin revelar tu identidad?

-Me conoce, conoce mi voz. Además, le debía un favor por cierta información que le proporcioné el año pasado. El hecho de llevar una historia caliente la ayudaría en la emisora.

-Entonces, por favor, si eso la ayuda, arrójame a los lobos -dijo Marlie en tono inexpresivo. Ahora que ya había pasado la primera impresión de traición y desnudez, se presentaban varias probabilidades, ninguna de ellas agradable. Había temido la falta de compromiso de Dane, la había preocupado el hecho de que nunca hubieran hablado de su relación, y ahora supo por qué. Para Dane, no existía compromiso alguno; simplemente estaba haciendo tiempo hasta que el asesino atacase de nuevo para poder poner en práctica su plan. Había jugado con ella a la perfección, la había preparado para aquella escena. Marlie pensó en lo que le había costado ir a aquella casa, y se enfadó todavía más.

-¡Yo no te he arrojado a los lobos! -exclamó Dane.

-¿Ah, no? Me has utilizado como cebo.

-¡Maldita sea, ese tipo no va a acercarse a ti! ¿Crees que yo me arriesgaría a que sucediera una cosa así? He dado órdenes de que una mujer policía ocupe tu casa. Ya está allí. Lo único que tienes que hacer es coger algo de ropa y yo te llevaré a un lugar seguro hasta que esto termine.

-No -replicó Marlie, en el mismo tono inexpresivo de antes.

Dane descargó un puñetazo sobre el volante.

-No discutas conmigo en esto, Marlie. No tienes alternativa.

-No pienso ir a ningún lugar seguro. -Pensó en la idea de estar confinada durante días, tal vez semanas, vigilada por agentes por turnos, y supo que no podría soportarlo. Ya tenía los nervios en tensión, aquello simplemente sería demasiado.

Dane dijo muy despacio:

-Puedo ponerte bajo custodia y encerrarte en una celda, si lo prefieres. No creo que te gustase.

Ella se giró rápidamente, indignada por la amenaza.

-No creo que te gustase a ti tampoco, Hollister. No puedo impedir que lo hagas, pero te prometo que si lo haces, me encargaré de hacerte la vida muy desgraciada.

-Por el amor de Dios, ¡utiliza el sentido común! No puedes quedarte en tu casa. ¿O es que crees que yo tenía pensado utilizarte de verdad como una cabra de señuelo?

-¿Y por qué no? ¿Por qué no llegar a eso? Utilizarme ha sido tu plan todo el tiempo, ¿no? Personalmente, opino que fuiste un poco lejos al mudarte a vivir conmigo, pero supongo que necesitabas tenerme a mano cuando yo tuviera otra visión, para poder echar a rodar la pelota.

Dane giró la cabeza bruscamente

-¿Se puede saber qué estás diciendo?

-Que si te hubieras molestado en pedírmelo, detective, yo habría aprobado tu plan si con eso ayudaba a delatar al asesino. No me gusta nada verme expuesta a los medios de comunicación, porque eso volverá a alterar mi vida, pero lo habría hecho. No tenías necesidad de sacrificar tu cuerpo por la causa.

Dane, furioso, clavó los frenos y el coche se detuvo con tal fuerza que Marlie se vio lanzada hacia delante en su asiento. Por suerte no había nadie detrás de ellos, o los habrían embestido. Dane estaba tan enfurecido como ella.

-¡El hecho de iniciar una relación contigo no ha tenido nada que ver con esto!

-¿Ah, no? A mí me ha confundido esta situación desde el principio. ¿Puedes decir sinceramente que no tenías este plan en mente ya antes de mudarte a mi casa?

Dane movió la boca.

-No. -Maldita sea, no pensaba mentir.

-Eso pensé yo.

-Trasladarme a vivir contigo no formaba parte del plan.

-Era demasiado para resistirse a ello, ¿eh? -le provocó Marlie. Dane la agarró con fuerza de los hombros.

-Tienes mucha razón. Yo te deseaba, y cuando tuve la oportunidad de ir a vivir contigo, la aproveché. ¿O es que cree, que fingí todas esas erecciones?

-Eso no prueba nada. A mí me parece que tú eres capaz de tener una erección cada vez que se te posa una mosca encima. -Trató de soltarse, pero Dane la sujetó más fuerte.

Dane también sujetaba su propio genio; el primer acceso de ira no le había durado tanto.

-Nuestra relación no tiene nada que ver con esto. Son dos cosas totalmente distintas.

-Si tú lo dices -comentó Marlie, imitando el acento de él.

-Maldita sea, Marlie. -Le interrumpió el furioso bramido de un claxon, y lanzó una mirada de rabia al espejo retrovisor. Había varios automóviles en fila detrás de él. Entonces pisó el acelerador-. Terminaremos en casa esta conversación, mientras haces las maletas.

-No pienso ir a una casa de seguridad. -La frase fue contundente, implacable-. Mañana voy a ir a trabajar como siempre. Probablemente habrás estropeado eso también, es muy probable que me despidan, pero aun así voy a intentarlo.

-¡No van a despedirte!

Marlie se puso a mirar por la ventanilla. ¿Así que Dane pensaba que podía utilizarla como cebo para su trampa, y que después todo seguiría siendo normal?

-Tú también puedes hacer las maletas.

Dane la miró de reojo.

-¿Qué? -Él no podía quedarse en la casa de seguridad con ella.

-Quiero tus cosas fuera de mi casa.

Por primera vez, la convicción que destilaba la voz de Marlie aguijoneó la impaciencia de Dane. Marlie no sólo estaba molesta; también estaba profundamente, glacialmente furiosa, y no se había creído una sola palabra de lo que él había dicho. Se le hizo un nudo en el estómago. Respiró hondo, buscando el dominio de sí mismo.

-De acuerdo. Tal vez sea eso lo mejor, por el momento. Te veré tan a menudo como pueda en la casa de seguridad. ..

-Ya te he dicho que no voy a ir a ninguna casa de seguridad. ¿Es que no entiendes mi idioma?

-Puede que no lo entiendas tú -replicó él lentamente-. Cariño, no te estoy dando a elegir. No puedes quedarte en tu casa.

-Entonces me iré a un hotel, o alquilaré un apartamento. No pienso encerrarme por culpa de tus planes. En la medida en que me sea posible, quiero vivir una vida normal. Voy a ir a trabajar, si es que tengo un empleo, y voy a hacer cosas normales, como ir a la lavandería, hacer la compra o ir al cine. Durante los primeros veintidós años de mi vida viví prácticamente como una reclusa, y maldita sea si permito que tú vuelvas a encerrarme.

Dane se pasó la mano por el pelo. Cielo santo, no había esperado que Marlie pudiera resistirse de semejante forma. Aquella era una Marlie que no había visto desde que la conoció, y se había permitido a sí mismo olvidarse del genio que tenía. La mujer que estaba sentada a su lado hervía como un volcán y no parecía dispuesta a cooperar con él en nada que le sugiriera. Decidió cerrar la boca de momento, y cortar por lo sano.

El resto del trayecto se efectuó en silencio. Cuando llegaron a casa de Marlie, había un coche desconocido en la rampa de entrada, y el deportivo de Trammell estaba aparcado enfrente. Marlie se apeó y entró en la casa sin mirar a Dane.

Estaban allí Trammell y Grace, además de una joven policía que se parecía a Marlie en estatura y en el color general. Trammell se puso de pie cuando entró Marlie, le echó una mirada a la cara y dijo:

-Vaya

Dane, que venía detrás de ella, hizo el gesto de rebanarse la garganta con el dedo para silenciar cualquier otro comentario.

Marlie se dio la vuelta a tiempo para ver el gesto y dirigió a Trammell una mirada glacial.

-¿Tú también estabas al tanto de esto?

Él se movió nervioso.

-No hasta ayer. -Se había acostumbrado a considerar a Marlie una persona vulnerable y necesitada de protección, pero había algo en aquellos profundos ojos azules que de pronto le hizo ponerse alerta. Dane le había contado lo de Gleen, pero hasta este momento no había visto a Marlie como una mujer que, atada e impotente, de todos modos había desafiado a un asesino enloquecido-. Comprendo que no estés muy contenta.

-Ligeramente fastidiada -repuso ella en tono cargado de ironía- A duras penas logré sobrevivir al ataque de un maníaco con un cuchillo, por eso me molesta que me utilicen de cebo para cazar a otro.

Dane se encogió. No lo había pensado de aquel modo.

-No te pasará nada -dijo ¿Crees que lo habría hecho si hubiera algún riesgo para ti?

Marlieladeó la cabeza, estudiándole.

-Sí-dijo finalmente, y se fue a su dormitorio.

Trammell lanzó un leve silbido.

-Percibo problemas en el paraíso.

Grace dirigió a Dane una mirada torva.

-Yo diría lo mismo -dijo, y fue detrás de Marlie.

La joven policía, Beverly Beaver, estaba sentada y los observaba incómoda.

-¿Se ha anulado la vigilancia?

-No --contestó Dane-. Seguirás en tu puesto. En cuanto consiga tranquilizar a Marlie, regresaré para ayudar a organizarlo todo. Tenemos tiempo, la cosa no saldrá a la luz hasta el informativo de la noche.

Beverly dijo:

-¿Cómo van a contener a los periodistas? Ese tipo no podrá llegar hasta mí si hay un centenar de reporteros y fotógrafos acampados en el jardín de la casa.

-La cadena de televisión se lo va a tomar a cachondeo. El departamento se llevará una buena bronca por ello, y el jefe dirá que han investigado a Marlie y que no hay nada contra ella. Pero el asesino sabrá la verdad y vendrá a buscarla. -Hizo una pausa-. ¿Estás segura de querer hacer esto, Bev?

-Estoy segura. Soy la que más se parece a ella en estatura y en apariencia, y además he recibido entrenamiento avanzado en defensa personal. Soy la mejor opción. -Su tono era filosófico. Dane no se engañó; Beverly tenía fama de ser una tigresa. Estaba deseosa de hacer aquella vigilancia, aunque sabía que tendría que dejar que el asesino se le acercase un poco, demasiado para su gusto, a fin de que ellos tuvieran suficiente contra él para que las acusaciones tuvieran peso.

-De acuerdo. -Dirigió una mirada hostil hacia el dormitorio--. Marlie se niega a ir a una casa de seguridad.

-Ya lo hemos arreglado -dijo Trammell. -Díselo a ella. Está de acuerdo en marcharse de aquí, pero dice que se quedará en un hotel o que alquilará un apartamento. Está tan enfadada conmigo que no quiere aceptar nada que yo le proponga.

-Tengo una idea. Puede que a mí me escuche.

-Prueba.

Marlie levantó la vista de los bolsos que estaba preparando cuando Trammell entró caminando despacio en el dormitorio. Grace la estaba ayudando, sacando prendas del armario y colocándolas sobre la cama para que Marlie las doblase y las metiese en las maletas. Dane se apoyó en el marco de la puerta, mirándola con una expresión tormentosa.

-Dane dice que no quieres ir a una casa de seguridad -comenzó Trammell.

-Así es.

Grace la miró con preocupación.

-Marlie, es el mejor sitio para ti.

-¿Te gustaría a ti verte confinada, posiblemente durante varias semanas? Me volvería loca. He hecho lo que he podido para ayudar, y me niego a ser castigada por ello.

-Pero si no es un castigo -intentó explicar Grace--. Es para ponerte a salvo.

-Quien mejor sabe si algo es o no es un castigo es el que lo sufre -replicó Marlie--. No me importa vivir apartada, incluso me gusta; pero no puedo soportar verme recluida.

-Un motel no será muy cómodo -dijo Trammell-. Se me está ocurriendo una idea: todavía necesitas protección, de modo que ¿por qué no te mudas a casa de Dane? Ya he terminado las obras, y ayer trajeron los muebles. Así estarás más cómoda y él estará contigo por las noches.

Marlie le lanzó una mirada glacial.

-Eso no es una sugerencia muy buena.

-Es la única solución posible. -Trammell contrarrestó aquella mirada con una amable sonrisa-. Ya sé que no es lo ideal, pero es un compromiso que funcionará, si tú consientes. Dane no te pondrá bajo custodia, pero te puedo decir con toda seguridad que el jefe dará la orden sin pestañear.

Marlie sintió crecer la furia al verse frustrada, casi la ahogaba. No quería quedarse en casa de Dane, no quería ser obligada a la intimidad con él. Pero, por desgracia, Trammell tenía razón; el jefe no la conocía, y no se lo pensaría dos veces a la hora de ordenar que la detuvieran por su propio bien.

-Trammell se equivoca -dijo Dane con suavidad, rompiendo el silencio, y cruzó su mirada con la de Marlie sin parpadear-. Sí voy a ponerte bajo custodia. Puede que me odies a muerte por ello, pero lo haré si es necesario. Es mejor que arriesgar tu vida. Así que, cariño, o mi casa o la cárcel.

Puesto de aquel modo, Marlie aceptó que no tenía alternativa. El traslado se llevó a cabo rápidamente. Marlie se detuvo a dar las gracias a Beverly por el riesgo que estaba asumiendo y para enseñarle la casa, ya continuación fue conducida al exterior. Como insistió en llevar su coche, poco después era una caravana de tres vehículos la que aparcaba frente a la casa de Dane.

Dane había visto ya los radicales cambios que había realizado Trammell en su casa, y consideró que el dinero estaba bien gastado. El nuevo mobiliario era a la vez elegante y cómodo; su sala de estar daba ahora la sensación de ser un patio, con el mismo aire de frescor y espacio libre. Su cama era lo único que era bastante nuevo antes, pues al heredar la casa él había sustituido la cama doble normal de sus padres por una de tamaño gigantesco. El único motivo por el que había aguantado la cama doble de Marlie era por el hecho de que ella dormía allí. Sólo por eso, no le importó que los pies le asomaran por el borde de la cama.

Si había albergado alguna esperanza de compartir aquella enorme cama con Marlie ahora, desapareció cuando ella se apresuró a llevar su ropa al segundo dormitorio, que también había sufrido los arreglos de Trammell. De todas formas, se sentía muy contento. Marlie estaba allí, eso era lo que importaba. Resultaba obvio que ella quería romper totalmente con él, pero las circunstancias se habían aliado en su contra y se veía obligada a vivir en su casa. Ahora Dane tendría la oportunidad de derribar aquel muro de rabia.

Grace volvió a ayudar a Marlie con la ropa. Ambas trabajaron en silencio durante unos minutos, hasta que Grace dijo:

-Estás muy enfadada con Dane, ¿verdad?

-Decir eso es quedarse corto. No sólo me ha traicionado, sino que ésa ha sido desde el principio la razón para iniciar una relación conmigo.

Grace pareció impresionada.

-¡No puede ser!

-¿Que no ? Él no ha negado que lo planeó todo antes de irse a vivir conmigo.

-Pero si Alex ha estado de lo más contento al ver que Dane está claramente loco por ti. ¡Tienes que saber que te quiere!

-Si me quiere, jamás me lo ha insinuado siquiera. De hecho, nunca hemos hablado de nuestra relación, con excepción del sexo. Estoy empezando a pensar que eso es lo único que ha habido siempre, sólo sexo. Él tenía su plan, y como beneficio adicional ocurre que yo he resultado ser aceptable en la cama.

Grace reflexionó un momento sobre aquello.

-¿Nunca habéis hablado de vuestros sentimientos?

-Ni una palabra. Yo lo llamé cuando empecé a tener una visión, él vino y cuidó de mi, y simplemente no volvió a marcharse. Lo siguiente que recuerdo es que él estaba colgando su ropa en mi armario.

-Comprendo. Incluso la primera vez que salimos Alex y yo, él admitió que emocionalmente estaba sumergido hasta el cuello -murmuró Grace- Y Alex es el hombre más asustadizo del mundo. -Reflexionó un poco más, y luego declaró:- Tienes razón. Visto b visto tienes que suponer que Dane se lió contigo adrede para ganarse tu a estar cerca de la acción, por así decirlo.

-En resumen, me ha utilizado.

Al salir de la habitación, Grace dirigió una mirada glacial a Dane. Trammell cruzó su mirada con la de su compañero y se encogió de hombros, divertido. A Dane no le pareció gracioso en absoluto. No protestó cuando se fueron: cuanto antes estuvieran a solas Marlie y él, antes podría empezar a arreglar las cosas.. Dios, ¿qué pasaría si no lograba hacerla cambiar de opinión?

Ante la idea de perder a Marlie para siempre, sintió una punzada de pánico en la boca del estómago.

* * *

Madie salió por fin del dormitorio y fue a ver las noticias en la televisión. Tal como esperaba, ella constituía la historia de portada.

-WVTM ha sabido hoy que el Departamento de Policía de Orlando ha utilizado los servicios de una vidente, Madie Keen, en su búsqueda del Matarife de Odando. Nuestra reportera Cheri Vau ha hablado hoy con la señorita Keen, cuando ésta y un detective de la ciudad fueron vistos al salir de la casa de la última víctima, Marilyn Elrod, que vivía en la urbanización Wildwood

La imagen saltó del estudio al vídeo que habían grabado Marñoe lo contempló en silencio durante un minuto y después dijo :

-Has actuado a la perfección La forma en que les dices que vayan y te interpones delante de mí, todo da la impresión de que intentas mantenerme oculta ¿Crees que salgo como una excéntrica da de obtener publicidad?

-En absoluto -musitó Dane

Por lo menos, Madie le hablaba Estaba preocupado de que ella dejara de hablarle para el resto de su vida. No, no daba la impresión de ser una excéntrica, al menos no para alguien que tuviera dos dedos de frente. Se le veía en la cara demasiada furia controlada, demasiado asco al describir al asesino.

En la siguiente escena se veía al teniente Bonness, sudando por el calor, convenientemente violento por la situación. Dane le había dado instrucciones acerca de cómo debía actuar. Bonness no se sentía cómodo al decir lo que estaba diciendo, pero su incomodidad encajaba con la imagen que pretendía proyectar. Sí, Marlie Keen se había puesto en contacto con ellos. Estaban dispuestos a escuchar a cualquier persona que pudiera ayudarlos en la investigación. Sin embargo, las acusaciones de la señorita Keen no habían resultado como ellos esperaban, y el Departamento de Policía de Orlando ya había dejado de trabajar con ella.

De vuelta al estudio, los locutores hicieron algunos comentarios jugosos acerca del hecho

de que la policía estaba malgastando dinero de los contribuyentes en hacer caso de las peregrinas ideas de una lunática. La noticia terminó con la información de que la señorita Keen, la presunta vidente, trabajaba en el departamento de contabilidad de un banco, y daban el nombre del banco.

-Ahí va mi empleo --comentó Marlie.

Dane estrujó con fuerza la lata de cerveza que sostenía en la mano.

-Ya te he dicho...

-Ya sé lo que me has dicho. Y también sé que tú no sabes de lo que estás hablando.

Dane hizo rechinar los dientes.

-Por última vez, no me he liado contigo sólo para utilizarte como cebo.

-¿No? ¿Y cuándo, exactamente, se te ocurrió este inteligente plan? y no estoy siendo sarcástica. Es una idea buena de verdad, es muy probable que funcione. ¿Pero cuándo se te ocurrió?

Dane no tuvo que pensarlo, sabía con exactitud cuándo se le había ocurrido el plan, y una vez más escogió no mentir.

-En el avión, al volver de Denver. Marlie alzó las cejas.

-¿Quieres decir justo antes de venir a mi casa y echarte encima de mí?

-Sí -gruñó él.

-El momento resulta un poco sospechoso, ¿no crees?

-Ya te deseaba antes de eso, maldita sea! -chilló Dane-. Pero tú eras una sospechosa y no podía liarme contigo. En cuanto quedaste libre de toda sospecha, llamé a tu puerta.

Marlie sonrió.

-Y fue pura suerte que a mí se me pudiera utilizar de esta manera ¿verdad? No me importa esa parte, Dane, de verdad que no me importa. Lo que me molesta es que te hayas valido de una relación personal para montar todo esto. ..., aunque para ti no ha sido muy personal, ¿no ?

Dane sintió que se le nublaban los ojos por la furia. Estaba tan enfadado que notaba cómo perdía el control por momentos. Se levantó y salió de la casa, para no hacer algo de lo que luego pudiera arrepentirse

Maldita sea, aquello no tenía un aspecto nada bueno. ¿Cómo podía Marlie dudar de lo que había entre ambos? Él nunca había sentido esto por ninguna otra mujer, y ella creía que no le importaba nada. Paseó por el jardín, y todavía hacía bastante calor como para hacerle sudar. Cuando creyó que ya había recobrado el dominio de sí mismo, regresó al interior, pero Marlie se había ido al dormitorio. Probablemente fuera mejor así. Los sentimientos de los dos estaban demasiado exacerbados para hablar de aquello con calma. Al día siguiente, cuando ambos se hubieran serenado, sería mejor.

* * *

Carroll Janes vio el informativo de la noche. ¡De modo que así era como lo habían sabido! Una maldita vidente. ¿Quién lo hubiera pensado? Aquello, desde luego, no era algo que él hubiera podido tener previsto.

Al parecer, la policía no tenía mucha fe en la vidente, pero el solo hecho de mirarla le provocó escalofríos. Y también lo que había dicho- ¿Cómo podía ser tan agresiva? Lo había llamado gusano y cobarde. Después de un instante de dolor, empezó a ponerse furioso. Conque él no era en ningún modo el hombre con que sueña una mujer ¿eh? ¿Qué sabía aquella zorra?

Se dio cuenta de que, de hecho, sabía mucho. La policía no le creía -de momento--, pero

lo cierto era que suponía un peligro real para él. Ella se le había acercado mucho, cosa que nadie había logrado. La única manera en que pudo verle fue a través de una visión psíquica, y esa idea lo hizo sentirse gravemente vulnerable.

Era intolerable. ¡Cuán ignominioso sería que resultara abatido por una vidente chiflada! Lo malo era que ella no era una chiflada, era una vidente auténtica. Sólo así podía haber sabido cómo era él.

No estaría seguro mientras aquella mujer siguiera viva. La solución era obvia. La vidente debía morir.

CAPÍTULO 23

A la mañana siguiente, Janes estaba enloquecido. Había encontrado a Marlie Keen en el listín telefónico y había buscado su dirección en un mapa. No tenía tiempo que perder; debía librarse de ella lo antes posible. y después tal vez pensara en la posibilidad de marcharse de Orlando. Normalmente se quedaba en una zona más tiempo, pero aquella maldita vidente lo había trastocado todo. Tenían un retrato robot de él, y quizá no le hicieran mucho caso ahora, pero cuando la vidente apareciera muerta, seguro que le darían mucha más credibilidad.

Se olió un montaje, pero no se atrevía a ignorar la situación. Sensiblemente, era demasiado peligrosa para él. Aun así no quiso correr riesgos; cambió la matrícula de su coche por la del automóvil de una vieja del edificio que ya no conducía casi nunca. Al regresar las cambiaría de nuevo, de modo que si había algún policía suspicaz observando el tráfico en la calle de Marlie Keen, cuando investigaran la matrícula verían que pertenecía a una tal señora Velma Fisher, cuyo automóvil no se parecía en nada al que lucía la matrícula. Pero cuando fueran a comprobar el coche de la señora Fisher, la matrícula estaría allí, y eso les convencería de que habían cometido un error al anotar el número.

Sus rubios bucles estaban pulcramente en su sitio cuando partió. Llevar un cabello tan llamativo constituía un brillante disfraz, si se le permitía decirlo. Iban buscando a un tipo calvo. Aquella era una manera muy ingeniosa de cambiar de aspecto exterior, porque de un modo u otro su cabeza era en lo que se fijaba la gente. Mirarían los bucles dorados y no el rostro que había debajo de ellos, o bien, si lo veían una noche, se fijarían en el cráneo liso y nada más. Simplemente brillante.

Bajó la ventanilla del coche y encendió la radio. Aquél era otro subterfugio psicológico: los policías no esperarían que llamase la atención sobre sí con una radio a todo volumen. Si aquello era una trampa, no esperarían que él tuviera la audacia de pasar por delante de la casa, donde pudieran verlo de lleno. Por ese motivo no habían podido pescarlo nunca. Él era capaz de predecir las acciones y reacciones de ellos, pero ellos no tenían ni idea de cómo funcionaba su mente. Al fin y al cabo, ¿cómo podía alguien sin imaginación entender siquiera lo que era tener imaginación?

De modo que pasó con toda naturalidad por delante de la casa de la vidente, y con la misma naturalidad le echó un vistazo. Había un coche en la rampa de entrada; ¿por qué no estaba trabajando? En las noticias habían dicho claramente que estaba empleada en un banco. Parecía haber muchos coches aparcados en la calle. Volvió a sentir el mismo escalofrío en la espalda. En realidad no vio nada, pero no había llegado hasta allí después de tanto tiempo precisamente por ser tonto; más bien lo contrario. Aquello era claramente un montaje.

No se arriesgó a pasar una segunda vez. Regresó a su apartamento, volvió a cambiar las

matrículas y se puso a meditar. Si aquello era un montaje, la policía no permitiría que la vidente permaneciera en su casa, sino que se la habrían llevado a un lugar en el que estuviera segura. Le sería imposible localizarla, y mucho menos llegar hasta ella.

¿Pero habrían hecho eso? La trampa parecería mucho más realista si la vidente pareciera seguir con su vida normal.

Sólo había una manera de comprobarlo. Buscó el número de teléfono del banco en el que ella trabajaba y marcó. Contestaron al primer timbrado, una joven de voz rasposa que habló en tono aburrido.

-Con Marlie Keen, de contabilidad, por favor -dijo Janes en tono práctico.

-Un momento.

Otro timbrado, y después un chasquido.

-Contabilidad. -Otra voz de mujer.

-Con Marlie Keen, por favor.

-No cuelgue. -Luego oyó que la mujer decía con voz más distante que indicaba que se había separado el auricular de la boca: Marlie, línea dos.

Janes colgó el teléfono. Estaba trabajando.

Rió para sí al volver hacia el coche. ¡Qué simplones eran todos, si aquello era lo mejor que sabían hacer las cosas! La seguiría cuando saliera del trabajo, aunque, por supuesto, si la vidente se dirigía a su casa, él rompería el contacto antes que arriesgarse a pasar en coche de nuevo *por* su calle.

Su principal problema, se dijo, era encontrar un escondite donde aparcar mientras aguardaba a que ella saliera del banco.

La localizó cuando la vidente salió a comer; memorizó aquel cabello oscuro y aquella constitución delgada. El corazón le latió con fuerza debido a la emoción, pero enseguida se obligó a controlarse. No podía permitirse a sí mismo cometer un error por las prisas.

La siguió riendo ligeramente. No era muy buena vidente que digamos si no era capaz de darse cuenta de que él estaba sólo a dos coches por detrás de ella. Pero seguía suponiendo un peligro para él, y eso no podía tolerarlo.

La mujer recogió el almuerzo en el mostrador de un servicio de comida rápida desde el coche y regresó al banco. No tuvo oportunidad de llegar hasta ella, de forma que se conformó con esperar una vez más.

La vidente salió del trabajo a las cuatro. Janes había examinado detenidamente el aparcamiento; no había personas sospechosas..., aparte de él mismo, claro. Salió detrás de ella después de unos cuantos coches, tarareando, y mantuvo más o menos la misma distancia.

Ella no hizo parada alguna, sino que fue directamente a una casa más bien pequeña de un barrio viejo. Tomó nota de la dirección y siguió conduciendo. Luego fue a la biblioteca y buscó esa dirección en el directorio de la ciudad; la casa figuraba como domicilio de Dane Hollister. Janes levantó súbitamente las cejas y sonrió de oreja a oreja. Él conocía ese nombre; últimamente salía con cierta frecuencia en los periódicos. El detective Dane Hollister estaba investigando los asesinatos del «Matarife». Bueno, ¿no era una coincidencia?

* * *

El presidente del banco no lo había hecho; ni siquiera lo había hecho el vicepresidente. Pero el jefe de contabilidad había sido convocado a una reunión con ellos, y aquella fue una de esas ocasiones en las que Marlie no necesitaba ser vidente para saber lo que sucedía. No se sorprendió cuando el jefe del departamento volvió con cara de descontento y la llamó a su

despacho. Lo lamentaban mucho, pero la principal responsabilidad que tenían era con sus clientes, etcétera. En resumidas cuentas, que el viernes era su último día. Se sentían magnánimos al permitirle quedarse hasta esa fecha.

Marlie pensó en ser magnánima también dando media vuelta y marchándose en aquel momento, que era lo que ellos deseaban, pero el impulso no le duró mucho. No estaba de muy buen humor.

Todavía estaba enfadada cuando fue a casa de Dane, tan enfadada que no le quedaba sitio para nada más. Estaba furiosa desde que se dio cuenta de que Dane la había traicionado, y tenía previsto seguir furiosa en el futuro inmediato.

Llevaba ya en casa el tiempo suficiente para haberse puesto ropa más cómoda cuando oyó que llegaba un coche. Se asomó por la ventana esperando ver a Dane, pero en cambio vio a Trammell desdoblado su larga figura de su coche de línea deportiva. Fue a la puerta para recibirle.

-Hola, cielo. -Se colgó las gafas de sol de un dedo y se inclinó para besarla en la mejilla.

Marlie alzó una ceja en gesto irónico ante semejante despliegue de afecto.

-¿A qué viene eso de estar tan cariñoso?

Trammell sonrió abiertamente y levantó las manos.

-No dispaes, voy desarmado. Ya veo que no te has enfriado mucho.

-¿Vienes en plan avanzadilla, a ver si ataco?

-No exactamente. Dane se va a retrasar unos minutos, y creemos que no debes estar sola.

-Gracias por preocuparos.

-No parece que lo digas en serio -bromeó Trammell, aunque sus ojos oscuros permanecían atentos.

-Hoy me han despedido -replicó Marlie-. Así que no estoy para muchas bromas. Gracias al bondadoso corazón de mis jefes, me dejan quedarme hasta que termine esta semana.

Trammell lanzó un resoplido.

-Yo me habría ido hoy mismo.

-Yo también, pero eso era precisamente lo que ellos querían. ¿Te apetece algo frío de beber?

-Sólo si no tiene alcohol.

-No hay problema. ¿Limonada, zumos, té o refrescos?

-Té.

-Marchando. Un hombre inteligente, no bebes cuando conduces.

-No bebo mucho en general, no me sienta bien -comentó Trammell mientras seguía a Marlie a la cocina-. ¿Te instalaste anoche?

-Yo no diría tanto. Sólo coloqué mis cosas. -Sacó dos vasos del armario, echó en ellos unos cubitos de hielo y los llenó del té que había hecho esa mañana antes de irse a trabajar-. ¿Limon?

-No, gracias. Tomo el té solo.

Marlie rió suavemente y ambos chocaron los vasos entre sí.

Trammell la observó mientras bebía.

-¿Vas a perdonar a Dane?

Marlie se encogió de hombros.

-No es la estratagema con los periodistas lo que me ha molestado tanto, sino el hecho de darme cuenta de que ha jugado con mis sentimientos.

-¿De verdad crees que no le interesas lo más mínimo?

-Si es así, desde luego no lo ha mencionado nunca. Lo que me duele es que deliberadamente ha cultivado mis sentimientos hacia él y después los ha usado para manipularme.

-Dane puede tener una perspectiva muy reducida en lo que se refiere a su trabajo -dijo Trammell con delicadeza-. Vamos a sentarnos.

-¿Vas a hacer la defensa de su caso? -preguntó Marlie al tiempo que se acomodaban frente a la mesa.

-En realidad no, pero conozco a Dane mejor que nadie en el mundo, incluida tú y cualquiera de su familia. Ellos sólo han crecido con él, tú sólo has dormido con él; pero yo he arriesgado mi vida con él. Le conozco desde las peores circunstancias.

-¿Le crees capaz de utilizar a alguien a sangre fría en una investigación?

-Por supuesto que sí. Es policía, y yo también. Pero Dane nunca ha mostrado sangre fría en lo que a ti concierne ¿Cómo podría explicarte esto sin ser ordinario? -murmuró, mirando al techo-. ¿Recuerdas cuando acudiste a la oficina de Bonness, y Dane y tú os enzarzasteis en una pelea allí mismo?

Marlie asintió.

-Bueno, para decirlo con delicadeza, Dane estaba tan empalmado que ni un gato podía arañarle.

Marlie se ahogó con el té y después se recostó en su silla, partiéndose de risa. Trammell estiró sus largas piernas, lánguido como un felino, complacido consigo mismo mientras aguardaba a que Marlie se calmase

-Es mi héroe -prosiguió al cabo de un instante. No estaba mirando a Madie, pero sus labios se curvaron en una minúscula sonrisa, más bien de buda de sí mismo, mientras miraba el hielo de su vaso-. Yo no me uní a la policía por idealismo ni nada de eso; estaba abucrido y me pareció un trabajo interesante. A Dane ya mí nos emparejaron después del primer año, y desde entonces siempre hemos estado juntos. Yo no creo mucho, ni confío mucho, pero Dane es una roca de la que puedo fiarme pase lo que pase. No es que él sea idealista, tampoco; es todavía más escéptico que yo. Pero posee un sentido de lo que es bueno y lo que es malo, y nunca lo ha perdido de vista. Lo único que veo yo son distintos matices de gris, pero Dane ve el blanco y el negro. Sabe que existen determinadas cosas por las que merece la pena luchar, y está dispuesto a ponerse él en la línea de fuego. Es un cabrón valiente, heroico, y nunca ha sido consciente de ello. Es un chico del sur a la antigua usanza, la sal de la tierra. Conoce la calle, sabe desenvolverse, y es listo como un zorro. Un verdadero tipo de los de antes. También es tacaño. Dios, ¡qué tacaño puede ser! Pero se vuelve de gelatina en lo que se refiere a las mujeres. Solíamos reírnos de él, cuando todavía era patrullero y tenía que atender un accidente. Si había alguna mujer afectada, no importaba lo más mínimo que sólo se hubiera hecho daño en el brazo mientras que había un hombre sangrando por doce sitios; era como si no viera al hombre. Se iba directo hacia la mujer y se cercioraba de que estuviera bien, con tal ternura que al cabo de unos minutos las tenía derretidas a sus pies. Luego se avergonzaba cuando se daba cuenta de que había dejado a otro hombre tendido en el suelo, y todos nos reíamos de él.

-No necesitas contarme que es un buen enfermero --dijo Marlie secamente.

-No, supongo que no. Pero nunca le he visto como está ahora contigo. Siempre ha tenido mujeres, y ninguna de ellas ha significado para él lo bastante como para interferir con su trabajo. Hasta que apareciste tú. No podía dejar de pensar en ti. Le volviste loco, le

enfadabas de tal forma que no podía pensar. Era lo más divertido que he visto en un par de años. Es posible que él mismo no sepa que está enamorado de ti, pero créeme, no va a soltarte. Le conozco. Si sales por esa puerta, al minuto le tendrás detrás.

Marlie le miró con incredulidad.

-¿Cómo es posible que un hombre no sepa si está enamorado? Venga ya.

-Bueno, no le ha pasado nunca.

-¿Te pasó a ti, antes de Grace?

Trammell parecía incómodo. Tragó saliva, con dificultad.

-Er... no.

-¿Y te has dado cuenta de ello?

-Digamos simplemente que he luchado contra ello.

-Pero sabías que era así. Yo tampoco me había enamorado nunca, pero supe distinguirlo cuando sucedió.

-Dane tiene la cabeza más dura que mucha gente.

-Y que lo digas -musitó Marlie-- . No soy capaz de captar nada de él.

Trammell lanzó una carcajada, pero se puso serio rápidamente y miró a Marlie un tanto nervioso.

-¿Puedes captar algo de mí?

Marlie le sonrió divertida, contenta de verle inquieto.

-No lo he intentado desde que recuperé la capacidad.

-¿Y de Grace?

-No me meto en la vida de mis amigas -replicó ella en tono seco.

-El Código de Honor de los Videntes, ¿eh?

-No sería cortés. Siempre he tenido que intentar bloquear los sentimientos de la gente, más que intentar percibirlos.

En ese momento oyeron que se cerraba la portezuela de un coche fuera de la casa.

-Ahí está Dane -dijo Trammell, y apuró su vaso-. Piensa en ello, Marlie. Dale un respiro y sé prudente. Hoy ha sido muy difícil hablar con él.

-Pensaré en tu punto de vista -dijo ella-. Pero mi decisión final depende de él. -Hasta diez minutos antes, Marlie creía que ya había tomado la decisión final, pero la explicación de Trammell respecto de que Dane era un cabeza dura la hizo pararse a pensar.

Dane entró en la casa con aspecto acalorado e irritable. Su mirada se posó primero en Marlie, con una especie de añoranza de mal genio, y después en el té que estaban bebiendo. Se preparó una taza de té para él y se sentó con un suspiro.

-Ha sido un día de perros.

-Dímelo a mí -dijo Marlie amable-. Me han despedido.

Dane la miró fijamente por espacio de unos instantes y luego dejó caer la cabeza hacia la mesa con gesto de desesperación.

-Mierda.

-Me voy de aquí -dijo Trammell, sonriendo a Marlie-. Te veré por la mañana, socio.

Dane no contestó. Marlie siguió bebiendo de su té. Trammell se marchó.

Se hizo un espeso silencio en la cocina. Entonces Marlie dijo:

-Cuando esto termine, creo que voy a regresar a Colorado.

Dane levantó la cabeza. Su piel bronceada tenía un tinte pálido y su boca estaba contraída en una fina línea.

-No -dijo, muy suavemente.

Marlie se reclinó hacia atrás y se cruzó de brazos.

-¿Qué vas a hacer, amenazarme otra vez con ponerme bajo custodia? No creo que puedas hacer eso. -Empujó su silla y se levantó para llevar su vaso al fregadero.

Acababa de aclararlo y dejarlo en el escurridor cuando dos duras manos se cerraron sobre sus brazos y la obligaron a darse la vuelta. Retrocedió todo lo que le fue posible, pero los armarios de la cocina se lo impidieron. Dane se inclinó pesadamente sobre ella, con las caderas apretadas contra las suyas. Tenía una expresión ceñuda.

-No pienso dejar que te vayas -murmuró Maldita sea, Marlie, ¿cómo puedes siquiera hablar de marcharte cuando tenemos esto entre nosotros?

-¿Esto? -explotó ella, retorciendo las caderas y notando cómo él se ponía duro--. Es sólo sexo.

-¡Es más que sexo, maldita sea!

-¿Ah, sí? Desde donde yo estoy, eso es lo único que ha habido -le provocó, sintiendo cómo temblaba de rabia y disfrutando con ello. Había en su interior algo dolorido que deseaba que él experimentara el mismo dolor.

Los ojos avellana de Dane se tornaron verdes al perder el control.

-Muy bien, si no es más que sexo, entonces ¿por qué no disfrutarlo? -dijo al tiempo que la tomaba en brazos. Al perder súbitamente el equilibrio,

Marlie se agarró a Dane mientras éste corría al dormitorio. El corazón le latía desbocado, la sangre se le aceleró en las venas. Sintió deseos de golpearlo, de morderlo, de arrancarle la ropa y lanzarse sobre él. Amor, cólera y deseo juntos, mezclados en una volátil poción. Quizás en aquel preciso momento no pudieran comunicarse con palabras, dado que la furia era demasiado fuerte, pero tal vez sus cuerpos pudieran cerrar la brecha.

Cuando Dane la dejó bruscamente encima de la cama, Marlie lo asió de la camisa y tiró, para obligarle a situarse encima de ella.

Lucharon entre sí en fiero silencio. La boca de Dane arañó la de Marlie con la fuerza de sus besos; ella le mordió el labio inferior, haciéndole maldecir, y luego lo chupó suavemente. Dane le arrancó de un tirón el botón del pantalón corto, en su afán de quitarle la ropa. Marlie forcejeó con la cremallera de él, logró abrirla por fin, y hundió su mano hambrienta en la bragueta. Su miembro le llenó la mano, duro y palpitante, con la punta ya humedecida.

Dane respiraba agitadamente, en tono audible, mientras le quitaba las bragas y en el mismo movimiento se colocaba encima de ella y le separaba los muslos. La embistió con una necesidad salvaje, y Marlie gritó al sentir la brutal penetración, aunque le rodeó la cintura con las piernas.

La cena quedó olvidada en las largas y tórridas horas que siguieron. El calor del atardecer se atenuó al llegar el crepúsculo. Al principio, Dane le hizo el amor a Marlie con furiosa intensidad, nacida de la rabia y el resentimiento generados por la tensión que había soportado. Marlie mostró igual ferocidad, mordiéndolo, hundiendo en él las uñas, golpeando con las caderas para absorberlo.

No hablaron. Aquel primer salvaje acto de amor no dejó espacio para decir nada. Después quedaron tendidos juntos, exhaustos, con sus cuerpos aún unidos. El vínculo que acabaron de forjar de nuevo parecía demasiado reciente, demasiado frágil para permitir la separación. Cayeron rendidos en el sueño, y tras un período de tiempo indefinido, Marlie despertó, cuando Dane empezó a hacerle el amor nuevamente.

Esta vez fue con ternura, sin prisas. Dane le besó los hematomas que sus manos habían

causado en la piel, en silenciosa disculpa. Ella lamió los semicírculos que habían dejado sus uñas en el cuerpo de Dane. La montó durante largo rato, aminorando el ritmo cada vez aproximaba el orgasmo, aún no preparado para dar rienda suelta al placer.

Los dos eran muy conscientes de que no estaban usando condón. Dane, con el cuerpo apoyado en los antebrazos, entraba y salía de Marlie, con su mirada clavada en la de ella, ambos sabiendo a lo que se arriesgaban. Cuando ya no pudo reprimir más el orgasmo, cuando Marlie ya se había convulsionado dos veces, ésta le aferró las nalgas y le empujó hacia ella, más hondo, y él se dejó. Se estremeció y se agitó en espasmos de placer al tiempo que lanzaba su semen al interior de Marlie.

Una vez más, no hubo tiempo para decir nada. Aún no. Volvieron a dormirse, entrelazados, y el crepúsculo dio paso a la noche.

Marlie fue la primera en despertarse. Sentía el cuerpo deliciosamente dolorido, y también el hambre de tomar más de aquello que le había causado la sensación de dolor. Dane seguía durmiendo, pero cuando ella comenzó a acariciarle el sexo, tanto él como su miembro se despertaron de inmediato. Se tumbó de espaldas y abrazó a Marlie al tiempo que ella se le subía encima.

-Quédate conmigo -susurró, antes de cerrar los ojos para gozar de la deliciosa sensación del cuerpo caliente y sedoso de Marlie alrededor suyo.

Marlie titubeó, y le notó vibrar dentro de sí.

-De acuerdo- susurró a su vez, y empezó a moverse con suavidad. No era gran cosa, pero tras la ferocidad con que habían hecho el amor, no dudó de la sinceridad de Dane. En aquel momento no era un policía tratando de atrapar a un asesino; era simplemente un hombre, enloquecido por la necesidad de tener a su hembra. Todavía no se había comprometido, pero la unión carnal tranquilizó a Marlie; podría esperar el resto.

* * *

Carroll Janes lo había pensado detenidamente. Tenía que llegar a ella cuando se encontrara sola, y eso quería decir que tenía que conseguir que se ausentara el detective Hollister.

No marcó el 1911, pues de esa manera proporcionaría el número desde el que estaba llamando, sino que llamó directamente a la comisaría.

Sabía que era muy buen actor. Se sintió orgulloso del tono frenético que puso en la voz al decir:

-¡Han matado a una mujer! Ha habido otra... ¡Es él! Le juro por Dios que ha tenido que ser él. Hay mucha sangre... ¡La ha apuñalado! ¡Es una carnicería! Lo he visto al marcharse, ¡era calvo como el retrato robot que circula por ahí!

-Tranquícese -dijo la voz, autoritaria-. No entiendo lo que dice. Repítalo, por favor.

Janes hizo varias inspiraciones audibles.

-Han matado a otra mujer. He visto salir corriendo a un hombre calvo. La ha cortado en pedazos, hay sangre...-Hizo unos ruiditos de ahogo al teléfono.

-Cálmese, señor. ¿Dónde se encuentra? ¿Puede darme una dirección?

Janes le dio una dirección que había buscado, al otro extremo de la ciudad, y se embarulló con el nombre y el número de la calle para hacerlo parecer más realista. Luego colgó y esperó.

Estaba en una cabina telefónica a dos manzanas de la casa del detective Hollister.

Sonó el teléfono.

Dane lo cogió. Después de escuchar durante unos segundos, dijo:

-Voy hacia allá. -Rodó hasta salir de la cama y empezó a vestirse.

Marlie se alzó sobre un codo.

-¿Qué pasa?

-Otro asesinato -dijo él lacónicamente-. Creen que ha sido él.

Marlie sacudió la cabeza en un gesto negativo.

-No.

Dane se detuvo un instante, recordando.

-Es verdad. Tú no has sentido nada, ¿no?

-Nada en absoluto. No ha sido él. -Marlie se levantó de la cama y empezó a vestirse también. Dane suspiró.

-Probablemente será otra imitación, maldita sea. Lo siento, cariño.

-No es culpa tuya -dijo Marlie-. Formas parte del grupo especial, tienes que irte.

Dane la atrajo hacia él y la abrazó con fuerza.

-No sé cuánto tiempo voy a estar fuera.

Ella frotó la cara contra su pecho, disfrutando del cálido aroma que desprendía.

-Veré la televisión y te esperaré levantada.

-Si por casualidad te quedas dormida, te despertaré.

-Trato hecho.

-Tenemos mucho de qué hablar -dijo Dane con determinación.

-Ya lo sé. ¡Vete!

Dane echó a andar en dirección a la puerta, pero al instante dio media vuelta, abrió el cajón de la mesilla de noche y extrajo una pistola. La comprobó, se cercioró de que la cámara estuviera llena y de que estuviera puesto el seguro.

-Ten esto a mano. ¿Sabes utilizarla?

Marlie asintió con un gesto. No era exactamente una experta, pero sabía cómo funcionaba una pistola. Al fin y al cabo, habiendo vivido sola en las montañas, era de sentido común que hubiera aprendido los rudimentos.

Dane la besó otra vez.

-De acuerdo. Ten cuidado, lleva la pistola siempre cerca y no abras la puerta a desconocidos. Llamaré por radio y pediré que venga un patrullero a vigilar la casa; estará aquí dentro de cinco minutos. Yo te llamaré cuando salga para acá, para que no me dispares por equivocación.

-Ya te he dicho que te esperaré levantada -repuso Marlie, sonriente.

-Un hombre nunca es lo bastante cuidadoso. O una mujer -añadió a regañadientes.

-Comprendido.

Cuando Dane se marchó, Marlie encendió la televisión y se acomodó en el sofá a repasar los canales en busca de algo interesante.

Hacía menos de cinco minutos que se había ido Dane cuando Marlie se sobresaltó de pronto, con el corazón acelerado. Sintió que la recorría un escalofrío y que se le ponía la piel de gallina, al tiempo que la invadía una poderosa sensación de alarma.

Notó el impacto de la revelación cuando una imagen cruzó por su mente, bloqueando su pensamiento: unas manos enfundadas en guantes negros, en una de ellas unas tenazas de cortar alambre, tiraban de un grupo de cables.

Jadeante, trató de inhalar suficiente oxígeno del aire que de pronto parecía asfixiarla. ¡Santo Dios, así que después de todo el asesino sí estaba atacando! y Dane se había ido. ¿Habría sido aquella llamada una falsa alarma para distraerlos, para que el asesino pudiera llegar hasta

Beverly? La joven policía estaría sola.

Marlie se abalanzó a trompicones sobre el teléfono, pero se detuvo al verse asaltada por una visión. En su mente, vio cómo las tenazas mordían plástico y alambre.

Y en ese momento se apagaron las luces.

CAPÍTULO 24

Marlie se quedó petrificada, cegada por la súbita oscuridad, paralizada por el terror al comprender. El asesino no iba detrás de Beverly, sino detrás de ella misma. ..y estaba justo frente a la casa.

Cerró los ojos con fuerza en un intento de acelerar su adaptación a la oscuridad. Debería tratar de salir, ¿pero por qué puerta, la delantera o la trasera? ¿O tal vez estaría él en una ventana? ¿En cuál ?

Cortó suavemente la persiana, separando las pequeñas láminas de una en una...

Luchó desesperadamente por ahuyentar la visión. Oh, Dios, no pensaba dejarse dominar por la visión, en ese caso quedaría totalmente indefensa. Pero nunca había podido resistirse tanto tiempo a una, nunca había logrado bloquearla ni controlarla. Siempre avanzaban como una ola inexorable.

Él sabía que ella estaba allí dentro. Sentía su presencia. Ya saboreaba el triunfo, el poder. ..

-No -gimió Marlie en un susurro. Desesperada, invocó la imagen de la puerta mental que había aprendido a abrir y cerrar. Lo único que tenía que hacer era cerrarla y retenerlo a él al otro lado.

Ahora vería si la zorra era tan lista, cuando notase la mordedura del cuchillo. ..

Arremetía contra ella en negras oleadas. La maldad era tan fuerte

que no podía respirar. Él estaba tan cerca que aquella energía la estaba aplastando, no iba a poder luchar contra él.

La maldita cerradura de la ventana no se movió. Le inundó una furia al rojo vivo por aquel retraso. Gruñendo, lanzó un puñetazo contra el cristal...

Marlie oyó el tintineo de cristales rotos, pero la visión se abalanzaba sobre ella bloqueando todo lo demás, y no sabía de dónde procedía. Podía estar justo a su espalda, pero él le estaba absorbiendo toda su fuerza, y ella ni siquiera podía darse la vuelta.

Dane. Oh, Dios. ¡Dane! No quería que él tuviera que ver aquello.

* * *

En cuanto se subió al coche, Dane llamó por radio y pidió que enviaran un coche patrulla a su casa inmediatamente.

-Diez-cuatro -dijo el interlocutor-. Tardará diez o quince minutos. Esta noche hay mucho trabajo.

-Dése más prisa -dijo Dane en tono perentorio.

-Lo intentaré. Depende de cuándo se quede libre un patrullero. Dane vaciló, reacio a dejar a Marlie sola durante tanto tiempo, pero su trabajo consistía en estar presente en la escena del crimen, ya fuera un asesinato de imitación o no. Los detectives que habían trabajado en las otras escenas tuvieron que hacer la llamada y decidir si se trataba del mismo asesino. Había dado su pistola a Marlie y pronto llegaría un patrullero. No le pasaría nada.

Se dijo eso a sí mismo a lo largo de unos cuantos kilómetros, pero por fin se desvió a la cuneta y detuvo el coche. Aquello no le olía nada bien, maldita sea. Pasaba algo. Experimentaba una sensación de miedo que aumentaba a cada minuto, pero no lograba encontrar la causa. Era un asesinato de imitación, de eso no cabía duda. No era algo infrecuente; ya habían tenido uno. Pero allí sucedía algo más.

Encendió el micrófono y dijo:

-Soy Hollister. ¿Ha llegado ya el coche patrulla a mi casa?

-Aún no. Hay uno que va de camino.

Le invadió la frustración.

-¿Hay alguna información acerca de ese asesinato del que acaban de dar parte?

-Nada nuevo... Espere. -Dane escuchó la estática durante unos segundos, y luego la voz del interlocutor-. Afirmativo. En la escena se encuentra un equipo, y el patrullero acaba de informar que parece una falsa alarma.

La sensación de miedo de Dane se incrementó. Su mente empezó a funcionar a toda velocidad.

-¿Era un hombre o una mujer la persona que llamó para denunciarlo?

-Un hombre.

-¡Mierda! -Volvió a apretar el botón del micrófono--. ¡Póngase en contacto inmediatamente con la vigilancia! Verifique que todo está en orden. La falsa alarma puede haber sido a propósito.

-Afirmativo. Manténgase a la escucha.

Dane aguardó en tensión en la oscuridad de su coche mientras el sudor le resbalaba por la cara. Al cabo de un minuto la radio escupió:

-No hay problemas con la vigilancia, Hollister. Todo está silencioso como una tumba.

Dane sacudió negativamente la cabeza. Existía un problema, y él lo sabía. ¿Pero dónde?

La falsa alarma había sido deliberada, con la intención de dejar a Marlie sin protección. Pero Beverly había ocupado el lugar de Marlie, y la estratagema no había funcionado...

Entonces se quedó pegado en el sitio, y el horror explotó en su cerebro. Había funcionado demasiado bien. ¡Marlie!

* * *

Hubo más cristales rotos cuando volvió a golpear la ventana. Marlie, desesperada, visualizó la puerta, se imaginó la visión presionando contra ella, una maldad negra y repugnante. Se visualizó a sí misma empujando contra la puerta, obligándola a cerrarse, aislando la visión. Tenía que controlarla, de lo contrario moriría. Su única posibilidad residía en controlarla. Ahora era más fuerte de lo que era antes, podía hacerlo.

La pistola. La tenía a su lado, en el sofá. Abrió los ojos y se precipitó hacia donde estaba el sofá, pero la visión ya la había privado de todas sus fuerzas, y las piernas cedieron bajo su peso. Cayó a medias al suelo, pero su brazo extendido consiguió rozar el sofá, e hizo el esfuerzo de sostenerse sobre manos y rodillas para arrastrarse hasta él e intentar coger el arma.

Allí estaba, fría y tranquilizada ora en su mano. Quitó el seguro con dedos temblorosos.

Ya estaba dentro. Ya no tardaría mucho. El cuchillo relucía en su mano, largo y letal, con la hoja adherida a una navaja de afeitar. ...

¡La puerta! La cerró mentalmente una vez más. No dejarle entrar. No debía dejarle entrar.

Marlie oía su propia respiración en inspiraciones cortas y jadeantes. Silencio. Debía guardar silencio. Se arrastró débilmente hacia el rincón para tener una pared a la espalda y que así el asesino no pudiera acercársele por detrás. La oscuridad de la casa era casi total, con las persianas cerradas. Ella tenía ventaja; conocía la casa, sabía dónde estaba, mientras que él tenía que buscarla. Tenía que estar muy, muy callada.

Y mantener cerrada la puerta.

¿Pero dónde estaba él? El tronar de *sus* oídos le impedía oír nada, ensordecida por el rumor de su propia sangre en las venas. Empleó ambas manos para sujetar firmemente la pesada pistola. Dane. Dane, que nunca iba a ninguna parte desarmado. *Gracias, Dane, por esta oportunidad. Te quiero.*

¿Dónde estaba el asesino? Cerró los ojos y abrió una rendija en la puerta de su mente.

¿Dónde estaba aquella zorra? Podría encenderla linterna, pero aún no, aún no. Así que creía que podría esconderse, ¿eh? ¿Acaso no sabía cuánto le gustaba a él la caza? Por supuesto que lo sabía, la muy zorra. ¿Estaría en el cuarto de baño? Empujó la puerta. Los accesorios de color blanco resplandecieron en la oscuridad como si fueran fantasmas de esmalte. La zorra no estaba allí ..

Marlie cerró la puerta de golpe. Sentía la presión de la energía mental de él, pujante. Abrió los ojos y se obligó a sí misma a mirar hacia el pasillo, donde estaba el cuarto de baño. *No dejes la vista fija, Marlie, no te lo permitas. Si lo haces, no lo verás a él. Sigue moviendo los ojos, no dejes que se queden quietos. Así verás sus movimientos.*

¿Era él? ¿Era él aquella sombra oscura que se acercaba? No se atrevió a abrir de nuevo la puerta. Si era él, estaba demasiado cerca. Antes de que pudiera reaccionar, ya lo tendría encima. ¿Pero estaba realmente allí, o se trataba de su imaginación?

En ese momento una brillante luz le explotó en la cara, cegándola, y una voz horrible canturreó:

-Vaya, holaaa.

Y entonces ella apretó el gatillo.

* * *

Varios automóviles convergieron simultáneamente frente a la casa. Dane les había dado la orden de que se presentasen allí con las luces girando y las sirenas a todo volumen, esperando contra toda esperanza que llegasen a tiempo de asustar al asesino. Condujo como un maníaco, rezando como no había rezado nunca. No le importaba lo más mínimo que perdieran aquella oportunidad de atrapar al asesino. *Por favor, Señor, que consigan ahuyentarlo. No lo dejes entrar en la casa. No permitas que haya estado dentro ya y se haya ido. Por favor, Señor. Marlie no.*

Echó bruscamente el freno de mano y el coche se bamboleó con violencia sobre la suspensión. Antes de que dejara de moverse, Dane ya estaba fuera y había echado a correr. La casa estaba oscura. *Oh, Dios, no.*

Algo pesado golpeó a Dane en la espalda y le arrojó al suelo. Volvió a incorporarse con un gruñido salvaje y el puño preparado para atacar. Pero Trammell se levantó tan deprisa como él y le agarró del brazo.

-¡Contrólate! -rugió Trammell, con una expresión en la cara tan salvaje como la de Dane-. ¡No ayudarás a Marlie yendo a ciegas! ¡Hazlo como se supone que lo debes hacer!

La casa estaba empezando a verse rodeada de agentes de uniforme. Lo único en que

podía pensar Dane era que Marlie estaba dentro. Se zafó de Trammell y se lanzó contra la puerta, pero estaba cerrada con llave. Arremetió contra ella como un animal enloquecido, con todo su peso, haciendo tabletear la hoja en el marco. Era una puerta maciza, reforzada con acero. La cerradura era una de las mejores, y aguantó. Pero las bisagras no aguantaron. Los tornillos se salieron de la madera con un torturado chirrido y el metal se retorció.

Al ver que no podía detener a Dane, Trammell añadió su considerable fuerza a la tarea y le ayudó a arrancar la puerta de sus goznes. Llamando a Marlie a gritos, Dane se internó en las oscuras entrañas de la casa.

Entonces tropezó con algo blando y pesado y cayó al suelo. El corazón dejó de latirle por espacio de unos instantes, largos e insoportables, que se congelaron en el tiempo.

-Oh, Dios -dijo con una voz que no parecía la suya-. Enciende una luz.

Uno de los agentes de patrulla se sacó la enorme linterna que llevaba en el cinturón y pulsó el interruptor de la misma. El potente haz de luz iluminó a Dane, que estaba arrodillado en el suelo con una expresión de horror en el rostro, ya Trammell, que parecía casi igual de desencajado. En el centro del chorro de luz apareció una figura desplomada en el suelo, vestida de negro, cuya cabeza calva brilló levemente bajo la linterna. Estaba tendido boca arriba, y sus ojos fijos miraban hacia el techo. El hedor a sangre ya muerte lo llenaba todo. Junto al cuerpo se había formado un negro charco de sangre.

-Dane. -Aquel susurro, casi inaudible, le puso el vello de punta-. Dane, estoy aquí.

El haz de luz giró bruscamente hacia el rincón, y Marlie hizo un gesto de dolor al ser iluminada de lleno, cerró los ojos y volvió la cara. En el blanco de su camisa brillaba una mancha oscura y húmeda. Todavía así la pistola, sujeta fuertemente con ambas manos.

Dane no consiguió ponerse de pie. Se arrastró hacia Marlie, aún sin poder creer que estuviera viva. Le acarició la mejilla con mano temblorosa y le retiró el pelo de la cara.

-Pequeña. Oh, Dios, cariño.

-Me ha herido -dijo Marlie, como disculpándose-. Le disparé, pero él no se detuvo, siguió atacándome, por eso seguí disparando.

-Bien -repuso Dane con agresividad apenas contenida. Las manos le temblaban violentamente, pero bajó a Marlie hasta el suelo con la mayor ternura-. Échate, cariño. Déjame ver la gravedad de las heridas.

-No creo que sea nada grave -dijo ella sensatamente-. Es en el hombro y en el costado izquierdo. Pero son sólo cortes, no me ha apuñalado.

Dane a duras penas lograba conservar el dominio de sí mismo. Tan sólo el hecho de saber que Marlie le necesitaba en aquel momento era lo que le impedía abalanzarse sobre el cadáver y hacerlo pedazos. ¡Dios! Aquella era la segunda vez en su vida que Marlie había sido atacada por un loco con un cuchillo. ¿Cómo podía estar tan traquila, cuando él temblaba de arriba abajo?

-Cortó los cables -decía Marlie, pero de pronto parecía estar agotada-. Estoy muy cansada. Si no te importa, te lo contaré todo más tarde.

-Claro, pequeña. -Apoyó la mano en el corte del costado, que rezumaba sangre-. Duérmete. Cuando te despiertes, yo estaré contigo.

Marlie dejó escapar un leve suspiro y cerró los párpados. Dane se daba cuenta de que la casa se estaba llenando de gente, pero no levantó la vista.

-Dane. -Era Trammell, arrodillado junto a él-. Han llegado los de la ambulancia, amigo. Tienes que apartarte para que puedan atender a Marlie.

-Estoy deteniendo la hemorragia -dijo él con voz ronca.

-Ya lo sé. Ya casi ha dejado de sangrar. Marlie se va a poner bien, socio, todo va a salir bien. -Trammell le rodeó con sus brazos para apartarle suavemente de Marlie, y el personal de la ambulancia se apresuró a ocupar su puesto-. Iremos al hospital con ella, pero se va a poner bien. Te lo prometo.

Dane cerró los ojos y dejó que Trammell le condujera fuera de allí.

* * *

-De verdad que me encuentro lo bastante bien para irme a casa -dijo Marlie a la mañana siguiente, y bostezó-. Sólo que estoy cansada de haber luchado contra la visión.

-Y por la pérdida de sangre -dijo Dane-. Tal vez mañana. Marlie estaba tumbada en la cama, y salvo por el grosor de los vendajes que llevaba encima del hombro y en la cintura, resultaba difícil decir que tuviera nada malo, aunque para el ojo crítico de Dane seguía estando demasiado pálida.

Dane había pasado toda la noche con ella en el hospital. Si llegaba hasta los ciento cincuenta años, jamás olvidaría el profundo terror que le heló los huesos durante aquellos minutos en los que comprendió que le habían tendido una trampa y que había dejado a Marlie sin protección. Le había llevado una vida entera regresar a donde se encontraba ella, y le costó otra vida entera hacer el esfuerzo de penetrar en la casa. El hospital había parecido un zoo, con policías por todas partes y periodistas luchando por hablar con Marlie, y Dane se había visto totalmente incapaz de hacer frente a todo aquello. Lo único que pudo hacer, una vez que los médicos le permitieron estar de nuevo al lado de Marlie, fue sostenerle la mano y tratar de decirse a sí mismo que de verdad Marlie se encontraba bien.

Trammell se había hecho cargo de todo; se ocupó de los reporteros y les negó categóricamente el acceso a la habitación de Marlie, pero les prometió dar una rueda de prensa esa misma mañana. Apartó de Dane a Bonness y al jefe Champlin. Llamó a Grace, que trajo ropa limpia y artículos de tocador tanto para Dane como para Marlie. Dane se duchó y se afeitó, pero las arrugas de su demacrado rostro delataban el cansancio de la noche anterior. De no haber sido por Trammell, no habría conseguido pasar la noche.

Trammell también se había pasado allí la mayor parte del tiempo, pero se había marchado hacia el amanecer y acababa de regresar. Vino impecablemente vestido, como siempre, aunque él también mostraba las señales de haber pasado una noche sin dormir. Grace se había quedado con ellos.

Marlie pulsó el botón que movía la cabecera de la cama para elevarla un poco más. Sinceramente, se sentía lo bastante bien para irse a casa; le dolían un poco los cortes y tenía que tener cuidado al moverse, pero en general no sufría dolores. Estaba viva. La intensa sensación de maldad que la había oprimido durante varias semanas había desaparecido. El sol parecía brillar más, el aire se le antojaba más fresco.

-Ya te he contado todo lo que ocurrió anoche -dijo-. Ahora quiero saber lo que tú has descubierto esta mañana.

Dane sonrió al oír aquel tono normal, tranquilizador.

-No me mires a mí, yo no me he movido de aquí. No sé nada.

Grace estiró sus largas piernas.

-Sí, Alex, suéltalo todo. Trammell se apoyó en el alféizar de la ventana.

-Encontramos su coche a unas dos manzanas de allí e investigamos la matrícula. Se llamaba Carroll Janes; se mudó aquí procedente de Pittsburgh hace unos cinco meses. El

Departamento de Policía de Pittsburgh tiene varios casos de asesinatos sin resolver que encajan con su expediente. Hemos registrado su apartamento y hemos encontrado una peluca rubia que obviamente llevaba puesta todo el tiempo, excepto cuando mataba. Trabajaba en los grandes almacenes Danworth's, en atención al cliente. Está claro que de esa manera escogía a *sus* víctimas. Si alguien le fastidiaba un poco. ..bingo.

-Ésa era la conexión -murmuró Dane-. Todas las víctimas compraban en Danworth's. Recuerdo que la amiga de Jackie Sheets dijo que Jackie se había enfadado por una blusa que se le rompió, o algo así. Dios, lo tenía allí mismo, delante de mis narices. Incluso llegué a pensar que compraban en la misma tienda, pero que lo mismo hacía todo el mundo.

-No te castigues por eso -dijo Marlie en tono áspero-. No eres clarividente, sabes.

Tras un segundo de aturdimiento, Dane se echó a reír. Marlie llegó a la conclusión de que él ya se encontraba mejor, iba perdiendo aquella expresión dura a medida que se iba recobrando de la impresión.

-Carroll Janes -dijo Grace-. Es un nombre extraño para un hombre.

-Y tanto. Ésa es la razón por la que no le encontramos en esas listas que estuvimos consultando. Su nombre se tachó porque parecía de mujer. -Trammell parecía disgustado por aquel despiste-. Todavía no tenemos mucha información acerca de él. Quizá nunca sepamos lo que le servía de estímulo. Pero no sé si siquiera importa; un hijo de puta infrahumano como él no merece vivir.

Marlie vio que Dane se encogía. Le estaba costando más que a ella digerir lo ocurrido aquella noche. Lamentaba profundamente que Marlie hubiera sido afectada por semejante violencia, pero por alguna extraña razón ella se sentía más fuerte. No se alegraba de haber matado a un hombre, pero tampoco la consumía el sentimiento de culpa. Había hecho lo que era necesario. Si hubiera titubeado, ahora estaría muerta. Había controlado la visión, y esta vez había ganado ella. Carroll Janes estaba muerto; Marilyn Elrod, Nadine Vinick y Jackie Sheets, y todas las demás mujeres que él había matado, por fin habían encontrado justicia.

Dane le tomó la mano y jugó con *sus* dedos, y cerró los ojos sintiendo de nuevo el enorme alivio de verla viva.

Grace dio un codazo a Trammell.

-Tenemos que marcharnos -le dijo-. Yo tengo que preparar- me para ir a trabajar.

-Volveré esta tarde -añadió Trammell-. Si me necesitas, llámame antes.

-De acuerdo -dijo Dane. Cuando ya se hubieron marchado, fue hasta la puerta y se asomó para llamar a uno de los agentes uniformados que montaban guardia allí-. No deje entrar visitas. Ni siquiera al alcalde. A nadie.

-Puedé que me cueste no dejar entrar a los médicos, Hollister -le advirtió el agente.

-Está bien, tal vez a ellos. Pero llame antes a la puerta. -Acto seguido cerró la puerta y acudió de nuevo aliado de Marlie. Le acarició la cara y el cabello.

Ella alzó una mano y le tocó la mejilla.

-De verdad que me encuentro bien. Y preferiría estar en casa antes que aquí.

Dane giró la cabeza para besarle los dedos.

-Ten un poco de paciencia, ¿vale? Si el médico quiere tenerte vigilada otras veinticuatro horas, algún motivo tendrá. Deja que yo esté seguro de que te encuentras bien antes de irte. Lo necesito.

En su rostro se dibujaba abiertamente la emoción. Dane era como un libro abierto, no se molestaba en ocultar lo que sentía. Después de todo por 10 que había pasado, nunca volvería a intentar controlar sus sentimientos hacia Marlie. La noche anterior había estado a punto de

perderla; la vida era demasiado corta, demasiado incierta para hacer otra cosa que vivirla lo más plenamente posible.

Tenía el semblante serio cuando le retiró a Marlie el pelo de la cara y le dijo:

-Anoche no terminamos de aclarar las cosas entre nosotros. -No, todo se volvió un poco frenético, ¿verdad? -¿Todavía estás enfadada conmigo?

Una leve sonrisa curvó los labios de Marlie.

-No.

-Te juro por Dios que no me fui a vivir contigo sólo para estar encima de la situación. Lo único en que pensaba era en estar encima de ti.

Ella soltó un bufido.

-Vaya, qué romántico. -Pero su sonrisa no desapareció.

-Yo no sé ser romántico. Lo único que sé es que te quiero y que no puedo perderte. Nunca me he visto en una situación así, por eso es muy posible que lo haya liado todo por mi forma de actuar. Quería tomármelo con calma, ver cómo se iban desarrollando las cosas. No quería empujarte ni presionarte mientras sucedía todo lo demás. Tú ya tenías bastante de que preocuparte.

Marlie se mordió el labio, divertida por lo que estaba oyendo. En efecto, Trammell tenía razón; quizá Dane fuera demasiado cabezota para saber cuándo estaba enamorado, o que una mujer pudiera esperar razonablemente que dijera algo así. Aspiró profundamente, consciente de lo mucho que deseaba que todo fuese bien esa vez. Quizá no fuera Dane el único que había sido demasiado cauto; quizás ella necesitara estimularle más.

-¿Es sexo lo único que quieres? -le preguntó, sintiendo que la invadía la tensión mientras aguardaba la respuesta.

-¡Diablos, no! -explotó Dane--. Cariño, dime qué es lo que necesitas. Podré hacer algo al respecto si tú me lo dices, pero no me dejes así a oscuras. ¿Qué puedo hacer para convencerte de lo que siento por ti?

Marlie se recostó en la cama y le dirigió una mirada de incredulidad.

-¿Convencerme? Dane, ¡ni siquiera has empezado a decirme nada! ¡No tengo ni idea de lo que sientes por mí!

Ahora le tocó a él el turno de mostrarse incrédulo.

-¿Qué demonios estás diciendo, que no tienes ni idea de lo que siento?

Marlie puso los ojos en blanco, suplicando al cielo.

-Señor, échame una mano, este hombre tiene la cabeza más dura que una piedra. ¿Cómo voy a saberlo si tú no me lo dices? ¡Te he dicho miles de veces que no puedo leerle la mente! Dilo en cristiano, Dane. ¿Tú me quieres? Eso es lo que necesito saber.

-¡Naturalmente que te quiero! -rugió él en un estallido de genio.

- ¡Entonces dilo!

-¡Te quiero, maldita sea! -Se puso en pie de un salto y se quedó junto a la cama, con las manos apoyadas en las caderas-. ¿y tú? ¿Estamos juntos en esto, o lo mío es un monólogo?

Marlie pensó en sacudirle un puñetazo, pero decidió no forzar los puntos de sus heridas, así que se contentó con decir:

-No, no es un monólogo.

-¡Entonces dilo!

-¡Te quiero, maldita sea! -Lo dijo en el mismo tono beligerante que había empleado él.

El pecho de Dane se agitaba al ritmo de su respiración mientras ambos se miraban en silencio. Por fin la tensión abandonó sus músculos contraídos.

-Entonces está aclarado -dijo, y volvió a sentarse.

-¿Qué es lo que está aclarado? -le desafió Marlie.

-Que yo te quiero y que tú me quieras a mí.

-¿Y qué hacemos ahora? ¿Declarar una tregua?

Dane sacudió la cabeza en un gesto negativo y le cogió la mano de nuevo.

-Lo que vamos a hacer es casarnos. -Le depositó un beso en las yemas de los dedos-. No vamos a esperar seis meses, como algunos que yo conozco. Probablemente será este fin de semana. No más de una semana.

Marlie contuvo la respiración, y una luminosa sonrisa se extendió por su rostro como si hubiera salido el sol.

-Estoy segura de que podremos arreglarlo para este fin de semana -dijo.

Dane sintió deseos de estrecharla entre sus brazos, pero tenía demasiado miedo de hacerle daño. La miró y se maravilló de lo serena que estaba. Había sido atacada por un asesino, le había vaciado el cargador de una pistola, y parecía tan... apacible. Ni siquiera el hecho de comprometerse alteró su serenidad.

Él empezó a temblar, como ya le había sucedido varias veces esa noche.

-Lo siento -barbotó por enésima vez. Su expresión le dijo a Marlie por dónde iban sus pensamientos-. Dios, pequeña, lo embrollé todo. Nunca fue mi intención hacerte correr ningún peligro. No sé cómo dio contigo el asesino.

Los ojos azules de Marlie adquirieron una mirada más profunda de lo normal.

-Tal vez tuviera que ser así. Tal vez fue culpa mía que él me encontrase. Debería haberme ido a una casa de seguridad. Tal vez, al final, él captó mi energía igual que yo capté la suya. Tal vez fui yo la única persona que tenía la posibilidad de vencerlo, porque yo sabía dónde se encontraba, qué estaba haciendo. Hay demasiados interrogantes; nunca lo sabremos con certeza. Pero estoy bien, Dane, en todos los sentidos.

-Te quiero. Cuando pensé que estabas en manos de él... -Se le quebró la voz. De pronto ya no pudo soportarlo. Con exquisito cuidado, tomó a Marlie en sus brazos y la levantó de la cama para sentarla sobre su regazo y enterrar el rostro en su pelo.

-Lo sé. Yo también te quiero. -Ella no protestó aunque aquel movimiento le causó dolor en el hombro, ni aunque él la abrazaba con demasiada fuerza. Necesitaba aquel contacto, la seguridad y el calor de su abrazo, y se acurrucó contra él-. ¿Dane ?

-¿Mmmnn?

-Hay una cosa.

Él levantó la cabeza.

-¿El qué ?

-¿Estás seguro de querer casarte conmigo?

-Por supuesto que sí. ¿A qué viene esto ?

-Sé lo incómodo que te resulta que yo sea lo que soy. Y no puedo casarme contigo sin decírtelo todo. He recuperado en gran medida todos mis poderes. De hecho, ahora tengo más que antes, porque puedo controlarlos.

Dane no vaciló. La única forma de tener a Marlie era aceptándola tal como era, con sus poderes psíquicos incluidos.

-Pero a mí no puedes leerme la mente, ¿no?

-No. Eres el hombre de cabeza más dura que he conocido jamás. Lo cual es un verdadero alivio.

Él sonrió abiertamente y le depositó un beso en la sien.

-De todos modos, eso no representaría ninguna diferencia. Voy a casarme contigo sea como sea.

-Pero sí puedo explorarte -admitió Marlie-. Si tienes un mal día, no podrás ocultármelo, como suelen hacer los policías con sus esposas. No tendrás forma de esconderlo en ningún rincón de tu mente, porque yo ya sabré lo que habrá pasado.

-Puedo soportar eso. -Y fácilmente, se dijo. En aquel punto probablemente podía vivir con Marlie aunque ella fuera una pitonisa o volara en una alfombra mágica-. Si tú puedes soportar ser la mujer de un policía, yo puedo soportar ser el marido de una vidente. Qué diablos; no creo que sea tan difícil.

EPÍLOGO

Dane saltó de la cama, miró a Marlie, se puso de color verde y echó a correr hacia el cuarto de baño. Ella se alzó sobre un codo, estudiando la situación con cierta incredulidad.

-Soy yo la que está embarazada -gritó-. ¿Por qué tienes tú mareos matinales?

Dane salió del cuarto de baño poco después, aún un poco pálido.

-Alguno de los dos tiene que tenerlos --contestó, y se dejó caer sobre la cama con un gemido--. No creo que pueda ir hoy a trabajar. Marlie le empujó ligeramente con el pie.

-Claro que puedes. No tienes más que comer un poco de pan tostado y te sentirás mejor. Ya sabes que Trammell se burlará de ti si no apareces.

-Ya lo hace. -La voz de Dane quedó amortiguada por la almohada-. Lo único que le impide contárselo a todo el mundo es que yo sé algo igual de vergonzoso de él. Estamos en tablas.

Marlie apartó las mantas y salió de la cama. Se sentía maravillosamente bien. Al principio

estuvo un tanto revuelta, pero no hasta el punto de vomitar, y esa sensación pasó enseguida. Para ella, claro; Dane seguía vomitando con regularidad, todas las mañanas, aunque ya había pasado Año Nuevo y llevaba ya seis meses de embarazo. Él estaba pagando el precio de haberla dejado embarazada inmediatamente después de la boda.

-Quisiera saber cómo vas a soportar lo del parto -bromeó Marlie, echándole una mirada maliciosa.

-Dane gimió.

-No quiero ni pensar en ello.

No lo llevó nada bien. Como acompañante, fue un completo desastre. Desde el momento en que comenzaron los dolores para Marlie, él no dejó de sufrir. Las enfermeras le adoraban. Le instalaron en una cama junto a la de Marlie para que pudiera cogerle la mano; eso parecía consolarle. Estaba pálido y sudoroso, y cada vez que ella tenía una contracción, a él le pasaba lo mismo.

-Esto es maravilloso --comentó una enfermera de más edad, observándole encantada-. Ojalá todos los padres pudieran hacer algo así. Puede que, después de todo, haya justicia en este mundo.

Marlie le acariciaba la mano. Estaba preparada para llevar aquel trance hasta el final, aunque ello supusiera aguantar aquellos dolores cada vez más intensos que ya amenazaban con convertirse en algo muy serio. Se sentía pesada y exhausta, y la presión que soportaba en la pelvis amenazaba con partirla en dos, pero una parte de ella era capaz todavía de maravillarse por lo de su marido. ¡Y eso que se suponía que la empática era ella! Dane había sufrido mes tras mes, todos *los* dolores, con ella; le gustaría saber cómo serían los dolores de parto en un hombre.

-Oh, Dios, ya viene otra -gimió Dane, apretándole la mano, y, claro, su vientre empezó a contraerse. Marlie se reclinó hacia atrás, jadeando, tratando de buscar la cresta del dolor y rebasarla.

-Éste será el único hijo que tengamos -jadeó Dane-. No va a haber ninguno más, te lo juro. Dios, ¿cuándo va a salir?

-Pronto -respondió ella. Notaba la profunda tensión en el interior de su cuerpo. Su hijo no tardaría en llegar.

Y así fue, en el plazo de media hora. Dane no pudo estar presente durante el parto; el médico se vio obligado a administrarle un sedante que le aliviase el dolor. Pero cuando Marlie despertó de una breve cabezada de puro agotamiento, le vio sentado en la silla al lado de la cama, igualmente pálido y exhausto, con el bebé en brazos.

Una amplia sonrisa cruzó su rudo rostro.

-Ha sido duro -dijo-, pero lo hemos conseguido. Es un chico magnífico, es perfecto. Pero de todos modos va a ser hijo único.

FINAL